

BIBLIOTECA PREDICABLE

POR

D. FELIX LAZARO GARCIA,
CURA PARROCO DE SANTA EULALIA DE LA CIUDAD DE SE-
GOVIA Y CATEDRATICO DE FILOSOFIA Y TEOLOGIA (QUE
HA SIDO) DEL SEMINARIO CONCILIAR DE LA MISMA,

Y

otros señores sacerdotes.

TOMO XXIV.



MADRID:—1851.

IMPRENTA DE JOSE REDONDO CALLEJA,
Calle de los Abades, núm. 5.

***Esta obra es propiedad de su editor D. Antonio Urquiza,
quien perseguirá ante los tribunales al que la reimprima sin su
consentimiento.***

BIBLIOTECA PREDICABLE.

SERIE DECIMA.—Pláticas para ejercicios espirituales.

TOMO UNICO.

Contiene pláticas morales, análogas á los ejercicios.

PLATICA PRIMERA.

DE LA NECESIDAD DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES.

Attendite vobis.

ACT., CAP. 20, v. 28.

Enterar en nosotros mismos; examinarnos y reconocer lo que somos comparándolo con lo que debemos ser y lo que Dios quiere que seamos; abandonar por unos dias los negocios terrenos, las distracciones, los placeres, los cuidados domésticos para dedicarnos á oír retirados del bullicio que tanto nos entretiene y distrae, la voz de nuestra conciencia; pensar en el fin que nos espera y ajustar nuestras cuentas con Dios antes que llegue el momento terrible en que nos llame á su tribunal, este es, amados míos, el fin de estos santos ejercicios. ¿Qué cosa, no diré ya mas útil, sino mas necesaria para todo hombre, que dedicarse á pensar y reflexionar seriamente sobre sí mismo y sobre su suerte eterna por lo menos algunos dias en el año ó alguna vez

en su vida, si no lo ha hecho tal vez jamás, y mucho mas al haber de entrar en un nuevo estado? *Desolatio desolata est omnis terra; quia nullus est qui recogitet corde.* El origen de los males y de la desolacion espiritual que lamentamos en la tierra está, dice el profeta Jeremías, en que nadie piensa en sí mismo ni entra á examinarse en su corazon. Queremos seguir en nuestros hábitos, en nuestras aliciones reprobadas, no queremos suspender por un momento los afanes terrenos á que estamos tan apegados, nada nos está mejor que apartar la vista y huir de nosotros mismos por no avergonzarnos de hallar tanta abominacion que detestar, tantas culpas de que arrepentirnos, tantos vicios que corregir, y convertidos en los enemigos mayores de nuestra misma alma, no pensamos sino en procurarnos distracciones y estar siempre fuera de nosotros. De aquí nuestro abandono, nuestra disipacion y la falta cada vez mayor del cumplimiento de nuestros deberes. ¿Qué medio mas poderoso para atajar el mal y entrar en la senda recta que el que nos señala el apóstol san Pablo: *Attendite vobis*, atendeos y mirad por vosotros, puesto que de este abandono y descuido provienen todos los males? ¿Y dónde ni por qué medio lograremos mejor entrar en nuestro interior y registrar nuestra conciencia que en estos santos ejercicios espirituales que comenzamos hoy con la gracia y ayuda del Señor? Voy, pues, á manifestar la necesidad que tenemos todos de ejercitarnos en esta práctica religiosa; la necesidad de los ejercicios espirituales.

Todos tenemos una estrechísima obligacion de convertirnos á Dios, de llenar los deberes que tenemos para con Dios, de procurar estar en su gracia y amistad para lograr

Sus premios y evitar sus eternos castigos; y en los ejercicios espirituales es donde nos destinamos á volver sinceramente á Dios y examinar lo que le debemos para cumplirlo en cuanto nos sea posible, y á todos por consiguiente nos son necesarios unos ejercicios que nos proporcionan el cumplimiento de nuestros primeros y mas esenciales deberes. No diré que sea igualmente necesario á todos, así como no todos viven en igual olvido y abandono. Cristianos hay que nunca han sido bien penetrados de las verdades importantes de nuestra religion, y contentos con las primeras noticias del Catecismo de los niños, no han vuelto á ocuparse de este asunto, y puede decirse que nunca han sido verdaderamente de Dios. Los hay tambien que lo han sido, pero que se olvidaron despues, se dejaron arrastrar del mundo y de sus pasiones propias y dejaron ya de ser de Dios. Y hay tambien otros cristianos mas dichosos, que han estudiado su religion, saben lo que exige de ellos el cristianismo y procuran vivir en la virtud y evitar todo lo que sea ofensa de Dios. A todos manda el apóstol atenderse y mirarse á sí mismos, y á todos son necesarios de tiempo en tiempo los ejercicios espirituales.

Para los que no son de Dios, para aquellos que no han meditado ni estudiado nuestra religion, no se han persuadido ni de sus grandes y eternas verdades, ni de los deberes que impone, no han vuelto á recordar lo poco que estudiaron en el Catecismo cuando niños y no viven como cristianos, y por consiguiente no son de Dios, son de una absoluta necesidad. Se dirá tal vez que es escasísimo el número de estos; ¡ojalá que así fuese y no hubiera tantos enteramente olvidados de Dios y de sí mismos, abandona-

dos á sus pasiones, entregados sin freno al libertinage y la disolución! ¡Ojalá que no hubiera tantos que se empeñan en hacer guerra al Omnipotente y destruir si pudiesen su obra con sus escritos, sus conversaciones, sus lecturas, sus burlas y sus persecuciones! ¡Ojalá que no fuese tan abundante la impiedad en nuestros días y el descaro con que se profanan las cosas santas! Digo sin embargo que es mayor el número de los que ignoran nuestra religion, que lo que comunmente se piensa, y que se hallan aun entre las personas reputadas por virtuosas, por honradas y cuya conducta pasa por intachable. Porque en lo general ¿cómo se vive? No hay mas que una superficie de religion, unas exterioridades que se cumplen por costumbre, una vida inútil, sin espíritu ni fervor, unas virtudes aparentes, una providad mundana; se forma cada uno su ley y segun ella pasa su vida y desempeña su estado sin otras miras que las terrenas, sin amor de Dios, sin celo por su honra y servicio, sin dar señales de vivir una vida espiritual y de estar convencidos de las verdades eternas, ni de tener otros cuidados que los enteramente terrenos. Así vemos aun entre los que pasan por hombres de bien y virtuosos, aun entre las personas que son reputadas por pías, tantas impaciencias, quejas y murmuraciones cuando les sucede alguna desgracia ó contradiccion; tantas enemistades y odios secretos; tanta repugnancia en disimularse y perdonarse cualquiera falta ó ofensa; tanto miramiento y respeto humano; tantas relaciones y amistades demasiado peligrosas. Así vemos en los ricos tanto amor á los placeres y la vida sensual, tan poca misericordia con el necesitado, tanto afan por los pasatiempos del mundo y tanto olvido de las del

cielo. Así vemos en todos tanta falta de modestia, tanta maledicencia y mordacidad, tan poco recogimiento, tanta falta de humildad que puede decirse que de las virtudes no ha quedado otra cosa que el nombre. No se crea que exagero y digo mas de lo que hay: examinad, profundizar en la conducta aun de los que pasan por virtuosos, sondead su corazon, penetrad en el vuestro y decid lo que pasa en él. ¡Cuántos afectos encontrados le agitan, cuántos deseos, cuántos temores, cuántos proyectos, cuántas esperanzas, qué alternativa de alegrías y pesares, de animosidad y de abatimiento! Pero ¿quién piensa en Dios? ¿Quién recuerda para qué fin ha sido criado? El juicio, la muerte, las penas del infierno, los deberes del cristiano, el horror que tiene Dios al pecado, la vida de perfeccion que debemos procurar, el celo y vigilancia con que debemos vivir para que no nos sorprendan nuestros enemigos espirituales, la estrechez del camino que conduce al cielo, el peligro de seguir por el camino ancho.... ¡Verdades infalibles y eternas! Pero ¿quién piensa en ellas? Ved lo que jamás nos dedicamos á saber bien, y si lo hemos sabido lo abandonamos y dejamos olvidar. De aquí resultan tantas confesiones hechas casi sin fe, sin el debido exámen, sin preparacion, sin dolor; tantas comuniones sin fruto, si es que no han producido el hacernos mas reos y culpables; tanto descuido y abandono en el cumplimiento de nuestros deberes, tantas inspiraciones y gracias desatendidas. ¿Somos lo que debiéramos ser? ¿Tenemos confianza en que con la vida que tenemos podemos ir al cielo? ¡Qué terrible debe ser el morir y entrar en la eternidad sin haber examinado jamás ni lo que debemos hacer, ni lo que debemos evitar para no ser eternamente

desgraciados! ¡Qué horror el que seamos llamados á juicio sin haber ajustado nuestra conciencia, sin haber hecho jamás una confesion en que podamos prudencialmente asegurarnos de que se han perdonado nuestras culpas! ¡Qué pena el morir y condenarse habiendo en nuestra sacrosanta religion tantos medios y recursos para salvarse!

Pues conociendo esto mismo ¿tendremos por superfluo emplear algunos dias en aprender lo que tanto hemos descuidado, en instruirnos de unas verdades que tanto nos interesan, en mirar por nuestra suerte eterna y arreglar con tiempo nuestra conciencia? Teniendo los deberes de cristianos ¿dejará de sernos necesario examinar si somos fieles en cumplirlos y si los cumplimos con el espíritu que nos pide la religion? ¿Es superfluo que pensemos en lo que somos, en lo qué debemos ser, en la cuenta que nos ha de tomar el Señor, cuando jamás hemos pensado en ello y hemos vivido en un total abandono ó siguiendo unas esterioridades de costumbre?

Convengamos en que hayamos reflexionado sobre las verdades importantes de nuestra religion, en que nos hayamos dejado penetrar de su espíritu, en que muchos, y nosotros tambien, hayamos sido de Dios y hayamos cumplido nuestros deberes: si hemos dejado de serlo; si ya no servimos á Dios, si no practicamos los deberes que conocimos y sabemos que nos incumben, tenemos necesidad de volvernos á Dios y por lo tanto nos son necesarios estos ejercicios espirituales. Imposible parece conocer á Dios y no amarle; y sin embargo cuanto mas le conocemos, cuantas mas gracias recibimos de su mano, parece que le somos mas infieles, cuanto mas adelantamos en edad mas nos

desviamos de Dios, y cuanto mas se desarrolla nuestra razon mas se disminuye nuestra inocencia, nuestra piedad, nuestro temor de Dios y todas las virtudes que tan gustosos cultivábamos en nuestra infancia. Los mas, al paso que comienzan á ser hombres, empiezan á dejar de ser cristianos, y cuando mas debieran volverse á él, mas se apartan de su servicio. Recordemos lo que fuimos en nuestros primeros años. ¡Qué miedo al pecado, qué delicadeza de conciencia, qué temor á lo que pudiese esponernos á peligro, qué inquietudes y remordimientos tan luego como cometíamos los primeros delitos, qué agitacion é inquietud, qué ansia por recobrar la paz de nuestra alma en el tribunal de la penitencia, el nombre solo de pecado era bastante para asustarnos y contènnernos! Despues nos hemos acostumbrado á pecar, hemos sofocado nuestros remordimientos, estamos adormecidos en una funesta paz y miramos como vagelelas aquellos desórdenes que tanto nos inquietaban, y aun á las mismas inquietudes pasadas como efectos de nuestra ignorancia y sencillez. Nos hemos dejado arrastrar de los malos ejemplos y no nos avergonzamos de aparecer tan poco virtuosos, tan despreocupados, como suele decirse, como aquellos de quienes nos acompañamos. ¿Qué queda de lo que fuimos? ¿Cómo nos hemos olvidado tanto de Dios? ¿Dónde estan las virtudes, el temor, la piedad y la pureza de nuestra infancia? Nuestros delitos han ido en aumento, y cuanto mas nos hemos apartado de Dios, mas hemos corrido hácia el precipicio. ¿De qué culpas no somos reos?

Preciso nos es volver á la infancia, recobrar el temor de Dios, el horror al pecado, el amor á la pureza, despertar del profundo sueño en que nos ha sumergido la repeti-

cion de nuestras culpas, el olvido de nuestros deberes y la falta de meditacion de las eternas verdades, y he aquí por qué aunque hayamos servido á Dios, si ya no le amamos y servimos nos son necesarios los ejercicios espirituales, para esto, para que le amemos y sirvamos de nuevo con mas fervor y constancia.

Y aunque le amemos, aunque hayamos sido tan dichosos que le hayamos servido siempre, aunque no tengamos ninguna caida que reparar, ni escándalo que desvanecer, aunque hayamos sido siempre virtuosos y ejemplares, aun así nos son necesarios los ejercicios espirituales. ¿Somos tan justos que nada tenemos que rectificar ni de qué corregirnos? Toda nuestra santidad consiste en que no nos hallamos reos de grandes crímenes. Yo no quiero mal á nadie, oímos decir comunmente, yo no quito nada á nadie, yo no doy escándalos, ni ando en alborotos y pendencias; pero no basta no hacer mal, es preciso hacer bien; no basta no ser un pecador desalmado, es necesario trabajar para ser perfecto y aspirar á ser cada dia mejor. ¿Dónde está nuestra humildad y deseo de ser abatidos por Jesucristo? ¿Nuestra compasion con los necesitados que hablamos con ellos nuestro pan? ¿Aquella caridad paciente que jamás se irrita ni sabe decir mal de nadie, el celo por la gloria de Dios y la salud de las almas, el desprendimiento del mundo, el perdon de las injurias, el amor á los enemigos, el desamparo, el retiro, el menosprecio de las pompas y vanidades del mundo? ¿Cuáles son nuestras virtudes? ¿Pasan de algunas oraciones que hemos acostumbrado á rezar y el abstinernos y aun mirar con aversion á los defectos mas odiosos y reprensibles? Entremos dentro de nosotros, juzguemos

como Dios nos ha de juzgar. ¿Quisiéramos aparecer en este estado ante el tribunal de Dios? ¿Pues por qué hemos de vivir en un estado en que no quisiéramos que nos hallase la muerte? ¿Por qué hemos de estar tan confiados como si pudiéramos disponer cuando quisiésemos el acudir á rendir á Dios la cuenta de nuestra vida y de nuestras obras?

Seamos, pues, ingenuos, y confesemos que todos tenemos necesidad de convertirnos de veras á Dios, de trabajar en nuestra santificación con toda eficacia; de contemplar con toda seriedad en las eternas verdades que tantas veces hemos oído y que tan poca impresion nos han hecho; que hemos velado muy poco sobre nosotros y que debemos examinarnos y escudriñarnos, como nos dice el apóstol: *Attendite vobis*. Apliquémonos á estudiarnos, á juzgarnos, á corregirnos delante de Dios, y aprovechemos para esto estos santos ejercicios. No nos traiga á ellos el respeto humano, la costumbre, la curiosidad.... En ellos solo debemos buscar á Dios, y ya vemos que nos son necesarios en el estado en que nos hallamos, y tal vez no lograremos otra ocasión para negociar la paz de nuestra conciencia, la salud de nuestra alma y la seguridad de nuestra salvación.

Gracias os sean dadas, Dios mío, porque habeis querido dispensarnos esta nueva misericordia; y ya que os habeis dignado reunirnos para estos santos ejercicios, dadnos el que los hagamos todos con fruto y aprovechamiento, que logremos el fin que nos hemos propuesto, y que juntos despues en compañía de los ángeles, os alabemos por toda la eternidad. Amen.

F. L. G.

PLATICA II.

UTILIDAD DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES.

*Ducam eam in solitudinem et lo-
quar ad cor ejus.*

OSEA., CAP. 2, V. 14.

La llamaré á la soledad, y allí la hablaré al corazón. Así hablaba el Señor por el profeta Oseas á Jerusalem y la sinagoga, olvidándose de sus delitos y tratándola como un esposo amantísimo; y así habla el Señor al alma con quien quiere usar de misericordia. Aunque la vea corrompida y contaminada con los vicios, se acuerda que es su Esposo y la llama para darle las quejas, hablarla á solas de modo que sus palabras la lleguen al corazón, conmoverla, estrecharla y rendirla obligándola á que reconozca su infidelidad, y dejando á sus amadores, á sus vicios y apetitos desenfrenados se vuelva de nuevo y con todas veras á su verdadero Esposo con quien solamente puede vivir en paz; á su Dios

y Señor á quien jamás debió haber ofendido. La llama á la soledad, la habla, la instruye, la perfecciona, la da á gustar sus inefables delicias, y la hace desabridos y desagradables todos los placeres del mundo que tanto la estorban volver á su Dios.

Es, pues, una señal del amor especial de Dios para una alma, el pararla en la carrera del mundo, el inspirarla el deseo de retirarse, por algun tiempo al menos, á unos santos ejercicios, el sacarla de entre la turba y bullicio y ponerla en la soledad donde reflexione y medite su pasada vida, se aparte de las ocasiones y peligros, se ejercite en santos pensamientos y en la contemplacion de las verdades terribles de nuestra religion, conciba resoluciones y propósitos saludables y santos, y en donde la conforte y corrobore con sus gracias para perseverar en la vida nueva y en los propósitos que forme.

Así debemos considerar, y con este espíritu debemos entrar en estos ejercicios; como llamalos por Dios, como una especial misericordia que ha querido usar el Señor con nuestras almas, como un medio de que se vale para nuestro bien. ¡Qué bueno debe ser oír la voz de Dios! Pues el Señor nos ha traído á este retiro para hablarnos al corazón, para ilustrarnos, para movernos, para consolarnos también, alentarnos y fortalecernos. Oigámosle y sea-nos dóciles á sus inspiraciones, ofrezcámosle el tributo de nuestro reconocimiento, gratitud y entera sumision á su divina voluntad, y miremos á estos ejercicios como un medio útil y especial para conseguir nuestra salvacion, porque lo son en realidad, y así voy á manifestarlo en este rato.

Si somos pecadores, estos santos ejercicios son útiles y

un medio á propósito para lograr nuestra sincera y verdadera conversion. Si tenemos escándalos que reparar y daños que resarcir, estos ejercicios nos ponen en la ocasion de hacer estos esfuerzos. Si somos justos nos justificaremos mas, y en esta soledad nos dará á todos el Señor sus especiales gracias, y hará gustar las dulzuras de la virtud y aquella tranquilidad de espíritu que solo se encuentra en el servicio de Dios.

En los ejercicios espirituales han conseguido su conversion muchos pecadores. El alma que viene en busca de Jesucristo á la soledad y retiro de estos ejercicios, es una Magdalena que atropellando por todos los respetos humanos busca á Jesus en casa del Publicano, se postra á sus pies; llora sus culpas, oye la voz del divino Maestro que la habla al corazon y al fin logra que la diga : *Remittuntur tibi peccata* (1). ¿Y en dónde, si aquí no, podrá lograr convertirse un pecador? ¿Quién estará tan obstinado y endurecido que pueda resistir á las fuertes impresiones que no pueden menos de causar la contemplacion y el recuerdo de las verdades importantes y terribles que se han de meditar y anunciar por los ministros del Señor en estos ejercicios? Aquí se presentarán uno á uno los objetos mas capaces de hacer estremecer al pecador á la vista de los peligros á que espone su salud eterna. Se abrirá el sepulcro donde tiene que entrar desnudo de cuanto le rodea y sin otra compañía que sus buenas ó malas obras. Aquí se le conduce ante el tribunal de un Dios infinitamente justo que le ha de juzgar con toda

(1) Luc., cap. 7, v. 48.

la severidad de su ira y de su amor menospreciado. Se ofrecerá á su vista el infierno y presentarán á su consideracion aquellas eternas llamas, aquel sufrir y penar para siempre, aquel llanto y desesperacion, aquel gusano roedor que nunca morirá, aquellas penas destinadas por Dios para castigar los pecados cometidos en un momento. La muerte, el juicio, el infierno, la eternidad, el amor de Dios vilipendiado, el no poder huir del furor de su justicia y tener que caer mas pronto ó mas tarde en sus manos, el no poder ocultar nada de cuanto hemos hecho á su infinita penetracion y sabiduría... Permitidme que diga que parece imposible que oigamos y meditemos estas verdades y no nos dediquemos seriamente á pensar en nuestra salvacion y salir de nuestra vida viciosa y criminal. Parece imposible que no nos asuste el peligro, que no nos asustemos y sobreenajamos de temor y nos volvamos con tiempo al que puede salvarnos y sacarnos del poder de nuestros enemigos. Nuestros desórdenes han tenido su origen del olvido y abandono de las verdades saludables de nuestra religion, de no haber querido oir la voz del Señor ni meditar las verdades que nos ha revelado para nuestra salud. El meditarlas y tenerlas presentes es el medio mas eficaz para volver á Dios y llorar nuestros extravíos; y esto es lo que se nos proporciona en estos ejercicios. Por este medio se han convertido muchos y grandes pecadores, y se han visto muchas y muy maravillosas mudanzas. Otros pecadores mas grandes que nosotros se han convertido en estos santos ejercicios y han sacado la luz y fuerza necesaria para llenar los deberes de su estado. ¿No tenemos una prenda para poder confiar en que nosotros tambien nos convertiremos? Y ¿qué medio mejor

pará reparar los escándalos con que hemos ocasionado la ruina de muchas almas y resarcir los daños que hayamos hecho á nuestros prójimos? Porque, si como hemos visto son útiles para lograr la conversion y arrepentimiento verdadero estos santos ejercicios, lo son tambien para reparar los daños causados con la mala vida.

El pecador no se daña á sí solo con sus crímenes, es un homicida de las almas con sus escándalos y malos ejemplos, es á veces la causa de que pequen otros llevados de lo que le oyen ó le ven. Pecados hay que necesitan una reparacion y satisfaccion pública cuando en conversaciones, en escritos, ó de cualquiera otra manera se han difundido malas doctrinas, proferido blasfemias, dejado de cumplir el precepto de la Pascua con escándalo de los demás, vivido en ocasion próxima de pecar con persona de distinto sexo; y veces hay en que faltando no solo á la caridad, sino tambien á la justicia, se calumnia y denigra al prójimo, se le infama, se usurpan haciendas, se deja de pagar lo justo á los trabajadores, se toma lo ageno valiéndose de usuras y un sin número de contratos reprobados. Preciso es para que estos pecados se perdonen que se reparen los daños causados, y para esto son necesarios grandes sacrificios, hay grandes esfuerzos y dificultades que vencer, grandes intereses que menospreciar, muchos respetos humanos por que asaltar; pero en estos ejercicios se proporcionan los medios para triunfar de todo. El alma, la salvacion de nuestra alma, de una alma que quiere Dios para sí y que no tenemos derecho á negársela, de una alma que fue redimida en el Calvario, y que de no romper con todo y entregarse de todas veras á su Dios ha de ser infeliz para siempre y se-

pultada en los infiernos, es la mira dominante en estos ejercicios y no se duda ni se teme sacrificarlo todo por conseguir el fin de la salvacion del alma. Se desprecia el temor de parecer débil si se perdona ó pide perdón á los enemigos, se sacrifican las ofensas y resentimientos, se olvidan por amor á Dios que lo manda así y nos enseña con su ejemplo, se restituye lo mal adquirido, se manifiesta la inocencia del justo á quien se infamó, todo se reputa por fácil y mucho menos malo que haber de padecer en el infierno. El mundo mismo se da por satisfecho con la mudanza de vida, y esta resarce los escándalos y edifica lo que antes destruyó la impiedad ó la maledicencia. El mundo mismo no estraña que despues de unos ejercicios espirituales se olviden los rencores y odios envejecidos, se restituyan los intereses que se poseian con mala conciencia, se abandone la casa del peligro, de la prostitucion, del juego, de las diversiones y espectáculos, se huya de la mala compañía y de los cómplices de los antiguos delitos. Estrañaria por el contrario y él mismo nos condenaria, si despues del retiro de los ejercicios viese en nosotros los mismos pecados que vinimos á llorar, las mismas pasiones que vinimos á reprimir, los mismos escándalos que vinimos á reparar. Estrañaria y nos condenaria y aborreceria si saliésemos con las mismas perversas inclinaciones, con los mismos odios, con los mismos tratos usurarios, con las mismas conversaciones poco religiosas y poco decentes, y nos viese con las mismas compañías y los mismos cómplices de nuestros delitos. Luego es una verdad que los esfuerzos necesarios para salir del pecado y resarcir los daños que gravitan sobre nosotros que otras ocasiones nos serian

muy difíciles é impracticables, nos son fáciles y como indispensables para quedar bien con Dios y con el mundo en los ejercicios espirituales, que otro capítulo por el que he dicho que nos son útiles y nos proporcionan esta misma ventaja.

Si por fin tuviéramos la dicha de ser justos y no tener escándalos que reparar, daños que resarcir ni mala vida que enmendar, no por eso dejarán de sernos útiles y provechosos. Servirán para santificarnos mas y mas, y á todos nos darán á gustar las inefabes dulzuras del Señor, sus consuelos, sus gracias para fortificarnos y darnos aliento en este miserable destierro. A un reloj para que ande ajustadamente no basta cargarle todos los dias como se acostumbra, es menester descomponerlo una vez al año por lo menos para limpiar y repulir cualquiera partecilla, y despues volverlo á componer. Pues así, dice san Francisco de Sales, á un cristiano que quiere caminar á la perfeccion, no le basta ajustar cada dia su espíritu con la meditacion cotidiana, es necesario, que si no una vez al año, por lo menos de cuándo en cuándo use de una diligencia extraordinaria en reever y aderezar todo lo que pertenece á su espíritu para quitar de tan hermoso reloj todos aquellos impedimentos para la perfeccion que por la fragilidad humana se lo han ido pegando poco á poco como un polvo asqueroso.

Por justos que seamos, siempre tenemos imperfecciones que corregir, virtudes á que aspirar, siempre tenemos necesidad de los auxilios y gracias del Señor, de demandar su ayuda y socorro para conservarnos, continuar y perseverar en el bien. ¿Y dónde podremos lograrlo mejor que recurriendo al mismo Señor, dador de todo bien, en estos

santos ejercicios? ¿Cuándo se complace el Señor mas en comunicar sus bienes y comunicarse á sí mismo que cuando nos habla y nosotros le buscamos en el silencio y retiro? Aquí no quiere sino que le pidamos para llenar nuestros justos deseos: *Dilata os tuum et implebo illud*. En el retiro de estos ejercicios habla interiormente al alma el Señor y como que nos dice por Oseas: *Ecce ego lactabo eam*, la da á conocer lo bueno que es el amarle y servirle, la hace gustar los placeres inefables de la virtud y la recrea con la esperanza de su gloria, y pierden para ella todo el embellezo y atractivo los bienes del mundo, sus concurrencias, sus festejos y hasta se burla de los mismos desprecios con una compasion cristiana y resignacion ejemplar. Recreada y favorecida así el alma no acierta á decir sino lo que Saulo: *Domine ¿quid me vis facere?* Da una ojeada por el mundo y dice con el mismo apóstol: *Mihi mundus crucifixus est et ego mundo...* *Vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus*. Aquel espíritu que comunicó el Señor á Moisés en la soledad, aquel fervor y celo que infundió en Samuel, aquellos consuelos que embriagaban á los primeros cristianos y con los que corrian á los tormentos deseosos de morir por Jesucristo, estos mismos son los sentimientos que inspira y los maravillosos efectos que produce en las almas en estos santos ejercicios. Como los apóstoles salieron del cenáculo llenos de valor y fortaleza predicando á Jesus crucificado delante de sus enemigos y llevando su nombre á todas las regiones luego que en aquel retiro y despues de una perseverante oracion recibieron el Espíritu Santo, así de estos ejercicios salen tambien muchas almas justas con las mas heroicas resoluciones, inflamadas en el amor divino, de-

scando no sólo ser buenos, sino el que lo sean todos los hombres y que ninguno se pierda ni estravíe. La voz que el Señor dirige interiormente al alma es suave, pacífica, consoladora, eficaz, llena de amor y de dulzura. Soy demasiado pecador para atreverme á manifestar las divinas consolaciones, los amorosos recreos, las gracias abundantes con que ha favorecido y favorece el Señor á muchas almas justas en el silencio de estas prácticas y ejercicios piadosos. De aquí sacaron aquella ciencia superior á toda la sabiduría humana, aquel poder irresistible de sus conversaciones, de sus ejemplos y amonestaciones, aquel don de hacer tantos milagros y obrar tantas maravillas. ¡Ojalá que nosotros lo experimentásemos y hablásemos por experiencia como los Bernandos, los Franciscos, los Ignacios, Javieres, Catalinas, Teresas y otros infinitos.

Me contentaré con decir que ya que el Señor se ha dignado usar de misericordia con nosotros y traernos á la soledad y retiro de estos santos ejercicios, seamos sumisos, dóciles y que le digamos como Samuel: *Loquere Domine, quia audit servus tuus*. Oigamos lo que habla el Señor en nuestro interior, porque tiene palabras de vida eterna y no puede traernos sino bienes y proporcionarnos la paz y reposo de nuestro corazon: *Audiam quid loquatur in me Deus, quoniam loquetur pacem in plebem suam, et super sanctos suos, et in eos qui convertuntur ad cor*. Oigámosle y sentiremos en nuestro interior palabras de consuelo y alegría, nuestras potencias desmayadas cobrarán nuevo vigor, nos reanimaremos con el testimonio secreto que nos dará de nuestra reconciliacion y amistad con él: *Auditui meo dabis gaudium et letitiam, et exultabunt ossa humiliata*. Entonces

aprenderemos á conocer y publicar la utilidad de estos santos ejercicios y á recomendarlos á los justos y á los pecadores, porque á todos proporcionan bienes inmensos. Dignos, Señor, hacernos participantes de ellos y que no sean infructuosos y estériles en nosotros. Amen.

F. L. G.

PLATICA III.

Si no nos convertimos en estos santos ejercicios podemos contar con que nos queda muy poca esperanza de salvarnos, y si no nos sirven para bien, servirán para mayor ruina nuestra.

*¿Ignoras quoniam benignitas
Dei ad pœnitentiam te adducit?
Secundum autem duritiam tuam
et impœnitens cor, thesaurizas tibi
iram in die iræ, et revelationis
justi judicii Dei.*

AD ROM., CAP. 2, v. 4 et 5.

Me atrevo á asegurar que lo que ocasiona nuestra perdición, no son tanto nuestros crímenes y aquellos pecados que tenemos por enormes, sino mas bien el desprecio y abuso que hacemos de las gracias y benéficas inspiraciones con que nos socorre el Señor. Por mala que haya sido

nuestra vida, por gravísimos que sean nuestros delitos y pecados, por escandalosos y reprensibles que hayan sido los desórdenes en que hayamos tenido la desgracia de caer, podremos esperar que saldremos de ellos y recobramos la amistad de Dios si seguimos los impulsos y llamamientos de la divina gracia, y tal vez la misma enormidad de nuestros pecados, lo horroroso de nuestros defectos, la vergüenza que producen ciertos delitos, podrá servirnos para despertarnos y sacarnos del letargo en que estamos sumergidos y hacernos retroceder y buscar de todas veras á Dios. Pero si Dios nos habla y no queremos escuchar su voz, si nos busca y nosotros huimos de él, si le oímos y endurecemos nuestro corazón y nos hacemos obstinados é insensibles á sus inspiraciones, sus llamamientos y sus gracias, ¿qué esperanza nos queda de remedio, ni cuál será nuestro paraíso sino la perdición? Si el Señor nos da sus auxilios y nosotros los despreciamos y no queremos la ciencia de sus caminos, sino seguir en nuestros vicios, ¿qué podemos prometernos sino que fatigado y cansado nos abandone, y por habernos burlado de él nos vuelva la espalda y se burle también de nosotros cuando en nuestros apuros queramos buscarle y volvernos á él? Por grande que sea una enfermedad no se desconfía de la salud del enfermo mientras producen algun efecto las medicinas que se le aplican; pero se desconfía enteramente cuando el mal se resiste á los medicamentos y no se espera otro término que la muerte. Esta consideracion me hace temer y me ha resuelto á llamar vuestra atencion sobre el aprecio que debeis hacer de estos santos ejercicios á que el Señor os ha traído por una gracia especial, y á intimaros con sobrado fundamento, que

es no sirven para convertirnos á Dios y salir de nuestros pecados, podemos temer que nuestra enfermedad es incurable, y que no nos queda esperanza alguna de salvarnos, y que de no servirnos para bien y provecho de nuestras almas podemos creer servirán para nuestro mayor cargo, mayor ruina y mayor condenacion.

Este es el sentir del apóstol san Pablo. *¿Desprecias, dice escribiendo á los romanos, ¿desprecias las riquezas de la bondad, paciencia y longaninidad de Dios? ¿Ignoras que por su benignidad te llama y espera á penitencia? Y tú por tu dureza y corazon impenitente te estás atesorando un tesoro de ira para el dia de la venganza y justo juicio del Señor. Nuestra obstinacion, segun esto, nuestra rebeldía y menosprecio de las gracias del Señor, el burlarnos y cansar la paciencia del Señor, no produce otro efecto que formarnos un depósito de ira y maldicion, acarreararnos unas penas y castigos con que en el dia del juicio se vengará de nosotros el Señor tanto mas cuanto mayores, mas repetidas y continuas hayan sido las gracias con que nos ha favorecido y hemos despreciado. El Señor ve nuestros desprecios y le provocamos á la venganza: *Viliit Dominus et ad iracundiam concitatus est.**

Dios por su infinita paciencia y bondad nos ha llamado á este retiro, nos ha sacado del bullicio para hablarnos al fondo del corazon, nos ha concedido la gracia de estos santos ejercicios, pues si despreciamos esta gracia y no sacamos el fruto que debemos sacar, nos atraeremos la ira de Dios y sus venganzas y podremos desconfiar de nuestra salvacion. Porque realmente ¿cuándo ó de qué medio nos valdremos para conseguir nuestra salud y convertirnos de ve-

ras al Señor, si no lo hacemos en estos ejercicios? ¿Lo dejaremos para otra ocasion mas adelante y nos contentaremos por ahora con los propósitos de convertirnos cuando estemos en edad mas avanzada? Pero ¿tenemos una seguridad de que llegaremos á esos dias y á esos años con que contamos como si fuéramos los dueños de nuestra vida? ¿No podrá suceder que este año sea el último de nuestra vida y estos ejercicios los últimos que hagamos y los últimos esfuerzos del Señor para traerlos á su servicio? ¿Pues por qué género de insensatez y locura hemos de aventurar nada menos que nuestra salvacion á una esperanza tan incierta? Si se nos brindase con los tesoros de la tierra y pudiese en la ocasion de hacernos ricos para siempre ¿lo dilataríamos para mas adelante? ¡Y cuántos habrá en el infierno por haberse dejado alucinar de la misma esperanza que nosotros! Si nos fuese posible penetrar á aquel lugar de tormentos los oiríamos que en su desesperacion nos dirian: Tambien nosotros fuimos llamados á la soledad y retiro; concurrimos á las prácticas devotas y religiosas de los ejercicios espirituales, pero oímos con frialdad las verdades terribles que se nos anunciaron y ofrecieron á nuestra consideracion; asistimos con negligencia, con distraccion, con un espíritu de curiosidad y no sacamos otro fruto ni otros propósitos que un ánimo de hacer bien los mismos ejercicios mas adelante cuando fuésemos ancianos, una resolucion de no querer morir en el pecado sino de convertirnos de veras en otra ocasion. Desaprovechamos, dejamos pasar, despreciamos aquellas gracias, aquellas inspiraciones del Señor, y el tiempo con que contábamos nos faltó. Enojado y cansado Dios de nuestro desprecio y obstinacion nos lla-

mó á su tribunal cuando menos lo esperábamos y solo hallamos un tesoro de indignacion y de ira que con nuestra dureza é impenitencia nos habíamos acarreado; un juicio terrible que nos condenó á estos eternos suplicios. Si jamás hubiéramos conocido á Dios ni tenido la dicha de ser cristianos, y cristianos tan favorecidos, sería menor nuestra pena y desesperacion; pero habernos condenado por nuestro descuido, por nuestra imprudente negligencia, por haber despreciado los auxilios del Señor. ¡Aht! ¡Esto hace mas insufribles nuestros tormentos y mas desesperada nuestra situacion! ¿Nos atrevemos á esperar á que nos suceda lo mismo y que sea tan funesta nuestra suerte?

Aquí nos llama Dios para hablarnos al corazon y nosotros debemos venir para oirle y para convertirnos. Para esto nos intima el Señor por medio de estas prácticas y piadosos ejercicios las terribles verdades de nuestra religion. Aquí se ofrece á nuestra consideracion cuanto nos interesa y cuanto tenemos de mas eficaz para escitarnos y movernos. Un Dios enojado que tiene en su mano el descargar sobre nosotros sus terribles castigos; que nos llama y convida con sus misericordias como un Padre benigno y compasivo; una muerte que puede sobrecogernos de repente; un juicio que no podemos evitar y en que ni podremos ocultar cosa alguna, ni sorprender al juez infinitamente sabio, ni ablandarle con lágrimas fingidas, ni con regalos ni promesas; un Dios que nos ama, que nos ha criado, que nos ha redimido con su sangre, que exige con todo derecho nuestro amor y nuestros servicios; una ingratitud monstruosa en despreciar á este Señor, las dulzuras y paz que trae á las almas el vivir en su gracia; la prontitud con que reci-

he al pecador que le pide de veras el perdón; estas y otras verdades santas, terribles y consolatorias para el que desear arrepentirse; estas verdades que sabemos y creemos por la fe, pero que no hemos meditado atentamente y por esto no hemos sacado el debido fruto, son las que han de resonar y profundizar en nuestros corazones en estos días de retiro. Si no las meditamos aquí atentamente, si en esta soledad y apartamiento no oímos estas voces del amoroso Pastor Jesús ¿las oiremos entre el ruido y tumulto del mundo? ¿Entre los afanes de los negocios y los intereses terrenos? Si son ahora tan fuertes los vínculos que nos atan al pecado y tan poderosas nuestras pasiones que no tenemos fuerzas para vencerlas y desprendernos de ellas, si tan endurecidos nos tienen contra Dios y tan sordos á sus inspiraciones y llamamientos ¿no podemos creer que el tiempo no las ha de debilitar, sino que por el contrario la costumbre inveterada las dará cada vez nueva fuerza? Mas adelante ¿podremos lo que no podemos ahora? Si no nos hacen impresion las verdades que vamos á contemplar ¿nos la harán aunque volvamos á oírlas? ¿No es verdad que si las oímos y meditamos sin provecho perderán para nosotros toda su fuerza? ¿Y qué podrá decirnos Dios que ya no nos haya dicho? ¿Qué cosa veremos que no hayamos ya visto? ¿Con qué auxilios nos convertiremos si no nos convertimos con estos? Si los despreciamos y desatendemos hoy ¿no los despreciaremos también en cualquiera tiempo? Tomamos, pues, que si no nos convertimos á Dios en estos ejercicios, tal vez no nos convertiremos jamás y nos queda muy poca ó ninguna esperanza de nuestra salvación.

Entremos en nosotros mismos, no desprecieemos las gra-

cias y llamamientos del Señor, no seamos duros de corazón, tal vez estos ejercicios sean los últimos resplandores y las luces últimas de su gracia con que quiera ilustrarnos. Ya es hora que despertemos, como nos dice el apóstol. Contados tiene Dios nuestros días, quiere tal vez ofrecernos este último auxilio para que no tengamos que quejarnos, ni cosa alguna que poderle echar en cara; quiere que evitemos sin tardanza nuestra desgracia eterna. ¿Qué hará si le desatendemos, si no queremos oírle, si nos endurecemos en nuestras pasiones, en nuestra obstinacion y corazón impenitente? Se retirará para siempre de nosotros, nos abandonará y no volverá á visitarnos hasta que nos llame á su tribunal y nos presente el depósito de abominacion que hemos atesorado con nuestros desprecios de sus gracias. Y ved por qué estos ejercicios si no sirven para nuestro bien y nuestra conversion han de servir para nuestra mayor ruina y perdicion.

Sí, porque tanto mayor ha de ser nuestra cuenta, cuanto mayores y mas abundantes hayan sido los bienes recibidos, y á cada uno ha de juzgar el Señor conforme á los talentos de que le ha hecho depositario. Porque la ira y venganza del Señor ha de aumentarse en proporcion de nuestra dureza, obstinacion y desprecio. Porque no aprovechándonos de estos ejercicios volvemos mal por bien al Padre misericordioso que nos los concede, y resentido nos dirá: *Filios enutriví et exaltavi, ipsi autem spreverunt me*: y cuanto mayor es el amor que nos manifiesta ofendido y ultrajado tan vil y descorlesmente será tanto mayor su venganza. Porque cuanto mayores son los beneficios que recibimos tanto mayores y mas severos son los juicios que nos

quedan preparados. Porque irritado el Señor nos entregará á los verdugos y hará que nos atormenten hasta que paguemos el último cuadrante, y aun aquellos mismos pecados que se nos habian perdonado, como que en cierto modo revivirán y hará el Señor que le paguemos todo el débito á fuerza de tormentos eternos. Porque nada siente tanto el Señor como el que los mismos suyos no le reciban, y que le devuelvan males por bienes. *Retribuebant mihi mala pro bonis, sterilitatem animæ meæ* (1).

Estos ejercicios servirán para nuestra mayor ruina si no sirven para utilidad y provecho de nuestras almas, porque tenemos que dar cuenta de estas gracias despreciadas. Porque el Señor nos desconocerá cuando queramos volvernos á él: *Nescio vos*. Se apartará y alejará de nosotros, y ¡ay de nosotros si quedamos desamparados de Dios! *Væ eis, cum recessero ab eis*. Que daremos sin esperanzas de salud por haber menospreciado sus justificaciones y los medios tan fáciles que nos proporcionó para salvarnos. *Longe á peccatoribus salus: quia justificationes tuas non exquisierunt*.

Terminantes estan en el Evangelio las amenazas del Señor: *Aufferetur á vobis Regnum Dei et dabitur genti facienti fructus ejus. Malos male perdet; et vineam suam locabit aliis agricolis, qui reddunt ei fructum temporibus suis* (1). Temamos estas amenazas terribles de nuestro Dios; temamos que si no oimos su voz nos deje abandonados á los depravados deseos de nuestro corazon, como nos lo dice por el real

(1) Psal. 34, v. 12.

(1) Matth., cap. 21, v. 43.

profeta : *Et non audivit populus meus vocem meam : et Israel non intendit mihi. Et dimisi eos secundum desideria cordis eorum : ibunt in adinventionibus suis.* Ved aquí un espantoso castigo del Señor : permitirá, en pena de no querer oír sus santas inspiraciones y doctrina de salud, en castigo de no escucharle, que nos abandoneinos á nuestros apetitos desarreglados y á nuestras extravagantes invenciones ; nos dejará abandonados á nosotros mismos, y cuando le llamemos nos echará en cara nuestra obstinacion y nos volverá con desprecio la espalda. *Vocavi et renuistis.... despexistis omne consilium meum... ego quoque in interitu vestro ridebo et subsannabo.*

No abusemos por mas tiempo de las piedades de nuestro Dios ; cuidemos de volvernos sinceramente á Dios y convertirnos de todas veras en estos santos ejercicios. Ya es tiempo de sujetar nuestras pasiones y ponernos en paz con Dios y con nosotros mismos. ¿Qué es lo que hemos hecho hasta ahora ? ¿En qué hemos pasado los dias de nuestra vida ? ¿Qué podemos presentar á Dios sino pecados, negligencia y desprecio de sus gracias ? ¿Nos dará tiempo para hacer otros ejercicios ? ¿Se retirará y nos abandonará si no queremos aprovecharnos de estos ? ¿Quién lo sabe ? Pero lo que sabemos es, que si despreciamos sus inspiraciones y llamamientos, si no nos convertimos en estos ejercicios puede ser que ya no haya salvacion para nosotros ; que podemos contar con que queda muy poca esperanza de nuestra salud eterna ; que es incurable nuestro mal, puesto que so resiste á las medicinas mas activas ; y que no sirviendo para nuestro bien, servirán para nuestra mayor confusion, para nuestra rabia, desesperacion y mayor tormento.

Esta es, pues, la ocasion de empezar á proveernos de méritos y virtudes, de empezar á hacer obras dignas de la vida eterna, de empezar la obra grande y necesaria de nuestra conversion á Dios llorando nuestros pecados y haciendo una severa penitencia de ellos. No dejemos pasar este tiempo y estos dias de propleciacion y de salud. No convirtamos en nuestro daño lo que el Señor nos concede para nuestro remedio.

A pensar seriamente en mudar de vida, á reparar las ofensas con que os hemos ultrajado, á implorar sobre nosotros vuestra clemencia y misericordia, á esto, Dios mio, venimos resueltos á estos ejercicios. Favorecednos, ayudadnos, haced que no pensemos sino en Vos y para Vos, y como nada podemos sin vuestra gracia, dadnos la gracia de ser dóciles, sumisos, de no despreciar vuestras gracias. Dadnos el que fructifiquen en nuestras almas vuestros auxilios y nos den una verdadera conversion y con ella méritos y virtudes, aumentos de gracia para conseguir la gloria. Amen.

F. L. G.

PLATICA IV.

DISPOSICIONES CON QUE DEBEMOS HACER ESTOS EJERCICIOS.

*Contendite intrare per angustam
portam.*

LUC., CAP. 13, V. 24.

Es estrecho el camino del cielo, menester es pelear y esforzarse para seguir por él. Es preciso seguir á Jesucristo y armarse de la fortificacion, de la humildad, del retiro y de la penitencia. El espíritu recogido á contemplar las verdades eternas y los deberes que le impone el ser cristiano conoce esto mismo, y que es forzoso apartarse de los placeres, de las ocasiones, de las alegrías, de las amistades del mundo y de sus vanidades y concupiscencias, si se ha de entrar por el camino recto en seguimiento de Jesucristo. La carne, sin embargo, se resiste y revela cuanto puede, se pone en una fuerte porfia, y de aquí el continuo com-

bate y la dura guerra contra el espíritu; tanto mayor cuanto mas procuramos apartarnos y resistir á sus concupiscencias. De aquí la pena; la angustia, la tristeza y agonía mortal que padece el que trata de convertirse á Dios y renunciarse de veras á sí mismo, al mundo y al demonio para vivir segun Jesucristo.

Entramos en estos santos ejercicios con el ánimo resuelto á mudar de vida y reformar nuestras costumbres. Nos examinamos á nosotros mismos, comparamos lo que somos y lo que debiéramos ser, y como hallamos tantos pecados que delectar y reparar, tantos escesos que corregir, tantas pasiones que sujetar, tantas inclinaciones que destruir, tantas virtudes que inspirar al corazón: como nos vemos tan distantes de Dios, que son tantos los esfuerzos que tenemos que hacer para llegar á él, tan largo, tan estrecho y tan penoso el camino, desmayamos, nos desanimamos, desconfiamos casi, casi, y nos adormecemos en el estado en que nos hallábamos, contentos cuando mas con unos buenos deseos y dejando á otros que se esfuercen y sean santos.

Las pasiones tambien y el mundo á quien hemos seguido nos gritan, y oímos en nuestro interior que nos dicen como á san Agustín cuando pensaba en convertirse: ¿Es posible que querais abandonarnos? ¿Con que vais á sepultaros en lo mejor de vuestra vida, á condenaros á una vida triste y melancólica? ¿Con que quereis renunciar para siempre á vuestros deleites, abandonar vuestras antiguas y tiernas amistades, y nada habeis de conceder ya á los antojos y desahogos de vuestro corazón? ¿No os queda tiempo de retiraros cuando lleguéis á la vejez? ¿Qué dirán los demás y cuántas serán sus burlas y risas cuando os vean convirti-

dos en penitentes? ¿Y podreis continuar en ese género de vida tan triste mucho tiempo? Y si no habeis de continuar, mejor es no empezar y ponerse en ridículo.

Ved aquí, mis amados, el escollo principal y el motivo de perderse el fruto de estos santos ejercicios; conocemos lo que nos importa y debemos hacer, pero se apodera de nosotros el temor, la desconfianza, el desaliento; nos faltan los generosos esfuerzos que debemos hacer para triunfar. Por lo mismo que la puerta del cielo es estrecha debemos forcejear y esforzarnos por entrar por ella porque no hay otra: *Contendite intrare per angustam portam.*

Y ved las disposiciones con que debemos tener estos santos ejercicios si deseamos que nos sean provechosos. Debemos tener resolucion y hacer generosos esfuerzos sobre nosotros mismos; una grande confianza en Dios que nos ayudará y disipará nuestros temores y tristezas, y una atencion y docilidad á las amonestaciones y advertencias que se nos dirigirán en nombre de Dios con deseo de conservarlas siempre y obrar segun ellas.

Tentaciones tenemos que vencer y pasiones á que resistir. Grandes, tal vez, podrán ser los vicios que tenemos que desarraigar de nuestro corazon, y las renunciadas y sacrificios que tenemos que hacer; pero ¡infelices de nosotros si nos damos por vencidos á las primeras contradicciones! Jamás podemos prometernos que saldremos triunfantes, y abatido el espíritu con las victorias repetidas que hemos concedido á la carne, ni aun se atreverá á entrar en la pelea. Trabajo ha de costarnos el convertirnos, pero estas dificultades y trabajos provienen de nosotros mismos. Las pasiones nos tiranizan, pero es porque hemos querido

dejarlas que sean señoras de nuestro corazon; porque no nos hemos opuesto á su dominio ni resistido su yugo. Esforcémonos y entendamos que la primera disposicion que debemos tener, la primera penitencia que debemos hacer es vencer estas dificultades. Esta piedra pesada, estos grandes estorbos son los que hacen mas difícil nuestra conversion, pero estas dificultades no son tan fuertes como parece. Los primeros pasos y los primeros esfuerzos que hagamos pueden ser suficientes para desvanecerlas. Es una necesidad indispensable, no podemos prescindir de renunciar á nuestras pasiones si queremos entrar en el reino de Dios. Preciso es, ó renunciar para siempre á la salvacion de nuestras almas, ó romper alguna vez los vergonzosos lazos que nos sostienen tan atados al mundo y á la vanidad, la avaricia, la lascivia, los placeres y á todo lo que nos entretiene y lisonjea. Esta consideracion nos allana el camino del triunfo, y fijando nuestros deseos en el cielo y el premio destinado para los justos, pierden toda su ilusion los atractivos y embelesos con que nos alucinan y entretienen las pasiones, y se disipa la tristeza que nos aflige al contemplar que se han de concluir para nosotros los goces corrompidos del mundo. Cuando acometemos seriamente y con valor á nuestras pasiones, desengañémonos, que pierden su fuerza, sus atractivos y dulzuras, y el vencerlas proporciona unas satisfacciones y consuelos que nos recompensan abundantemente de la falta de los placeres terrenos; nos avergonzamos de haber sido tanto tiempo sus miserables esclavos, y nada sentimos tanto como el no haber sacudido antes su yugo y haber empezado antes á amar de veras á nuestro Dios. *Sero te amavi.* Nuestro espíritu rebosa

en otras delicias y consuelos mucho mas puros y satisfactorios, y nos importan muy poco las burlas del mundo y que nos tengan por locos, insensatos y miserables. En estos mismos abatimientos y desprecios, en la privacion y renuncia de los placeres que tanto llenaban nuestro corazon y de que nos parecia imposible separarnos sin quedar en un perpetuo abatimiento y tristeza, hallamos una dulzura inesplicable y un gozo superior á cuantos tuvimos en el servicio del mundo, como de sí mismo nos lo atestigua san Agustin: *Quam mihi dulce fuit carere suavitatibus hujus sæculi* Se trata tambien de un negocio en que las dificultades no deben asustarnos ni detenernos. Media nada menos que nuestra suerte eterna, nuestra salvacion ó condenacion. ¿Nos servirá de consuelo ni de excusa en el infierno la dificultad que nos costaba el convertirnos, el romper con el mundo, domar nuestras pasiones y renunciar á nuestros desordenados apetitos? ¿No miraremos entonces con todo el horror que se merece nuestra cobardia y debilidad? ¿No nos avergonzaremos y llenaremos de rabia y desesperacion al ver la facilidad con que hubiéramos podido vencer y triunfar de los que mirábamos como unos obstáculos inseparables? Pues esforcémonos á entrar por la puerta angosta que franquea el paso á la gloria. Tengamos resolucion y hagamos unos generosos esfuerzos. Vengamos si queremos conseguir el triunfo, y esta es la primera disposicion con que debemos prepararnos si queremos que nos sean útiles y fructuosos estos santos ejercicios. No volvamos la vista atrás, no escuchemos mas la voz del mundo y de las pasiones, no nos alucinen las sugerencias del enemigo común de nuestras almas, oigamos solo que nos in-

teresa salvarnos, que es muy sensible el que nos condene-
mos para siempre y que aunque sea estrecha el camino del
cielo y angosta la puerta de la gloria, Jesucristo nos dice
que es indispensable hacer todos los esfuerzos para entrar
por ella.

Yo pediria mucho si no pudiéramos contar mas que con
nuestras débiles fuerzas. Tendríamos sobrados motivos para
desalentarnos si no contásemos con Dios, pero todo debe-
mos esperarlo teniendo la ayuda de Dios y confiando en
que Dios está de nuestra parte. Y ved otra disposicion con
que debemos entrar en estos ejercicios: una confianza
grande en Dios que nos favorecerá y disipará nuestras tris-
tezas, nuestros temores, y dará aliento á nuestras resolucio-
nes santas. Y ¿cómo hemos de poder persuadirnos que el
Señor nos abandone? ¿Cómo podremos creer que habién-
donos llamado á este retiro para que nos convirtamos nos
deje abandonados en tan terrible empresa á nuestros débi-
les recursos? El nos ha inspirado el pensamiento de hacer
estos ejercicios; ¿dejará imperfecta su obra y nos apartará
sus auxilios? Es el Señor de todos y es muy poderoso y
rico para todos los que le llaman y recurren á El. ¿Por qué,
pues, hemos de temer siendo así que cuida de nosotros,
que no nos abandona, que tiene una Providencia especial
de los que le invocan humillados y contritos, y que se
muestra como un dueño amoroso, como un protector fuer-
te de los que no se desdennan servirle? *Inquirentes Dominum
non minuentur omni bono*, dice el real profeta (1). No, no

(1) Psal. 33.

reclarán de menos la ayuda, los consuelos y los bienes del Señor los que le buscan de veras. Sus ojos estan siempre atentos sobre los justos y sus oídos dispuestos á oír las súplicas de los que le llaman. *Beatus vir qui sperat in eo.* Yo, dice el mismo profeta, bendeciré al Señor en todo tiempo y consagro eternamente mi boca para celebrar sus alabanzas. Solo me gloriaré en el Señor: oigan las almas humildes la relacion de sus beneficios y acompáñenme en mi júbilo. Los que temeis al Señor, glorificadle conmigo, juntémonos para ensalzar su santo nombre. Yo le busqué é imploré su auxilio en mi afliccion, oyó mi voz y me libertó de todos los peligros. Acudid á él los que necesitais de consuelo, y lejos de confundiros con una triste repulsa, restituirá á vuestro rostro la serenidad que habia borrado el dolor. ¿Qué era yo á los ojos del Señor? y sin embargo me atreví á dirigirle mis clamores y se me mostró propicio y me libró de todas las tribulaciones. El angel del Señor estará siempre al rededor de los justos y los pondrá en salvo. Gustad y ved si hay dulzura comparable con la que hallamos en él, aun en los mismos trabajos. ¡Feliz el hombre que solo espera en Dios! Los que os consagrais á su servicio, temedle y reverenciadle, porque atento á cualquier necesidad de sus siervos, no permite que les falte cosa alguna. Reduce á la miseria á los ricos que le olvidan, y colma de bienes á los que le buscan y le aman. Venid, hijos, escuchadme, os enseñaré á temer á Dios. ¿Quieres, hombre, vivir feliz y gozar dias alegres? No profieran tus labios la mentira, prohíbe á tu lengua la maledicencia, huye del mal, obra el bien, ama la paz, sacrifica tus inclinaciones por lograrla y los ojos del Señor estarán aten-

los sobre tí, no como sobre los malos para decretar su perdicion y aniquilar su memoria, sino para socorrerlos, porque siempre que sus siervos han recurrido á él los ha oído y sacado de sus tribulaciones. Los asiste y conforta continuamente en sus penas, y su humilde confianza es la prenda segura de que los ha de salvar. Los pondrá á salvo de todas las tribulaciones, y aunque parece que los abandona al furor de sus enemigos, interiormente los sostiene, él los libra de la afliccion y la angustia y no dejará jamás abandonado á ninguno de los que confían en él. Así, y por una esperiencia propia nos anima el santo rey David á poner nuestra confianza en Dios. Y el Espíritu Santo nos dice: que ninguno que ha esperado confiadamente en Dios ha sido confundido; que ninguno que le ha invocado ha sido desatendido, sino que por el contrario ha experimentado su proteccion (1).

Y ¿cómo puede ser otra cosa si es nuestro Padre amorosísimo y no desca sino nuestro bien? ¿Le pediremos pan y nos alargará una piedra? ¿Dejará de socorrernos cuando le llamemos en nuestra ayuda para sacudir el yugo y las cadenas del pecado, cuando no desea otra cosa con mas ansia que nuestra conversion, y sabemos que no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva? Tan luego como le manifestemos nuestros deseos de amarle, de entrar en su gracia y salir del pecado, nos ayudará, nos protegerá, nos amará como nos lo dice por el profeta Oseas (2): *Sana-*

(1) Eccles., cap. 2.

(2) Cap. 14, v. 5.

bo contritiones eorum; Diligam eos, quia aversus est furor meus ab eis.

¿Qué es, pues, lo que debe detenernos, ni qué impresión deben hacernos las sugerencias del demonio, los respetos al mundo, ni la pena en que nos quieran sumergir nuestras pasiones al sentir que tratamos de refrenarlas? ¿Tememos ese género de vida melancólico y triste en que creemos que vamos á quedar sumergidos en privándonos de los deleites pecaminosos y prohibidos por Dios? Pero el Señor que nos ayudará á resolvernos, disipará también nuestros temores y tristezas. Una gracia nos abrirá el camino para otra y bien pronto experimentaremos que es suave el yugo del Señor y que su servicio nos proporciona unas delicias mas sólidas y mas abundantes que el desenfreno y la satisfacción de nuestras pasiones. Alegrarán á nuestra alma las consolaciones del Señor, y un día solo en sus años será mejor para nosotros que mil consumidos en los placeres mundanos. Preferiremos ser los últimos en la casa del Señor á habitar en los tabernáculos de los pecadores. Nos recompensaremos de la pérdida de las alegrías mundanas con aquellas inefables dulzuras del Señor que hacen que aun la misma muerte sea suavísima y sea un triunfo delicioso. Bien pronto gustaremos lo suave que es el Señor y creceremos en salud, como nos dice el apóstol san Pedro, sostenidos con estos gozos y consolaciones. Se dilatará nuestro corazón y saltará de gozo nuestra alma y nada deseará tanto como habitar en los atrios del Señor, llenarse del torrente de sus delicias y hacerse digna de aquella multitud inestimable de dulzuras que tiene preparado el Señor para los que le aman, y que ni el ojo del hombre puede ver, ni el oído

escuchar, ni su corazón apetecer porque no cabe en su capacidad imaginar cosa tan grande: nada deseará tanto como vencer y no volver un paso atrás en el camino de la virtud para recibir aquel maná escondido, que nadie puede explicar ni comprender, sino el que le recibe. El que se resuelve á amar de veras á Dios no echará de menos los placeres y alegrías del mundo, gozará una paz grande, una paz inalterable, porque no le contristará cuanto pueda sobrevenirle, el Señor que le llama toma á su cargo el refrigerarle y consolarle y estará lleno de gozo cuando el mundano llore y se desespere. *Servite Domino in lætitia*, os diré con el real profeta (1), servid al Señor con júbilo y placer: *Scitote quoniam ipse Deus, ipse fecit nos*. Reconoced que El es nuestro Dios, que El es el que nos ha criado, que somos hechura suya y ¿á quién sino á El hemos de recurrir? ¿Qué ha de desear sino nuestro bien? ¿Por qué no ha de favorecernos si es Todopoderoso? ¿En quién, pues, podemos poner con mas motivo nuestra confianza, y por qué hemos de sentir privarnos de unos deleites viciados y perecederos cuando nos da en cambio otros verdaderos y eternos?

Resueltos, pues, á hacer todos los esfuerzos y con una confianza grande en el Señor falta que seamos dóciles, que estemos atentos á lo que Dios quiera de nosotros, á las inspiraciones que nos comunique y á las amonestaciones que nos dirijan nuestros directores, obedientes y prontos á cuanto nos ordene el confesor como médico en cuya mano hemos puesto la salud de nuestras almas. Nada hagamos sin

(1) Psalm. 99.

su direccion, sin su beneplácito y consejo, y conservemos siempre la doctrina santa que aquí aprendamos; perseveremos en nuestros propósitos y resoluciones, obremos como lo vamos á prometer, porque nada servirá ofrecer si despues no cumplimos, ó si despues se entibia y apaga nuestro fervor y volvemos á los mismos defectos. Haced lo posible por conservaros siempre como si estuviérais en estos ejercicios. En todas partes nos habla Dios si queremos escucharle y no dar oidos á las sugeriones de las criaturas. ¿Qué importa que nos santifiquemos ahora si volvemos despues á la corrupcion, á los mismos tratos y amistades, á las mismas diversiones y pasatiempos, á los mismos peligros y á los mismos pecados?

Todos, Dios mio, queremos convertirnos de veras y salir santificados de este retiro. Venimos á buscaros, á lograr vuestro amor y no queremos salir de aquí sin él. No sean infructuosos nuestros ejercicios por nuestra falta de disposiciones. Dadnos vuestra gracia para obrar con los esfuerzos que habemos menester; ayudadnos para confiar en Dios como debemos, y dadnos aquella atencion, obediencia, docilidad y perseverancia necesaria para que conservándonos fieles á los buenos propósitos seamos siempre vuestros y nos deis entrada por la puerta angosta de vuestra gloria. Amen.

F. L. G.

PLATICA V.

DE LA IMPORTANCIA DE LA SALVACION.

*¿ Quid prodest homini, si mundum
universum lucretur; animæ vero suæ
detrimentum patiatur?*

MATT., CAP. 16, v. 26.

Vivimos en el mundo y nos acostumbramos á pensar como el mundo. No tenemos otro cuidado ni hacemos aprecio de otra cosa que de lo presente, y miramos lo venidero y eterno como cosa muy remota ó como cosa que no nos interesa. De aquí nacen nuestras imperfecciones, nuestros pecados, nuestros trabajos y molestias y los estorbos que experimentamos en la práctica de las virtudes; porque no nos gobernamos sino por lo presente, no consideramos en la eternidad que nos espera, y acomodamos nuestros afectos, nuestros deseos, dedicamos nuestros afanes, nuestros trabajos, nuestros esfuerzos y todos nuestros cuidados á la vida

de este mundo, á lograr fortuna, á enriquecernos, á obtener los destinos y dignidades; no sentimos sino las pérdidas temporales, no hacen impresion en nosotros sino las desgracias temporales; vivimos como si no nos esperase una eternidad, como si no hubiésemos nacido para la eternidad, como si en todas nuestras obras no debiéramos encaminarnos y poner nuestras miras en la eternidad. Esta es la desgracia de los hijos de los hombres mentirosos en las balanzas y en los pesos: *Mendaces filii hominum instateris*. Hacen cada dia que pese mas lo temporal que lo eterno, obligando á su razon á que incline la balanza á donde ellos quieren. Por eso sus obras, sus empresas, sus negocios, sus cuidados son del mundo, piensan de los bienes y los males como el mundo, llaman fortuna, felicidad y desgracia á lo que llama el mundo, y se afligen por las pérdidas y contratiempos por que se aflige el mundo. Preciso es que rectifiquemos nuestras ideas y pensemos como se nos enseña en el Evangelio, para que vivamos, no segun el mundo, sino segun Dios, y demos el aprecio y estimacion que se merecen á los que llamamos los bienes y los males. Preciso es que nos acostumbremos á sustituir á las ideas del mundo las máximas saludables del Evangelio, para que nuestras medidas sean fieles y demos el justo valor, aprecio y preferencia á las cosas que lo merecen y que mas nos importan é interesan.

Nada hay que nos importe tanto, que nos toque mas de cerca, que nos sea mas trascendental que la salvacion de nuestras almas. ¿Qué importa ni qué provecho puede traer nos, nos dice el mismo Jesucristo en su Evangelio, el que logremos y nos hagamos señores aunque sea de todo el mun-

do si perdemos miserablemente nuestra alma? La salvacion de nuestra alma es segun el Evangelio el negocio que mas nos interesa. La importancia de nuestra salvacion es lo que debemos considerar y sobre lo que voy á llamar hoy vuestra atencion, para que rectificando nuestras ideas empecemos á apreciarla como debemos apreciarla, y pongamos, con la persuasion íntima y el conocimiento de lo que es y nos importa la salvacion, el cimiento sólido é indestructible para levantar el edificio de nuestra salud.

La salud, las riquezas, los honores, la fama, los deleites, la vida, todo se ha de concluir, desapareceremos de este mundo, dejaremos nosotros de ser del mundo, y el mundo no será nada para nosotros. No oiremos sus alabanzas y no nos harán impresion sus lamentos, ni esos aplausos de que somos tan solícitos, ni esas censuras que tanto tememos llegarán á nuestra noticia. Los parientes, los amigos, las riquezas que con tantos sudores hemos allegado, nos dejarán y nosotros los dejaremos, y de nada nos han de servir. Pasaremos á una region distinta luego que nuestro cuerpo se vuelva al polvo, y como edificio de tierra, se deshaga y vuelva al barro de donde salió. Nuestra alma es la que sobrevive, la que ha de entrar á gozar una felicidad eterna ó una desgracia sin fin, conforme al mérito de nuestras obras. Pues ¿qué razon hallamos para agitarnos, inquietarnos y ocuparnos tanto de nuestra fortuna, de nuestros placeres, de nuestros regalos, de nuestra salud y de lo que nos une y relaciona con este mundo, que tan poco nos ha de durar? ¿Por qué género de locura vivimos con tanto descuido de la suerte de nuestra alma? Si perdemos esta ¿nos aprovechará algo todo lo demás? El salvarnos, el con-

seguir una dichosa suerte, el ser felices para siempre, el poner los medios para lograr los bienes que no se han de acabar, ¿no debe ser nuestra ocupacion preferente y á lo que debemos dedicarnos con el mayor esmero? Cuando se trata de tomar estado, de un negocio en que se aventura la suerte buena ó mala de toda nuestra vida, se piensa, se reflexiona, se consulta, se examina y se toman todas las precauciones necesarias para lograr un buen éxito. ¿Qué es toda la vida y qué es todo cuanto arriesgamos en ella comparado con la eternidad? Tratándose de asegurar nuestra felicidad eterna ¿no pondremos todas las posibles diligencias? ¿Nos olvidaremos de ella como si no hubiese de llegar jamás, ó como si nos bastasen unos cortos momentos para pensar y prepararnos para ella? ¿Y es asunto que podemos encomendar á otro, ó en que podrá sufrir otro nuestra suerte por nosotros?

Si, pues, no es tan propia nuestra salvacion, si de ella depende nuestra suerte por toda una eternidad, si no vivimos en este mundo sino para hacer méritos que nos salven, si todo cuanto nos ofrece el mundo y quanto disfrutamos en el mundo lo hemos de abandonar y de nada nos ha de servir, si nuestra alma es la que ha de recibir el premio ó el castigo sin consideracion á los honores y fortuna que gozó en el mundo, sino solamente á sus obras, claro es que el negocio que mas nos interesa, al que debemos atender con preferencia, al que debemos dirigir todos nuestros deseos, nuestros pensamientos y nuestras obras, es á la salvacion eterna de nuestras almas, y que debemos mirarla como el asunto de mas importancia.

Dios ha criado al hombre, y le ha criado para su glo-

ria. Diga lo que guste e impío que para vivir algun tanto tranquilo en sus placeres inmundos se esfuerza en persuadirse que no tiene otra vida que la presente, ni otras esperanzas ni delicias que las de esta vida, y que no ha nacido sino para gozar los bienes terrenos; y que con él se concluye todo. Compadezcamos su insensatez y locura, y hablando con católicos que detestan de tales máximas de corrupción, me basta decir con la doctrina santa que profesamos, que Dios crió al hombre para que le sirva en esta vida, y le goce y alabe despues en la eterna. No hemos nacido, y tenemos el consuelo de creerlo y confesarlo así; no hemos nacido para ser en este mundo unos personajes pasajeros, embriagados unas veces con los vapores de una sensualidad y de unos deleites momentáneos; atribulados otras y llenos de afliccion y de lágrimas, siempre el ludibrio de la fortuna y de los caprichos de los hombres, y para estar continuamente envidiando la suerte de los que dejan de existir. Dios nos ha criado de la nada y nos ha dado vida para que hagamos durante ella méritos para salvarnos. Este es nuestro fin y el fin para que Dios, por su bondad y sin necesidad de nosotros, nos ha criado. Para esto crió el mundo y á esto se dirigen sus milagros, su providencia, el orden admirable que puso en el universo, todo para el hombre y el hombre para su gloria. Ese espectáculo de grandeza y magnificencia que por todas partes ofrece el mundo á nuestra vista, no ha sido criado por Dios con otro destino que para elevarnos hasta Dios y para significarnos los designios que tiene sobre nosotros.

Los innumerables prodigios, tantos sucesos portentosos desde los primeros dias del mundo como hallamos, y nos

ha conservado el mismo Señor en las santas Escrituras, nos manifiestan bien esa constante voluntad de Dios que todo lo dispone, todo lo ordena á nuestra salvacion. La ley natural, la ley escrita, los patriarcas, los profetas, el pueblo escogido y apartado de las demás naciones, sus preceptos, ritos y ceremonias, sus prosperidades y sus infortunios, todo lo ha obrado Dios, como nos dice el apóstol, mirando á Jesucristo, al Mesias cuyo oficio habia de ser proporcionar la salvacion de los hombres. Si Dios habla á los hombres, es para que traten de su salvacion; si los da leyes, es para que, obedeciéndolas, merezcan su salvacion; sus gracias, sus exhortaciones, sus amenazas y castigos temporales no se dirigen á otro término que á nuestra salvacion; si aflige al justo en esta vida, si disimula y permite los excesos del pecador y le da bienes terrenos, si..... En todo obra Dios con referencia á nuestra salvacion. Esas pirámides fuertes que tantas veces nos manifiestan nuestros caminos errados; esas gracias interiores que nos llaman, nos convidan y hacen tan amable la virtud; esas inquietudes que nos agitan, nos perturban y alteran la alegría que hallamos en los vicios; esos combates y remordimientos de conciencia cuando nos apartamos del camino de la salvacion; esa enfermedad, esa desgracia, ese contratiempo, esa muerte repentina de un amigo, ese deseo de entrar en nueva vida y de acercarnos á hacer alguna buena obra, ¿qué es todo sino la voz de Dios que nos llama, que se queja dentro de nosotros, que se aflige y compadece por el peligro á que esponemos nuestra salvacion, y nos inclina á que la procuremos?

¡ Cuántos prodigios tambien en el órden de la gracia; y

todos ordenados á nuestra salvacion ! Para salvarnos nos ha adoptado por hijos , y olvidándose del pecado de nuestro origen , nos ha dado derecho para que llamemos Padre al que era nuestro juez , y para que tengamos un título legítimo á su herencia. Para salvarnos son los santos sacramentos fuentes abundantes de sus gracias. Para salvarnos son tantas gracias interiores que nos descubren nuestros extravíos y nos dirigen con acierto por las sendas de la eternidad. Para salvarnos , y diré cuanto puede decirse , el mismo Dios descendió de los cielos á la tierra , se hizo hombre , se abatió á vivir en la oscuridad , en la pobreza , sufrió tantos trabajos , tantos oprobios y contradicciones , derramó tantas lágrimas y tanta sangre , fue cruelmente vendido , cobardemente abandonado , desconocido de sus mismos discípulos , entregado á sus enemigos por un traidor á quien amaba , traído por tribunales , espuesto públicamente á la irrisión y las burlas del populacho , murió cargado de oprobios y despedazado á tormentos en el patíbulo de la cruz. Así era preciso para reparar el ultraje hecho á la divina justicia por el pecado del primer hombre , para expiarle , para reconciliar al hombre con su Dios , para evitar la pérdida de nuestra salvacion , para que el hombre se salve , y así lo cumplió un Dios hecho hombre , que se sacrificó gustoso y se entregó á sí mismo y recibió la muerte por la salvacion del hombre.

Tanto cuidado por parte de Dios por nuestra salvacion , tantos recursos para afianzarnos y proporcionarnos la salvacion , tantos sacrificios por nuestra salvacion ¿ no nos enseñan lo que vale , lo que importa nuestra salvacion y el aprecio que debemos hacer de ella ? Si así lo creemos , si

así lo sentimos, ¿por qué hay tanta contradicción entre nuestra creencia y nuestra conducta? ¿Por qué hay una oposición tan enorme entre el modo de obrar de Dios y el modo de obrar que nosotros tenemos? Dios hace el mayor aprecio de nuestra salvacion, piensa en nuestra salvacion, quiere nuestra salvacion, todo lo ordena y hasta á sí mismo se sacrifica por nuestra salvacion. ¿Cuáles son los bienes que han arrebatado nuestro espíritu y los deseos de nuestro corazon? Los bienes del mundo, el agradar al mundo, el ser estimado y distinguido en el mundo, el conservar la reputacion, los deleites, la fortuna y las honras del mundo. ¿No es esto lo que ha reinado en nuestra alma y lo que ella prefiere á los deseos de su salvacion? ; Cuántas veces hemos deseado los bienes del mundo ! ¡ Cuántas nos han consternado y abatido las desgracias del mundo ! Un ligero desprecio, una señal de indiferencia, una palabra dura, un ultraje de parte del mundo, nos causa una afliccion inconsolable ; pero los extravíos del camino de la salvacion, tantos pecados que impiden nuestra salvacion, tan malos hábitos, tantas aficiones que ponen en peligro nuestra salvacion, ni nos mueven, ni nos inquietan, y nos quedamos como si nuestra salvacion nada nos interesase.

¡ Ay, hermanos míos ! Un dia solo en los átrios del Señor vale mas que mil de los otros. Luego, si nos persuadimos de esto, por ninguna ganancia, aunque sea por el mundo entero, debemos esponernos al peligro de perder nuestras almas. ¿Qué puede darnos el mundo que nos recompense de la pérdida de nuestra alma ? *¿ De qué nos aprovechó la soberbia ? ¿ De qué nos sirvió la jactancia ?* dicen los condenados en el infierno, segun nos atestigua la sabidu-

ría eterna (1). ¿De qué nos aprovecharon los cargos honoríficos? ¿De qué las riquezas y el ser señores de los imperios, si ya somos desgraciados por toda una eternidad? Aunque mediase todo el mundo ¿qué importa todo, nos dice Jesucristo, comparado con la salvacion; ni qué proporcion tiene para que arriesguemos por ello nuestra salvacion? Sin embargo, no hay uno que se condene por una ganancia y un interés tan crecido. Los mas pierden sus almas y se condenan por un interés y por una partecita tan mezquina de este mundo, que causa lástima y no se puede pensar en ello sin llorar amargamente. No ha menester el demonio llevarlos á la cima del monte Olympto, y mostrándoles todos los reinos del mundo, decirlos que todos se los dará si le adoran. Muchísimo menos es bastante para que tantos y tantos le adoren y le hagan dueños de sus almas sometiéndose á su esclavitud. Les basta, como á Acah, una viña tan destrozada que era conveniencia el arrancarla y hacer de ella un huerto. Les basta un pobre destino, un beneficio cualquiera, el mas ligero interés. Por tan poquísimo no se repara en atropellar á los pobres, en cometer simonías, en hacer traiciones, en jurar en falso, en prostituirse y faltar á la honestidad, en perder de mil modos la salvacion del alma. Digo mas, hay muchísimos que la pierden de balde y sin que nadie les pague interés alguno, que la pierden y pecan, no por interés, sino que ellos mismos pagan por condenarse. Lo último de la calamidad con que amenazó Dios á los hebreos, fue decirles que buscarian

(1) Sap., cap. 5, v. 8.

quien los quisiese comprar por esclavos, y no hallarian (1). Verificóse esto quando, vencidos por Tito, no los querian comprar los romanos, porque de tales esclavos se hallaban treinta por medio real. Así sucede á muchos cristianos que ruegan en cierto modo al demonio que los compre, que los pague algo y le servirán como esclavos, y el demonio los dice que se lo han de pagar si han de servirle y ser suyos. Tantos sumergidos en los deleites sensuales, que no pueden y se hallan sin fuerzas, consumidos y debilitados ya por sus vicios, y el demonio los mira y se rie de ver como se ingenian en buscar nuevas invenciones para avivar la llama de su concupiscencia consumida ya y medio muerta. Tantos que estan deshaciéndose de rabia y rencor y no hallan modo de vengarse de quien los hizo el agravio. Tantos que no piensan sino en enriquecerse, y sin embargo no ponen la mano en cosa que los salga bien y en que no pierdan. Tantos dispuestos á todo por llegar á un destino, y no hay quien se le proporcione. Tantos esclavos de su avaricia, de su vanidad, de sus embriagueces y destemplanzas, de sus locuras y de sus vicios á los que sacrifican quanto tienen y quanto son. ¿Qué interés ni qué gusto saquen estos infelices? Nada mas que el amar con pena y dolor su misma esclavitud, porque ni aun hallan quien los quiera comprar por precio alguno. ¿No es la mayor necesidad perder la salvacion y perderse para siempre á costa de tanto gasto y de tanto trabajo? Si condenarse y perder la salvacion de nuestra alma por todo el mundo entero, no es hacer negocio, ni

(1) Deuter., cap. 28, v. 68.

sale mejorado el que tal hiciese, ¿qué diremos de tantos necios que se condenan por unos pecados que ningún fruto les acarrear, por unos pecados que además de condenarles exigen de ellos gastos, amarguras, pesadumbres, desvelos, enfermedades, y despues de pedirle el sacrificio de su conciencia y de su alma, le exigen tambien el de su vida?

Resolvámonos á pensar de la salvacion como Dios piensa, á apreciarla como Dios la aprecia, á quererla como Dios la quiere. Acostumbrémonos á sustituir las ideas y máximas del Evangelio á las ideas equivocadas del mundo. ¿Cuánto nos avergonzaremos algun día de haber puesto nuestra aficion en unas cosas tan vanas, y habernos descuidado del negocio mas importante, del que depende nuestra felicidad eterna, de nuestra salvacion? Nuestro Dios lo ha ordenado todo para nuestra salvacion, nos ha criado para la salvacion, nos llama, nos inspira continuamente, nos asusta y reprende, nos pone delante el peligro, nos habla por la voz de la conciencia para que miremos por nuestra salvacion. Se ha sacrificado, lo ha dado todo, ha muerto en una cruz por nuestra salvacion. ¿No bastará esto para que conozcamos nosotros su importancia? Y si nosotros lo conocemos, si la queremos, ¿qué hacemos ni hemos hecho para quererla con eficacia? ¿Qué sacrificios, qué renunciaciones hacemos para lograr la salvacion de nuestras almas?

Desde ahora, Dios mio, nos dedicaremos á pensar seriamente en nuestra salvacion, en vivir para servirlos y gozaros despues. Hemos pensado como el mundo, hemos seguido las locuras del mundo, hemos adelantado en la obra de nuestros deleites y regalos, en la de nuestra vanidad,

en la de nuestros intereses y placeres , pero nada hemos hecho en la de nuestra salvacion. Nada, porque no hemos mortificado nuestras pasiones , no hemos refrenado nuestros apetitos , no hemos sido pacientes , sufridos , misericordiosos... Desde ahora queremos seriamente salvarnos y seguir el camino de vuestra ley , que es el único que nos guia á la vida eterna. Ayudad , Señor , nuestros propósitos y dadnos las fuerzas necesarias para llevar adelante estas santas resoluciones. Amen.

F. L. G.

PLATICA VI.

DE LA ELECCION DE ESTADO.

*Non enim est distinctio Iudæi et
Græci : nam idem Dominus omnium,
dives in omnes qui invocant illum.
Omnis enim quicumque invocaverit
nomen Domini salvus erit.*

ROM., CAP. 10, V. 12 et 13.

Como la salvacion de nuestras almas sea el negocio mas interesante de nuestra vida, y en el que consiste nuestra eterna felicidad, en cuanto contribuya á él debemos poner el mayor esmero y vigilancia. La eleccion del estado que nos resolvemos á abrazar en este mundo, es lo que contribuye en gran parte á llegar al feliz término de nuestra salvacion, porque consiste en que llenemos ó no sus deberes y desempeñemos los cargos que cada uno lleva consigo. He aquí una de nuestras miserias y un error en que queremos

estarnos por nuestra voluntad. Todos queremos salvarnos, y cada uno cree que se salvaria mejor en otro estado que en aquel en que se encuentra. Si yo fuera sacerdote, dice uno, no ofenderia á Dios ni tendria las molestias é inquietudes de mi familia con quien no puedo menos de ofender á Dios. Si fuera religioso, dice el que es sacerdote, me dedicaria esclusivamente al servicio de Dios, á la mortificacion y penitencia, al celo por la salud de las almas; pero entre los negocios de mi cargo y los afanes del mundo no me es posible, aunque lo siento. El soltero cree que siendo casado se apartará de los vicios y podrá pensar en su salvacion. El casado quisiera estar soltero para poder servir á Dios mas exento de cuidados. El labrador envidia la suerte del artista y comerciante, á quienes cree mas libres y desocupados para rezar, leer y santificarse. El artista y comerciante quisiera el descanso y retiro del labrador para evitar tantas mentiras; fraudes y usuras que le pierden y condenan. Cada cual cree que su estado es el peor, y que en otro podria salvarse y servir á Dios. Diré á todos con el apóstol san Pablo, que para Dios no hay distincion de judío ni de griego, que es uno mismo el Dios y Señor de todos, que es rico para todos los que le invocan, y que todo el que invocare el nombre del Señor será salvo. Diré que todos los estados son de Dios, que quiere para el buen orden y armonia del mundo que haya ricos; pobres, casados, solteros, sacerdotes, religiosos, reyes, súbditos, amos, criados y todos los demás estados y condiciones que conocemos; que todos son caminos, pero que todos llevan á un término, que es la salvacion de nuestras almas, que es el fin para que Dios nos crió, y por consiguiente que

en todos los estados podemos salvarnos, así como en todos los pueblos; porque nuestro Dios es Dios de todos, y es rico y atento á todos los que le llaman, y llamándole é invocándole nos salvaremos: *Omnis enim quicumque invocaverit nomen Domini salvus erit.*

Preciso es que nos desengañemos y no sigamos en el error de que en otro estado distinto podríamos salvarnos; que estudiemos y meditemos que en todos podemos, no solamente salvarnos, sino ser santos, y aun tenemos obligación á serlo. Así voy á manifestarlo, haciéndolos ver también que para esto es necesario contar con la vocación divina y con nuestra fidelidad.

Asunto es este en que deben reflexionar con toda prudencia y madurez los que se hallan en el caso de elegir estado, y no deja de ser útil á los que le han elegido, para que, llenando con fidelidad sus deberes, se salven y no puedan alegar excusa ni pretexto.

Dios no quiere la perdición de ninguna alma, Dios está pronto con sus auxilios para socorrer á todos los que le invocan; para Dios es tan criatura suya el rico como el pobre, el ignorante como el sabio, el superior y el súbdito, á todos ama porque es Dios de todos. En el plan de su divina Providencia entra la desigualdad de estados y condiciones. Desigualdad tan necesaria como lo es la de los miembros de un cuerpo, según la comparación de que se vale el apóstol. No todo el cuerpo puede ser pies, ni todo manos, ni todo oídos, ni todo cabeza, porque dejaría de ser cuerpo. Así en el cuerpo de la Iglesia, ni todos han de ser doctores y predicadores, ni todos apóstoles, ni todos mártires, ni todos han de tener el don de hacer milagros ni de

interpretar las lenguas; pero así como igualmente queremos el bien y la salud de todos y cada uno de los miembros de nuestro cuerpo, padecemos si alguno padece, acudimos á su socorro si alguno peligrá, y nos congratulamos con el bien que á alguno le sucede, así nuestro Dios, como cabeza de todos los hombres y de este cuerpo que formamos para la edificacion del mundo, y muy especialmente de la Iglesia, quiere el bien y salud de todos, y nos pone en distintos estados para que unos á otros nos ayudemos y no podamos decir que no tenemos necesidad de otro por abastido que se halle, así como la mano ó el ojo de nuestro cuerpo no puede decir que no necesita del pie; para que todos por distintos caminos lleguemos al término único que es la salvacion de todos.

Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad. Dios nos ha criado á todos, y como un Padre amantísimo, no nos crió para hacernos infelices. Es infinitamente bueno, y no nos sacó de la nada para tener el inhumano placer de vernos por toda la eternidad sumergidos en la desgracia, el llanto y el dolor. Nuestras desgracias y calamidades se esplican con nuestra rebeldía, con la caída ó mas bien la rebellion del hombre contra Dios. Dios castigó la ofensa que le hizo el primer hombre, y desheredó de su gloria á todos los descendientes de un Padre pecador en quien todos pecamos. Pero el mismo Hijo unigénito de Dios tomó á su cargo nuestra reparacion. Vino á la tierra desde el cielo á buscar y salvar á todos los que habian perecido, murió por todos para salvarnos á todos, de modo que nuestra será nuestra perdicion, por nuestra culpa y no por defecto de auxilios que

todos los tenemos prontos de parte de Dios. Todos y mucho mas los que por una especial predileccion, por una especial misericordia hemos sido llamados al seno de su Iglesia, hemos recibido la fe y participamos de sus santos sacramentos. A todos, pues, nos ha provisto el Señor de medios para salvarnos, y todos por consiguiente, cualquiera que sea nuestro estado, podemos valernos de ellos, á todos nos estan dispuestos y prontos los santos sacramentos, manantiales y conductos de la divina gracia, y con ellos podemos santificarnos en todas partes, en todos tiempos y en todos los estados.

Quando tuviésemos alguna duda de esta verdad, nos bastaria levantar nuestra consideracion á la mansion de los santos, registrar las vidas de tantos cortesanos del cielo en que se hallan de toda tribu; de toda nacion, de toda edad, de todo sexo, de todo estado y condicion. Santos son que santificaron en este mundo muchos que fueron reyes y vivieron rodeados de la pompa y el regalo; muchos que fueron pobres necesitados á ganar con su trabajo el sustento de sus familias. Muchos estan en el cielo que fueron sacerdotes y estuvieron rodeados de cuidados en este mundo, muchos que fueron religiosos retirados y recogidos, muchos que se santificaron en los mismos palacios reales, entre el ruido de las armas, en el ejercicio de la enseñanza y en la defensa de los pleitos, muchos que murieron jóvenes, muchos que murieron ancianos, muchos de todos estados y condiciones que nos deben dar aliento, así como condenan nuestra frialdad y tibieza, y desbaratan cuantas excusas podamos alegar, porque no hay estado ni circunstancia especial en que podamos hallarnos, en que se

hayan hallado muchos que ahora estan en el cielo, y como se salvaron aquellos podemos salvarnos nosotros.

No nos salvamos todos, como desgraciadamente sucede, y aunque son muchos los llamados son pocos los escogidos, el motivo es no por el estado que tenemos en el mundo, sino porque ó no estamos en aquel á que Dios nos llama y destina, ó porque no cumplimos las obligaciones que nos impone aquel estado á que Dios nos llamó. De aquí es, que aunque podamos salvarnos en todos los estados es necesario para ello que contemos con la vocacion divina, y con nuestra fidelidad y exactitud en cumplir los deberes de nuestro estado. Muchísimos no van por el camino de la salvacion porque no estan en el estado á que Dios les llamaba y destinaba. A cada uno tiene dispuesta la divina Providencia el estado que debe tomar, y no deja jamás de darle á conocer cuál es, como desee y pida á Dios el saberlo con una intencion recta y con una cristiana sinceridad. A cada uno proporciona el Señor los auxilios, las luces y las fuerzas necesarias para santificarse llenando los cargos del estado á que le destina, y de aquí es, que el que acierta en la eleccion de su estado tiene adelantado mucho para salvarse, puede contar con la aynda de Dios; y el que yerra la eleccion como no puede contar con tales auxilios, se espone á no cumplir sus deberes y tiene mucho camino andado para el infierno. De aquí es, que de la acertada eleccion de estado pende por lo comun nuestra salvacion, y así nos es sumamente interesante consultar la voluntad de Dios sobre este negocio, indagar lo que Dios quiere de nosotros, y seguir su voluntad sin miramiento á los respetos humanos.

Esto es cabalmente de lo que menos se trata, aunque todos conocen lo interesante que es la acertada eleccion del estado de cada uno. Se atiende al interés terreno, á la conveniencia de las familias, al aumento de fortuna; se toma el estado por cálculo, por especulacion; la doncella se casá por salir del yugo de la obediencia á sus padres; el jóven entra en el matrimonio sin haber consultado á otra cosa ni á otra voluntad que á su pasión y la satisfaccion de sus placeres; se toma el estado del sacerdocio para hacer fortuna, para mejorar la suerte de los parientes, se consulta á los que pueden ayudar y favorecer, y no se piensa en saber si es Dios quien le llama: el interés de la casa, las rentas del beneficio, el esplendor de la dignidad es lo que mueve y determina á muchos á tomar el estado eclesiástico, y como estos títulos no pueden suplir la falta de talentos y de vocacion, vienen á buscar por sí mismos su ruina. Unos conseguirán su salvacion en un estado y otros en otro. Dios proporciona sus gracias y sus talentos á los estados diferentes de la vida y los reparte entre aquellos que destina á estos estados diferentes. Preciso es que indagué cada uno saber cuál es y tomar aquel estado á que le destina la divina Providencia, si quiere salvarse. Todas son seguridades, todo lo halla fácil y llevadero, todo lo hace con gusto el que se halla en el estado á que Dios le destinó; pero todos peligros, dificultades y disgustos para el que no consultó con Dios ni siguió su voluntad. ¿Qué parte tiene el Señor en esos destinos en que no le hemos consultado, en esos destinos que nosotros somos los únicos actores, en que no hemos oido otro parecer que el de la carne y de la sangre, el del interés, el del mundo, el de la pa-

sion...? Dios queria que fuésemos por su camino, pero sin consultarle y aun despreciando sus insinuaciones, tomamos otro. Nos tenia prevenidas las correspondientes gracias para aquel estado que nos habia señalado, ¿tendrá obligacion á darnoslas en el que nosotros hemos escogido por nuestro antojo? Era su voluntad llevarnos á la salvacion por una senda y nosotros tomamos otra que nos pareció mejor ¿extrañaremos el hallar peligros, estorbos y malos pasos? ¿Nos admiraremos de que el mundo esté lleno de hombres desgraciados, de que haya tantos descontentos, de que se desvanezcan tantos proyectos de grandeza, de que haya tantos escándalos é infidelidades en los matrimonios, tantos sacerdotales sin celo ni fervor, tantos que aborrecen su estado, quieren continuamente salir de él y faltan á los deberes que les impone? *¿Amice quomodo huc instrasti?* Puede decir á muchos el Señor ¿cómo entraste en el sagrado ministerio? ¿Cómo subiste á ese empleo y dignidad? ¿Cómo elegiste el matrimonio? ¿Quién te llamó á ese estado que tienes? ¿Qué motivos tuviste? ¿Por qué medios llegaste á él? ¿Qué fines te propusiste? ¿Te preparaste para abrazarle con la oracion, con la edificacion de tus costumbres y con el arreglo de tu vida? *¿Quomodo huc instrasti?* ¿Cuántos motivos de temor ofrece esta sencilla pregunta! ¿Con quién te aconsejaste para abrazar el estado que tienes en el mundo? ¿Fue Dios el que te destinó á él, ó fue el espíritu del interés, de la ambicion, de la codicia ó de la libertad? ¿Te movió á tomarle el deseo de tu salvacion, ó no pensaste en esto y miraste solo á tus desordenadas pasiones? ¿Examinaste los cargos que ibas á tomar, y probaste si tenias la ciencia, la capacidad, las prendas necesarias para cumplir

los deberes que tomabas sobre tí? Por falta de este exámen resulta que el Señor quejándose nos diga por Oseas: *Ipsi regnaverunt et non ex me*. Ellos reinaron por sí y no por mi voluntad. Que nos diga por Isaias: *Quæ volui elegistis. Propter hoc, ecce servi mei comedent, et vos envietis. Ecce servi mei bibent et vos sitietis. Ecce servi mei lætabuntur; et vos confundemini*. De aquí resulta que como un ciego que desprecia la guía, quiere ir por sí y no sabe dónde va, viene á poner el pie en falso y cae en el precipicio, así el que no se conduce segun Dios, ni se aconseja con Dios, ni quiere explorar la voluntad de Dios, *se estrecharán los pasos de su virtud y le precipitará su consejo*, como dice el santo Job (1): *Arctabuntur gressus virtutis ejus, et præcipitabit eum consilium suum*.

Examinad, pues, y mirad cuidadosamente vuestra vocacion puesto que tanto interesa entrar en el estado á que Dios nos llama y que del estado que abracemos depende por lo comun nuestra eterna salvacion. No tengan parte en vuestra eleccion los respetos humanos, las miras de interés, los temores ó esperanzas terrenas. Consultad con Dios, examinad lo que Dios quiere de vosotros, la inclinacion que os da y resolvéos con estas disposiciones para que acérteis así á entrar en el estado que Dios os ha destinado y en el que podeis contar con sus gracias. Mucho nos interesa, como hemos visto, conocer cuál es la voluntad de Dios; y nos interesa tambien el seguirla, una vez conocida. Así como si estadios ya resueltos, si hace tiempo que tomattios

(1) Cap. 18, v. 7.

estado, nos interesa el ser fieles á él, cumplir sus deberes, no tenemos otro remedio sino hacer todo lo posible para santificarnos en el estado en que nos hallamos; si no podemos desviarnos de él. Lo que debemos hacer ya, si nos hallamos constituidos en algun estado, lejos de ocuparnos en examinar si Dios nos ha llamado ó no á él, es examinar las obligaciones que lleva consigo y dedicarnos á desempeñarlas con puntualidad. Porque no basta contar con la vocacion de Dios para salvarnos en nuestro estado. No basta estar en el camino en que Dios nos quiere, no basta estar en el camino derecho sea llano ó escabroso, áspero ó suave; si nos estamos parados ¿de qué nos sirve? Y si nos salimos de él con pretestos de adelantar mas por los atajos y nos perdemos ¿de qué nos aprovecha? Es muy fácil perderse en dejando el camino real y es preciso no salir de él. Es preciso no pararse, porque el que se queda parado jamás llega al término. Saul fue llamado y escogido por Dios para reinar en su pueblo, y el mismo Dios le reprobó por sus infidelidades. ¿Qué vocacion mas segura, ni á qué estado mas santo que la de Judas al apostolado? Y sin embargo Judas se condenó en un estado tan elevado viniendo á ser traidor de su mismo Maestro. Entendamos, pues, que la vocacion mas legítima y mas santa, la vocacion al estado mas perfecto será funesta si desatendemos al cumplimiento de sus obligaciones; y la prueba mas segura de que hemos tenido una legítima vocacion para el estado en que nos hallamos, es el portarnos en él con ejemplo y edificacion.

No es, pues, la diversidad de estados en lo que pende nuestra salvacion. En todos podemos salvarnos; pero es menester que consultemos la eleccion con el Señor, es me-

nester que los motivos que nos resuelvan sean puros, y que el móvil de nuestra resolución sea la voluntad de Dios y el deseo de nuestra salvación, y que una vez hecha la elección y puestos en un estado tengamos fidelidad, esto es, que seamos exactos en el cumplimiento de los cargos de nuestro estado. Esto basta para salvarnos, ni Dios exige mas de nosotros: pero si el que ha abrazado una vida activa presume ser contemplativo, si el marido ó la muger casada y con familia abandona los deberes de su casa y quiere estarse en la iglesia como si fuera una religiosa, si la religiosa y el sacerdote á quien incumbe el retiro y la oración se ocupa de negocios de familia, si, en una palabra, salimos de lo que somos y Dios ha querido que seamos, si no llenamos con exactitud los deberes del estado en que Dios nos ha puesto ¿qué ha de sucedernos? Jamás llegaremos á salvarnos por no hacer la voluntad de Dios, y el mismo Dios que nos eligió nos reprobará como á Saul, como á Judas y á otros muchos.

¡Señor! Dadnos á conocer el camino de la vida y haced que no nos desviemos de él hasta que lleguemos á vos, y puestos a vuestra diestra, gocemos por toda la eternidad las delicias de vuestro reino. Amen.

F. L. G.

PLATICA VII.

DE LA NECESIDAD DE HACER PENITENCIA.

*Attendi et auscultavi... nullus est
qui agat pœnitentiam super peccato
suo dicens ¿quid feci?*

JEREM., CAP. 8, V. 9.

Attendi y escuché y no hallé nadie que hiciese penitencia de su pecado diciendo ¿qué he hecho? Así se queja el Señor por Jeremías, y así podemos quejarnos nosotros, porque ya sea que atendamos á lo que los hombres hacen, ó que escuchemos lo que hablan y dicen, hallaremos entre ellos poquísimos penitentes. Hay muchos que quieren hacer penitencia, pero son poquísimos los que se resuelven de veras á hacerla porque son muy pocos los que entran en sí mismos y se preguntan seriamente: *¿Quid fecit? ¿Qué es lo que yo he hecho? ¿En qué he pasado mi vida? ¿Qué méritos tengo contraidos para salvarme?*

Puesto que hemos venido á este retiro á pensar en nosotros mismos, á examinarnos y registrar nuestra conciencia en nosotros mismos vamos á hallar la necesidad que tenemos de hacer una verdadera penitencia; en nuestras obras, en lo mismo que ha sido la ocupacion de nuestra vida hallaremos la precision en que nos encontramos de hacer penitencia, si nos queremos salvar. *¿Quid fecit?*

¿Somos tan justos y hallamos nuestra conciencia tan pura que nada tenemos que corregir, tan exactos y fieles en el cumplimiento de nuestras obligaciones que nada tenemos de qué acusarnos? ¡Ay, amados míos! Los santos que pasaron su vida en el retiro, la oracion, la vigilancia y la austeridad, las almas puras y escogidas de Dios que edificaron constantemente con su buen ejemplo, tenían un derecho á pensar así de sí mismas, y sin embargo la humildad les hacia advertir defectos en donde el mundo encontraba virtudes, y cuanto eran más justos, tanto más temían y se reputaban por grandes pecadores. Nosotros, no por humildad, sino con vergüenza y convencidos de esta verdad funesta, tenemos que confesar que hemos pecado; que nuestros días están marcados con nuestros desórdenes; y que hemos manchado nuestras almas muchas veces con los borrones inmundos de la culpa; que nos hemos puesto en guerra abierta contra Dios y hemos faltado sin temor ni respeto á sus preceptos. ¡Cuántos extravíos en nuestra juventud! El desenfreno de nuestras pasiones, el orgullo de nuestro espíritu, los afectos depravados de nuestro corazón, ¿á cuántos excesos nos han precipitado? ¿Qué han sido ciertos momentos, ciertos días, y tal vez años enteros, y qué ofrecen á nuestra vista cuando los repasamos con la

amargura de nuestro corazón? Un pecado solo que hayamos cometido nos hace ya indispensable la penitencia, porque no nos queda otro asilo para salvarnos. No hay mas caminos que conduzcan al cielo; ni otros medios para conseguir la salvacion eterna de nuestras almas, que la inocencia ó la penitencia; ó conservar la pureza y candor de nuestras almas y aquella vestidura blanca que se nos dió en el bautismo, ó borrar nuestras manchas y lavar nuestras inmundicias con las lágrimas de una verdadera penitencia. El que no la haga perecerá. El que no se lave con ella quedará manchado y escluido del reino de Dios en que no tiene entrada lo que se halla inmundo. El que no se acoga á este recurso, después de haber naufragado, se sumergirá. ¡Cuán imperiosa; pues, es la necesidad que tenemos de aplacar á Dios y mirar por nosotros; reparar nuestros males y ponernos en camino de salvacion con una verdadera penitencia despues de haber cometido tantos pecados!

Diremos, que nosotros no tenemos esos grandes vicios que Dios detesta; que no seguimos esas máximas detestables y esas costumbres perversas con que se ofende y escandaliza el mismo mundo; que si hemos tenido nuestras flaquezas y debilidades ya hemos detestado estas faltas y procuramos no volver á ellas; que tenemos una vida regular en la que procuramos no ofender á nadie y hacer el bien que podamos. Sea así; pero ¿nos creemos por esto exentos de hacer penitencia? ¿Hemos llorado bastátemente los extravíos de nuestra vida pasada? ¿Se habrá dado el Señor por satisfecho con las ligeras oraciones que hemos rezado y algunos ayunos que hemos cumplido? Un pecado que no pueden borrar las lágrimas de toda la vida; que fue

preciso que el mismo Hijo de Dios bajase á la tierra y derramase su sangre muriendo en una cruz para que se nos perdonase; que solo á costa de un sacrificio de un infinito valor le olvida y transige el Señor, ¿estará purgado y detestado bastantemente con haberle confesado y haber cumplido una ligera penitencia? Un pecado que los mayores santos lloraban toda su vida, que castigaban con tanta severidad y rigor, que llevaba á los penitentes á los desiertos á sujetarse á todo género de privaciones y de austeridades, ¿queremos nosotros que nada nos deje que temer despues de una penitencia que nada ó casi nada nos mortifica? ¿Cuántos años deberíamos llorar nuestras infidelidades, esas que llamamos flaquezas de que nos hemos corregido, si fuéramos verdaderos penitentes como David, san Pedro, la Magdalena y otros; si preguntásemos y examinásemos en nuestro corazon qué es lo que hemos hecho *¿quid fecit?*; si conociésemos lo que es el pecado, lo que ofende á Dios el pecado, lo que detesta Dios al pecado, lo que castiga Dios al pecado; si considerásemos los tormentos y penas del infierno y del purgatorio que tiene Dios dispuestas para vengarse del pecado!

Sea así en buena hora que no seamos de aquellos pecadores escandalosos que detesta el mismo mundo, y de quienes el mundo no se fia ni reconoce por hombres de honor. Sea una verdad tambien que nos hayamos enmendado de nuestros excesos y que hayamos hecho penitencia y satisfecho por ellos con todo género de buenas obras; que aunque hayamos sido culpables no lo seamos ya. ¿No tenemos nada que reformar ni mudar en nuestras costumbres? ¿Tenemos las virtudes que Dios exige de nosotros? ¿Ignoramos

que para lograr la salvacion nó basta no tener pecados, sino que es preciso además practicar el bien, y que el no tener virtudes es lo mismo que tener muchos pecados? Juzguémonos como Dios nos ha de juzgar algun dia *¿Quid fecit?* ¿Qué es lo que somos y lo que hacemos? Nos hemos apartado de los vicios mas considerables, nos hemos acomodado con ciertas prácticas piadosas, tenemos gusto en frecuentar los santos sacramentos y asistir á estos ejercicios ¿pero tenemos la humildad que huye de la estimacion de los hombres y no teme sus desprecios? ¿aquella mortificacion que evita hasta los placeres lícitos y sacrifica el corazon á los rigores del Evangelio? ¿aquella caridad que siempre piensa bien, que nunca habla mal, que todo lo sufre y no da ocasion para sufrir á otros, que solo se acuerda de la injuria recibida para adquirir delante de Dios el mérito de olvidarla por su amor y que solo sabe quejarse á Jesucristo y perdonar á los hombres? ¿Aquel desprendimiento del corazon, que no ama mas que á Dios y lo que se refiere á Dios? ¿Aquel amor á la cruz que no siente padecer? ¿Aquella sencillez y simplicidad cristiana que sujeta el entendimiento al yugo de la fe, y la voluntad al cumplimiento de las leyes? ¿Tenemos aquel gusto á la oracion y al retiro que preferimos tratar con Dios al trato con los hombres? Si tantas virtudes nos faltan, si tantos defectos tenemos, si nuestros afectos, nuestros deseos, nuestras esperanzas, nuestras solitudes y cuidados son tan terrenos y profanos como vemos á poco que nos consideremos á nosotros mismos, ¿qué hemos de hacer, qué tenemos necesidad de hacer, si queremos salvarnos? Penitencia, amados míos, penitencia para aplacar á Dios y evitar sus enojos.

Comenzar una nueva vida y llorar los extravíos de la vida pasada, tantos males como nos han perdido y nos tienen en peligro de ser desgraciados para siempre.

¿Y cuándo mejor que ahora? ¿Cuándo mejor que en estos santos ejercicios? ¿Cuándo mejor que ahora que estamos experimentando su bondad y misericordia? Porque ¿quién sino el mismo Dios por su amor y bondad de Padre benignísimo nos ha traído á este lugar, nos ha inspirado la resolución de este recogimiento, y nos ha dado la gracia de que entremos en nosotros mismos y conozcamos lo que somos, lo que le hemos ofendido y lo que debemos hacer para lograr expiar nuestros delitos y ponernos en su amistad? Si nuestro Dios fuera un Señor austero é intratable, si nos tratara con el rigor con que los grandes y poderosos del mundo tratan á los que una vez los han ofendido, pudiéramos temer acercarnos á él y desconfiar de aplacar su ira: pero no es así; jamás se olvida de que somos sus hijos, y está siempre dispuesto á recibirnos. Cuanto porfiarnos nosotros por huir, apartarnos de Dios, ofenderle y enemistarnos con él, tanto porfía por llamarnos, buscarnos, salirnos al encuentro y ganar nuestra amistad como si le fuéramos útiles ó necesarios, como si no pudiera vivir sin nosotros. ¡Dios mío! ¿Qué os importa la suerte de una vil y miserable criatura? Si sois infinitamente dichoso y bienaventurado; para qué necesitais de nosotros y haceis tantos esfuerzos por lograr el que seamos vuestros y os hagamos dueño de nuestro amor? Corríamos á paso largo para perdernos en los horrores del pecado y de la miseria, hubiéramos perccido sin remedio, si no nos hubiérais detenido con vuestra mano compasiva. Vos sois, Señor, el primero

en buscarnos, y si Vos no nos llamáseis y detuviéseis, jamás haríamos alto en el camino de nuestra perniciosa. Yo, y lo mismo puede decir cada uno de nosotros si se examina á sí mismo, yo os ofendía, yo no correspondía á vuestros beneficios sino con desprecios, con un olvido y abandono, con ultrajes y ofensas. Vos, Señor, me aborrecíais porque era pecador, y Vos me amábais también porque era hombre: aborrecíais al pecado y amábais á una criatura, á un hijo aunque ingrato y desaliento. Yo huía de Vos y Vos me llamábais, y Vos inquietábais mi paz con los deleites, y Vos mezclábais mis placeres de amargura, y Vos me hicisteis oír vuestra voz que me llama y convida con la penitencia para expiar tantos defectos, tantas agravios, tantos crímenes... ¿Dudaré? ¿Me detendré? ¿Volveré también esta vez la espalda á mi Dios y me haré sordo á sus llamamientos? ¿Desconfiaré de que me reciba con benignidad y me perdone con cariño? ¿Qué respuesta damos á un Dios que tanto nos ama; nos favorece y se interesa por nosotros?

Pero la penitencia, direis, exige de nosotros sacrificios grandes, costosos. Habremos de renunciar á las diversiones y placeres del mundo, mortificar nuestros gustos, vivir siempre en vigilancia para contener hasta nuestros pensamientos y nuestros afectos; habremos de pasar nuestros días en las lágrimas, el ayuno, las austeridades; tendremos que estar pensando siempre en el infierno; en que hemos ofendido á Dios y que solo á fuerza de lágrimas podemos volver á su gracia. ¡Vida triste y melancólica! ¡Vida que no nos dejará gusto para nada! Dios nos perdonará; porque el nombre de penitencia nos asusta y estreñece, los sentidos todos se ponen en oposición y guerra abierta, y no será

el Señor tan exigente y tendrá compasión de nuestra debilidad y flaqueza. Si así fuera y después de haber pecado y ofendido á Dios nos bastase decir que es misericordioso y seguir ofendiéndole, no se nos diría que el camino del cielo es estrecho, que padece violencia y hay que esforzarse para seguir por él, que es menester caminar en seguimiento de Jesucristo, que nada puede entrar manchado en la gloria, que hay que pagar hasta el último cuadrante. No es menor ultraje el que hacemos á Dios con el pecado, que la ofensa mas gravísima de un hombre contra el monarca mas poderoso del mundo. ¿Y cuántos suspiros, cuántas súplicas, cuántas protestas, cuántos servicios haría este hombre para recobrar la amistad de su rey? ¿Con qué dificultad se concede el perdón en este género de delitos entre los hombres? Culpémonos á nosotros mismos por haber pecado, por habernos apartado de aquella inocencia y pureza en la que amábamos á Dios y Dios nos amaba. Hemos ofendido á Dios, pues esto basta y no hay otro medio de aplacarle sino la penitencia. Sujecion de las pasiones, privacion de los gustos y placeres; mortificacion, austeridad, retiro; pensamiento de la muerte y del infierno, vida triste y melancólica, sí; pero no nos asustemos ni entristezcamos porque nuestra penitencia haya de ser amarga y hayamos de tener el corazón penetrado del mas vivo dolor, porque hayamos de gustar el cáliz que el Señor quiere que bebamos. El amor de Dios, el Padre amoroso que nos busca, nos llama y nos recibe con tanto amor y ternura, que celebra la conversion de un pecador y acaricia á la oveja escarriada, suavizará y aun hará dulces los rigores de nuestra penitencia. En esas privaciones y austeridades, en ese alejamiento

y desprecio de los placeres, en ese mortificarse, orar, sufrir y reducirse á servidumbre, el mundo y nosotros guiados y alucinados con sus máximas, no vemos sino tristezas y pesares; pero gustad y ved y hallareis lo que el mundo no ve ni conoce, placeres mas sólidos, delicias mas satisfactorias que las que producen los placeres sensuales. Las lágrimas de la penitencia son mas dulces que las alegrías profanas que embriagan á los que concurren á los teatros, dice san Agustín convencido por la experiencia propia. ¡Qué nudos tan fuertes tenia que romper, qué pasiones que cautivar, qué costumbres envejecidas que destruir y qué sacrificios que hacer! Todo esto, dice el santo, nada me costó y hallaba un placer muy puro en huir de los deleites que antes me habian encantado. Preciso es afligirnos, llorar, pero el Padre de las misericordias sale á nuestro encuentro cuando volvemos á él arrepentidos, nos abraza, llora con nosotros y hace sentir en nuestro interior una complacencia y delicia, que no conoce el que no advierte en la penitencia otra cosa que los rigores y austeridades no experimenta los santos consuelos y alegrías inesfables.

Concluiremos, pues, que la consideracion de lo que somos y de lo que hemos ofendido á Dios nos da á conocer la necesidad que tenemos de hacer penitencia si queremos salvarnos. Que nuestros desórdenes, nuestros extravíos y transgresiones no se expian ni podemos satisfacer á Dios de otro modo por las ofensas que hemos cometido, que con una verdadera penitencia. Que de no hacerla, despues de haber perdido la inocencia y pureza de nuestra alma, tenemos que renunciar á nuestra salvacion porque el árbol que no da frutos dignos de penitencia, será arrancado y arrojado

do al fuego, el que no llore y haga penitencia de su pecado, perecerá. Si nuestra vida no es ni ha sido tan criminal y reprensible, si no hallamos delitos enormes y escandalosos, tenemos sin embargo necesidad de la penitencia, y de una penitencia rigurosa, como nos convenceremos entrando en nuestro corazon, examinando lo que hacemos y hallando tantos defectos que enmendar, tantas faltas que corregir, tantas virtudes que procurar, tanto que reformar para poder presentarnos con confianza á ser juzgados por Dios. Por lo mismo que nos es tan necesaria la mortificacion y penitencia, la bondad infinita de Dios, su amor paternal nos llama, nos convida con ella, no cesa de dar alabadas en nuestro corazon y está dispuesto, como si necesitara de nosotros, á recibirnos en el momento que nos volvamos á él. Su amor y sus promesas nos manifiestan bien que tenemos necesidad de hacer penitencia. Y si es costoso el hacerla, si tememos los rigores y austeridades, la privacion de nuestros antojos y la sujecion de nuestras pasiones, mayor ha sido la enormidad de nuestras ofensas contra Dios; mayor es sin comparacion la recompensa que se nos prepara en el cielo, siempre serán cortos cuantos sacrificios hagamos por lograr que Dios nos vuelva á su gracia y á la participacion de su herencia en el cielo, por eso se nos dice que es penoso, que está sembrado de espinas el camino del cielo, que tenemos que andar por él cargados con la cruz: pero ni las austeridades, ni las mortificaciones, ni la tristeza de la penitencia debe acobardarnos, porque además de proporcionarnos una vida feliz y una eterna bienaventuranza, además de que nuestro luto, llanto y dolor se convertirán pronto en gozo y alegría, aun en las

mismas austeridades, mortificaciones y trabajos de la penitencia; en las privaciones y sacrificios hallaremos un consuelo y una satisfaccion pura que nos hará suave y ligero el yugo de la penitencia.

Empecemos, pues, desde ahora, una vida verdaderamente penitente; dispongámonos para presentarnos delante de Dios con nuestras culpas expiadas y satisfechas por la penitencia. No salgamos de aquí sin entrar en nosotros y averiguar nuestra vida. *¿Quid fecit?* Y si nada de esto nos convence de la necesidad que tenemos de la penitencia, ni nos resuelve á hacerla, pongamos nuestra vista, postrémonos delante de la imágen de Jesus crucificado; de un Dios que se hizo hombre por ser penitente, por morir por nosotros. ¿Queremos ser suyos y acompañarle en sus glorias sin tener parté en su cruz? ¿Nos resistiremos al espectáculo de un Dios que derrama su sangre y muere por nosotros? Dadnos, Dios mío, el espíritu de compuncion y penitencia; haced que lloremos nuestros pecados y nos purifiquemos más y mas con las mortificaciones y penitencias; para entrar despues en vuestros eternos gozos. Amen.

F. L. G.

PLATICA VIII.

NECEDAD Y DESGRACIA DE LOS QUE DILATAN CONVERTIRSE A DIOS.

Sequere me , et dimitte mortuos sepelire mortuos suos.

MATT. , CAP. 8, V. 22.

No hay uno que no quiera salvarse y conozca cuanto le importa la salvacion eterna de su alma; no hay uno que no conozca que es estrecho el camino del cielo; y que habiendo pecado , tiene necesidad de llorar y hacer penitencia de su pecado ; pero casi todos , convencidos de esta imperiosa necesidad , van dilatando su conversion y el empezar á hacer penitencia de dia en dia , para la vejez , para mas adelante , para la hora de la muerte , y así vienen á perecer y morir sin haberse convertido ni hecho penitencia de sus pecados. El dilatar la conversion y penitencia es lo mas comun entre los cristianos , y es una necesidad y una deplorable desgracia. Así os lo voy á manifestar en este rato , para

que ya que el Señor os ha llamado á estos ejercicios, le sigais, os convirtais de veras desde ahora y dejéis á los muertos que entierren á sus muertos, segun el consejo del mismo Jesucristo, que conocia bien, dice san Juan Crisóstomo, los peligros que ofrece y lo dispuesto que está el diablo á fomentar nuestra pereza y tardanza en convertirnos á Dios para lograr que no nos convirtamos nunca. *Sequere me et dimitte mortuos sepelire mortuos suos.*

Para que no desconfiemos jamás de la divina misericordia y piedad infinita de nuestro Dios, dice san Agustin, el Señor por su profeta, como un padre amantísimo, nos consuela y nos esfuerza diciéndonos: No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva; y tambien: la impiedad del impío no le perjudicará, porque en cualquiera dia que se apartare de ella y se convierta á mí, le recibiré y olvidaré sus iniquidades. Sin embargo, dice este mismo santo, esta grande piedad y misericordia de nuestro Dios nos aprovechará cuando no tardemos en convertirnos á él.

Vemos por una triste experiencia con qué prontitud, con qué velocidad nos procuramos y entregamos á los placeres y la satisfaccion de nuestros apetitos; con cuánta impaciencia seguimos los impulsos de nuestras pasiones sin querer dejar pasar un momento. *Volo, ut protinus des mihi in disco caput Joannis Baptistæ*, decia la impúdica bailarina, hija de Herodías: Quiero que *al instante* me des en un plato la cabeza de Juan Bautista. Los pies de los pecadores, dice el real profeta, son veloces para correr á derramar la sangre, á los homicidios, á los odios y venganzas. Pues cuanto tenemos de precipitados y veloces para caer, somos

tardos y perezosos para levantarnos. Consideracion que atormentaba al padre san Basilio, quien nos dice : *Nos peccata velociter quidem promptuque animo committimus, pigre vero postmodum ac sero pœnitentiam agimus.*

Un solo remedio nos queda despues de haber pecado; por un solo camino podemos volver á lograr la salvacion de nuestras almas; despues de haber naufragado por la culpa no tenemos otro recurso que la penitencia. Penitencia que, elevada de simple virtud á sacramento por Jesucristo, nos hizo este medio mucho mas fácil y mas seguro. ¿Quién habia de creer, en vista de esto, que pudiera hallarse pecador alguno tan temerario y necio que dilatase un momento solo el recurrir á esta tabla, no para libertarse y escapar de una muerte temporal, sino para escapar de una muerte eterna? Embiste á la penitencia, dice Tertuliano, abrázala así como el naufragante á la seguridad de una tabla. Así parece que habia de hacerse, y sin embargo no se hace, y en medio de los cristianos no hallamos cosa mas abundante que pecadores, que despues que han pecado, en vez de acogerse á la seguridad de esta tabla para poder llegar al puerto, dilatan días, meses y años, ¡y aunque se les ofrece y les es fácil aceptarla, lo prometen, estan en ánimo de acogerse á la penitencia, y pasa un dia tras otro sin que se resuelvan ni empiecen á ser verdaderos penitentes. ¿Puede darse mayor necedad? ¿Puede prometerse el pecador que tendrá siempre tiempo de hacer penitencia y confesarse bien? ¿Tiene asegurada su vida y sabe si al plazo que él señala para confesarse tendrá voluntad de hacerlo, ó si Dios le favorecerá con sus auxilios, cansado de sufrir sus desprecios y rebeldías! Sobre que en todo tiempo debemos ser de

Dios y procurar estar en su gracia; sobre que á todas horas puede sobrevenirnos la muerte y llevarnos al infierno, como ha llevado á infinitos la temeraria confianza de confesarse mas adelante y hacer frutos dignos de penitencia; sobre que este abuso de la bondad y misericordia de Dios nos sería muy perjudicial, y que el convertirnos á lo último es muy sospechoso, es una conversion forzada, es, no dejar á los vicios y al mundo, sino que el mundo y los vicios nos dejan á nosotros, digo: Que es una necedad no confesarse y hacer penitencia cuanto antes luego que caemos en algun pecado; y que como en ello se arriesga la salvacion de nuestra alma, es una desgracia terrible; porque cuanto mas tardemos en echar mano de esta tabla feliz de la penitencia, tanto mas habremos de trabajar para cogerla; y porque, dado el caso que la cogiéramos, tanto menos fuertemente la tendremos despues. Diré mas claro: cuántas mas treguas diéremos para confesarnos y arrepentirnos despues del pecado, tanto mas difícil nos será la confesion, y la conversion será tanto menos durable.

Convenimos todos en la necesidad de arrepentirnos, convertirnos y confesarnos sacramentalmente para que se nos perdonen nuestros pecados. Tenemos que convenir en que para lograr el perdon no basta una confesion cualquiera, sino que tiene que ser una confesion bien hecha, una confesion verdadera. Para esta son condicion indispensable el exámen de conciencia, el dolor de corazon y el propósito de la enmienda. Ahora bien, cuanto mas se dilata la confesion despues de pecar, tanto mas dificultad hallamos en llenar estas tres condiciones.

El exámen de conciencia no es otra cosa que una bus-

ca diligente de nuestras acciones, instituida para hallar las que sean pecaminosas, confesarlas, aborrecerlas y borrarlas por medio de la absolucion del sacerdote. ¡Qué exactitud y diligencia debemos tener en este exámen! Es una imagen del exámen que en el tribunal de Dios se ha de hacer de nuestras vidas, y se nos concede para que, juzgándonos nosotros en nuestra propia causa, no seamos juzgados en aquel juicio rigurosísimo, como dice el apóstol: *Quod si nos metipsos dijudicavimus, non utique judicavimus*. En el exámen no debemos juzgar como si estuviéramos en aquel tribunal terrible en que Jesucristo ha de ser nuestro juez, y debemos preguntar á nuestra conciencia sobre todos los pensamientos, todas las palabras, todas las obras y todas las omisiones en que se haya ofendido á Dios desde la última confesion bien hecha. El que dilata un año ó mas el confesarse ¿cómo podrá satisfacer á esta diligencia? Es verdad que las obras malas dejan mayor memoria y hacen mayor impresion en la conciencia, por lo mismo que son como unos pastos monstruosos, pero ¿cómo es fácil acordarse de todo el mal que se ha cometido en un solo año, y mucho mas aquellos que viven sin vigilancia sobre sí mismos, los que estan entregados á los placeres, los que han vivido en las ocasiones y peligros continuos, los que ningun esfuerzo han hecho por corregirse y salir de sus vicios? ¿Qué exámen harán de los pecados de omision, de tanto bueno como pudiendo y debiendo hacer dejaron de hacer; de estos pecados que, por lo mismo que no hacen tanto ruido, son menos observados, aunque no son menos perjudiciales? ¿Qué cuenta se tomarán de los pecados de la lengua, de esos pecados que tanto daño hacen y tantos per-

juicios ocasionan? Las palabras que otros dicen contra vosotros jamás las olvidáis, no se os olvidan aunque pasen los años enteros; y como soleis decir, las escribís en mármol; y las que decís contra vuestros prójimos las olvidáis al momento, las escribís en agua, ¿cómo podreis recordarlas despues de mucho tiempo? Los pensamientos mismos nos pierden y separan de Dios: *Perversæ cogitationes separant á Deo*, dice el Espíritu Santo. Preciso es que los examinemos y reconozcamos. ¿Cómo podrá acordarse de sus malos pensamientos el que dilata largo tiempo el confesarse? Y si se aumenta su malicia, porque con ellos van envueltos los deseos, las complacencias, los consentimientos, las delectaciones morosas, si acompañamos á los pensamientos como á un amigo que se despide, si no con nuestros pasos, al menos con los ojos, con la atencion, con el afecto y el continuo recuerdo, ¿cómo podremos hallar esta multitud de culpas casi invisible? ¡Cuántas culpas se hallarán escritas despues, y el Señor hará un severo cargo de ellas, que no se examinaron ni confesaron!

Me direis que no es posible recordar ni confesar todas las culpas cometidas, y que basta confesarse de aquellas de que nos acordamos despues de un exámen diligente. Así es, y este es mi temor, y en lo que yo hallo la dificultad; en que haga un exámen diligente el que dilata el confesarse mucho tiempo despues de haber pecado, ó deja pasar el año ó años enteros sin confesarse bien.

El exámen debe ser diligente, como exige la importancia é interés del asunto, y por lo comun el que descuida la penitencia ó la dilata se desvela muy poco por poner esta diligencia. Al entrar el pecador en su conciencia se ha-

lla con una severa reprension, con una vergüenza que le confunde, y por evitarla concluye cuanto antes el exámen, á la manera que el hombre estragado que al entrar en su casa oye las prudentes reprensiones de su muger, se sale cuanto antes de ella por evitar el disgusto y la impaciencia que le causan. El pecado tambien lleva consigo las tinieblas y obcecacion del entendimiento, y de aquí nace que estando la voluntad pervertida, estando apegada á la malicia, el entendimiento por una ignorancia afectada, llama bueno á lo malo y malo á lo bueno: ignorancia que, lejos de librar al pecador del pecado, le redobra, le aumenta y le perpetua en el alma. El mundo tambien, la carne y el demonio se valen de mil artes y medios para quitarnos de los mismos ojos nuestras culpas, para atenuarlas, para disculparlas y aun para disfrazarlas con capa de prudencia, de piedad, para que no reconociéndolas como son en sí, ni las confesemos, ni las detestemos, ni las enmendemos jamás. El ejemplo de otros nos obceca tambien, y sin atender á la ley que nos enseña lo que debemos hacer ó evitar, atendemos á lo que otros hacen: ¡ Cuántas dificultades para lograr un buen exámen y con él una buena confesion y penitencia! ¡ Cuántas dificultades tenemos que vencer para conocer nuestras culpas! ¡ Los santos por esto pedian incesantemente á Dios su gracia y luz interior para conocerlas y vencer las dificultades que oponen á esta diligencia los enemigos de nuestra alma! ¿ Cómo las vencerá un pecador que nunca se encomienda á Dios ni piensa en pedirle sus luces, que multiplica cada dia sus pecados, que viene á la confesion sin mas preparacion que la de aquella misma mañana ó tal vez menos, despues de un año entero sin confesarse?

Así confiesan, y sin saber de qué, no hallan pecados en su conciencia, se acusan de menos culpas que los que tardan en confesarse una semana sola. ¡Cuánto dan que temer estas confesiones en que son mas los pecados que se dejan por decir que los que se manifiestan!

Ved por qué sin atender á otra cosa que al exámen prudente de la conciencia, tan necesario para confesarse bien, cuanto mas se dilate el convertirse y confesarse, tanto mas difícil será el confesarse bien y convertirse.

No es menos necesario el dolor de corazon, que es como el verdugo que ha de dar muerte al pecado. Pues cuanto mas dilatemos el recurrir á la penitencia, á la confesion dolorosa de nuestras culpas, mas difícilmente nos proporcionaremos este dolor sobrenatural de nuestras culpas. El tiempo es el mejor médico de las llagas del ánimo, como lo estamos viendo todos los dias. Pierde un padre á un hijo á quien ama, ó á una esposa, pierde uno un pleito que le arruina, tiene una desgracia cualquiera, y en los primeros momentos se aflige y ni aun oye ni admite consuelo. Va pasando el tiempo y va mitigándose la pena, va desapareciendo la angustia y viene á perderse hasta la memoria. Lo mismo sucede al pecador. Verdad es que perdiendo la gracia de Dios no suele afligirse tanto como si hubiera tenido una pérdida temporal; sin embargo, al principio, luego que vuelve á pecar se aflige, siente alguna pena, yo, dice: entre sí, habia dado palabra á Dios y al confesor de no volver á pecar, y no la he cumplido; he hecho muy mal. Se ve bien que si entonces se dispusiera y resolviera á confesarse concebiria un verdadero dolor y se levantaria con facilidad de su caída. Pero dilata el confesarse, se va

apagando poco á poco el remordimiento, se mitiga el dolor de la herida, y en vez de medicinarla, piensa en herirse repitiendo aquella misma y cayendo en otras mayores culpas.

Al dolor de las culpas nos movemos, ó por el amor de Dios que es el motivo mas noble, ó por el temor de su justicia. Pues uno y otro se debilitan y vienen á perder su virtud para el que dilata el arrepentirse y confesarse. Quanto mas pronto se vuelve á unir una amistad ya rota, tanto mas fácilmente se une. Así el alma que volviendo la espalda á su Dios dió muestras pecando de que no hacia caso de su Magestad, si arrepentida del agravio vuelve al punto rendida á sus pies y llora y se arrepiente, parece en cierto modo que nunca le ha ofendido y que con su solícitud recompensa sus faltas. Pero si obstinada se detiene un año entero sin volver á sus brazos y no vuelve á su divino Esposo aunque oiga los combites de su misericordia, ¿quién duda que con esta dureza y obstinacion hace que cada vez sea mas dificultoso el que se renueve la primera amistad? La vela recién apagada con facilidad vuelve á encenderse, pero si hace mucho tiempo que se apagó se enciende con dificultad. Así sucede con las almas que se apartan de Dios y quedan sin su amor: perecerán, dice el real profeta: *Qui elongant se á te peribunt*, y hay una notable diferencia de las que, alejándose del Señor, van siguiendo la maldad sin pensar en convertirse cuanto antes, á las que caen por fragilidad y procuran levantarse luego.

Tambien el temor se debilita con la dilacion. En todos los peligros se teme mucho mas al principio. La primera vez que se cae en el pecado, el alma se asusta y estreme-

ce, á cada momento cree que la coge la muerte ó que Dios la castiga con el infierno: pasa tiempo y el pecador va olvidándose, serenándose y aun tomando atrevimiento. El susto se cambia en un sueño apacible que es peor que un letargo. Duermen, como dice Isaías, y descansan tranquilos aun en las calles, sobre las piedras y donde hay riesgos mas manifiestos. *Dormierunt in capite omnium viarum sicut oris illaqueatus, pleni indignatione Domini* (1). Traed á la memoria á uno de estos la justicia de Dios, la acerbidad de las llamas del infierno, lo horroroso y terrible de aquel lugar de tormentos, la cárcel eterna que le espera y nada le conmovirá y asustará, se afianzará en que Dios es misericordioso y seguirá en sus pecados, y así se cierra él mismo la entrada al temor de Dios que es el principio de la verdadera sabiduría. Mas se aparta del amor y del temor de Dios el que dilata el confesarse y se aparta por consiguiente de conseguir el dolor necesario.

Se aparta tambien del propósito de la enmienda, por que perdiendo el amor y el temor, no aborreciendo eficazmente las culpas cometidas, mal puede lograrse una resolucion eficaz de no volverlas á cometer. ¿Por qué, preguntamos al pecador, dilata el confesarse? Y si es ingenuo nos dirá que porque quiere gozar mas despacio el placer de sus maldades, y ya vemos que esto es lo que abiertamente se opone al propósito de la enmienda, á la resolucion generosa de no volver á pecar, que se requiere en el penitente para que se le perdonen sus culpas. Ama al pecado, está

(1) Cap. 51, v. 26.

contento con su carga y no quiere dejarla el pecador, tiene un afecto positivo á obrar el mal, y por eso el nombre solo, el oír que tiene que confesarse le da horror porque es oír la sentencia de muerte de sus deleites, la declaracion de una guerra fuerte á sus apetitos, ¿con qué dificultad concebirá una voluntad eficaz de enmedarse, y cuánto se aumentará dejando pasar tiempo y dilatando el ponerlo por obra?

Con la tardanza y dilacion se aumentan las dificultades en el exámen, en el dolor y en el propósito, y así nos resulta por necesidad que cuanto mas tardemos en arrepentirnos y confesarnos despues de haber pecado, será nuestra conversion y confesion mas difícil.

Demos, sin embargo, que vencamos todas las dificultades y que logremos una verdadera confesion, digo, despues de esto, que nuestra conversion será menos estable y duradera. No podria apenas creerse que una alma despues de haber llorado y detestado sus pecados en la confesion, despues de haber abierto los ojos de su entendimiento para conocer los pasados engaños y los peligros de que se ha librado, habia de dejarse vencer y engañar de nuevo y volver á cometer las mismas culpas que detestó. Desgraciadamente sucede mucho de esto á los cristianos, y proviene de la costumbre que adquieren de pecar dilatando el confesarse. Habitúanse unos á vivir en la usura, otros en la sensualidad, otros en las enemistades y deseos de venganza, otros en otros géneros de vicios. Se confiesan obligados de la necesidad y por cumplir el precepto. Quiero que logren confesarse bien, pero pronto vuelven á su mismo vómito, á sus vicios y pecados, logran cuando mas inter-

rumpirlos, dar treguas; pero puede al fin mas su costumbre que sus propósitos; son llevados de su concupiscencia, y la concupiscencia derriba el corazon. Se robustece tanto mas, quanto mas reina en el alma por medio de la continuacion de los pecados, y cada vez debilita mas la voluntad y oscurece el entendimiento. Aunque se confiesen bien no se apartan de las ocasiones aunque sean remotas, ni huyen de los peligros de pecar, vuelven á los mismos entretenimientos, á las mismas concurrencias, á las mismas chanzas, á las mismas alegrías y diversiones. y con mucha facilidad vuelven á caer en los mismos pecados.

Ved por qué es una necedad el dilatar el confesarse, porque es esponerse á no confesarse jamás ó á no confesarse bien; y es una terrible desgracia, porque aunque logre confesarse bien el que se habitúa á vivir sordo y tranquilo en el pecado, su conversion es poco estable y duradera. Le será menos fácil coger esta tabla para salvarse en el naufragio al que dilata mucho tiempo el agarrarse á ella, y aunque la abraza, la retendrá menos fuertemente y con menos seguridad.

No tardeis, pues, en convertirlos al Señor, y no lo dilateis de dia en dia, os diré con el Eclesiástico, porque vendrá de repente su ira, y en el tiempo de la venganza os destruirá. No tardeis en convertirlos luego que pequeis, porque cada dia os haceis mas indignos y mas acreedores á la ira del Señor, que estais alesorando con vuestra dureza é impenitencia. Porque os privais en ese estado de todo el fruto de vuestras buenas obras, que como hechas en la enemistad de Dios, no merecen su aceptacion. No tardeis en convertirlos á Dios, porque ya habeis visto lo peligrosa

que es y las desgracias que puede acarrear; y puede decirse que el que difiere su conversión es inicuo con Dios, porque está poniendo ante sus divinos ojos el pecado, que es lo que mas odia; porque le está despreciando mientras le llama y le espera con misericordia; porque está afligiendo á un Padre que, como el anciano Tobías, está computando los dias de su ausencia y contristándose por cada uno que pasa; porque está convirtiéndolo en ira y furor la misericordia y clemencia de Dios: puede decirse que es inicuo consigo mismo, porque quiere mas ser malo que bueno, estar enfermo que estar sano, ser esclavo mas bien que ser libre, estar muerto mas bien que vivo, y ser compañero de los demonios y espuesto á ir al infierno que ser amigo y compañero de los ángeles y con derecho á entrar en sus coros á cantar las divinas y eternas alabanzas.

¿Cujus vestrum vos aut asinus in puteum cadet et non continuo extrahet illum? nos dice el mismo Jesucristo. Seamos por lo menos tan solícitos para nosotros mismos. Seamos tan cuidadosos para salir y sanar de las pasiones del alma y de las enfermedades del pecado, como lo somos para curarnos de las enfermedades del cuerpo. No dejemos pasar el dia, sigamos al Señor sin tardanza ya que nos ha llamado á penitencia, y apartémonos ya para siempre de los que viven muertos en sus pecados. Hagamos ahora una confesion exacta, completa, dolorosa, y si en adelante volviéremos á caer en algun pecado, acojámonos al punto á esta tabla segura para no perecer en el naufragio. Así, y solo así llegaremos al puerto deseado y podremos arribar á la gloria. Amén.

F. L. G.

PLATICA IX.

SEÑALES DE UN VERDADERO ARREPENTIMIENTO Y CON- VERSION.

*Renovamini autem spiritu mentis
vestræ. Et induite novum hominem,
qui secundum Deum creatus est in
justitia et sanctitate veritatis.*

AD EPHES., CAP. 4, V. 23 et 24.

Son muchos los que hacen penitencia, muchísimos son los cristianos que vienen todos los días y especialmente cuando los llama el precepto á nuestros confesonarios á dejar la carga de sus culpas, detestarlas, llorarlas, pedir el perdón de ellas proponiendo no volver jamás á cometerlas. Muchos hay mas fervorosos todavía, que para confesarse bien, entrar en una nueva vida, reparar los escándalos de la pasada, pedir á Dios luz y gracia para elegir y entrar en un nuevo estado, se retiran á ocuparse de sí mismos algu-

nos días en estos santos ejercicios. Sin embargo, aunque son tantos los penitentes son muy pocos los que se salvan, y es una verdad terrible, pero pronunciada por Jesucristo, que no todos los que dicen: Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos. Hay penitencias reprobadas, penitencias sin sinceridad que se reducen á un deseo, á una resolución ineficaz, á un pensamiento de convertirse y nada mas. Hay penitencias funestas que nada corrigen, que aunque lloran y sienten lo pasado, no producen efecto alguno en lo presente ni en lo venidero; que nada mortifican, y despues de las que se vive en las mismas comodidades y se apeteecen los mismos regalos y el mismo descanso.

Si teniendo como tenemos necesidad de hacer penitencia y convertirnos, queremos ser verdaderos penitentes y lograr una conversion verdadera; si queremos que nuestra penitencia y nuestros ejercicios espirituales no sean sospechosos y estériles, preciso es que demos señales de que tenemos un verdadero arrepentimiento, señales de una verdadera conversion, señales por las que podamos asegurarnos piadosa y prudentemente que nuestra confesion ha sido bien hecha.

Voy á manifestaros cuáles son estas señales, para que examineis si las hallais en vosotros y las procureis en la confesion que habeis de hacer de vuestras culpas y en la conversion de vuestra vida, que ha de ser el fruto de estos santos ejercicios.

Dispensad si os hablo repetidas veces de la penitencia y confesion de los pecados, porque se trata del único medio para lograr la salud, de un negocio de suma importancia y en que dudo haya otro donde el error por una parte pue-

da ser mas fácil, y por otra mas perjudicial. Porque despues del bautismo el sacramento de la penitencia es el mas necesario para salvarnos, y el enemigo común por lo mismo, le pone mas asechanzas y se vale de sus malas artes para impedir sus saludables efectos; y mucho mas requiriendo este sacramento mayor cooperacion por nuestra parte que los otros, y así toda diligencia es poca para engañarnos y alucinarnos con nuestra penitencia, teniendo por una conversion y arrepentimiento verdadero al que no lo es.

El apóstol san Pablo nos da las señales inequívocas de una verdadera conversion y penitencia: hay que despojarse del hombre viejo, dice en su epístola á los efesios, del hombre que se corrompe segun sus errados deseos, y renovarse de un espíritu nuevo, vestirse del hombre nuevo criado segun Dios en justicia y santidad de verdad. Diremos, pues, que la conversion del pecador es una nueva vida, de una vida segun Dios. La señal propia del vivir es el obrar, y así la nueva vida se ha de dar á conocer por las nuevas operaciones. Observaremos, pues, el corazón, la lengua y las manos de un penitente, y si en todas estas tres partes halláremos operaciones nuevas, inferiremos con acierto que hay una vida nueva.

El corazón es lo primero que Dios nos pide y hace de él tanto aprecio, que teniendo nuestro corazón, nada mas nos pide y es como si lo tuviese todo. Es donde reside primera y principalmente el hombre nuevo é interior, y por eso es el que primera y principalmente debemos observar para reconocer si hallamos las nuevas operaciones que le son propias.

El Señor para reformar el corazón de los pecadores que

renacen interlormente por la confesion, hace en él dos mudanzas; una actual que consiste en el dolor del pecado cometido y en la firme resolucion de la enmienda; y otra que se puede decir habitual, y consiste en que Dios infunde en el pecador arrepentido la gracia justificante y con ella los hábitos de las virtudes sobrenaturales. Estas dos mudanzas son las que constituyen una verdadera conversion, y aunque se realizan en lo interior del alma, en lo escondido del corazon; por los frutos, como nos lo enseñó Jesucristo, por las nuevas obras podemos asegurarnos de que tenemos un corazon nuevo y una vida nueva según Dios. Observemos la conducta de nuestro corazon respecto á lo pasado y respecto á lo presente.

La mejor señal, en cuanto á lo pasado, de que un pecador ha recibido el perdon de sus pecados y se ha convertido de veras, es el que tenga de ellos una memoria continua, no para volverse á acusar de ellos en todas las confesiones, como lo hacen algunas personas demasiado temerosas, sino para detestarlos continuamente, para llenarse de una nueva y saludable confusion al recordar las injurias que se atrevió á cometer contra la divina Magestad. Por esto vemos á los penitentes que estaban más seguros del perdon de sus culpas, á un David, á una Magdalena, á un Pedro, que se acordaban y tenían continuamente delante de su vista sus pecados para confundirse más y reparar con esta continua vergüenza la gloria que habian quitado á su Dios. Deja el pecado en el alma unas llagas venenosísimas, y como á las llagas del cuerpo de este género no puede aplicárselas curacion peor, ni hacerlas peor remedio que cerrarlas luego. La memoria de los pecados

cometidos, junta con el continuo desagrado que se experimenta, es la señal mas segura de que hemos entregado á Dios nuestro corazon, de que hemos salido del pecado y vivimos en una vida nueva segun Dios. *Recordaberis viarum tuarum et confunderis*, dice el profeta Eccequiel: te acordarás de tus caminos y te confundirás. Si hallais viva en vosotros esta memoria de las maldades que habeis cometido, podreis contar con una seguridad de que teneis una nueva vida de justificacion en vuestro corazon. Pero temed, si apenas los habeis confesado, los habeis echado á la espalda sin pensar mas en ellos, como si no fueran vuestros. Por eso volveis con tanta frecuencia á cometerlos, y por eso ayuda tanto el demonio á quitarnos de la memoria los pecados que hemos cometido; para que estemos mas expuestos y con mayor riesgo, lo que no sucederia si siempreuviéramos delante de los ojos nuestras detestables caidas.

Otro efecto saludable de esta continua memoria es hacernos mas diligentes para no volver á pecar. Un corazon verdaderamente contrito está mas lejos del pecado que lo estaba antes de haberle cometido. Aquella continua memoria de haber ofendido á Dios es un freno y un continuo estímulo para apartarse mas y mas de la culpa. Por esto san Pedro estuvo mas fuerte y mas fervoroso en la fe despues de haber negado á su Maestro. La Magdalena despues de sus disoluciones fue mas casta que lo habia sido en los años de su primera inocencia. Viven los verdaderos penitentes para dolerse y llorar; este es el manjar que los sustenta de dia y de noche, y así hay una dificultad muy grande en que vuelvan á sus culpas.

Bien sé que este llorar amargo y continuo, estas auste-

ridades espantosas de los primeros y mas célebres penitentes no son para todos; pero no podreis dispensarnos de tener siempre presentes los defectos que habeis cometido y de detestarlos sin cesar. No podreis menos de aborrecer y apartaros de aquellos mismos sitios, de aquellos peligros, de aquellas compañías que os condujeron al pecado. No podreis dispensaros de aborrecer lo que antes amábais y de amar lo que antes teníais olvidado. Nuevos afectos, nuevos deseos, nuevas inclinaciones, el aborrecimiento continuo del pecado es lo que dará á conocer una nueva vida; un corazon convertido y á un hombre nuevo criado segun Dios en justicia y santidad.

La lengua es la segunda señal de la vida nueva. Es el intérprete del corazon y servirá para manifestarnos sus intimas operaciones. La lengua del verdadero penitente acusa su pecado y le engrandece y acrimina, como por el contrario la del falso penitente le oculta, le disminuye, le encubre cuanto puede. Vos, Señor, decia á Dios el profeta David, os dignareis perdonar mi pecado, porque es grande: *Tu propitiaberis peccato meo, multum est enim.* Habla este santo penitente segun la medida del dolor que tenia en su alma: como un herido que siente muchísimo dolor y pena en su llaga, y al manifestarla al que la ha de curar y vendar le dice: mirad que esta herida es muy profunda, es mortal, es menester todos los esfuerzos para su remedio. Vos, Señor, me perdonareis mi pecado, porque es muy grande: *multum est enim.* Bien pudiera David alegar por mérito para el perdon y por causa de la ofensa la violencia de la ocasion, el asalto de una tentacion tan poderosa, el no haber caído otras veces en semejantes escesos. Nada

alegó de esto : no solo no disculpó ni disminuyó su pecado, sino que le presentó con toda su enormidad: *Multum est enim*. He cometido una falta gravísima, me he conducido muy mal; no habia quien debiera estar mas agradecido á los beneficios de mi Dios, y no ha habido quien sea mas ingrato. Ved la señal manifiesta de que á David le dolia de veras y estaba realmente arrepentido de su pecado, porque el verdadero dolor no solo no busca razones frívolas para excusar la culpa, sino que ni aun se vale de las que pudieran presentarse como fundadas. El verdadero sentimiento y dolor no deja considerar al pecador otra cosa que el que ha ofendido á su Dios, á un Padre celestial y amoroso á quien por nada de cuanto hay debiera haber ofendido, y no se escusa ni atenúa su culpa con su fragilidad, con la violencia de la tentacion, con la pobreza... Por eso se conocen por los movimientos y espresiones de la lengua los sentimientos del corazón, y si el alma ha recobrado la vida de la gracia, ó si por lo menos viene al tribunal de la penitencia con las disposiciones que se requieren para conseguirla. ¿Qué habremos de decir de tantos cristianos que vienen, no á confesarse, sino á excusarse mas bien de los mismos pecados que manifiestan; sino que estan muy lejos del espíritu de verdadera penitencia, de un verdadero dolor y de una vida nueva segun Dios? Manifiestan su pecado al confesor, pero no manifiestan su injusticia, y se requiere uno y otro para que la lengua manifieste un corazón bien arrepentido. *Delictum meum cognitum tibi feci, et injustitiam meam non abscondi*, decia el santo rey David, y los mas de los penitentes no lo hacen así. Manifiestan el delito y cubren la injusticia queriendo quedar y aparecer como inocentes. Dice

un jóven que ha caído en deshonestidades y se escusa en seguida con su fragilidad, con una compañía que le indujo, con que fue una ocasion en que no reflexionó lo que hacia. Se acusa uno de que jura y blasfema y alega en seguida que le es preciso en sus afanes, con su familia y sus criados, que si no, no le respetan. Se acusa uno de sus usuras y estafas y dice sin detenerse que cobra mal, que sufre pérdidas, que se le ocasionan gastos, de modo que todos parece que esperan que el confesor les diga que obran bien en aquello de que ellos mismos se acusan, porque se confiesan y no se confiesan. Manifiestan el hecho y escusan, disminuyen y reducen á la nada su malicia. Confiesan y niegan á un mismo tiempo; y aun hay muchos tambien que no solo se escusan á sí mismos, sino que acusan á otros diciendo que pecaron contra su voluntad; que por no escandalizar y descubrir faltas cayeron en la culpa; que tienen un marido, unos hijos, unos amos que son la causa de sus impaciencias; y no falta tampoco quien con una desvergüenza peor que el pecado mismo, culpa al mismo Dios y le acusa de sus escusos. No todos hemos de ser santos, dice alguno. Dios me quiere así y en este mundo tiene que haber buenos y malos. Mientras el penitente habla así, conozcámoslo para nuestro provecho, hace ver bien patentemente que su corazon no tiene un arrepentimiento sincero; que no ha renacido su alma á la vida de la gracia. Le parece dulce el pecado y lo esconde entre los labios por el amor que le tiene. Si le amargara le arrojaría enteramente para su confusion.

Aun despues de la confesion da señales la lengua del verdadero arrepentimiento. Salen algunos quejándose de

que los ha reprendido el confesor demasiado, que los ha impuesto mucha penitencia, le tachan de indiscreto, imprudente, escrupuloso y demasiado amigo de saber. Quéjense mas bien de la gravedad de sus delitos, y yo diré siempre que semejante lenguaje indica demasiado una confesion sin verdadero dolor. Si hubiera sinceridad y arrepentimiento en el penitente no buscaria confesor que no hablase, que no corrigiese, reprendiese, aconsejase, medicinase, así como el que quiere sanar de una enfermedad corporal no se queja del rigor del médico ni busca uno que no le pregunte ni le moleste. El pecador que está bien arrepentido usa un lenguaje muy distinto que da á conocer que se ha convertido de veras. Se humilla debajo de la mano poderosa de Dios, recibe los castigos que le envia; las mortificaciones y penitencias todas le parecen suaves y desproporcionadas á lo muchísimo que merecen sus pecados, y dice con el santo Job: *Poccai et vere deliqui, et ut eram dignus non recepi*. Por las palabras, pues, podemos distinguir y conocer el sólido y verdadero arrepentimiento, y al penitente convertido del que no lo está.

Por las obras últimamente ó por las manos, que son el instrumento de la lengua, podemos conocerle tambien. Si despues de haberos confesado estais mas solícitos que antes en emplearos en obras buenas, podeis confiar en que vuestro corazon ha recobrado la vida de la gracia. Pero si sois tan negligentes como antes, tened entendido que habeis perdido el tiempo. Os habeis confesado, habeis manifestado todo cuanto la conciencia os argüia al confesor, os quedasteis satisfechos de que nada os queda por decir: pero esta es una parte sola de la penitencia. ¿En qué conoceré-

mos que habeis tenido tambien verdadero dolor y arrepentimiento? En cosa ninguna mejor que en las obras que hagais despues. Si en el dia mismo de la confesion, ó poco despues, os vemos volver á los mismos entretenimientos, á las mismas conversaciones, á las mismas compañías malas; si os limitais á cumplir con precipitacion la penitencia que os impuso el confesor, y no se os ve ni en las iglesias, ni en la oracion, ni en la frecuencia de sacramentos, yo diré, y vosotros si quereis juzgaros sin pasion habreis de decir lo mismo: que os habeis confesado pero que no estais arrepentidos, contritos y convertidos, que no os habeis desnudado del hombre viejo y vestido del nuevo, criado en la justicia y santidad.

Examinad ahora si hallais en vuestras almas estas señales de la vida de la gracia, estas señales de un sólido y verdadero arrepentimiento, de un dolor y detestacion como se requiere para que los pecados se perdonen y la penitencia sea verdadera; y si no las hallais, si os veis entre esa turba de penitentes forzados, de penitentes que escusan sus vicios, que se proveen de medios para disminuir la malicia de sus crímenes, de penitentes que buscan confesores lisonjeros que no los aterren ni molesten, de penitentes que cuidan de destruir en sí mismos el pecado con las austeridades, con el rigor, con las privaciones, con la oracion, con la limosna: si estais confundidos entre los penitentes que cuanto estan de pensativos, retirados y temerosos antes de confesarse, estan despues de confesados alegres, habladores y dispuestos á los mismos excesos que antes, ahora es tiempo de enmendar vuestro error y suplir las faltas que habeis tenido en vuestras confesiones pasadas. Ahora es

tiempo de grangearos un verdadero arrepentimiento y lograr una conversion completa pidiéndola al Señor en estos santos ejercicios, y mucho mas los que habeis de entrar en estado nuevo, y estado de santidad y perfeccion.

No es este un mal ligero de que en cualquiera hora pudiéramos librarnos. Debe temerse mas de lo que parece, y si ahora no aprovechamos este tiempo y nos convertimos para cuando lo haremos con mas oportunidad? Yo no temo decir que el averiguar si sus pecados le han sido perdonados, si su penitencia ha sido verdadera, el asegurarse en lo posible de que vive su alma con la vida de la gracia, debe ser el mayor de todos los cuidados de un pecador, es lo que debe tenerle inquieto toda su vida, porque de esto pende su suerte eterna.

Dedicads, pues, á pedir sin cesar al Señor que acompañe estas señas á vuestra confesion y penitencia, para que siendo como Dios os la exige y quiere que sea, os sirva para quedar enteramente purificados en un estado de gracia y con derecho á la gloria. Amen.

F. L. G.

PLATICA X.

DE LA INJURIA GRAVISIMA QUE SE HACE A DIOS CON EL PECADO MORTAL.

*Per pravaricationem legis, Deum
inhonoras.*

ROM., CAP. 2, v. 23.

Pecado mortal. El oír solamente este nombre debiera llenarnos de consternacion y terror. Esté nombre solo debiera servirnos de freno y contenernos antes de pecar; aunque nos costase los mayores sacrificios. Este nombre solo debiera hacernos prorumpir en un amargo é inconsolable llanto despues de haber pecado. Este nombre solo debiera recordarnos las penas eternas y terribles destinadas para el pecador, la guerra y enemistad en que vive con su Dios, lo afeada que tiene su alma bajo la esclavitud del demonio. Clama; no ceses, decia por esto el Señor á su profeta Isaías, levanta tu voz como la voz de una trompeta y anun-

cia á mi pueblo sus iniquidades, y á la casa de Jacob sus pecados; porque debe ser lo bastante anunciar á un pecador sus pecados, recordarle que ha pecado, para que desiste sus vicios, se aparte del mal y procure borrar sus ofensas contra Dios.

Hoy ya oimos sin susto el nombre de pecado mortal y por eso ni le aborrecemos ni tratamos de evitarle. Le miramos como una flaqueza, una fragilidad propia de nuestro temperamento, de nuestra edad, una cosa de poca importancia, que Dios mira sin indignacion, de que podemos salir con facilidad, y así pecamos y nos consolamos despues de haber pecado, ó mas bien, no necesitamos de consuelo sino que nos saboreamos y congratulamos con nuestro pecado, y vivimos de asiento y como connaturalizados con el pecado. Preciso es que perdamos la costumbre de hablar y pensar como el mundo, y segun la inclinacion de nuestras pasiones, y que pensemos como nos enseña nuestra fe.

Dios habla y nos dice: Hombre, yo soy tu Señor, tu Criador, tu Padre, tu Rey, tu Salvador, tu Juez, tu Amigo, tu Esposo, tu Redentor. Yo te mando y te prohibo lo que te ordeno en los diez mandamientos de mi ley; exijo de tí esta prueba de tu sumision y obediencia y nada mas te pido en testimonio de tu correspondencia, de tu agradecimiento y de tu amor. A este precio te doy mi amor, mis beneficios, mi ternura, tu salvacion, tu eterna felicidad. Bien poco exijo de tí; pero si no me lo concedes, si antepones á mi amor el amor de los deleites reprobados, si prefieres al placer de poseerme el inícuo gusto de ultrajarme, y al trabajo de obedecerme el trabajo de perderle y condenarle, Yo te llenaré de inquietudes y remordimientos y me ven-

garé castigándote con todo el rigor de mi justicia , y haciéndote desgraciado para siempre en pena de tu ingratitud y desobediencia. Haré que te premien el demonio y tus pasiones á quienes serviste. Esto dice Dios al hombre , y el hombre que peca le dice con su conducta al mismo Dios: *Non serviam*. No os obedeceré ; desprecio vuestras órdenes y disposiciones ; no quiero , y desprecio vuestros beneficios ; os niego y desconozco , y por lo que á mí hace no os necesito ; no quiero que haya Dios ; provoco vuestra ira y desafío vuestros enojos y vuestro odio ; mas quiero perecer ofendiéndoos que perder la ocasion de satisfacer mis apetitos ; mas quiero una eternidad en el infierno que sujetarme ahora á vuestra autoridad.

Horroriza oir semejantes blasfemias ; pero este es el lenguaje práctico del pecador que oye la voz de Dios y la desprecia , que conoce su ley y la quebranta , que siente los impulsos y llamamientos de su gracia y los resiste , que experimenta el amor y los beneficios de su Dios y corresponde con ingratitudes , que ve el infierno abierto debajo de sus pies y no teme y salta por todo por pecar , y por esto nos dice el apóstol que el que quebranta la ley deshonorá á Dios. *Per prævaricationem legis Deum inhonoras*.

Levantaré mi voz , clamaré mas alto que lo que clama el mundo y las posiones que nos engañan y nos pierden. Os anunciaré vuestros pecados ; os presentaré todo su horror y malicia para que los detesteis y los floreis , y os haré ver para esto la injuria que hace á Dios el que se resuelve á ofenderle ; el que le deshonorá faltando á la obediencia de su ley y cometiendo un pecado mortal.

Es una injuria que se hace á Dios por la criatura el po-

cado mortal de cualquier género que este sea, y por esto mismo es el pecado la mayor de todas las miserias, un abismo de deformidades, es un mal que toca á Dios hiriéndole en su honra. No creais que hay exageracion en lo que digo, ni es asunto tan superior á nuestra razon que no podamos comprenderle con facilidad. Pecar, dicen los teólogos con el doctor angélico, no es otra cosa que apartarse de Dios y convertirse á la criatura: volver las espaldas á Dios por dar la cara á la criatura; lo que, como podemos conocer, es hacer á Dios una injuria manifiesta. En este sentido se queja con frecuencia el Señor de los pecadores manifestando el desprecio que hacen de su divina Magestad cuando pecan. *El pecador ha despreciado mis mandamientos*, nos dice por Ezequiel. *Crié hijos y los exalté*, nos dice por Isaías, *pero ellos me despreciaron á mí*. En el libro de los Proverbios se lamenta de que son despreciados sus consejos por los que no quieren seguirlos, y despreciadas sus correcciones: *Desperxistis omne consilium meum et increpationes meas neglexistis*. Y por boca de san Pablo se queja de que son despreciadas las riquezas de su bondad por el que vuelve á pecar despues del perdon, y de que con estas recaídas, no solo se desprecia, sino que se huella tambien al mismo Hijo de Dios como si fuera la cosa mas abominable: *Divitias bonitatis ejus contemnis... Qui Filium Dei conculcaverit et sanguinem testamenti pollutum duxerit*.

Hace una injuria al príncipe el que desprecia y falta al cumplimiento de la ley que el príncipe ha impuesto. No puede dudarse que es un crimen enorme el que un hijo se rebelde contra su padre. ¿Cuánto mayor será el desprecio y mas detestable el crimen del que desprecia la ley de su

Dios y se rebela contra su mismo Dios? Pues esto hace el que peca mortalmente: se arma contra Dios, se endurece y obstina contra Dios, le desprecia y deshonra saltando á su ley, de modo que es imposible pecar y no hacer al mismo tiempo una injuria á Dios, aunque al mismo tiempo injuriemos al prójimo ó nos perjudiquemos á nosotros mismos, porque al fin con cualquier pecado se desprecia una ley que nos ha impuesto el mismo Dios. ¡Qué sensibles, qué delicados, qué cuidadosos somos nosotros en exigir las atenciones y obsequios que creemos que se nos deben! Una falta de sumision y obediencia de los domésticos, la aspereza ó mal humor de una esposa, la desatencion de un hijo, la altanería ó indiferencia de unos parientes, las palabras descorteses ó satíricas, la mudanza ó sola la frialdad de los amigos, una ingratitud, la preferencia que se nos niega ó que vemos conceder á otros, la falta de correspondencia á nuestra amistad ó á nuestros beneficios, el que no manifiesten otros la estimacion de nuestras prendas, de nuestros talentos... mejor dicho, de nuestra vanidad, estas y otras faltas contra nosotros ¿con qué vehemencia las sentimos? Se irrita y conmueve tanto nuestro corazon que no acierta á pensar ni á ocuparse en otra cosa. Y nosotros que no somos mas que un puñado de polvo, tan celosos de nuestra autoridad, tan delicados en conservar nuestros derechos ¿queremos que la voluntad de Dios sea el juguete de nuestros caprichos, de nuestras torcidas inclinaciones y de nuestros afectos y deleites? ¿Hemos de querer ser tratados como si fuéramos dioses y tratar á nuestro Dios como si fuera un Dios que no siente ni ve? ¿Es posible que Dios mande y que el hombre le desobedezca? Si meditásemos

en esta enormidad, si reflexionásemos lo que hacemos cuando cometemos un pecado, elegiríamos antes dejar de vivir que pecar.

Así huye, se aparta y desprecia á su Dios el que peca; y se agrava esta injuria por la preferencia que hace de la criatura á quien se vuelve y elige, en quien pone su afecto el pecador. *In manu ejus statera dolosa.* Una balanza fraudulenta y engañosa tiene en su mano el que peca, segun la espresion del profeta Oseas, porque cuando comete el pecado pesa de una parte á Dios y de otra á la criatura, y juzga prácticamente que es mayor bien la criatura que Dios. ¿Qué peso puede darse mas infiel, mas injusto, mas detestable? ¿Qué injuria mayor puede darse que la que hacen á Dios cada día los pecadores con esta abominable balanza! El apartarse de Dios y despreciarle es una ofensa, una injuria inmensa de Dios; pero el despreciarle y elegir á las criaturas es una injuria cuya enormidad no puede esplicarse bastantemente. Es una injuria de que se queja altamente el Señor por el profeta Isaías. *¿Cui assimilastis me et adæquastis? Dicit sanctus.* ¿Qué será, no solo poner en comparacion á las criaturas con Dios, sino anteponerlas y preferirlas espresamente? ¿No es esto quitar á Dios, en cuanto está de parte del pecador, su naturaleza divina, el ser un Bien infinito é inmutable, y por lo mismo digno de ser preferido á todos los bienes criados? Si habeis creído que esa criatura con quien pecásteis era mas digna de ser amada que Dios ¿no habreis derribado á Dios de su trono en vuestro entendimiento? Pues eso mismo hace vuestra voluntad. Cuando preferís la criatura á Dios, del modo que podeis quitais á Dios el ser Dios. Conoceis que una criatura

es un ser vil y despreciable, un bien de muy corta duracion, un bien que lleva consigo disgustos amargos, y á pesar de todo decís en vuestro corazon: no importa: el placer vil y momentáneo, el gusto de amar á esta criatura vale mas que Dios y su gracia. Yo quiero mas gozar de su presencia aunque me haya de costar un tormento sin fin, que de la posesion de Dios que solo cuesta refrenar mi pasion. Yo quiero mas ver por pocos dias á esa hermosura, que ver á Dios por toda una eternidad. Yo comparo y pongo en balanza la obligacion con la pasion; la ley de Dios con la concupiscencia; las recompensas del cielo con los deleites del crimen; las penas del infierno con las dificultades de la virtud; Dios con mis apetitos; y me decido á favor de estos y contra Dios. Dios me pide el amor de mi corazon, me mueve con su gracia, me alienta con sus promesas, me ama, me habla como Padre, me busca deseoso de mi bien: pero me le pide tambien el demonio con el atractivo del vicio. Me ofrece unos deleites fugitivos y tan engañosos como él, tan corrompidos como él, tan culpables y vergonzosos como él, tan vanos y perecederos como él. Me brinda con la dulzura envenenada de un placer lleno de acciones criminales, con las delicias crueles de un odio y una venganza funesta, con la frívola satisfaccion de un orgullo insensato, de una curiosidad indiscreta, de una perversa maledicencia y su fin es perderme para siempre. Me presenta una copa con los bordes llenos de una dulzura seductora, y yo sé que su interior está lleno de una ponzoña contagiosa. Dios me ama y se queja de mí, y el demonio solo piensa seducirme, robar y matar como un ladron; sin embargo no quiero oir ni seguir á Dios, y sí lo que me man-

da el demonio. ¿No es esto lo que hacemos siempre que cometemos un pecado mortal y la victoria cruel que conseguimos contra Dios? Arrojamós y precipitamos, por decirlo así, al Señor del altar de nuestro corazón y ponemos en él un Dios reciente que nosotros nos fabricamos; una muger, un pedazo de hacienda que nada vale; un simulacro de reputación, un bien terreno cualquiera al que estimamos más que á Dios y ante el que todo lo sacrificamos. Espantaos, cielos, y vosotros, habitantes celestiales, retiraos de sus puertas llenos de tristeza, dice por esto el Señor por su profeta Jeremías, porque mi pueblo ha cometido dos grandes maldades: me ha abandonado á Mí que soy la fuente de todos los bienes, y ha preferido para beber unas cisternas rotas y disipadas con que no puede hallarse una gota de bien verdadero. Aquello que cada uno desea y venera es para él su Dios y tiene para él el lugar de Dios, dice san Gerónimo. ¿Y podremos entender lo grande que es esta injuria contra Dios? Sería preciso conocer todo lo que es Dios, y este conocimiento está reservado á El solo y El solo puede conocer toda la enormidad del pecado, y podemos decir en cierto modo, que el pecado es tan gran mal como Dios es gran bien; que como Dios es un bien infinito; inefable, incomprensible, así el pecado es un mal infinito; inefable, incomprensible por la infinidad de la Magestad divina á quien ultraja.

Esta injuria que hace á Dios el que peca es mas humillante y depresiva en cuanto que se le hace á Dios en su presencia, en sus mismos ojos, de modo que no solo la calidad de la ofensa, sino tambien el modo de cometerla redundaba en descrédito de la Magestad de Dios. Peca el ladrón

oculto y priva en cuanto puede de la hacienda á su prójimo; pero el ladrón manifiesto se arroja en la campaña rasa y despoja, añadiendo al hurto un menosprecio notable con aquella violencia descubierta con que roba. Pues el pecador peca, y peca como el ladrón salteador á la misma vista y presencia de Dios, porque nada se le oculta, todo lo ve, está presente en todas partes y esto lo sabe el pecador que le ofende. Mas aun, hermanos míos: el Señor no solo observa al pecador como testigo, le observa tambien como juez, lo que debería bastar para atemorizarle; y sin embargo no se detiene el pecador y peca delante de su Dios, burlándose no solo de su presencia, sino tambien de su justicia. Tanto esmero por ocultar á la vista de los hombres los defectos, tanto afán por aparecer en el mundo sin los crímenes que él detesta; y hacer ostentacion de un modo insolente y soberbio de ofender á Dios en su cara! ¿Quién se atreve á deshonrar cara á cara á una persona? ¿Quién se atreve á quebrantar la ley delante del legislador? ¿Quién trama la conjuracion delante del mismo monarca? ¿Y qué excusa admitirá el pecado ni qué castigo será bastante para vengar tanta deshonra?

Si por fin hubiese algun bien tan grande que pudiese mover al pecador á preferirle á su Dios. Pero esto es lo que colma la malicia del pecado y hace mas detestable la injuria que hace el pecador á Dios. Le abandona por un bien de ninguna monta. Es Dios tan digno de ser honrado y obedecido, que por ningun bien, por grandísimo que fuere, le debemos vilipendiar con un agravio aun el mas ligero. La misma eterna felicidad, si por un imposible no pudiéramos conseguirla sin cometer un pecado leve, deberíamos renun-

ciar libremente á ella antes que ofender á un Dios tan grande. ¿Quién, pues, puede entender hasta dónde llega la injusticia de un pecador que por el mas despreciable interés ofende á su Dios? Me injuriaban por un puñado de cebada y un pedazo de pan, dice el Señor por Ezequiel. No es ya necesario el asalto violento de las pasiones; los mandamientos de Dios se quebrantan por uso, y se vive del pecado. *Comedunt panem impietatis, et vinum iniquitatis bibunt. Comen el pan de la impiedad, y beben el vino de la maldad* (1). Se ha hecho el ofender á Dios tan usual como el comer y beber. Sed vosotros los testigos y decidme, si esta conducta no es una deshonra, una injuria tanto mas ofensiva contra Dios cuanto mas vil y despreciable es el motivo de ofenderle, cuanto mas barato se le vende, y si no es preciso renunciar á toda razon y perder todo el conocimiento para incurrir en ofender á Dios.

¿Direis ya para quedaros tranquilos en el cieno de vuestras culpas y sofocar los remordimientos de vuestra conciencia lo que con tanta frecuencia suele oirse: ¿á quién hago yo mal? yo no quito ni robo nada á nadie, no mato, no injurio á ninguno? ¡Ay, hermanos míos! ¿A quién haceis mal cuando pecáis? Se le haceis á Dios haciéndole el mayor ultraje que puede hacerle una criatura suya, que es no querer obedecerle. ¿Os parece poco? Sea grande ó pequeño ó aunque sea ninguno el agravio que en el pecado se hace al prójimo, el mal siempre es infinito por la injuria que con él se hace á Dios. Un precepto bien ligero, como

(1) Prov., cap. 4, v. 17.

es el de no comer la fruta de un árbol, puso Dios al primer hombre, observa san Agustín, porque este bastaba para ejercitar su soberana jurisdicción y probar la obediencia de su súbdito, y no le ordenó cosas dificultosas, porque deseaba que supiesen bien todos qué mal tan grande es desobedecer á Dios. Si Dios hubiera mandado al hombre cosas grandes, parecería que el mal de la trasgresion estaba todo en el peso y entidad de las cosas mandadas; pero mandándole una cosa ligera se veía claramente que todo el mal de la culpa estaba en la desobediencia á las órdenes divinas. *Que nolui egistis*. Hicisteis lo que yo no quise, dice Dios por Isaías. Y qué vos parece poco mal querer las cosas que Dios no quiere? ¿No es esto querer destronar á Dios y ser mas que Dios? Es necesario mas con los príncipes de la tierra para incurrir en un delito de lesa magestad? ¿No sería castigado el que dijera: no quiero obedecer, yo soy dueño, yo mando, yo quiero obrar á mi modo? ¿Y no será mal el decir y hacer otro tanto con Dios? Adán tampoco robó, ni mató, ni hizo mal á nadie y solamente comió de la fruta del árbol que se le habia vedado por Dios, y porque comiéndola desobedeció, bastó su desobediencia para causar una ruina infinita en él y en todos los hombres nacidos despues de él. Dios quiere que el peso sea justo. Esta es su voluntad, que nada se prefiera á él; y que él sea preferido á todas las cosas. Entendamos y desengañémonos de que pecando nos rebelamos contra Dios, le tratamos como á enemigo y le injuriamos y deshonoramos. Se le injuria á Dios, dice santo Tomás, despreciándole ó directamente en sí mismo ó indirectamente en sus sacramentos, ó en su imágen, que es el prójimo, ó finalmente en su ley y sus preceptos.

No vale, pues, la necia excusa de decir: no peco por despreciar á Dios, sino por el deleite, por el interés, por la pasión. Pecais, luego despreciais á Dios, le desobedecéis, faltáis á su ley, le injuriáis en su misma presencia, le abandonais y dejais su servicio por servir á vuestros apetitos desordenados.

¿Tendreis ya valor para pecar y para decir despues sin temor y sin respeto ¿qué mal es el pecado? ¿Qué puede ofender á Dios una fragilidad de un hombre? Si no os mueven y abren los ojos las reflexiones que acabais de oir para conocer lo que es el pecado, para temer el pecado, para que eviteis, os apartéis y salgais del pecado, yo os diré que no ha de durar para siempre vuestra ignorancia; que si ahora os comeis la maldad como un pan gustoso, en el tribunal de Dios conoceréis el mal que ahora no quereis conocer, y os estremecereis de haber sido tan necios y temerarios en no haber estimado su bondad, ni hecho caso de su justicia, ni tenido atencion á su inmensidad atreviéndose á cometer á su vista los excesos que tan rigurosamente os prohibia. Entonces conocereis la injuria y deshonor que se hace á Dios con el pecado mortal; y entonces el Señor por haberle despreciado y desobedecido, cumplirá la amenaza que hace por el salmista: *Pones eos dorsum*. Pondrá á los pecadores por espaldas; porque no solo apartará su rostro de ellos y los volverá sus espaldas, sino que los hará como sus espaldas mismas para no volverlos á mirar jamás con los ojos de su misericordia. Despreciaron á Dios como si fuera nada ó como si no le hubiese; y Dios no hará caso de ellos, como si no tuvieran ser. Hicieron el agravio de apartarse de él y convertirse á las criaturas, y Dios los apar-

tará con violencia de su presencia y los destinará á unas penas eternas. En esto habrá la desigualdad, porqué los pecadores despreciaron á Dios por muy breve tiempo y apenas gustaron el fruto de su pecado, y Dios los despreciará y castigará para siempre. Una eternidad de penas es el castigo del pecado que se comete en un momento. Tan terrible es la injuria que hace á Dios el pecado.

Aprovechemos este santo tiempo para conocer el pecado, para reflexionar ayudados de la gracia de Dios lo que es el pecado y lo que injuria y deshonra á Dios, porque conociéndolo le detestaremos, le lloraremos, le destruiremos con la penitencia, no tendremos ánimo para volverle á cometer, obedeceremos á Dios y Dios nos premiará como á siervos fieles en su reino. Amen.

F L. G.

PLATICA XI.

DE LOS EFECTOS DETESTABLES DEL PECADO MORTAL. ;

Odisti omnes qui operantur iniquitatem.

PSAL. 5, v. 7.

¿Con qué facilidad nos persuadimos cuando pecamos que Dios mira al pecado con tranquilidad ó con una insensible indiferencia ? Nuestro Dios, nos dice el real profeta, es un Dios santo, que aborrece infinitamente la maldad, no sufre á los pecadores junto á él, los arroja de su presencia, aborrece á todos los que obran la iniquidad y no escaparán de su venganza los que obran mal : *Non Deus volens iniquitatem tu es : neque habitabit juxta te malignus; neque permanebunt injusti aule oculos tuos. Odisti omnes qui operantur iniquitatem.* Cuando quisiéramos cerrar los ojos y desconocer esta verdad, la historia del mundo es la historia de los castigos del pecado que no podemos desconocer. Todo cuanto padecemos en la tierra es efecto del pecado. Un solo peca-

do cometió el primer hombre y todos sus descendientes lloraremos sus consecuencias funestas. Por él nos han venido todos los trabajos y miserias, las penalidades y la muerte; y aun no es este el castigo con que Dios se venga del pecado. Le aborrece, le castiga con penas eternas y el miserable que le comete queda en la enemistad de Dios, esclavo de Satanás, sujeto á un infierno, á la desesperacion, á los tormentos sin fin.....

Bien quisiera poder manifestar con energía y claridad los miserables efectos que obra el pecado mortal en el alma que le comete, el estado horroroso en que queda el alma despues de haber pecado, su ceguedad, su desamparo, el precipicio en que se ha sumergido y el término desgraciado á que la arrastra por toda una eternidad, porque este cuadro presentado y visto en su interior y como es en sí bastaria para detestar de veras el pecado y no cometerle jamás, para contener al pecador mas atrevido y mas fuertemente unido á sus depravados deseos y concupiscencias. Obra es de mucho tiempo y de muchos discursos, porque son muchos los detestables efectos del pecado mortal, á cual mas horribles y desastrosos, y la brevedad del tiempo no me permite recordarlos y presentarlos todos con toda la estension y claridad que quisiera para que viéramos su deformidad.

He dicho ya que Dios aborrece á los que obran la iniquidad. ¿Qué mas es necesario para que detestemos y huyamos de pecar? Por el pecado Dios nos aborrece y detesta, el pecado nos hace enemigos de su Dios, nos priva de su gracia. Ved el efecto primero é inseparable de todo pecado mortal. Despreciamos con él á Dios y Dios nos desprecia; nos apartamos de Dios y Dios se aparta de nosotros; nos de-

elaramos por enemigos suyos y Dios nos retira su divina gracia. Por el pecado perdemos aquella pureza é inocencia que recibimos en el bautismo. Salimos de aquel estado feliz que no podemos recobrar jamás si una vez le llegamos á perder, porque si podemos volver á Dios por una sólida penitencia, no podemos volver en manera alguna á aquella inocencia que perdimos. Dejamos de ser del número de aquellos hijos siempre fieles y sumisos de quienes y para quienes son todos los tesoros de Dios, aunque nos quede el consuelo de hallar todavía un Padre benigno é indulgente que nos vuelva á admitir, no solo entre el número de sus criados, sino tambien entre sus hijos. Por el pecado perdemos la gracia de Dios y todos nuestros merecimientos. Hermanos míos: ¿nos hemos detenido alguna vez á considerar lo que es la gracia de Dios? No puede el hombre conocer su valor, dice el santo Job. Es una semilla, una participacion de la divinidad; es mas noble y excelente que los mismos cielos. *Et ego claritatem, quam dedisti mihi dedi eis: ut sint unum, sicut et nos unum sumus*: nos dice Jesucristo por san Juan (1). Yo di á mis fieles aquel esplendor de dignidad que el Padre me dió á mí. Como el fuego pudiera decir al hierro encendido: yo te he dado todo mi resplandor, todo mi calor, toda mi nobleza, comunicándote, si no mi naturaleza porque eres hierro, á lo menos una excesiva semejanza, porque á ninguna otra cosa te asemejas mas que al fuego: así comunicándonos Dios la gracia viene á comunicarnos su divina naturaleza tan eminentemente, que si bien el

(1) Cap. 17, v. 22.

alma no deja de ser criada, se trasforma toda en el Creador, á quien se hace mas semejante que el hierro encendido al mismo fuego. La hermosura, las riquezas, los honores y dignidades no perfeccionan al hombre interiormente, no son sino una superficie de bienes y no penetran en el interior; la gracia de Dios se introduce en lo íntimo del alma y no solamente la perfecciona, sino que la eleva á otro órden superior, á una divinidad participada. Tal es la gracia y por eso con ella Dios nos ama y nosotros le amamos, estamos seguros de su proteccion y de sus beneficios, sus designios para con nosotros son todos de paz y de misericordia, sus ángeles velan á nuestro alrededor y dirigen nuestros pasos. Aunque no tengamos esos honores y distintivos pomposos del mundo, aunque no seamos dueños de grandes riquezas y comodidades, aunque estemos reducidos á la miseria como Job, ó á la cautividad y el encierro como José; aunque no tengamos el don de hacer milagros, de entender las lenguas, de curar enfermos y de resucitar muertos, si tenemos la gracia de Dios, ¿qué importa, si estamos escritos en el libro de la vida? Tenemos cuanto podemos desear y lo que nos da el ser amigos de Dios, hijos suyos, herederos de su reino y eternamente felices. Si tenemos la gracia de Dios somos templos vivos del Espíritu Santo, el Espíritu Santo habita en nuestros corazones y con su asistencia aumentamos el tesoro de nuestros merecimientos, Dios acepta como obras de hijos queridos suyos nuestros ruegos, nuestras limosnas, nuestros ayunos y mortificaciones, aun las obras mas pequeñas que hagamos en su obsequio.

Un deleite nos seduce, una tentacion nos arrebatá, cae-

mos por cualquiera camino en un pecado, y ya, como nosotros nos apartamos de Dios, Dios se aparta de nosotros, nos retira su gracia, dejamos de ser sus amigos, sus hijos sus herederos, queda nuestra alma en una espantosa deformidad sin hermosura ni belleza, se olvida el Señor de todos nuestros merecimientos, y de templos del Espíritu Santo quedamos transformados en esclavos del demonio. Aunque pasemos siglos enteros en la oración mas fervorosa; en ayunos y vigiliass continuas, en el retiro y la penitencia, en el momento mismo de caer en un pecado todo queda destruido, todo se perdió, nada nos queda porque ya no tenemos la gracia de Dios y sin esta no podemos tener sino horror, tinieblas, luto y condenacion. No nos queda mas que el aborrecimiento de Dios que dejaria de ser Dios é infinitamente santo si no aborreciese nuestras iniquidades. *Odisti omnes qui operantur iniquitatem*. Dios aborrece y detesta al pecador; el pecador se hace tan abominable para Dios como lo son aquellas cosas en que puso su afición. El odio de Dios es el mal más grande, es el origen de todos los males, así como su amor es el manantial de todos los bienes. Dios aborrece al pecador y el pecador está en las manos de Dios, y no puede ocultarse de su vista, y no puede burlar sus castigos. ¡Qué mal tan terrible es el pecado!

Queda el alma desamparada y viuda, sin consuelo ni apoyo, porque queda sin Dios, aborrecida de Dios y solo tiene un juez vengador de sus ultrages, y tras este mal que la acarrea el pecado la sobrevienen otros muchos. *Venite et non paramus viduæ* (1), dicen los impíos segun nos hace su des-

((1) Cap. 2.

ericion el libro de la sabiduría. Queda una muger privada de su marido, y uno la inquieta con pleitos, otro la incomoda con amenazas, otro la apura con exacciones, otro finge créditos y todos se la atreven y levantan contra ella porque ya no tiene quien la defienda. Tal es el estado del alma desventurada del pecador: esta es la viuda que lia quedado privada de su sustento y de su apoyo que es Dios, y que en su viudez no es acreedora á la compasion y la piedad porque ella ha sido la que ha roto el nudo de su inestimable desposorio. Mientras estuvo unida con su divino esposo por la gracia todos la miraban con respeto y se guardaban de perturbarla; pero apenas se separó de él cuando todos se han levantado contra ella. «Dios la dejó, dijeron, perseguidla y cogedla porque no hay quien la libre (1)». De aquí proviene la ceguedad del entendimiento, porque faltándole la luz al pecador anda en tinieblas y espuesto á caer á cada paso; queda como un jumento, segun la espresion del real profeta, envilecido y degradado, reducido á la esclavitud y servidumbre del demonio, del pecado y de sus desordenados apetitos. De aquí el tedio y disgusto de las cosas santas, el aborrecimiento de todo lo que le pudiera ser útil, cierra sus ojos para no ver y sus oidos para no oir como la serpiente y el áspid para no ser presa de los encantadores. *Furor illis secundum similitudinem serpentis, sicut aspidis surdæ obturantis aures suas.* Camina sujeta al mal entre inquietudes y remordimientos; no halla reposo, se distrae entre el bullicio y los placeres por acallar ó mitigar la

(1) Psal. 70, v. 11.

guerra que devora su corazón y fatigado de esta penosa tarea lo desprecia y se burla de todo, rompe con todo y pierde hasta su misma fe. *Impius cum in profundum venerit peccatorum, contemnit.* Se resuelve á vivir como si no hubiera otra vida y como si no hubiera Dios. Se corrompe en sus pecados y en la costumbre de cometerlos y dice en su corazón con demasiada insipiente y como si estuviera convencido ó estuviera en su mano el destronar al mismo Dios: *Non est Deus.* Huye de los que le corrigen y detesta su misma salud, no habla ni medita sino la maldad, no se le ve hacer obra buena alguna y no deja otra esperanza que la de ser destinado al fuego eterno.

Pecador, entiende y ve lo malo y amargo que es el haber dejado á tu Dios y Señor. Reconoce los efectos abominables del pecado, los males que acarrea al alma el pecado y decidme todos si podemos resolvernos á pecar tranquilamente, si podemos aquietarnos en el pecado, si no debemos huir del pecado mas que de todos los males, si no le debemos temer mas que todas las desgracias. Si son de tan poca monta los males que nos acarrea que no deban asustarnos, si vale tan poco nuestro Dios para no temer su odio y su aborrecimiento, y si son tan débiles y llevaderos sus eternos castigos que no deban asustarnos.

Direis, que aunque habeis pecado no habeis despreciado á Dios ni habeis dejado de temerle, que hacéis algunas obras buenas y esperais volver á su gracia, que no habeis llegado á ese extremo de impiedad de despreciar y burlaros del mismo Dios y faltar á la fe en la que quereis vivir y morir. Sea así, y así lo quiere el Señor por su infinita misericordia, y por esto, por esto es el que no hayais ido con

precipitacion como otros de vicio en vicio hasta llegar á sofocar vuestra fe; por la bondad y misericordia de Dios; pero habiendo pecado, habiendo perdido su gracia os habeis puesto en el precipicio, en el camino de la perdicion, os habeis sujetado á los enemigos de vuestra alma y como os ven desamparados de Dios, aborrecidos de Dios, sin la ayuda de Dios, os acometen, os tientan, os inducen á todo género de pecados con mas seguridad de vencederos, y si no os inquietan ya, es porque en esa quietud y paz que tenéis, en esa sercnidad de conciencia con que vivís sin embargo de los pecados en que estais envueltos, tienen afianzado su triunfo; sois suyos y aun esclavos miserables y dóciles de su tiranía. Lo que no podeis dudar es, que por el pecado habeis afeado vuestras almas, habeis perdido la amistad y gracia de Dios, os habeis degradado y envilecido, estais aborrecidos de Dios y como sin vida, sin accion, sin fuerza caereis cada vez mas hasta perecer para siempre. Sin la luz que os iluminaba y la gracia que os fortalecia todo será debilidad en vuestra voluntad y oscuridad y tinieblas en vuestro entendimiento. Lo que no podeis dudar es que los que se apartan de Dios perecerán, que á la manera que el que se aparta del calor cada vez se va quedando mas frio, el que está sin alimento cada vez se halla mas débil, el que se aparta del camino cada vez va mas estraviado y el que anda sin guia estando ciego está espuesto cada vez á mayores golpes y precipicios, así el que peca está espuesto á pecar mas y mas y venir á parar al último estado de miseria que es perder la fe; y si no sucede en todos es por una especial misericordia del Señor. Lo que no podemos dudar es que por un pecado solo que cometamos dejamos de te-

ner parte en Dios, dejamos de ser sus hijos, sus esposos sus herederos: y como jamás podremos salir del pecado por nosotros mismos, jamás volveremos á la amistad de Dios, si Dios no nos la concede por su misericordia, quedamos en cuanto está de nuestra parte, privados para siempre de las delicias de la bienaventuranza y sentenciados á los tormentos eternos.

¿Hallaremos algun otro mal mayor que el pecado? ¿Habrá cosa que debamos temer mas que el pecado? El mundo, los placeres, los intereses, la prosperidad, cuanto hay y con cuanto se nos brinde, ¿deberá ser bastante para reducirnos á cometer un pecado? Aunque se nos amenace con los mayores tormentos y privaciones, aunque se nos castigue con los mayores males, ¿podremos hallar mayor mal que el pecado? Ese abismo de males en que nos precipita, esa inmensidad de bienes de que nos priva, esa multitud de peligros á que nos espone, esos horrorosos precipicios por que nos arrastra, esa degradacion, envilecimiento y esclavitud del demonio á que nos reduce, y sobre todo el odio de Dios y sus terribles castigos, ¿no ha de ser esto bastante para que lloremos el pecado, destruyamos en nosotros el pecado, detestemos el pecado, huyamos de este monstruo, origen de todos nuestros males y miserias, y nos resolvamos fuertemente á sufrirlo todo, á esponerlo todo antes que cometer un pecado?

Si nuestras pasiones, si nuestro corazon corrompido, si el mundo enemigo constante de nuestro bien y empeñado siempre en alucinarnos nos hacian mirar al pecado como una flaqueza, como una debilidad, como una cosa de poca importancia de que Dios no se cuida y de que se olvida con

facilidad , gracias sean dadas al Señor que nos ha traído á estos santos ejercicios y dado á conòcer lo que es el pecado, los abominables efectos del pecado, la desgracia en que nos pone y lo que Dios le aborrece y le castiga. Ya no seremos excusables si pensamos como el mundo , si hablamos como el mundo y si obramos con la inconsideracion que obra el común de los hombres que por cosas de tan poquísimó momento se resuelven á cometer el pecado.

Falta, Dios mio , que así como nos habeis dado á conocer lo temibles que son los efectos del pecado, lo mucho que aborreceis á los que se apartan de vos por el pecado, la miseria y el abismo de males que nos trae el pecado, perfeccioneis vuestra obra y nos deis vuestros auxilios para salir cuanto antes de los pecados en que hemos incurrido , y para no volver jamás á perder vuestra gracia, vuestra amistad , vuestro amor, ese amor benéfico y paternal que nos llenará de consuelos , nos dará el derecho á los bienes de vuestra gloria, y nos pondrá en posesion de la eterna felicidad y bienaventuranza, donde tendremos la dicha de que nos ameis para siempre y no nos aborrezcáis jamás. Así sea.

F. L. G.

PLATICA XII.

EL PECADO MORTAL DESTRUYE EL MERITO DE LAS BUENAS OBRAS.

*Si averterit se justus á justitia sua,
et fecerit iniquitatem, nunquid vivet?
Omnes justitiæ ejus, quas fecerat non
recordabuntur.*

EZECH., CAP. 18, v. 24.

El destrozo que hace el pecado en las almas, el incendio que lleva y con que todo lo destruye, el robo que hace sin dejar en ellas otra cosa que desolacion, esterminio y ruinas espantosas, debiera ser bastante freno; si lo considerásemos con una fe viva para contenernos y no cometer jamás un pecado mortal, aunque nos fuese en ello la ganancia de todos los bienes del mundo. No consideremos la injuria y deshonra que hacemos á Dios por el pecado; no atendamos á los peligros y miserias á que queda espuesta el alma por el pecado, ni á los castigos temporales y eter-

nos con que Dios ha de vengarse del pecado. Miremos á los estragos que hace el pecado en las almas, los daños que les causa y los bienes de que las priva, y si David y sus soldados entrando en la ciudad de Siceleg, saqueada poco antes por los amalecitas, y entregada despues al fuego y á las llamas, al mirar las ruinas de sus casas, los mejores edificios convertidos en cenizas, la soledad, la pérdida de los hijos mas tiernos y de las mugeres, lloraron tanto que se los agotaron las lágrimas: *Pluuxerunt, donec deficerent in eis lacrymæ*, ¿cuánto mas lloraremos siendo mucho mayores los daños y la desolación que hace el pecado en las almas? ¿Cómo podremos conservarnos tranquilos viendo con los ojos de nuestra fe un incendio tan horroroso?

Sobre esto voy á llamar vugstra atencion y recordaros los daños terribles que ocasiona al alma el pecado, destruyendo cuanto bueno halla en ella, privándola del mérito de todas las buenas obras que hubiese hecho antes del pecado, y haciendo que sean inútiles cuántas haga mientras esté en el pecado; para que salgamos cuanto antes del pecado si hemos caído en él ó le evitemos y temamos como un mal de tan terribles consecuencias.

Si el justo se apartare de su justicia, dice el Señor por Ezequiel, *y cometiére alguna maldad... no se tendrá memoria de alguna de las buenas obras que habia hecho*. Un pecado solo destruye y reduce á nada todo el mérito de las buenas obras, seca en ellas todos los renúevos de la vida eterna, y peor que toda tempestad maligna, quita todos los frutos de vida. No hay nublado que no deje intacto algún racimo en las vides; pero el pecado los derriba todos sin dejar uno. Quanto el justo ha negociado y atesorado á fugr-

za de trabajo y vigilancia en muchos años, lo pierde por sola una transgresion de los divinos preceptos. De cuanto haya merecido y de cuanto bueno haya obrado en toda su vida, no queda ni aun la memoria; *Omnes justitias ejus, quas fecerat, non recordabuntur*. Todo viene á destruirse y perderse por mucho que sea lo bueno que haya hecho, á la manera que un vaso grandísimo lleno del mas sabroso néctar, se pierde y llena de amargura echando en él una sola gota de hiel. Demos que haya un justo tan santísimo que reuna en sí todos los méritos y virtudes de todos los bienaventurados y que pudieron decir con razon: *In plenitudine sanctorum detentio mea*. Un justo que en una dilatada vida hubiere obrado siempre bien, y que por su vida ejemplar fuese reconocido de todos por un hombre lleno de los mayores méritos y virtudes, pues si este cometiere un solo pecado mortal, en el hecho mismo de cometerle quedaba despojado de todos los dones, de todas las gracias, de todos los méritos y de todos los innumerables bienes de que abundaba; hecho enemigo de Dios, destinado y sujeto al infierno y sin que le sirviesen de nada todas sus buenas obras anteriores. Por aquí podemos conocer qué género de veneno tan mortal y pestilente es el pecado.

Se rebela contra Dios el que peca; y el Señor no solo le castiga con la privacion de su gracia y amistad, sino tambien con la confiscacion de todos los bienes y despojándole de todos los oficios, honores, dignidades y preeminencias que antes tenia. No solo queda privado de la gracia de Dios el que peca mortalmente, sino que queda tambien sin mérito alguno de cuantos habia adquirido, y sin derecho á la vida eterna. El pecado, dice san Buenaven-

tura explicando esta doctrina, es como la podredumbre de una manzana, porque así como la podredumbre quita á la manzana la hermosura, el color, el sabor y el olor; así el pecado quita al alma la hermosura de la vida, el color de la fama, el valor de la gracia y el sabor de la gloria, y por eso decia el santo Job: *Quasi putredo consumendas sum.*

Al modo que al separarse un rey de un palacio ó de una ciudad se apartan con él todos sus ministros, sus guardias, y todos los que componen su corte y hacen parte de su grandeza, así luego que por el pecado mortal se aparta Dios de una alma, se ausentan tambien todos los méritos que esta alma tenia, todas las gracias y dones, lo pierde todo y de nada valen cuantas buenas obras habia hecho, y viene á quedar desolada, desierta y tan arruinada como cuando los enemigos entran en una ciudad que han conquistado, segun el vaticinio de Isaías: *Desolabitur sicut in vastitate hostili, et dereliquetur filia Sion, ut umbraculum in vinea, et sicut tugurium in cucumerario.* Esta desolacion que Isaías anunciaba y con que daba á conocer el estermínio de Jerusalem, es una espresion del estermínio y desolacion que el pecado hace en el alma; y así como en una ciudad que se halla en paz, se halla grande afluencia de viajeros y negociantes, habitantes pacíficos, administracion de justicia, abundancia de todo, tranquilidad, union de los ciudadanos y un régimen escelente, y despues que entran en ella los enemigos que la acometian todo desaparece, se convierte en un monton de piedras, se hace habitacion de fieras y escorpiones y sus ruinas no presentan sino lástimas, de un modo semejante, luego que el enemigo infernal

entra en un alma por el pecado la saquea, la despoja de todos sus bienes y de todas las gracias y méritos que antes poseía, todo lo devasta y arruina. *Desolabitur sicut in castitate hostili*, y sigue la suerte que suelen tener las chozas que se levantan en medio de los campos ó las viñas, que concluido el fruto y recogido se destruyen y se queman: *ut umbraculum in vinea, et sicut tugurium in cucumerario*. Por esto nos dice el Espíritu Santo en el libro de los Proverbios, que dañará á su alma el que peque contra Dios: *Qui autem in me peccaverit, lædet animam suam* (1). La despoja de todo, la deja sin orden, y no queda en ella otra cosa que un horror sempiterno. Disipa toda su sustancia, se ve reducido como el hijo pródigo á alimentar puercos y á acordarse en su miseria ó indigencia de las abundantes riquezas de su Padre celestial.

Sembrásteis mucho y recogisteis poco, dice el Señor por el profeta Ageo, comísteis y no os habeis hartado; bebisteis y no habeis quedado satisfechos, os arropásteis y no os habeis calentado y el que reunió riquezas las echó en un saco roto, y esto es lo que sucede á los que han trabajado y sudado en el servicio de Dios y al fin de algun tiempo, al tiempo de coger el fruto le ofenden y caen en alguna culpa, que por sola que sea basta para absorber y consumir todas las buenas obras y merecimientos; basta para romper el saco y que se pierda todo el oro y la plata, todas las riquezas de las buenas obras que se habian echado en él, basta para romper la union del alma con Dios y por

(1) Cap. 8, v. últ.

esta rotura se pierden las riquezas todas del alma por muchas que hubiese recogido. ¡ Miserable espectáculo , dice el padre san Basilio , despues de un largo ayuno , de una vida mortificada y penitente , de una oracion y unos ruegos continuos , de abundantes lágrimas , de muchos años de continencia , quedar privado de todo y como un negociante que despues de haber reunido muchísimas riquezas y haberlas concluido con felicidad hasta el puerto , en la misma playa ve romperse su nave y perderse todo ! Pues tal es la desgracia del que despues de muchos años de una vida virtuosa y meritoria lo pierde todo por un vil interés , por un placer momentáneo , por un pecado mortal , que á la manera de un violento torbellino todo lo sumerge , y en este miserable naufragio puedè decir el pecador : *Veni in altitudinem maris , et tempestas demersit me*. Si los ladrones hubiesen entrado á robarte por la noche , dice el profeta Abdías , se hubieran contentado con lo que los hacia falta , y si hubiesen entrado los vendimiadores en tu viña , por lo menos te hubieran dejado algun racimo. No hay ladrón mas avaro é insaciable que el pecado. No deja bien alguno en el alma del que le comete , destruye todos los méritos todas las riquezas y virtudes de las almas : *Omnes justitias ejus , quas fecerat non recordabuntur*. Sola la gracia de Dios , dice mi angélico doctor santo Tomás , es mucho mayor que todos los bienes de la naturaleza . ¡ Qué ladrón , pues , tan grande y tan avaro es el pecado que desnuda y despoja al alma de todas las gracias celestiales , de todas las virtudes , de todos los dones del Espíritu Santo que habia recogido en muchos años para poder comprar con ellos el cielo !

Setenta hijos legítimos tenia Gedeon , y uno solo es

púreo que se llamaba Abimelech, y este llevado de su soberbia y de la ambición de reinar maló á todos sus hermanos, segun nos refiere la Historia Sagrada. *Occidit fratres suos filios Jerabaal, septuaginta viros super lapidem unum.* Muchos hay tambien que tienen una numerosa multitud de hijos todos aptos para reinar en el cielo, muchas obras buenas y meritorias de la vida eterna, y un solo hijo espúreo que tengan, un solo pecado que cometan quita miserablemente la vida á todos los méritos y virtudes. Es el pecado como la levadura que corrompe toda la masa. Uno solo basta para corromper y destruir todos los méritos de las buenas obras, y segun esto, nos dice el Eclesiastes: *Qui in uno peccaverit multa bona perdet*: y en su epístola nos dice Santiago que el que cumple toda la ley y ofende en un solo precepto se hace reo de todos, porque todo lo bueno que haga lo pierde por un solo pecado mortal. Aunque uno tuviese todos los méritos de todos los profetas y de todos los apóstoles, si pecase mortalmente todo lo pierde en el momento y nada le queda para sí, dice san Vicente Ferrer (1). Es el pecado mortal, sigue diciendo el mismo, como la muerte que todo lo mortifica. El hombre en la muerte todo lo abandona aunque sea señor de todo el mundo; todo lo pierde, nada lleva consigo, y así el pecado mortal todo se lo roba al hombre y no le deja bien ni merecimiento alguno. No solamente se pierden por el pecado las virtudes contrarias, de modo que por la soberbia se pierdan los méritos adquiridos por la humildad, sino que se pier-

(1) Serm. 2 in Sabb. post Reminiscere,

den todos los adquiridos con todas las virtudes, y la razon es porque todos los méritos se fundan en la gracia de Dios, y perdida esta, se pierden todos los merecimientos, así como destruido el fundamento cae todo el edificio. Queda el hombre por un solo pecado mortal como aquel hombre de quien nos dice Jesucristo por san Lucas que bajando de Jerusalem á Jericó cayó en manos de los ladrones, quienes le despojaron. El pecado es este ladrón que despoja al alma de todos los dones y gracias divinas que son su vestidura, de la inocencia y pureza, de la gracia de adopción, de la sabiduría verdadera, de la vestidura de la inmortalidad, de la esperanza con que ciñe su pecho, de la toga de la caridad, del cingulo de la castidad, de todos los preciosos adornos de la obediencia y de todas las buenas obras, dejándola enteramente desnuda como se experimentó en el pecado de Adán.

Tan pestilente es el veneno del pecado mortal, tan horrible es la muerte y los estragos que causa, y el alma que antes de pecar era rica, todo el caudal de sus méritos no la sirve de nada para salvarse si muere en pecado, con un solo pecado mortal aunque solo sea de desco ó complacencia. ¿Tendremos necesidad de mas para conocer qué mal es un solo pecado que tiene poder para destruir tanto bien? Cuando no sea mas que mirando lo muchísimo que se pierde por el pecado ¿no será suficiente para abstenernos de pecar? ¿No será bastante para llorar el pecado? ¿Cómo tenemos tan poca fe y meditamos tan poco en las eternas verdades que cualquiera pérdida la mas insignificante de alguna cosa de este mundo la sentimos y lloramos con exceso, y miramos con ojos enjutos y sin pena las

pérdidas de todos los méritos y virtudes que padece el alma por un solo pecado mortal? ¿Cómo tenemos tan poca fe que ni sentimos ni lloramos el robo y la devastacion que hace en nuestra alma el enemigo cruel del pecado?

Y si es tan terrible la ponzoña y malignidad del pecado que destruye y corrompe todo el mérito de las obras buenas hechas antes de cometerle, no es menos para desvirtuar y dejar sin mérito alguno á todas las que se hagan despues de haberle cometido y mientras no se salga del pecado. Suspendo estenderme á manifestaros esta verdad tan interesante, por no molestar demasiado ó hacerlo con sobrada precipitacion, reservando para el dia siguiente este asunto, y concluiré exhortándoos á lo que naturalmente debemos resolvernos todos en esta vida del destrozo que nos hace el pecado; á no cometerle, á desterrarle, á huir de él y á llorarle y salir cuanto antes de él, siquiera por no perder el caudal de los méritos que hemos adquirido con nuestros ayunos, mortificaciones, limosnas, lecturas piadosas, asistencia á la misa, á oir la palabra de Dios, con nuestros ayunos y con todo género de obras buenas que hechas en gracia de Dios nos grangean un peso grande de merecimientos ante la aceptacion de aquel Dios de bondad que ni aun á un vaso de agua que demos por caridad ha de dejar sin merced. Y para que nos esforcemos y alentemos mas á llevar adelante esta generosa y saludable resolucion os diré: que si lloramos el pecado, si nos arrepentimos de todo corazon de todos los que hemos cometido, si volviéndonos á Dios logramos entrar de nuevo en su gracia y amistad, el Señor, no solamente nos perdona nuestros pecados, sino que por su infinita bondad nos restituye

todo el mérito de aquellas obras buenas que habíamos hecho antes de pecar, conforme á la promesa que hizo por el profeta Joel: *Reddam vobis annos quos comedit locusta, bruchus, et rubigo et eruca. Os volveré los años que se comió la langosta, el pulgon, el gusano y la oruga* (1).

Apresurémonos á recobrar nuestras pérdidas, á recoger lo que perdimos en el naufragio del pecado, á entrar en posesion de nuestras riquezas y merecimientos poniéndonos, con la ayuda del Señor, en su gracia en estos santos ejercicios y resolviéndonos á no pecar mas para conservar nuestro tesoro, el acopio de los merecimientos de nuestras buenas obras, y comprar con ellos el reino de Dios, que es su recompensa y la que á todos deseo. Amen.

F. L. G.

(1) Eccles., cap. 21, v. 3.

PLATICA XIII.

EL PECADO MORTAL HACE INUTILES PARA CONSEGUIR LA
VIDA ETERNA LAS OBRAS BUENAS HECHAS POR LOS QUE
SE HALLAN EN EL.

*Dona iniquorum non probat. Altis-
simus, nec respicit oblationes iniquo-
rum, nec in multitudine sacrificiorum
propitiabitur peccator.*

ECCLES., CAP. 34, v. 23.

El pecado mortal es un veneno que inficiona las buenas obras hechas antes de cometerlo y las que se hagan despues de haberle cometido. Es un torbellino furioso que no solo derriba las frutas ya maduras, sino que arranca de raíz al árbol mismo; destruye el mérito de las buenas obras y virtudes practicadas antes de caer en él, y hace que todas las obras que practique el que tiene al pecado en el alma sean muertas, infructuosas, aborrecibles y nunca agradecidas de Dios como las que se hacen en gracia. Pérdida

lamentable, y tanto mas cuanto que jamás se puede reparar. Pero esta es una verdad terrible, un mal gravísimo que nos acarrea el pecado mortal, sobre lo que voy á hablaros en este dia.

Repetidas veces la hallamos espresa en los divinos oráculos. El Altísimo, nos dice el Eclesiástico, no acepta ni recibe los dones de los inicuos: no mira á sus oblaciones, ni logrará el pecador reconciliarse con Dios por la multitud de sus sacrificios. Las hostias de los impíos son abominables porque se ofrecen con un corazon manchado con la iniquidad. Sus víctimas las mira con horror, se nos dice en el libro de los Proverbios. El Señor, por Isaias, habla en estos términos á su pueblo que le ofrecia sus sacrificios y víctimas en los altares de su templo, y en su corazon, que es el templo vivo de Dios, estaba lleno de iniquidades: ¿para qué quiero la multitud de vuestras víctimas? Los holocaustos de los carneros, la grosura y la sangre de los becerros y cabritos no lo quiero. No ofrezcais mas sacrificios en balde; vuestro incienso es abominable para mí; vuestras fiestas y reuniones son inicuas; vuestras calendas y solemnidades las aborrece mi alma. Cuando estendais vuestras manos yo apartaré mis ojos de vosotros, y cuándo multipliqueis vuestras oraciones no os oiré. ¿Por qué, pues, tanto desvío y desprecio de Dios, aun de aquellas obras buenas que se hacen en su honor? Porque los que las hacen estan contaminados con el pecado. Porque vuestras manos estan llenas de sangre. *Manus enim vestras sanguine plenæ sunt.* Lavaos, pues, limpiaos y purificaos, quitad de delante de mis ojos el mal de vuestros pensamientos, cesad de obrar la perversidad y malicia, comenzad á obrar

el bien, y entonces, dice el Señor, aceptaré vuestras ofrendas.

Sean, pues, las que fueren las obras buenas que haga el pecador mientras vive en el estado de pecado mortal, aunque sean de suyo santas, por estar su alma contaminada con el pecado y privada de la gracia de Dios, Dios no las acepta, no tienen mérito ni valen para conseguir la vida eterna. Y no solamente no las acepta y recibe con semblante alegre y apacible, sino que las mira con aborrecimiento y le causan un olor molesto. *Incensum abominatio est mihi... calendas vestras et solemnitates vestras, odiovit anima mea: facta sunt mihi molesta, laboravi scutinens. Vuestro incienso es abominable para mí y lo mismo vuestras fiestas y solemnidades. sufrí gran trabajo tolerándole.* Sus dones ofrecieron á Dios Abel y Cain, y miró el Señor á Abel y á sus ofrendas y no quiso mirar á Cain ni á las suyas, porque no obraba el bien, y no es lo que aplaca y agrada á Dios la oblation, dice san Gregorio, sino la pureza del que la ofrece.

Los dientes del pecado son dientes de leon que matan á las almas de los hombres, dice el Espíritu Santo (1). Son hechas pedazos las almas por los dientes del mayor de los leones, dientes que no solamente son crueles, sino tambien pestilentes, y por eso cuanto emana de tales almas huele mal delante de Dios. Muere el alma que peca, dice el profeta Ezequiel: *Anima que peccaverit ipsa morietur.* Queda como un cadáver, sin vida, muerta y todas sus obras

(1) S. Thom. 3, p. 1.º 89, art. 3.

son obras muertas, no son meritorias de la vida eterna, no pueden ser meritorias siendo en su origen hechas por el que está en pecado mortal, y no siéndolo en su origen jamás pueden serlo, y por lo mismo son obras sin fruto ni mérito. La raíz y fundamento de todo merecimiento, dice el angélico Macstro, es la caridad; y como el pecado mortal es contrario á la caridad, como el que está en pecado mortal está sin caridad, por mas que haga es enemigo de Dios y no puede merecer ni para sí ni para otros el bien de la gloria ó algun grado de premio eterno. Por mas que asista á los convites del Señor será arrojado á las tinieblas exteriores y no recibirá la eterna recompensa si no lleva la vestidura nupcial, la caridad. ¿Qué aprovecha, dice por esto san Gerónimo, debilitar el cuerpo con ayunos, si el alma se hincha con la soberbia? ¿Qué alabanza merecemos por la palidez del ayuno si estamos consumidos de envidia? ¿Qué mérito ni virtud tiene el no beber vino y embriagarnos de odio y de ira? Aunque hablase las lenguas de los ángeles y de los hombres, dice el apóstol, si no tengo la caridad, de nada me aprovecha; aunque distribuyese en limosnas á los pobres todas mis facultades, aunque hiciese los mayores milagros, aunque entregase mi cuerpo á los mayores tormentos, nada seré y de nada me servirá si no tengo la caridad. Y así es y podemos conocerlo á poco que discurremos, hermanos míos; el que no tiene la caridad, el que no ama á Dios, el que le ha ofendido ó injuriado por el pecado por mas que haga obras buenas no puede agradar á Dios, porque lo primero que Dios quiere es el amor, que le demos nuestro corazon, y este se le niega á Dios el que le ha entregado al pecado.

Cuando la raíz de un árbol está viciada, todas las ramas y los frutos de aquel árbol participan de aquel vicio, y el humor corrompido los hace que se corrompan y pierdan; y del mismo modo si está dañado el corazón, si no se halla en él el amor de Dios, si está envenenado y corrompido con el pecado, cuantas obras hagamos en tal estado, como que no llevan el jugo que las da vida se corrompen y quedan estériles. Preciso es establecer que ninguna obra es aceptá á Dios si no lleva impreso el sello de su gracia y su divino amor, y como el que está en pecado mortal está privado de la gracia, amistad y amor de Dios, por mas que obre el bien jamás merecerá la vida eterna ni será grato á Dios por sus obras. *Non probat Aliissimus.*

El ramo cortado del árbol no puede producir fruto, se seca y solo aprovecha para el fuego. Pues el que peca mortalmente queda separado y cortado de Jesucristo, á quien estaba unido por la gracia, y sin esta union, ni dará fruto, ni hará otra cosa que secarse. Jesucristo mismo nos explica esta doctrina diciéndonos: yo soy la vid y vosotros los sarmientos así como el sarmiento cortado y separado de la vid no puede dar fruto alguno, así vosotros, si no estuviéreis en mí y viviéreis unidos á mí por la caridad, no podreis producir fruto alguno, porque sin mí nada podeis hacer. ¿Con que el pecado mortal vicia, corrompe, inutiliza y hace estériles é infructuosas todas las obras buenas que hagamos mientras estamos en él? ¿Con que nuestras oraciones, nuestras limosnas, nuestros ayunos, tantas obras de caridad y misericordia como hacemos y que nos granjearian un tesoro imponderable de méritos, son desatendidas de Dios y no nos sirven para conseguir la gloria por

la sola circunstancia de estar al tiempo de hacerlas en pecado mortal? Así es, hermanos míos; porque el pecado todo lo llena de veneno y de ponzoña, todo lo envuelve en la maldición, nos hace enemigos de Dios, y mientras seamos enemigos suyos, no tienen valimiento con él nuestras súplicas ni nuestros dones, nos roba el corazón, y sin dar á Dios el corazón, que es lo que nos exige antes de todo; desatiende y desprecia todo lo demás, nos priva de la caridad y amor de Dios, que es el fundamento y raíz de todos nuestros merecimientos, y sin la caridad de nada nos sirve en orden á la vida eterna el mortificarnos, el hacer prodigios, el llevar el Evangelio y convertir á todo el mundo, el padecer el martirio y emplearnos en cuantas obras buenas pudiéramos hacer. Así es porque el pecado da la muerte á nuestras almas las devora y destroza con sus dientes de león, y muerta por la culpa no puede hacer obras de vida, no puede ofrecer otra cosa que fetidez y corrupcion desagradable á los ojos del Señor. Porque nos separa y corta de Jesucristo, y quedamos como miembros cortados, sin jugo, sin acción, como queda un vástago que se corta y separa de la vid, que no puede producir fruto alguno y no viene á servir para otra cosa que para el fuego.

Tal es el daño incalculable que acarrea el pecado á las almas. Hacen al pecador estéril é infecundo, de modo que aun sus mismas obras buenas, por razón del pecado, no son estimadas ni tomadas en cuenta para ser remuneradas, y como son estériles y viciadas en su origen, aunque el pecador recobre la gracia de Dios, siempre quedan muertas y de ningún valor. Estéril llamó el mismo Dios al rey

Jecónfias con haber tenido ocho hijos. *Hæc dicit Dominus: scribe virum istum sterilem* (1). La razon fue porque de todos ocho ninguno reinó despues de él y todos murieron esclavos en Babilonia, y quiso el Señor darnos á entender con esto que los pecadores, aunque con los ayunos, con las limosnas, con las peregrinaciones, con las súplicas y visitas continuas de la iglesia, se hagan padres de una numerosa sucesion de obras buenas, comparecerán ante el divino acatamiento como totalmente estériles é infecundos, porque ninguno de tantos hijos, de suyo muy apreciables, tendrá jamás la corona de mérito y de magestad en la gloria. Y si nos atreviésemos á decir al Señor: *¿Quare jejunavimus et non aspeexisti; humiliavimus animas vestras et nesciti?* El Señor nos responderá y dará la razon: *Ecce in die jejunii vestri invenitur voluntas vestra*. Porque con vuestras ayunos y humillaciones mezclábais y abrigábais una voluntad depravada y corrompida. Porque yo atendia á vuestra voluntad y vuestro corazon y le hallaba manchado con el pecado y sumergido en los afectos terrenos.

Si así es, dirá alguno, cuando estamos en pecado mortal no tenemos que obrar bien, ayunar, asistir á la iglesia, ni cumplir con nuestras devociones, puesto que de nada nos sirve ni ha de tomarnos en cuenta el Señor estas buenas obras. Así es la verdad, que mientras estais en el pecado no os servirán de mérito para la vida eterna vuestras buenas obras, pero no es esa la consecuencia que debeis inferir: lo que debeis legítimamente inferir es, que si no

(1) Serm., cap 22, v. 30.

tiene valor las obras buenas , porque las haceis en estado de pecado , debeis salir cuanto antes de él y poneros en la gracia de Dios para no perder el fruto de vuestras obras. No debeis decir : estamos en pecado mortal , pues dejemos de obrar bien , sino decid mas sabiamente : salgamos cuanto antes del pecado , recurramos á una buena confesion para que tengan mérito nuestras buenas obras. Hagámoslas como Dios quiere que las hagamos para que sean aceptas á sus ojos.

Además de que , y conviene tenerlo muy presente , aunque las obras buenas hechas en pecado mortal no sirvan de mérito para conseguir la vida eterna , no por eso son absolutamente inútiles. El artífice que hace un vaso de oro , si no le sirve para los usos que le destina y no sale con la perfeccion que desea , no por eso le arroja y le pierde , sino que aprovecha el oro para hacer otra cosa , no le vale como vaso , pero le vale como metal. Así sucede con las obras buenas. Sin estar en gracia de Dios no sirven de mérito para adquirir la gloria , pero sirven para conseguir otros bienes menores , y por lo mismo jamás deben dejar de hacerse. Sirven para alcanzar de Dios bienes temporales ; por la caridad que usais con el pobre , por la misa que oís y el ayuno que haceis , no os dará Dios su gloria porque no lo merecen vuestras obras no estando en su gracia ; pero os dará muchos bienes sobre la tierra , os conservará la salud , os guardará la hacienda , sostendrá vuestra reputacion , defenderá y protegerá á vuestra familia , evitará los daños que os amenazaban , os escusará un pleito , una persecucion , y os dará otros bienes que tanto estimais , porque nada quiere dejar sin premio , y premia en esta vida lo

que no premia en la otra. Si los antiguos romanos tuvieron el imperio de casi todo el mundo conocido entonces, dice san Agustín que fue en remuneración de sus virtudes morales. En todo rigor de derecho no pueden merecer premio alguno las obras buenas del pecador, pero se porta Dios con ellas como si de algún modo le mereciesen. Es el Señor tan amante de la virtud, que gusta de premiar aun á lo que se asemeja á la virtud, y ni aun á las obras buenas en el orden natural solamente, quiere dejar sin merced.

No se adquieren por las obras buenas hechas en pecado mortal méritos para conseguir la gloria, pero en virtud de ellas se mueve la divina misericordia á darnos otros bienes: dilata por ellas el Señor los castigos que merecemos, contiene el ímpetu y furor de nuestros enemigos infernales, nos concede tiempo dilatándonos la vida para que nos convirtamos, nos ocupan y apartan de caer en otros pecados mayores, contienen el curso del pecado, y aunque remotamente, nos disponen para recibir la gracia y volver á la amistad de Dios, para que por ellas se mueva el Señor á usar de su misericordia, que es mas fácil que consiga el pecador que continúa haciendo buenas obras, que el que las abandona y deja enteramente de hacerlas. Era ídólatra el centurion Cornelio, pero porque era limosnero y se ejercitaba en otras buenas obras, Dios le iluminó y le envió á su apóstol san Pedro para que con toda su familia le ilustrase con la verdadera fe. El otro centurion Capharnaít, aunque era gentil, porque habia edificado una sinagoga para los judíos, y era tan caritativo para con su criado, le iluminó con la fe Jesucristo y oyó de boca del mismo aquel magnífico elogio: *Non inveni tantum fidem in Israel*. Y así

se mueve Dios á darnos su gracia y sacarnos del pecado en vista de las buenas obras.

Sirven, aunque sean hechas en pecado, para acostumbrarse á obrar bien. Poco á poco se acostumbra el pecador á vivir honestamente, y está tanto mas próximo de apartarse del mal, cuanto mas aprecio hace y mas estima las obras buenas. No es, pues, inútil ni perdido el bien que se hace mientras está en el pecado, aunque no tengan el mérito de la vida eterna tales obras. Obra, pues, mientras estés en pecado, dice el sabio Gerson, todo el bien que puedas para que Dios ilumine y mueva tu corazón, y para que con tales buenas obras te dispongas á hacer las obras verdaderamente virtuosas, á detestar el pecado, á tener gusto en las cosas santas y á resucitar mas fácilmente á la vida de la gracia. Y lo que todos debemos hacer en vista de esa doctrina, es desterrar el pecado, llorarle, arrepentirnos de él, confesarle y salir cuanto antes del estado de la culpa para no perder el mérito de nuestras buenas obras. Lejos de pensar en suspender nuestras devociones, ayunos, limosnas y demás obras piadosas porque nos hallemos en pecado, pensemos en salir cuanto antes de él y volver á la gracia de Dios para no perder el mérito de las obras cristianas que hacemos. Es una necedad ayunar toda una cuaresma y dejar el confesarse para el fin de ella; emprender una peregrinacion devota, asistir á una mision entera y practicar las obras de penitencia públicas y secretas, entrar en unos ejercicios espirituales y no omitir ninguna de las prácticas piadosas que se hacen en ellos, y reservar para lo último el confesarse. Esto es sembrar sobre abrojos y espinas y en un terreno mal dispuesto.

Novate vobis novale, et nolite serere super spinas. Abríos una tierra, y no queráis sembrar sobre las espinas, os diré con Jeremías (1). Limpiad primero el campo, y sembrad despues. Renovad vuestro corazon quemando todas las malezas, acordándoos de la muerte que se os acerca, del juicio terrible que os espera, del infierno con que castiga Dios los pecados, destruyéndolos y arrancándolos de vuestra alma, y sembrad despues. Para vosotros es toda la ventaja y todo el provecho de este buen cultivo: *Novate vobis*. No queráis sembrar sobre espinas, y sin tener el campo dispuesto. El labrador necio que no limpia y desarraiga antes las malezas, pierde la simiente, el trabajo y el tiempo; y estas pérdidas os acarrearéis, que son mucho mas lamentables, trabajando sin desarraigar y destruir de vuestras almas el pecado, porque perdeis una simiente de gloria é inmortalidad, que son las obras buenas, una fatiga cuya paga ha de ser el mismo Dios, y un tiempo que os será principio de la felicísima eternidad si lo empleáis útilmente. Procurad restituiros al estado de la gracia y amistad de Dios, detestar para siempre el pecado y hacer cuantas obras buenas podáis. Así las hareis con gusto y placer, seguros de que las haceis con fruto y que recibireis la recompensa. No olvideis jamás el daño grande que ocasiona el pecado mientras está en el alma, que vicia y destruye hasta las obras buenas, y os estorba el que nazcan en vosotros los frutos dignos de vida eterua; y apresuraos á lograr y conservaros en la gra-

(1) Cap. 4, v. 3.

cia de Dios para poder haceros dignos y acreedores con vuestras obras buenas á la gloria, que como corona de justicia, concede el Señor á los judíos, y por su misericordia nos conceda á todos el merecerla. Amen.

F. L. G.

PLATICA XIV.

DEL PECADO VENIAL.

Qui spernit modica, paulatin decidet.
ECCL., CAP. 19, v. 1.

Generalmente asusta poco á los cristianos el pecado venial; le tenemos por una falta ligera, por un mal pequeño, por una flaqueza disculpable, y el demonio favorece esta idea que nosotros nos formamos, y así logra con mas facilidad el perdernos. Verdad es que el pecado venial es un pecado pequeño; pero no es verdad que es un mal pequeño. Es un mal grande y lleva consigo otros mayores, es un mal que no debemos despreciar ni desatender si no queremos arruinarnos y venir á perder la gracia de Dios y su gloria, que es la mayor infelicidad y desgracia. *Qui spernit modica, paulatin decidet.*

Voy á manifestaros la fealdad y los males á que nos

espone el pecado venial, para que, conociéndole, no cesemos de pedir al Señor el valor y la resolución necesaria para no cometerle y para temerle como á una calamidad grande, y perder así esa indiferencia con que le miramos y por la que tantas veces nos perdemos.

El pecado venial es un pecado, y esto debe bastar para aborrecerle, temerle y evitarle. Es una enfermedad del alma. ¿Y es posible que cuidando tanto de la salud del cuerpo, tomemos tan poco cuidado por la salud del alma? Es el pecado venial un cáncer que va corrompiendo las virtudes; una lepra que llena de inmundicias; una perlesía que impide el movimiento para lo bueno; una hidropesía que engendra sed y deseo de los bienes del mundo; un mal de corazón que turba los afectos; un mal de gota que impide el caminar por la senda de la perfección; un asma que no deja aspirar al cielo; una sordera que no nos deja oír las divinas inspiraciones; una ceguera que hace que no veamos las verdades eternas; es una tisis que va enflaqueciendo y consumiendo la virtud. Al modo que las enfermedades corporales en el cuerpo, causa el pecado venial en el alma mal color, flaqueza, decaimiento, desgana, tristeza y desabrimiento. El que comete pecados veniales pone de tan mal color á su alma, que la hace desagradable á los ojos de Dios, á los de los ángeles y aun á los de los hombres. No tiene aliento para las cosas buenas; está sin vigor para correr por el camino de los mandamientos de Dios; siente desgana de los deleites del cielo; halla disgusto en las cosas santas; vive la alegría verdadera. Pues si ponemos tanto cuidado en preservarnos de las enfermedades y achaques del cuerpo, y los miramos como unos males terribles,

¿por qué no hemos de ponerle en huir y preservarnos de las enfermedades del alma? ¿Cómo se ha de atrever á pedir el ósculo del esposo divino un alma que tiene viciado el aliento con la culpa venial?

No es solamente una enfermedad del alma el pecado venial, es tambien una fealdad, una imperfeccion, una monstruosidad peor que todas las fealdades y monstruosidades del cuerpo. Una mancha, un lunar que afee el cuerpo no le permitimos ó nos parece muy mal, pues ¿por qué hemos de afeár á nuestra alma con los asquerosos lunares del pecado venial, que tanto degradan, oscurecen y debilitan su hermosura? Una niña asquerosa, desfigurada, enferma, descolorida, pálida y triste, tal es la imágen de un alma en pecado venial, tan diferente de lo que es en estado de gracia, que ella misma se horrorizaria de verse, y cuando llega á salir del cuerpo en este estado prefiere el purgatorio para purificarse y acrisolarse que verse en tal deformidad.

Es una mancha el pecado venial. Pues cuanto mas preciosa y de mas valor es una tela, tanto peor parecen en ella las manchas; y si en nuestros vestidos no podemos sufrir una mancha, ¿por qué vemos y toleramos sin inquietarnos tantas en nuestra misma alma? ¿Cómo consentimos que esté tan llena de cieno y de lodo? ¿Estará bien dispuesta para recibir los abrazos de su esposo una reina con el vestido manchado y encenagado? El que adornado de la vestidura real de la gracia comete pecados veniales y aparece con ellos delante de Dios, es mas desatento aun que el que arroja en el lodo la púrpura real que le ha dado el rey para honrarle con ella, como á hijo querido suyo, y

despues se pone en su presencia vestido con ella llena de inmundicia.

El pecado venial es un mal peor que todos los daños y males temporales , es peor que las penas eternas , y antes debe preferirse sufrir todos los castigos y todos los tormentos que puede darnos el mismo Dios, que cometer la menor culpa. Si de decir una mentira leve ó cometer un pecado venial cualquiera, dependiese la salud ó la vida de nuestros mismos padres, no deberíamos cometerle, aunque á costa de un pecado venial lográsemos convertir á todo el mundo y á millares de mundos que hubiera; aunque lográsemos sacar del purgatorio á todas las almas y aun concluir con el infierno y lograr que se salvaran aquellos desgraciados, no debíamos cometerle porque es mayor mal, y antes debemos perderlo todo que ofender á Dios. Aunque nos amenazasen con los males y castigos mas terribles y con una culpa leve pudiéramos evitarlos no debemos cometerle, porque es mucho mejor que se pierda el cuerpo y todas las cosas corporales, que no que reciba daño tu alma aun en cosa ligera. Es mejor morir, que decir una sola mentira leve de que pudiera seguir gran provecho ó evitarse muchos y gravísimos males.

El pecado venial , hermanos míos, es un pecado, y esto basta. Es opuesto á la razon aunque levemente ; es una ofensa y desprecio de Dios aunque leve. ¿Y qué? Todo lo que desagrada y ofende á Dios, sea en poco ó en mucho, ¿no debe asustarnos? ¿No debemos temerlo y evitarlo.? El hijo que no teme dar disgustos leves á su padre no es buen hijo. El amigo que no repara en despreciar levemente á su amigo, no es buen amigo. La esposa que no teme ofender

ligeramente á su esposo, no es buena esposa. Pues si somos hijos de Dios que es nuestro piadosísimo Padre, si Dios es nuestro fidelísimo amigo y nuestro dulcísimo esposo, ¿por qué no hemos de portarnos con él como conviene á quien es? Los amigos de los reyes de la tierra no se atreven á ofenderlos ni á disgustarlos aun en lo mas mínimo, ¿pues cómo siendo amigos del Rey de los cielos hemos de atrevernos á disgustarle y ofenderle levemente?

Si queremos conocer el mal que es el pecado venial y como le aborrece Dios, atendamos por un momento á los castigos con que se venga de él su divina justicia. Nada ha de quedar sin castigo, y Dios castiga severísimamente las culpas veniales en esta vida y en la otra. Las castiga en este mundo con enfermedades, con pérdidas de hacienda, de honra y de vida. Aquel mendigo del Evangelio llamado Lázaro, por sus pecados veniales fue castigado con hambre y con las penosas llagas que molestaban todo su cuerpo, como lo afirma san Juan Crisóstomo. A la muger de Lot, por una vana curiosidad, que no pasó de una culpa ligera, segun los sagrados intérpretes, la convirtió su Magestad en estatua de sal. A un profeta por un descuido leve, le quitó Dios la vida por medio de un leon. Oza murió repentinamente por una culpa ligera. Dios en castigo de las culpas veniales permite las tentaciones, las inquietudes y turbaciones de conciencia, envia desconsuelos, tinieblas, tristezas, retira sus auxilios y consuelos y deja á las almas en la sequedad. Y en la otra vida las castiga severísimamente con las penas del purgatorio. Recordar lo que nos enseña la fe acerca de aquellos agudísimos tormentos, aquellas penas con que acrisola y purifica Dios á las almas

en un fuego que excede á todo lo que nosotros podemos comprender; aquella afliccion grandísima que padece el alma viéndose apartada de Dios y desterrada del cielo hasta que se laven y consuman con el fuego las manchas que la afean; el horror de aquellos calabozos y el conjunto de todos aquellos tormentos, y sabed que todo ello no es mas que el castigo de los pecados veniales, la satisfaccion que toma un Dios benigno y misericordioso, un Dios que ama con amor de Padre á aquellas almas justas, de los pecados veniales con que murieron para cumplir con su justicia rectísima. En aquellas hogueras terribles un Dios que es la misma piedad y misericordia castiga, tal vez con años enteros de padecimientos, un solo pecado venial; una mentira leve, una palabra algo descompuesta, una risa inmoderada, una condescendencia ligera con nuestros apetitos. ¿Y diremos que el pecado venial es un mal ligero? ¿Un mal que no merece nuestras atenciones y cuidados?

Pero es todavía mas terrible en cuanto que nos predispone para el pecado mortal, nos conduce insensiblemente al pecado mortal y si despreciamos los pecados leves es muy fácil que nuestros enemigos espirituales nos precipiten poco á poco en los pecados mortales. Una enfermedad del cuerpo por ligera que sea, es una disposicion para la muerte del cuerpo. Pues el pecado venial, por ligero que sea, es una enfermedad del alma y es disposicion para la muerte del alma, que es el pecado mortal. No tiene mucho temor al pecado mortal el que no huye y teme á los pecados veniales, porque el que desea no caer en un precipicio se aparta hasta del peligro y de la cercanía. El pecado venial,

dice nuestro angélico doctor santo Tomás, dispone al alma para cometer el pecado mortal por sí ó de suyo, por modo de una consecuencia, y por accidente. Por sí, al modo que el calor pequeño dispone para el mayor. El hurto pequeño, por ejemplo, lleva insensiblemente al robo de grandes cosas. La murmuracion ligera dispone para la mayor. Del atrevimiento pequeño se pasa al grande. De un afecto ligero y que parecia que nada tenia de culpable, se engendra la pasion, de la pasion la perturbacion, el escándalo, la desvergüenza. Es muy fecunda cualquiera culpa por leve que parezca. Es como el fuego, que una pequeña chispa basta para incendiar una selva, como insectos pequeños que al fin destrozan y demuelen las mas frondosas viñas. Por esto nos dice el mismo Espiritu Santo: *Qui spernit modica, paulatin decidet*. El que desprecia las cosas pequeñas poco á poco caerá en las grandes. Si cerramos la puerta á las cosas menores, no entrarán las mayores, pero si la abrimos á lo pequeño daremos tambien entrada á lo grande. Así como dispone el pecado venial para el mortal por consecuencia, porque se presume y se puede decir que el que no repara en cometer pecados veniales no reparará en cometer pecados mortales: el que no hace caso de las cosas pequeñas no le hará tampoco de las grandes. Por accidente dispone el pecado venial para el mortal, porque quita los embarazos para el mortal, destruye aquella vigilancia y diligencia que estorba el pecar, el muro de la sujecion á Dios y su santo temor, quita los buenos hábitos, impide los socorros de la divina gracia, entibia y resfria el amor á Dios, debilita y enflaquece al alma y viéndola debilitada se la atreven mas los enemigos y se

glorían de derribarla con facilidad. Se desprecia al pecado venial, y porque se le desprecia se comete repetidas veces, y esto es muy de temer. Muchos granos de arena hunden á un navío; muchas gotas de agua le anegan, no hay que dejar de temer á la multitud, dice san Agustín, aunque no se tema á la magnitud. Mientras los hombres negligentes, dice el mismo santo, desprecian sus pecados porque son pequeños, creciendo las culpas menudas, se añaden los crímenes, hacen colmo y anegan. Por esto, dice san Gregorio, que en cierta manera son mas de temer las culpas veniales, que las mortales, porque estas cuanto mas claramente se conocen, mas prontamente se enmiendan; pero las veniales tanto mas peligrosamente se repiten cuanto se cometen con mas sosiego, mas seguridad y menos temor. Los enemigos, por flacos y débiles que sean, si se desprecian vienen á causar mucho daño. Enemigos débiles son los pecados veniales, pero si los despreciamos, si nos acostumbramos á cometerlos, nos debilitarán, nos quitarán el rigor para resistir al pecado mortal y al fin caeremos en él. Una gota de agua con la continuacion de caer hace mella en una piedra; y por una gotera despreciable suele venir la ruina de un edificio. El enemigo comun de nuestras almas conoce esto mismo, y va fraguando y maquinando por este medio nuestra perdicion. No nos precipita desde el principio en los excesos mas abominables y vergonzosos. Esas blasfemias, esas impiedades que tanto abundan y que con tanto descaro se cometen; esas deshonestidades vergonzosas de que se hace una infame ostentacion, esas usuras con que absorbe la sustancia de las clases medianas, esos pecados todos que nos espantan

y escandalizan empezaron por muy poco. No comenzaron esos pecadores por esos crímenes que ahora cometen con serenidad, se hubieran espantado si se los hubiera propuesto el demonio de repente. Empezaron por muy poco como suelen empezar las enfermedades mas graves. No los propinó de una vez el demonio todo el veneno de la maldad, se le dió á gustar, los fue habituando á él poco á poco y desde un juego lícito en que no se veia sino una distraccion los trajo á valerse de los fraudes, de las cuestiones, suscitó quimeras, enemistades, odios, venganzas, muertes. Desde una conversacion de pasatiempo los trajo á indagar la vida ajena, infamar y calumniar al prójimo y á acostumbrarse á deshonorar á sus hermanos. Desde una mirada casual los ha traído á una amistad escandalosa; de una impaciencia mal reprimida á un lenguaje soberbio y altanero, desde un ligero desprecio de los ministros de Dios y de las cosas, al abandono, á la impiedad y falta de religion y de fe. Preguntad á todos los que estan en el abismo de la carrera de cualquier género de vicios por qué camino llegaron á tal extremo, y hallareis, que comenzaron por muy poco, por no haber resistido en los principios á la sujecion, por haber despreciado el peligro y mirado el mal como una cosa ligera. Tan cierto es que desviándose de Dios nuestro corazon se apartará de él cada vez mas; que en faltándole al respeto en las cosas pequeñas, le faltaremos con facilidad en las grandes; que abriendo nuestro corazon al pecado venial, entrarán los mortales; que tras la enfermedad ligera que despreciámos y no cuidamos de remediar, nos vendrá la grave y con ella la muerte. Nada hay mas temible que la muerte eterna que causa el pecado mortal;

pues despues del pecado mortal no hay otro mal mayor ni mas temible que el pecado venial.

Si tanto tememos las enfermedades, la flaqueza y debilidad del cuerpo, ¿por qué no tememos las del alma? ¿Por qué no huimos y procuramos evitar las culpas veniales que tan grande mal son en sí mismas y nos exponen á tan gravísimos daños? ¿Por qué vivimos con tan poca vigilancia y cometemos los pecados veniales con tanta facilidad y con tanta frecuencia? Porque no nos detenemos á considerar lo que es el pecado venial; porque no deseamos como debemos desear nuestra salvacion; porque no amamos de todas veras y con todo nuestro corazon á nuestro Dios. Si amásemos como debemos á Jesucristo, dice san Juan Crisóstomo, tendríamos cualquiera ofensa de nuestro amado por un mal mayor que el mismo infierno: *Si Christum vere amaremus uti amare oportet, judicaremus utique amati offensionem gehennæ esse graviores* (1). Cuanto sirviese de ofensa y desagrado de nuestro Dios procuraríamos evitarlo.

No lo hemos hecho así, pero á estos santos ejercicios hemos venido para estudiarnos, para conocernos, para enmendarnos, para llorar nuestras faltas y ser mas prudentes, mas vigilantes y cuidadosos y mas solícitos de nuestra salvacion y de agradar y vivir en la gracia de nuestro Dios.

Compadeceos, Señor, de nuestra debilidad y miseria, perdonadnos tantas culpas ligeras como hemos cometido, tal vez sin reparo, sin escrúpulo y sin remordimiento, dad-

(1) Hom. 5 ad Pop.

nos vuestra gracia para temerlas y evitarlas ya que hemos conocido su maldad, y que seríamos mas culpables si las repitiésemos; para que huyendo de ellas y evitando el mal desde el principio no caigamos en los males mayores, y logremos seguir unidos siempre á vos hasta llegar á la gloria donde desaparecerá el peligro de ofenderos y perderos y todo será alabaros y gozaros. Amen.

F. L. G.

PLATICA XV.

LA MEMORIA DE LA MUERTE NOS AYUDA MUCHO PARA
ADELANTAR EN EL CAMINO DE LA SALVACION.

*Sordes ejus in pedibus ejus , nec
recordata est finis sui.*

THREN., CAP. 1 , v. 9.

Lamenta el profeta Jeremías la desgracia del alma pecadora y llena de defectos, y nos dice que su mal está en que no se acuerda de su fin. *Sordes ejus in pedibus ejus , nec recordata est finis sui*. Si nuestros afectos y nuestras operaciones, que se denotan en *los pies* por Jeremías están corrompidas, sucias y viciadas, consiste en que no tenemos presente ni consideramos nuestro fin. Mientras no dirijamos nuestra vista al término de nuestra vida, mientras no pensemos en la muerte, nuestro corazón se dejará llevar de la tiranía de nuestros afectos, y estará siempre manchado con nuestros desenfrenos. Bien conocemos que el pecado nos aparta de Dios, nos acarrea una eternidad de penas y una infelicidad perpetua si morimos en él. Conocemos que nos

es indispensable convertirnos y hacer penitencia si queremos salvarnos; pero la penitencia no nos presenta sino rigores, tristeza, retiro de los placeres y una vida melancólica, y el pecado nos brinda con atractivos y lisonjas. ¿Qué medio hallaremos para despojar á los bienes y deleites con que nos convida el pecado de ese engañoso aspecto con que nos los presenta? ¿Qué medio hallaremos para mirar en su ser y estimar en lo que son esas delicias del pecado y para suavizar y hacer gustosos los trabajos de la penitencia? La memoria de la muerte, hermanos míos, puesto que de olvidar nuestro fin provienen nuestros afectos viciados y nuestros crímenes. La memoria de la muerte nos desengañará del error en que vivimos; nos hará ver el vacío de los bienes y placeres de esta vida, la inestabilidad y poca consistencia de todo lo que nos ofrece el mundo, el destino eterno que nos espera, y todo nos lo representará con tanta claridad, que no podremos quedar con la menor duda. La memoria de la muerte nos apartará del pecado, nos convertirá y traerá á la penitencia verdadera y así nos ayudará mucho para que adelantemos en el camino de nuestra eterna salvacion.

Así voy á manifestároslo en este rato para que la consideracion del momento último de nuestra vida sirva de término á la vida pasada, y de principio de una vida penitente y cristiana; para que temiendo ahora á la muerte, la temamos menos cuando la veamos cerca de nosotros; para que no nos llegue la hora de morir sin haber pensado en la muerte; para que despreciando los bienes terrenos comencemos á suspirar por los de la gloria y nos sea mas gustoso seguir por el camino de nuestra salvacion.

Hay una sentencia general que á todos nos condena á morir y por eso nos llamamos todos *mortales*. En otras leyes hay alguna escepcion, pero en la de morir no hay ninguna. Jesucristo nuestro Redentor murió; María Santísima murió, vosotros morireis, y yo he de morir y todos moriremos. Ninguno puede escusarse de la muerte, ni el sabio con su sabiduría, ni el rico con su riqueza, ni el poderoso con su poder, ni el pobre con su miseria. Como las aguas de todos los rios van á parar al mar, así todos los resplandores y hermosuras de esta vida van á parar á la muerte. Hemos de morir. En balde trataríamos de ocultar esta verdad que nos anuncia continuamente todo cuanto hay dentro de nosotros. Este cuerpo que crece, que se deteriora, que se disminuye sin sentir; los mismos alimentos que al mismo tiempo que prolongan nuestra vida, nos enseñan que es frágil y necesita un continuo reparo; el sueño que es una imágen de la muerte, la casa que habitamos y que fue habitada por otros que ya no existen, el destino que desempeñamos en que nos han precedido tantos que ya murieron; tantos ancianos y jóvenes que vemos cada dia conducir al sepulcro; tantos que van creciendo á nuestro lado y llenando los huecos de los que mueren y que llenarán tambien el nuestro. Los dias, los meses, los años que pasan, el tiempo que se escapa y todo lo consume, todo nos avisa sin cesar que moriremos. ¿Cuántos existen hoy en la tierra de los que la poblaban hace un siglo? Apenas habrá uno, y los que haya no serán ya mas que un peso inútil, importunos para sí mismos y para los demás, y sin otra esperanza que la muerte á cada momento. ¿Quién vivirá de aquí á sesenta ó setenta años? Otro pueblo habitará

nuestro pueblo. ¿Y qué son sesenta años? ¿Y cuántos hemos vivido ya? Y cuando se dilate mucho nuestra muerte, al fin infaliblemente moriremos. Moriremos y lo dejaremos todo, nos despojaremos de todo, nos separaremos de todo; sin nada entramos en este mundo y nada nos llevaremos de él. Pronto, y acaso cuando menos lo esperemos nos faltará todo, no habrá para nosotros mas sol, mas tierra, mas placeres, mas amistades, ni mas conversaciones. El mundo será para nosotros como si nada fuese, y nosotros seremos para el mundo como si jamás hubiéramos estado en él. Los que queden existentes en el mundo despues de nosotros podrán gozar de la fortuna, de los honores, de los empleos, de la fama y de todos los demás bienes de este mundo, á nosotros no nos quedará otra cosa que el silencio, las tinieblas, la noche eterna, el horror y la soledad del sepulcro. No es esto una ilusion ó una amenaza temeraria é infundada. Es lo que vemos cada dia, basta vivir para verlo palpablemente. Sea la que quiera nuestra condicion, estado ó fortuna, moriremos y lo dejaremos todo. Pues ¿qué necios, locos é insensatos somos en afanar tanto y molestarnos tanto por los bienes de la tierra, en amar y desear con tanto esfuerzo unos bienes que hemos de abandonar bien pronto! ¿Qué necios somos en agitarnos inquietarnos, afligirnos y trabajar por las cosas de este mundo en que estamos de paso y solo viviremos unos cortos momentos, y no pensar ni trabajar para la eternidad donde hemos de vivir para siempre! ¿De qué pueden servirnos unos bienes tan frágiles y qué nos ayudarán en la hora de la muerte? Siempre aumentarán nuestro dolor y sentimiento y mucho mas si los adquirimos sacrificando nuestra con-

ciencia. Luego si somos cuerdos y prudentes debemos mirar como lo que son, y nos lo enseña la muerte, los bienes del mundo, estimarlos en lo que se debe, desprender de ellos nuestro afecto y ponerle en los bienes eternos.

Hemos de morir y ha de llegar el momento en que este cuerpo de tierra y barro que tenemos se volverá á reducir al polvo de donde salió. Este cuerpo que tanto cuidamos, que conservamos con tanto esmero, será un espectáculo de horror aun á nuestros mismos parientes y amigos: se romperá y será escondido en un sepulcro para que su fetidez no ofenda á los demás, y al fin será destruido, consumido y reducido á polvo. Pues ¿por qué tanto cuidado para conservar, contentar y hacer eterno, si nos fuera posible, un cuerpo que tiene de suyo la corrupcion y la podredumbre? ¿Para qué nos esmeramos en conservar un edificio ruinoso si no podemos sostener su ruina ni un solo momento? Lejos de detenernos á mirar lo que somos, reflexionemos bien lo que hemos de ser. Nuestro cuerpo se hundirá en un sepulcro y nuestra alma vivirá eternamente. ¿No es mas conveniente y acertado que pensemos en nuestra alma y cuidemos de salvarla?

Hemos de morir: ha de llegar un dia en que desaparezcamos de entre los hombres y en que se borre hasta nuestra memoria. Se interesarán por nosotros en los dias de nuestra enfermedad nuestros parientes y nuestros amigos; espiraremos y todo será llanto y dolor en los momentos primeros para aquellos que nos aman de veras. No recordemos á tantos como aparentarán tristeza por cumplir con el mundo y se reirán y alegrarán en su corazon; á tantos hijos ingratos y desnaturalizados que solo piensan en casos semejantes

en enriquecerse con la herencia; á tantos que lloran y se alegran por lograr sus aumentos y entrar en los honores y destinos del que muere: hablemos solo de nuestros íntimos y verdaderos amigos, de la esposa mas cariñosa, del hijo mas tierno y desinteresado, se afligirán, llorarán, pero el tiempo los consolará y enjugará sus lágrimas: se acordarán de nosotros por algun tiempo, pero sucederá á esta memoria un olvido eterno, y aun cuando no nos olviden ni las lágrimas ni los elegios de los hombres penetrarán en el silencio de nuestro sepulcro. Pues ¡no es una locura el cuidar tanto de nuestra fama, el solicitar con tanta inquietud los aplausos y la estimacion de los hombres, y mucho mas el sacrificar nuestra salvacion á unos efectos terrenos, á unas amistades humanas, á la condescendencia, al temor de unos hombres á quienes yo voy á dejar y ellos van á olvidarme!

Hemos de morir y ha de llegar el momento en que no habrá para nosotros otros bienes, ni otra herencia que Dios y lo que hayamos hecho por Dios y para Dios. Los placeres, los honores, las riquezas, los amigos, ¿de qué nos servirán entonces? ¡Y qué infelices seríamos sien aquella terrible hora viniesen á ocupar nuestra imaginacion y á ser el objeto de nuestros últimos pensamientos y suspiros! ¡Cuánto desearemos entonces el amor de la penitencia, el sufrimiento en las desgracias, las virtudes sólidas, la piedad...! ¡Qué dulce y qué consolatorio nos será el haber vivido en la abnegacion y desprecio del mundo, en el servicio de Dios, en la vigilancia sobre nosotros y en el retiro de todo lo que pudiera perjudicar á nuestra salvacion! ¡Vos solo, Dios mio, parecéreis en aquel terrible momento lo que sois en la rea-

lidad, y se disipará la ilusión de todos los bienes y placeres del mundo que tanto nos arrastran y embelesan ! ¡ Solo vos quedareis con nosotros y sereis nuestro auxilio , nuestro recurso , y nuestro juez ! ¡ Qué satisfaccion tendremos entonces en haberos servido fielmente y poder prometernos una eterna recompensa ! Pues ¿ por qué no nos preparamos con tiempo para esta satisfaccion ? ¿ Por qué no nos detenemos á considerar en la muerte alguna vez , ó mas bien , por qué no la tenemos siempre presente para aprender la ciencia verdadera , la ciencia de la salud eterna , para saber apreciar los bienes y males de este mundo en lo que son en sí , y para caminar con acierto y paso firme en la senda de nuestra salvacion ? ¿ Qué cosa hay mas cierta , mas palpable , ni que mas nos desengañe y nos ilustre ?

Cuando el enemigo infernal intenta dejarnos caer en el pecado empieza por apartar de nosotros la memoria de la muerte , por alucinarnos con la esperanza lisonjera de que viviremos muchos años y nos queda tiempo para todo , y por decirnos como á nuestros primeros padres: *Nequaquam morte moriemini*. Sabe muy bien que la memoria de la muerte es el freno mas eficaz para detenernos en la carrera del pecado y para apartarnos de los vicios. Aquel rico de quien nos habla san Lucas estaba persuadido y el demonio le obcecaba con la esperanza de que habia de vivir muchos años , y por eso se entregaba á la avaricia , al regalo y los placeres: *Anima habes multa bona posita in annos plurimos ; requiesce , comede , bibe , epulare*. Y en aquella misma noche le dijo el Señor , como puede decirnos a nosotros: necio , en esta misma noche morirás , ¿ para quién será todo lo que has preparado ? *Stulte , hac nocte animam tuam repetunt á te , quæ au-*

tem parasti, cujus erunt? No hay obstinacion y dureza que no se ablande y á que no venza la preséncia, ó el recuerdo de la muerte. Nada habia sido capaz de hacer entrar en cuentas á Faraon; y á media noche hizo llamar á Moisés y á Aaron para que saliesen al momento del Egipto. ¿Por qué? ¿De qué provino una mudanza tan repentina? Porque en aquella misma noche vió Faraon la muerte de todos los primogénitos: *Factum est in noctis medio, percussit Dominus omne primogenitum in terra Aegypti, á primogenito Pharaonis, qui in solio ejus sedebat, usque ad primogenitum captivæ*. Grande fue la soberbia y rebelion contra Dios de Saul; pero cuando Samuel le intimó la muerte: *Cras tu, et filii tui mecum Cristi* (1), cayó en tierra lleno de temor. Y así, dice un doctor contemplativo, si queremos estar prontos para las cosas santas, si queremos vivir con perfeccion y destruir con facilidad todos los lazos que nos armen nuestros enemigos para enredarnos en el pecado, acordémonos que somos tierra y ceniza, que tenemos que morir.

El mismo Dios ordenó á Gedcon el modo de vencer á los madianitas (2), en los que estaban figurados nuestros enemigos infernales: á saber, con el sonido de las trompetas; el rompimiento de los cántaros y vasijas de barro y la aparicion de las luminarias. Pues así nosotros en el campo de esta vida, que es el lugar de la batalla hemos de vencer á nuestros enemigos y no tenemos necesidad de otras

(1). 1 Reg., cap. 28, v. 29.

(2) Jud., cap. 6, v. 7.

armas para lograr el mas completo triunfo. Imaginándonos que resuena en nuestros oidos á todas horas aquella trompeta que ha de llamarnos á todos á la resurreccion de nuestros cuerpos y á comparecer delante de Jesucristo, teniendo presente que nuestros cuerpos son de un barro quebradizo y poco estable, que ha de romperse cuando menos lo pensemos y que ha de presentarse y aparecer la luz que queda en nosotros, nuestra alma, ante el tribunal del Juez rectísimo Jesucristo para recibir una sentencia irrevocable y eterna conforme á sus obras. Por fuertes que sean nuestros enemigos, por terribles y frecuentes que sean nuestras tentaciones, triunfaremos completamente de todo como Gedéon con estas armas tan sencillas, con estas poderosas y saludables consideraciones. Sanson dió muerte á un sinnúmero de filisteos con un hueso árido y escañado. Pues nosotros aterraremos á todo el ejército infernal, haremos retroceder á todos los espíritus malignos con la consideracion de nuestros huesos áridos, contemplando mientras vivimos que este cuerpo que tenemos ha de venir á parar á un sepulcro y no ha de quedar de él otra cosa que unos huesos descarnados y secos, que al fin se convertirán en polvo. El infierno entero se conjuró contra Job, y nada dejó de hacer el demonio para precipitarle en el odio de su Dios y en la desesperacion. No solo el infierno; el cielo y la tierra tambien parece que se conjuró contra él y trabajaban de acuerdo para derribarle. Quedó sin riquezas, sin hijos, sin autoridad, sin salud, sin tener con que cubrir sus carnes llenas de corrupcion y gusanos, insultado de sus amigos, despreciado de su muger, sin otro albergue que un muladar, y el cielo se habia cerrado á sus plegarias. ¿Por qué conservó su virtud

y paciencia y triunfó de tantos enemigos conjurados contra él? Porque tenia presente la muerte y se acordaba de su sepulcro. *Spiritus meus attenuabitur, dies mei breviabuntur, et solum mihi super est sepulcrum.* No, no es posible que se resuelva á pecar el que considera la muerte y tiene presente la muerte.

Aprovechémonos pues, de este remedio tan poderoso, de esta arma tan fuerte para vencer á nuestros enemigos, de este recurso para adelantar en lo que tanto nos interesa, que es nuestra salvacion. En los sepulcros, dice el Espíritu Santo que habita la sabiduría verdadera, y que nos es mejor ir á la casa del luto y del duelo que á la casa del convite, porque en aquella piensa el hombre en lo que le espera y le ha de suceder.

Contemplemos pues, y entremos algunas veces con un espíritu de religion en esos lugares que encierran las cenizas de nuestros padres, de nuestros amigos. Contemplemos los restos que han quedado de los reyes mas poderosos, de los sabios mas célebres, de las hermosuras mas idólatras. Veamos si acertamos á distinguir los huesos del rico de los del pobre. Y oigamos que con su silencio nos dicen: insensatos de nosotros, que no conocimos lo que eramos y lo que habíamos de ser algun dia. Pensábamos en el mundo, y el mundo ya no se acuerda de nosotros. No miramos si no á hacer fortuna en el mundo, y el mundo desapareció de nuestra vista cuando menos lo esperábamos. Oíamos hablar de la muerte como si no nos hubiese de tocar jamás el morir. ¡Cuánto mas dichosos seríamos si hubiésemos pensado continuamente en la muerte!

No nos desentendamos de tenerla presente nosotros. No

nos olvidemos de nuestro fin , para que desaparezca la inclinacion depravada de nuestros afectos , entremos en la senda de nuestra salvacion y sigamos constantemente por ella hasta que logremos una dichosa muerte y seamos felices por toda la eternidad. Amen.

F. L. G.

PLATICA XVI.

ES SUMAMENTE INTERESANTE EL MORIR BIEN, Y MUY
NECESARIO EL PREPARARNOS PARA LA MUERTE.

Statum est hominibus semel mori.

HERR., CAP. 9, v. 27.

No es la muerte de cada uno, uno de los sucesos de poco interés y trascendencia y que influye poco ó nada en su suerte. No es de aquellos cuyas consecuencias pueden repararse. Así como es lo mas cierto, es tambien lo mas interesante; lo que ha de decidir de nuestra suerte eterna, en lo que si se yerra, se yerra para siempre y no se puede reparar el mal, porque no se muere por cada uno mas de una sola vez: *Statum est hominibus semel mori.*

Reflexionemos algunos instantes para que nos dispongamos y conozcamos la necesidad que tenemos de prepararnos para morir bien. El momento de la muerte ha de decidir de nuestra suerte por toda la eternidad. Toda la vida tenemos para trabajar, y hasta el momento último pode-

mos volvemos á Dios y negociar nuestra salvacion; pero en llegando la noche de la muerte, se concluyó la luz y ninguno podrá trabajar. Se cortó el árbol, y al lado que cayere, como dice el Espíritu Santo, ya sea al Mediodia ó al Norte, allí permanecerá. Una muerte en pecado mortal destruye y aniquila todos los méritos de una vida tan justa; así como con una muerte en gracia de Dios logra la bienaventuranza y consigue que olvide Dios los pecados de toda la vida. Nuestro destino eterno ha de ser tal cual corresponda al estado en que nós halle la muerte. ¿Qué cosa, pues, puede sernos mas interesante que el morir bien? Si por fin muriéramos dos veces, podríamos enmendar en la segunda los yerros de la primera. No tenemos mas que un alma, y si la perdemos, no nos queda otra, y si no morimos bien la perdemos para siempre, porque el yerro de morir mal una vez, no se puede enmendar con morir bien otra, porque no se muere mas que una sola vez: *Statum est hominibus semel mori*. Las consecuencias de la muerte son muy trascendentales; porque se acabó la misericordia, y aquel es el punto que ha de fijar nuestra suerte. No hay cosa mas irreparable que una muerte infeliz, así como no la hay mas desgraciada y espantosa; y no hay cosa mas apetecible que una buena muerte. ¿Cómo, pues, vivimos con tanto olvido de la muerte, tan desprevenidos para la muerte y tan poco cuidadosos por proporcionarnos una muerte dichosa? Tanto esmero y diligencia para los negocios temporales; para tomar estado ó darle á nuestra familia; para entrar en una negociacion en que se arriesga parte de nuestros intereses y fortuna, para procurar la salud del cuerpo que se nos debilita, para conseguir y conservar unos honores y

distinciones. ¿Y qué es todo el bien ó mal que de esto nos puede resultar? Y para la muerte que nos sirve de paso para una eternidad feliz ó desgraciada ¿ponemos diligencia alguna? ¿Pensamos en ella? ¿Nos disponemos con cuidado para ella? Si somos cuerdos y no queremos cometer un error que nos haga desgraciados para siempre, es preciso que pensemos en prepararnos para la muerte. Si á un rústico inesperto que jamás hubiese disparado una saeta, se le diesen el arco y la aljava y se le mandase tirar al blanco desde lejos, con la condicion de que si errase á la primera vez habian de quemarle vivo, y que si acertaba habian de darle un reino entero, ¿en qué apuro y afliccion se veria este hombre? ¿Qué acongojado estaria viéndose en la precision de hacer una cosa tan dificultosa, sin haberse jamás ejercitado en ella, yéndole tanto en el acierto y no pudiéndola hacer mas que una sola vez? Pues esta es nuestra suerte. Lo que se pierde en una accion de lucimiento se puede ganar en otra. El rico negociante á quien un año se le hunde en el mar una nave, en otro puede llegarle otra cargada de riquezas y resarcir las pérdidas: pero lo que se pierde teniendo una mala muerte no se puede remediar, porque no puede tenerse otra buena. *Statum est hominibus semel mori.*

Los que han de ejercitar un oficio ó hacer una cosa de importancia, ó aunque sea solamente de gusto, la estudian y se preparan primero para ella. ¿Por qué no ha de estudiarse el arte de morir bien, siendo la cosa mas difícil y la mas importante del mundo? Para presentarse en un teatro, para subir á un púlpito un orador y dar pruebas de su habilidad y de su sabiduría, se gastan meses y años enteros

para prepararse y hacer la funcion, que al fin todo ello viene á ser de muy poquísima consecuencia. Y para la muerte que exige una preparacion de toda la vida, y que sobre ser negocio tan trascendental, no se hace mas que una vez ¿qué tiempo se emplea? ¿Qué disposiciones tomamos para morir bien? El que ha de dar un salto largo y difícil toma la carrera desde atrás. Todos tenemos que dar un salto largo y muy dificultoso. El salto de la vida á la muerte, de la tierra al cielo, y si no le damos bien caeremos en los infiernos. Tomemos, pues, la carrera desde muy atrás; preparémonos desde este mismo momento, porque no debemos perder instante alguno, y la vida toda no debe ser otra cosa que una preparacion para morir bien, y si nos detenemos en la carrera llegaremos al término sin fuerzas y nos espondremos á caer, y caer para no levantarnos jamás.

La importancia grandísima y de tan terribles consecuencias de la muerte, y el no morir mas que una sola vez sin que se puedan corregir jamás los yerros que en esta se cometan, nos empeña en prepararnos y disponernos, en vivir en una vigilancia y preparacion continua para morir bien.

Pudiéramos vivir con algun descuido y confianza si por fin supiéramos cuándo y cómo habíamos de morir. Pudiéramos estar tranquilos hasta que llegase el plazo y se acercase nuestro día; pero así como no tenemos cosa mas cierta, mas segura y mas inevitable que la muerte, así tampoco tenemos cosa mas incierta que el tiempo, el día en que hemos de morir y el modo con que moriremos, y esta es otra circunstancia que debe ponernos en el caso de estar preparados siempre. No sabemos en la hora que nos llama-

rá el Señor para sí, lo hará cuando menos lo pensemos, y por lo mismo debemos estar siempre dispuestos. No hay uno que no quiera salvarse, ninguno quiere ir á parar al infierno, y sin embargo son pocos los que se salvan. ¿Cuál es la causa de esta deplorable infelicidad? El que no se preparan y toman las medidas conducentes para lograr su salvacion; rehusan entrar por el camino estrecho y penoso de la mortificacion y penitencia; todos se prometen una vida larga, y que en la vejez tendrán tiempo para reparar sus vicios y prepararse para una muerte dichosa. Esta es la mayor temeridad, y temeridad de los hombres, y la causa de la ruina y perdicion de los mas. En vano se glorían como aquellos de quienes nos habla Isaías: *Percussimus fœdus cum morte*, porque la muerte no observa pactos, condiciones, ni guarda plazo ni modo alguno. Está escondida entre las mismas riquezas, entre los placeres y diversiones, y no nos es dado el saber el tiempo ni el momento. No sabemos si moriremos hoy ó mañana. La muerte, nos dice el apóstol, ha de venir como el ladrón. El ladrón no se sabe cuándo vendrá, y la muerte tampoco. El ladrón viene cuando menos se piensa, y lo mismo la muerte. El ladrón suele saltar de repente, y la muerte de improviso. El día de la muerte es el día del Señor, porque es el día en que ha de tomarnos la cuenta; y no sabemos cuándo ha de llegarnos este día. *Cum enim dixerint pax et securitas, tunc repentinus eis superveniet interitus*, dice el mismo apóstol, nos llegará cuando menos lo pensemos y cuando mas descuidados estemos. Como los peces son cogidos con el anzuelo y las aves con el lazo, así, dice el Espíritu Santo, son cogidos los hombres. El rico indolente de quien nos habla el Evange-

lio, murió en la misma noche que se prometia una larga vida y descanso para comer y disfrutar sus riquezas. Los hijos de Job murieron todos en la casa del primogénito, y en una misma hora, dice san Juan Crisóstomo, la casa fue tambien sepulcro, convite y túmulo, fiesta y llanto. En medio del festín y las delicias de un espléndido convite; intimó el Señor la muerte al sacrilego rey Baltasar. La impía Jezabel fue devorada por los perros en el campo cuando estaba mas distante de pensar en la muerte. Nada vemos con mas frecuencia que muertes repentinas, muertes prematuras é inesperadas en todo género de personas; y confirmarse lo que del santo Job nos dice: *Ducunt in bonis dies suos, et in puncto ad inferna descendunt*. Y lo que nos recuerda el apóstol san Pablo: *Cum dixerint pax et securitas, tunc repentinus eis superveniet intentus*.

Debemos pensar que cada dia es el abismo de nuestra vida, y vivir como si en él hubiéramos de morir y no se nos concediera llegar al dia siguiente. Lo que tenemos de cierto es: que desde que empezamos á vivir empezamos á caminar al sepulcro; que de dia y de noche vamos corriendo á él sin detenernos un solo instante: que no podemos estar muy lejos, porque el camino mas largo es siempre corto. ¿Y nos atrevemos á pecar, y pasamos la vida en los deleites, y vivimos como si jamás hubiéramos de morir, sin saber cuándo moriremos, y esponiéndonos á que nos a-alte la muerte cuando estemos cometiendo el pecado ó gozando del placer de nuestros impuros deleites? Porque no sabemos el dia ni la hora en que ha de venirnos la muerte, debemos estar vigilantes y preparados para que no nos coja desprevenidos. Si al entrar el Esposo en las bodas no

entramos con él, si no tenemos nuestras lámparas encendidas y estamos despiertos para cuando sea la hora, se nos cerrará la puerta del cielo y no se nos abrirá jamás. Jamás tenemos seguridad de que no nos asaltará la muerte; jamás podemos decir: ahora no vendrá. ¿Pues cómo podemos estar desprevenidos en medio de un peligro tan claro y manifiesto? ¿Quién se atreve á estarse de asiento en el odio, en la venganza, en la usura, en la lascivia; quién vive sin tener su cuenta ajustada, y puede estar un solo día tranquilo en el pecado mortal? De un hilo solo pende su vida, y de ese hilo pende su salvación ó condenación. Están contados nuestros días y somos como un reo sentenciado á morir. ¿Qué diríamos del que caminando al cadalso fuese divirtiéndose y sin pensar ni prepararse para la muerte? Pues todos vamos caminando á cumplir la sentencia que se nos intimó al nacer: *Statum est hominibus semel mori*. Vivimos en el mundo entre tantos enemigos cuantos son los caminos y los medios por donde puede llegarnos la muerte, que son innumerables, ¿cómo nos atrevemos á estar desarmados y desnudos entre tantos contrarios? ¿Contamos con que somos jóvenes, que aun tenemos tiempo para prepararnos? Pero en la vejez diremos lo mismo, y nunca llegará el día de empezar á disponernos; pero no sabemos si llegaremos á la vejez, ni podemos disponer de ese tiempo que no está en nuestra mano el que se nos conceda; pero en el infierno hay un sinnúmero de condenados que no pensaron serlo, que discurrieron tan neciamente como nosotros, que despreciaron el tiempo que tuvieron, y le comprarían ahora con millones de años de tormentos, si pudieran volverle á tener, y no se les concederá. La muerte nos sigue, no

pierde un instante la velocidad de su carrera, aun el tiempo que estamos durmiendo no se detiene; pues por lo mismo no debemos estar un instante desprevenidos: nuestra vida toda debe ser una preparacion para morir, y la incertidumbre del momento en que nos ha de sobrecoger y de la hora en que ha de venir, nos pone en la necesidad de estar siempre vigilantes, siempre preparados y dispuestos.

Si ignoramos el tiempo, ignoramos tambien el modo con que vendrá. Si aunque no sabemos cuando hemos de morir, supiéramos que nos habia de dar la muerte tiempo para prepararnos, pudiera ser menos imprudente nuestro olvido, nuestra indolencia y nuestra falta de preparacion; pero es mayor nuestra temeridad y locura, porque ignoramos tambien cómo hemos de morir; si con despacio ó de repente; si con nuestro juicio y razon cabal ó sin ella, si con los santos sacramentos ó sin ellos; si solos ó acompañados; si de una muerte natural ó de una muerte violenta; si con buena ó con mala disposicion. Si en todas horas estamos en peligro ¿qué debemos hacer sino estar á todas horas dispuestos? ¿Qué necesidad el reservar el prepararnos para la obra mas interesante y trascendental para unos momentos en que no sabemos si estaremos en nuestro conocimiento, si seremos dueños de nosotros mismos y aun si tendremos tiempo para decir siquiera el nombre de Jesus? Lo que no debemos dejar de observar es que por lo comun los malvados mueren en medio de su carrera, que el Señor les quita la vida de repente, que como leña que destina al fuego, no espera á cortar cuando esté en su plenitud y sazón, así como á los justos que los llama cuando estan car-

gados de merecimientos, y los arrebató muchas veces antes que los pervierta la malicia. Lo que no debemos dejar de observar es, que aunque el pecador en los últimos momentos de su vida se vuelva á Dios y le llame, no por esto solo entrará en su reino, porque no todos los que dicen: Señor, Señor, se salvarán: que como Dios le ha llamado tantas veces y él ha despreciado sus inspiraciones y llamamientos, irritado y cansado el Señor de sufrir, tal vez se vengará burlándose de él y volviéndole la espalda. *Vocavi et reunistis, ego quoque in interitu vestro videbo et subsunabo.*

Lo que no debemos dejar de observar es, que no es lo mas á propósito para lograr las divinas misericordias y alcanzar la gracia de una muerte dichosa, una vida empleada toda en vicios y pecados; que por lo comun se muere como se ha vivido, y que nada hay mas abundante que conversiones forzadas en los momentos del peligro, conversiones que arranca el temor y que por lo mismo tienen muy poco de sinceras, se olvidan si se sale del riesgo y dan ocasion á dudar de su valor.

Quiero convenir, sin embargo, en que se nos dé todo el tiempo necesario, en que una enfermedad nos avise del peligro, que no nos prive los sentidos y que muramos con todo el reposo posible y aun con todos los auxilios espirituales. Aun así digo, que es una temeridad, que es sumamente peligroso el dejar el prepararse para la muerte para aquellos momentos últimos. La razon es, porque aunque contemos con el tiempo y con el conocimiento, aunque estén prontos todos los auxilios espirituales el procurarse una buena muerte es una obra dificultosa, y lo es mucho mas para los que no se han preparado durante el tiempo de su

vida. ¿Creemos que no hay cosa mas fácil que lograr una muerte santa y dichosa? Si para morir bien no se necesita mas que recibir los santos Sacramentos, besar devotamente la imagen de Jesus Crucificado, derramar algunas lágrimas y hacer algunos otros actos piadosos, nos seria fácil morir en santa paz. No es muy difícil encontrar un prudente y celoso confesor que nos asista en el último peligro y que nos prodigue los auxilios espirituales: pero ¡cuántos han muerto en pecado con todos estos socorros! Morir cubierto de ceniza y de cilicio, morir rodeado de sacerdotes y de fieles que rueguen á Dios por nosotros, morir con tranquilidad y con los nombres de Jesus y María Santísima en los labios es morir con eficacia; pero no es esto precisamente morir bien. Morir bien es morir despues de haber borrado todas las culpas de la vida; es morir en estado de gracia, es morir lleno de una fe viva, de una esperanza firme y de una ardiente caridad; es morir con un horror grande á todo lo que ama el mundo, con un amor de Dios que esceda á todo otro amor, y esto, desengañémonos, que no es muy fácil para quien amó tan poco á Dios durante su vida y la pasó acaso toda sin pensar en morir bien. Si fuera tan fácil lograr una buena muerte sin prevenirse para ella hubieran sido muy necios los santos en afanarse tanto, en emplear en prepararse para ella toda su vida, en ayunar, en mortificarse, en derramar tantas lágrimas. ¿A qué fin privarse de los placeres del mundo, y aun de todo trato con el mundo para lograr la dicha de una muerte santa, si se puede morir santamente sin todas estas preparaciones y aun sin ninguna? ¿Si basta llamar á un confesor y recibir los Sacramentos? ¿A qué fin sepultarse en vida entre las pare-

des de un convento, abandonar todo lo que lisonjea las pasiones, vivir en el retiro y entregarse á los rigores de la penitencia para lograr una muerte dichosa, si engolfados en el bullicio del mundo, hundidos en medio de sus pasatiempos, sepultados en un constante olvido de la muerte, llenos de ignorancia sobre la preparacion para ella, esperamos una muerte cristiana y nos lisonjamos de que moriremos bien con morir con confesion? Seamos nuestros jueces y conozcamos nuestro error.

Tendreis tiempo para recibir los santos Sacramentos. Sea así y el Señor nos lo conceda á todos, pero yo os diré, que en los momentos de la enfermedad estan flacos y embarazados los sentidos, turbadas las potencias, muy poco vivo el entendimiento, muy vacilante la memoria y muy poco quieta la voluntad. Que entonces embarazan los médicos, las medicinas, las visitas, el testamento, los cuidados,.. No, no es tiempo para asegurar una eternidad, cuando apenas hay tiempo para pensar en la eternidad, cuando todo se agolpa y todos nos engañan disminuyendo el peligro en que nos ven y dilatando el avisarnos que nos preparemos á la muerte en los pocos momentos que la preceden. Recibireis los santos Sacramentos; pero yo os diré que quedan los escándalos que reparar, las usuras y contratos ilícitos que subsanar, lo mal adquirido que restituir, la enemistad que reconciliar, y lo muchísimo bueno que hacer. Yo os diré que en aquellos momentos se ven las cosas de distinto modo que en la salud y aquejan al alma un sinnúmero de congojas. Se acuerda y piensa en que ha gastado el tiempo de la vida en deshonestidades, en injusticias, en quebrantar los mandamientos de Dios, en ofender á sus prójimos,

en vanidad, en olvido de sus obligaciones y de su salvacion. Se acordará de tantas inspiraciones y llamamientos divinos que ha despreciado, de tantos medios y ocasiones de ganar el cielo que ha perdido, de los buenos ejemplos que no ha imitado, de los malos que ha dado y lo mucho que ha escandalizado. Se acordará de que ha gastado el tiempo que el Señor le concedió para prepararse para morir y ganar su salvacion en ofenderle ó irritarle. Se verá sin las vestiduras para las bodas y sin tiempo para hacerlas; sin el aceite de las obras buenas y sin oportunidad de comprarlo. El temor de su salvacion, el miedo de la última sentencia de que pende su dicha ó su infelicidad la atormentará en aquellos momentos. Se ve obligada á salir de este mundo sin saber á dónde irá á parar. Se acuerda de Dios y no se atreve á pedirle su misericordia recordando la desvergüenza con que le ha despreciado, ni á llamarle acordándose de que no quiso oírle cuando la llamaba en la vida. Oirá que dicen en su interior: *ya no hay tiempo: Tempus non erit amplius*. Y la cercarán dolores de muerte y amarguras de infierno. *Circumdederunt me dolores mortis, dolores inferni circumdederunt me.*

El demonio aflige entonces al enfermo y redobla todos sus esfuerzos sabiendo que le queda poco tiempo, y que de aquel momento depende su triunfo, y el Señor le permite obrar en castigo de la indolencia con que vivió. Le sugiere las ideas mas desesperadas, le presenta la justicia de Dios, el conjunto de su mala vida, la dificultad de arrepentirse y dejar unos hábitos y afectos que ha conservado siempre, se hace también visible á sus ojos y á su imaginacion para llenarle de espanto, y con un furor infernal dice: *ya es este mio.*

prævalui adversus eum. Entonces se le representa que va á dejar por fuerza para no volver á ellos jamás á sus padres, su muger, sus hijos, sus amigos, las honras, las riquezas, los regalos y todo lo que amó y de que gozó en el mundo. ¿Qué memoria tan amarga para el que ha puesto su paz y su cariño en las riquezas y placeres! El tropel de todas estas fuertísimas y violentas inspiraciones, ¿dejarán al alma en el sosiego y serenidad necesaria para atender á su salvacion y disponerse para confesarse bien? Recibireis los santos Sacramentos; pero despues de una vida descuidada, ¿basta-
rá recibirlos con precipitacion y sin casi disponerse? Los recibireis; pero *si el justo temblará y apenas se salvará*, dice el apóstol san Pedro, *¿qué será del impío y el pecador? Si justus vix salvetur, impius et peccator ubi peribunt?*

¿Qué nos queda que hacer, si no somos enemigos de nosotros mismos, sino desentendernos de los engaños y las ilusiones del mundo y dedicarnos desde ahora á prepararnos para lograr una muerte dichosa? ¿En qué podemos ocupar-
nos con mas interés y provecho? Sea, pues desde hoy nuestra vida toda una preparacion para la muerte. Esta es nuestra resolucion, Dios mio; favorecernos para cumplirla con vuestra ayuda, dadnos vuestra gracia que sea mas poderosa en nosotros que los engaños con que nos distraen de servir-
ros y de pensar en la muerte los enemigos de nuestras al-
mas. Así recibiremos con gusto la muerte en cualquiera hora que nos llegue, y lejos de intimidarnos y asustarnos nos llenará de placer y servirá de paso para una dichosa eternidad. Amen.

F. L. G.

PLATICA XVII.

LA MEMORIA Y CONSIDERACION DE LA MUERTE ES EL FRE-
NO MAS EFICAZ PARA REPRIMIR NUESTRAS
CONCUPISCENCIAS.

*Ecces pavimentum , animadvertite cu-
jus vestigia sint hæc.*

DAN., CAP. 14, v. 18.

El ídolo llamado BEL era adorado en Babylonia , y cada dia se le destinaban para que comiese muchas medidas de harina, de vino y cuarenta ovejas. Daniel, aunque muy querido y favorecido del rey y muy instado para que le adorase , jamás quiso doblar en su presencia sus rodillas y detestando la falsedad y fraude de aquel simulacro , y el engaño que con él se comelia manifestó claramente al rey que aquel ídolo , como que no era otra cosa que una estatua de madera y de barro por dentro y de metal en su exterior , de manera alguna comia , ni podia comer , y que

los sacerdotes que estaban destinados para su culto eran los que disfrutaban y se aprovechaban de aquellas ofrendas, tomándolas y comiéndolas ocullamente. Difícil era persuadir esto mismo al rey, pero Daniel para poner esta verdad de manifiesto hizo que mandase el rey salir del templo á todos los sacerdotes, que eran en número de setenta, á todos sus hijos, sus mugeres y sus familiares segun que ellos ofrecieron, que se pusiesen las ofrendas y comestibles segun costumbre y que se cerrasen las puertas para ver si el ídolo las consumia en aquella noche como en las demás, poniendo el sello real en la puerta para evitar todo fraude y que nadie pudiese entrar, y por fin mandó que le trajesen ceniza y la cernió por todo el piso del templo. Así todo dispuesto y dejando las ofrendas en el templo se cerraron las puertas y se sellaron con el sello del rey. En aquella noche, dice el testo sagrado, entraron segun su costumbre los sacerdotes, sus hijos y sus mugeres y se comieron y bebieron todo cuanto estaba destinado para Bel. Levantóse el rey muy de mañana y Daniel con él. Registraron las puertas. ¿No es verdad, preguntó el rey, que está el sello sin tocar? Así es, le dijo Daniel, y abriendo al momento luego que vió la mesa exclamó sin poderse contener. Grande eres Bel y no hay en tí dolo ni fraude alguno. No pudo Daniel menos de reírse y deteniendo al rey antes que pasase adelante, le dijo: *Ecce pavimentum, animadvertite cujus vestigia sint hæc.* Ruégote, ó rey, que repares y consideres el pavimento y adviertas de quién son esas huellas estampadas en la ceniza. Veo, dijo el rey, vestigios de hombres, de mugeres y de niños. Y estas mismas huellas los condujeron á la puertecita escondida y oculta por

la que entraban y consumían todo lo que disponían para el ídolo sobre la mesa.

En la Babilonia de este mundo no es uno solo, sino muchos los ídolos que adoran, y á los que ofrecen sus dones y sus sacrificios los mundanos: adoran á la avaricia y tienen por su Dios al oro y la plata: adoran á su vientre y no reconocen otro Dios que comer y beber: adoran á su soberbia y rinden todos sus respetos y adoraciones á su orgullo, su vanidad, al fausto y las pompas mundanas: adoran á su lascivia y no quieren tener otro Dios ni otras ocupaciones que pasar sus días en los placeres, deleites y regalos. ¿Quién persuadirá á la multitud engañada de la falsedad é impotencia de esos ídolos que tan ciegamente adora y por los que se sacrifica? ¿Quién hará que conozca su error y deje de correr en pos de sus concupiscencias? No hay otro medio mas poderoso que la consideracion de las cenizas en que han de resolverse todas las cosas que apetecemos en este mundo. *Ecce pavimentum, animadvertite cujus vestigia sint hæc.* Demos una ojeada por todo el mundo y todo cuanto nos rodea, consideremos en la ceniza y el polvo á que todo se reduce, en las huellas que dejan estampadas los que nos precedieron lo que son los ídolos que adoramos y el engaño en que vivimos adorándolos y sirviéndolos. En la ceniza y polvo á que todo lo reduce la muerte descubriremos la vanidad del mundo, de sus locuras y placeres, lo inútil de las riquezas, lo perjudicial de los deleites y el término que tienen esas imaginarias felicidades que tanto nos arrastran. Descubriremos todas las malas artes con que nos engañan y se burlan de nuestra necedad. *Video vestigia virorum et mulierum et infantium.* Los

restos de tantos esclarecidos varones , de tantas mugeres y niños que en lo mejor de su vida fueron arrebatados por la muerte nos conducirán á la puerta falsa por donde se introducen nuestros enemigos para engañarnos y alimentarse de nuestra sustancia. La memoria y consideracion de la muerte nos hará ver nuestra locura y engaño en seguir á nuestras concupiscencias y servirá de freno el mas poderoso para reprimirlas.

Cada uno se forma su Dios de aquello que ama, y así en esta Babilonia , en la confusion de esta vida mortal no hay quien no adore á su ídolo , quien no tenga su Dios á quien presentar sus ofrendas. Consideremos las cenizas á que todo el género humano se está reduciendo cada dia, y no hallaremos sino vestigios, las huellas impresas en el polvo de todo lo que el tiempo va consumiendo: ¿ Y qué mayor locura que hacerse un Dios y adorar á un Dios que ha de convertirse en cenizas! ¿ Qué mayor necedad que entre-gar el corazón á las riquezas, sacrificarlo todo á los honores y la vanidad de sobresalir, á ser esclavo de los apetitos y deleites sometiéndose á su tiranía, si las riquezas, los honores y distinciones, la vanidad, los placeres, todo se ha de concluir y reducirse á ceniza? Consideremos el término de la vida, dice san Lorenzo Justiniano, y no hallaremos en todo el mundo cosa que merezca nuestro amor. *Animadvertite cujus vestigia sunt hæc.* Examinemos todo lo criado y veremos que no deja otros vestigios que polvo, así como todo ha sido sacado del polvo.

El discípulo amado nos dice que todo lo que hay en este mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida. Pues el polvo y la

ceniza, dice san Buenaventura, nos enseña á reprimir estas concupiscencias, y lo despreciaremos todo en esta vida con la memoria y contemplacion de la muerte: porque la concupiscencia de los ojos se desprecia cuando uno piensa que se ha de convertir en tierra; la concupiscencia de la carne se deprime cuando uno piensa que el cuerpo regalado y nutrido entre delicias ha de ser pasto de gusanos; la soberbia de la vida se mira con horror cuando uno piensa que el que quiere sobresalir y ser tenido en mas que otros, ha de ponerse debajo de la tierra; que es el ínfimo elemento. Los honores y riquezas se acabarán, la hermosura se desvanecerá, las distinciones se confundirán en el sepulcro, el polvo y la nada á que todo se ha de reducir nos hace ver la nada, el vacío de las cosas del mundo y nos prepara para retirar de ellas nuestra afición. ¿Qué cosa mas fétida que un cadáver, qué cosa mas horrible y espantosa que un hombre muerto, dice san Bernardo? Aquel á quien en vida era tan gratisimo abrazar, en la muerte es horrible aun el mirar. ¿De qué pues aprovechan las riquezas, de qué las delicias, de qué los honores? Las riquezas no libran al hombre de la muerte; las delicias no le libran de los gusanos, los honores no le libran de la fetidez y corrupcion. Esta consideracion no puede menos de contener el ímpetu con que nos precipitamos á todo lo que halaga y lisonjea nuestras pasiones.

Es insaciable la concupiscencia de la carne, y como el fuego se aumenta lejos de apagarse con la leña que se le pone encima, así la lascivia se nutre y se aumenta con los placeres y regalos. ¿Qué medio hallaremos para reprimir la insaciabilidad de esta sanguijuela que se llena de nuestra

sangre todo cuanto puede? Por medio de la ceniza. Considerando seriamente en la muerte se contendrá el flujo de nuestros deseos y apetitos carnales. El que mira á la corrupcion abre el camino á las lágrimas, y no deja lugar alguno á la lascivia el alma que piensa en el sepulcro, dice san Pedro Damiano. Quanto mas tratemos de regalarnos y de comer y beber con mas delicadeza y mejor gusto; quanto mas suaves, finas y delicadas sean las ropas con que nos cubramos y vistamós, tanto más aumentamos nuestra podredumbre y tanto mayor será nuestra fetidez en el sepulcro. Esa carne, dice el citado san Pedro Damiano, esa carne que regalias con bocados escogidos y manjares exquisitos, dentro de poco estará llena de gusanos, ella misma será pasto de los insectos que la han de roer, y tanto mas horrorosa será su corrupcion y mas insufrible su mal olor, quanto mas delicadamente le hayas tratado. Con facilidad, pues, mitiga su concupiscencia carnal el que se acuerda que ha de morir, que su carne ha de reducirse á corrupcion y que el objeto á quien ama, por mucha que sea su hermosura, ha de venir pronto á parar á un sepulcro para que su vista no ofenda á los demás.

Esta sola consideracion ha convertido á muchísimos pecadores y con ella han logrado no solo apartarse de sus deleites y placeres carnales, sino ser grandes santos. El encuentro de un cadáver, la vista de un difunto ha convertido en dias de penitencia y de lágrimas los que estaban destinados para el placer y la liviandad, y la consideracion de este infalible destino que nos espera debe obrar en nosotros lo mismo. *Dulcedo illius, vermes*, contemplando que todos los placeres y deleites, que esas dulzuras han de parar

en gusanos, no podremos menos de contenernos. *Non est libidini diversorium, in qua versatur mente sepulchrum.* En nada hallaba san Agustín mas dificultad para convertirse que en haberse de privar de los deleites de la carne á que se habia acostumbrado por el espacio de treinta y tres años, pero venció esta dificultad con la consideracion de la muerte, como nos dice él mismo en sus Confesiones: *Nec me revocabat á profundiore voluptatum carnalium gurgite, nisi metus mortis et futuri judicii tui.* Contra las tentaciones de la carne y la fuerza con que nos acomete nuestra concupiscencia, oigamos, dice san Juan Crisóstomo, al profeta que nos dice: *Omnis caro fenum.* Inclinémonos á los sepulcros, dice san Efren, contemplemos aquellos huesos medio roídos y envueltos entre la corrupcion, mirémonos y considerémonos á nosotros mismos retratados en ellos como en un espejo. ¿Dónde está allí la flor de la juventud? ¿Dónde está la hermosura? ¿Dónde aquel conjunto de tantas gracias? Pensando en esto amortiguaremos los deseos impuros de nuestra carne. Sea esta toda tu filosofía y tu estudio, dice san Bernardo; la continua meditacion de la muerte. Lévala contigo donde quiera que fueres y á cualquiera parte que vayas y jamás pecarás.

A los que estan sentenciados á muerte no es fácil reducirlos á que admitan diversiones y que se entreguen á los placeres. Con sus concubinas y en medio de la alegría de un magnífico convite se hallaba el rey Baltasar, y luego que aparecieron en la pared los dedos anunciándole la muerte, se inmutó su semblante, le turbaban sus pensamientos y ni las mugeres, ni las concubinas, ni todo cuanto le recreaba en el convite sirvió despues para aliviarle y

restituirle la alegría y el gusto de los placeres y diversiones. ¿Por qué? Porque no puede hallar satisfacción alguna en los deleites carnales, el que ve la muerte cerca de sí, porque la presencia de la muerte despoja de todo su vigor y de todos sus embelesos á la concupiscencia carnal y no deja lugar alguno á la liviandad el alma que tiene á su vista el sepulcro. Pues todos estamos sentenciados á morir, todos hallamos escrita la sentencia que nos intima la muerte donde quiera que volvamos los ojos, porque no hallamos sino vestigios de hombres, de mugeres y de niños que fueron y que ya no son, y nos dicen que lo que ha sucedido con ellos ha de sucedernos á nosotros, y si no refrenamos nuestros apetitos sensuales, si aun oímos la voz de los placeres y nos entregamos á la lascivia es porque no nos detenemos á considerar en la muerte, porque no queremos reparar en el peligro y advertir el polvo y los gusanos en que nos hemos de convertir.

La concupiscencia de los ojos es el otro enemigo que nos arrastra y nos pierde. El mundo nos presenta sus riquezas, sus honores, sus diversiones, todo lo que tiene de agradable, y como si fuera un Dios vivo quiere nuestras adoraciones. Reparemos en las cenizas, en las huellas de los hombres, de las mugeres y de los niños, en la nada en que todo se resuelve, y hallaremos como demostró Daniel al rey, que ese ídolo es una fábrica de barro con la superficie de oro, que somos unos necios en seguir y en ofrecer nuestros dones y sacrificios á un Dios muerto, á un ídolo sin acción, sin vida y que nada puede favorecernos. El que piensa atentamente en la muerte, ni ama al mundo ni á cosa alguna de cuantas hay en el mundo y de cuanto el

mundo ofrece. No se detiene por las promesas de los bienes mundanos, ni se mueve por sus esperanzas, ni se aterra por sus amenazas ni tormentos, sino que fuerte siempre y animoso como Sanson rompe y reduce al polvo los lazos con que le aprisiona Dalila, y ni todas los honores y dignidades, ni todas las riquezas y fortunas, ni todo cuanto el mundo tiene, ya para ganar el afecto ó ya para atemorizar es bastante para separarle de la senda de lo justo y obligarle á que le adore. El que medita y piensa con atencion en la muerte ve con evidencia que todo lo que hay en el mundo pasa y desaparece con velocidad, que todo se disipa como una sombra y se desvanece como el humo, y usa del mundo como si no le usase, segun el consejo del apóstol, vive en el mundo como si no le hubiese, sin tener puesto su afecto y su corazón en las cosas del mundo y aun olvidado enteramente de todas las cosas terrenas. Mas diré todavía, porque así es y así nos han dado el ejemplo los santos. El que piensa en la muerte y ve al mundo en este libro de la verdad y sabiduría infalible, conoce al mundo, y porque le conoce huye de él, le aborrece como á un enemigo que engaña y no dice jamás la verdad; que lleva al infierno sin compasion; como á un enemigo cruel que presenta sus placeres para dar con ellos la muerte á nuestras almas; como á un enemigo que nunca se sacia, que cuanto mas se le sirve mas sacrificios exige y se burla despues, nos desampara y no da otra recompensa que la amargura, el llanto, el dolor y la condenacion eterna. Ha de llegar el dia y la hora en que el hombre ha de dejarlo todo, en que ha de quedar solo, desnudo, destituido de todo auxilio; á la presencia de la muerte huirá toda la abundancia de las rique-

zas, todo el cúmulo de honores, todo lo que amábamos y poseíamos en el mundo. ¿Por qué, pues, lo amamos con tanta pasión? ¿Por qué somos tan ciegos y no abandonamos á lo que ha de abandonarnos y retiramos nuestro afecto de todo lo que de nada, y para nada nos ha de servir? ¡Hay de aquellos que por una pequeña porción de la sustancia de este mundo, por uno de los placeres corrompidos de este mundo, por un deleite momentáneo de este mundo sacrificaron sus almas y perdieron una eternidad dichosa por una sombra vanal! Una sola hora es bastante para destruirlo todo: *Væ, væ, civitas illa magna, quæ amicta erat bysso, et purpura, et cocco, et deaurata erat auro et lapide pretioso, et margaritis, quoniam una hora destitutæ sunt tantæ divitiæ* (1). ¡Y si no dejaran otra pena ni sentimiento que el que causa su pérdida ni otro resultado que el quedar el hombre despojado de ellas...! ¡Pero llevan contra sí una tremenda sentencia que ha de sufrir el insensato que se deja alucinar! *Quantum glorificavit se, et in deliciis fuit, tantum date illi tormentum et luctum* (2). Pisemos, pues, y despreciemos al mundo que tan cruel guerra nos hace y tantos daños nos ocasiona; y el sepulcro y la ceniza es la escuela donde aprenderemos esta ciencia, y de la consideracion de la muerte que nos descubre la vanidad de todas las escencias mundanas y de todas las promesas y esperanzas terrenas sacaremos las fuerzas necesarias y las resoluciones mas generosas.

(1) Sap., cap. 5, v. 8.

(2) Apoc., cap. 18, v. 16.

En la consideracion de la muerte aprenderemos tambien á dominar y sujetar nuestra vanidad y soberbia, esa altanería y orgullo con que muchos se creen privilegiados y de una naturaleza superior, ese desprecio del pobre, porque habita en una casa ruinoso y se cubre de una ropa miserable, esa indolencia con el necesitado porque no se halla favorecido. ¿Por qué te ensoberbeces, hombre, si no eres otra cosa que polvo y ceniza? De un mismo modo hemos nacido todos, y de un mismo modo hemos de morir. Esas odiosas distinciones desaparecerán en el sepulcro. ¿Dónde estan, pregunta san Agustin, dónde estan los que ambicionaban el dominio de las ciudades y los pueblos? ¿Dónde estan aquellos emperadores invencibles, aquellos generales de numerosos ejércitos, aquellos gobernadores, aquellos tiranos? ¿No se han reducido al polvo? ¿No está ya todo hecho pavesa? ¿Queda de todos ellos otro recuerdo que algunos huesos áridos que no se distinguen de los de los otros hombres? A la manera de una durísima piedra, todo lo rompe la muerte, nada resiste á su golpe terrible; el oro de la sabiduría, la plata de la elocuencia, el bronce de las riquezas, el hierro del poder, todo, dice san Antonio, se hará pedazos, se reducirá á la nada, será arrebatado por el viento porque la carne será entregada á los gusanos, las riquezas á los parientes y el alma á los demonios si ha sido alliva y soberbia. ¡Ricos y poderosos! De tantos bienes como disfrutásteis no llevareis otra cosa que un vestido para cubriros; todo vuestro orgullo se hundirá en un sepulcro; debajo de vosotros no tendreis otro estrado que la podredumbre, y vuestro cobertor serán los gusanos. Acordaos, pues, dice conforme á esto el padre san Basilio, que sois

mortales, que sois tierra y en tierra os habéis de convertir: mirad á los que os precedieron y fueron semejantes á vosotros en la gloria; en el esplendor y en dignidades y riquezas. ¿Dónde estan? ¿Qué ha quedado de ellos? ¿No se conserva toda su memoria en algunos pocos huesos? Tus predecesores te avisan de tu muerte ciertísima, decia san Bernardo al papa Eugenio. No, no llevará consigo sus riquezas el que muere, dice el real profeta, ni bajará con él su gloria al sepulcro: *cum interierit non sumet omnia, neque descendet cum eo gloria ejus* (1). Lo que debe contar por seguro es que en su muerte huirán de él y le echarán en olvido como á una cosa perdida, y que si pudiera entonces oír, de las mismas bocas de los que le adulaban, oiría á su alrededor sus vituperios y la publicacion de sus defectos. *Qui videbant me foras fugerunt á me: obliuioni datus sum tamquam mortuus á corde. Factus sum tamquam vas perditum quoniam audiui vituperationem multarum commorantium in circuitu* (2). No, no hay cosa que mas nos humille, que mas abata nuestro orgullo que considerar nuestro fin, pensar en la muerte ciertísima que nos espera y confundirá al pobre con el rico, al sabio con el ignorante, al siervo con el señor, al monarca con el último súbdito. La muerte nos descubre lo que seremos y el barro frágil de que estamos formados. En las huellas que han dejado impresas tantos hombres, tantas mugeres y tantos niños de quienes solo han quedado los vestigios sobre las cenizas, podemos cono-

(1) Psalm. 48, v. 17.

(2) Psalm. 30, v. 13 et 14.

cer de la vanidad de los ídolos que adoramos, de nuestros apetitos depravados y de nuestra inclinacion á los deleites carnales, de las locuras y vanidades del mundo y de todos los bienes terrenos, de nuestra vanagloria y soberbia, de la concupiscencia de la carne, de la concupiscencia de los ojos y de la soberbia de la vida: y como por este medio descubrimos su falsedad, que son unos ídolos de barro; sin vida y sin poder, conociendo nuestra locura podremos evitarla, retirar nuestro corazon y nuestros afectos de unos objetos tan viles, y entregarle todo al Dios vivo y verdadero. Y así es como la consideracion de la muerte es el freno con que debemos reprimir nuestras depravadas concupiscencias.

Basta esta consideracion para tener una vida espiritual y ajustada, y esta es la que nos suministra el real profeta como una regla infalible, como una disciplina segura para dedicarse de todas veras á servir á Dios: *constitue Domine Legislatorem super eos*. ¿Y qué es lo que ha de enseñarlos este legislador puesto por Dios? *Ut sciant gentes quoniam homines sunt*. La ciencia de la salud: el que sepan los hombres que son hombres, que son mortales, que son formados de barro, y como de barro, sujetos á la corrupcion, dice san Ambrosio: que sepan que han de morir y aprendan á desprender su afecto de todas las cosas presentes, á vivir en oracion y en una continua vigilancia, dice san Juan Clímaco: que aprendan á enmendarse y á vivir bien teniendo presente la muerte.

Puesto que nuestros énnemigos son tan infatigables, tan poderosos, tan continuos que en todas partes nos asaltan, nos acometen y maquinan nuestra ruina, y que con tanta

facilidad podemos destruirlos y aniquilar todo su poder con la memoria de la muerte, acostumbrémonos á tenerla presente, y mirando las cosas como las miraremos en los momentos últimos y terribles de nuestra vida, aborreceremos los vicios, seguiremos las virtudes, será todo nuestro consuelo el servir al único Dios vivo, verdadero y eterno, y este nos premiará con su gloria. Amen.

F. L. G.

PLATICA XVIII.

RETRATO DE LA MUERTE DEL PECADOR Y DE LA DEL JUSTO:

*Timenti Dominum bene erit in extre-
mis, et in die defunctionis suæ, bene-
dicetur. Eccles., cap. 1, v. 13. = Cordu-
rum male habebit in novissimo; et qui
amat periculum in illo peribit.*

ECCLES., CAP. 3, V. 27.

Los hombres todos quieren como el falso profeta Balaan, morir bien, con la muerte preciosa de los justos: *Moriatur anima mea morte justorum, et fiant novissima mea horum similia.* No hay deseo mas comun, así como no hay mas grande temeridad y locura: porque el Señor no suele conceder la muerte santa y preciosa de los justos sino á los justos, así como la muerte de los impíos la reserva para los impíos. Es preciso vivir bien para no morir mal, dice san Agustin, porque por lo comun no puede ser sino mala la muerte que ha sido precedida de una vida mala. Muchos

imitando en su mala vida á Balaan desean y piden á Dios que los conceda una muerte dichosa que los sirva de entrada en la bienaventuranza ; pero nunca ó muy rarísima vez sucede que el que estando bueno y con sus sentidos espeditos no se ha preparado y provisto de buenas obras , cuando ya le faltan las facultades , está sin fuerzas y casi sin sentido , cuando está cercano á la muerte pueda disponerse. No hay quien se acuerde de Dios en la hora de la muerte : *Non est in morte qui memor sit tui* , dice el real profeta. Porque no es lo comun acordarse entonces de lo que se ha tenido olvidado durante la vida , y así es la mayor y mas detestable locura esperar y prometerse una muerte buena despues de una vida relajada y mala. La muerte del justo es preciosa. El que teme á Dios lo pasará bien en el último dia , y en el dia de su defuncion será colmado de alabanzas , dice el Espíritu Santo. *Timentí Dominum bene erit in extremis, et in die defunctionis suæ benedicetur*. Pero al que ha sido duro de corazon le sucederá muy mal en aquellos postreros y terribles momentos , dice el mismo oráculo sagrado: *Cor durum male habebit in novissimo, et qui amat periculum in illo peribit*.

Voy á ofrecer á vuestra consideracion y presentaros con la viveza que me sea posible , el retrato de la muerte infeliz del pecador y el de la muerte preciosa y tranquila del justo, para que apetezcáis de todas veras esta y os prepareis para ella , temiendo y detestando aquella.

El corazon duro , dice san Bernardo , es el que no se horroriza de sí mismo , porque no se siente. Es aquel que ni se quebranta con la compuncion , ni se ablanda con la piedad , ni se mueve con los ruegos , ni cede á las amena-

zas y se endurece mas con los castigos. Es ingrato á los beneficios, sin respeto ni vergüenza para las torpezas, sin temor para los peligros, sin prevision para lo venidero. Es el que ni teme á Dios, ni respeta á los hombres. Con la expresión de *corazon duro* nos da á entender la sagrada Escritura á aquellos hombres perdidos y tan olvidados de la salud de su alma, que no solo se niegan á oir las inspiraciones divinas y los llamamientos que los hace el Señor para que se conviertan y hagan penitencia, sino que como el yunque rechaza y repele los golpes del martillo, así el corazon duro y obstinado herido con los castigos, tocado de las inspiraciones, amonestado con reprensiones y amenazas á todo se resiste y todo lo rechaza. De estos dice el profeta Jeremias: *Percussisti eos, et non doluerunt, atrivisti eos et non fuerunt accipere disciplinam, induraverunt facies suas super petras et noluerunt reverti.* Pues estos corazones obstinados y duros lo pasarán mal en la hora de su muerte, y porque amaron el peligro perecerán en él. Esperimentarán la ira severísima de la divina Justicia que será tanto mas implacable, cuanto mas obstinada y perversa fue su resistencia. Segun su dureza y corazon impenitente se han atesorado un tesoro de ira que hallarán recogido en el dia de la manifestación del justo juicio de Dios, como dice el apóstol.

¿Qué esperanza le queda al pecador que en los momentos últimos de su vida da una ojeada por sus obras y no halla congregado sino un depósito de ira y de indignación de Dios? ¿Le quedará el consuelo de implorar las divinas misericordias y de enemigo de Dios hacerse amigo suyo, y de pecador convertirse en justo? Por lo comun sucede, hermanos míos, que por aquello mismo que uno peca, por aquellos es

atormentado: *Per quæ quis peccat, per hæc et torquetur*. El que durante toda su vida no tuvo tiempo para pensar en Dios; Dios por un justo juicio le castiga haciendo que cuando en su muerte quiera pensar en él, no pueda hacerlo. *Depexistis omne consilium meum, et increpationes meas neglexistis, ego quoque in interitu vestro ridebo, cum irruerit repentina calamitas et interitus*. Las vírgenes fatuas segun la parábola del Evangelio, pusieron también las diligencias para entrar á las bodas con el Esposo, procuraron buscar el aceite, llamaron y clamaron *Domine, Domine, aperi nobis*; y sin embargo fueron rechazados y se las cerraron para siempre las puertas. Así suele suceder en la muerte de los pecadores. En los momentos del peligro, entre las ansiedades y congojas, asustados y llenos de terror viéndose tan llenos de iniquidades y desprovistos de buenas obras llaman á los sacerdotes, quieren hacer penitencia, invocan al Señor, preguntan qué han de hacer para salvarse; pero á todo se anticipa el juicio y sus diligencias vienen á quedar sin fruto. *In puncto ad inferna descendunt*. Son arrebatados por una muerte repentina, dice san Gregorio, aquellos á quienes ha tolerado Dios mucho tiempo en su iniquidad, para que ni aun les quede tiempo de llorar sus pecados.

Aunque el Señor por su misericordia los conceda todo el tiempo necesario, ¿se aprovechan de él? ¿El que está acostumbrado á vivir mal, aprenderá de repente á morir bien? Sus huesos, dice el santo Job, se llenarán de los vicios de su juventud, y bajarán con él al sepulcro. Los malos hábitos y costumbres se endurecen cada vez mas y se hacen mas difíciles de arrancar, bajan con el hombre al sepulcro, porque no se concluyen sino con su vida. El temor

mismo de verse tan apartado de Dios y tan lleno de iniquidades le hace apartar la consideracion de sí mismo y no pensar en sí mismo. No mira como peligrosa su enfermedad, sus mismos amigos le ocultan el peligro en que se halla, el médico que le asiste no quiere asustarle mandándole que reciba los santos Sacramentos, y lo dilata todo lo posible, se le intima por fin por un sacerdote la necesidad en que se ve de confesarse, y el demonio le presenta entonces muy amplia y grande la misericordia de Dios y que aun le queda tiempo y saldrá de la enfermedad. Se agolpan las necesidades una sobre otra y en todo se piensa menos en el alma. En procurar todos los remedios para la salud, en hacer testamento y disponer los negocios del mundo es en lo que se esmeran los que le asisten. Se aumenta el mal y se llama al confesor, tal vez porque el mundo no diga, y cuando el confesor llega no halla hombre con quien entenderse, no halla juicio ni capacidad, ó un entendimiento trastornado. Entonces el demonio le presenta sus culpas como unas enormes ofensas que Dios no le perdonará, le atormenta con sugestiones y tentaciones violentas, le trae á la memoria los honores que gozaba en el mundo y que consiguió por medios tan odiosos y viles, y que de nada le van á servir: las riquezas que tiene reunidas sacrificando al pobre y que no le queda tiempo para gozarlas; los placeres impuros en que ha vivido sumergido, los adulterios, los deleites y todas sus pasadas deshonestidades, y siente haberlas de dejar. Se confiesa, pero no se tranquiliza su alma, ni el confesor puede quedar satisfecho, porque no halla sino una confesion sin fervor, sin compuncion, en nada diferente de las que ha solido hacer durante su vida y como si estuviera con la ma-

yor salud ; y ni los escándalos se reparan, ni lo mal adquirido se restituye, ni se reconcilia con los enemigos, ni se hace penitencia, ni hay otra cosa que algunas preces que le hace decir el confesor y que el enfermo interrumpe con sus quejidos y con las cosas mas intempestivas. No hay otra cosa que un eco que repite lo que oye, pero no penetra al corazón. Llamarán al Señor, y el Señor no los oirá porque ya no es tiempo. En el fondo de su alma resuena la voz del Señor que los dice: *Redde rationem villicationis tuæ jam enim non poteris villicare*: y como el que está en la cárcel sentenciado á la última pena está siempre inquieto, triste, le altera el mas ligero ruido porque cree que es llegado el momento de salir al patíbulo, así el alma del enfermo se inquieta, se agita, nada le sosiega; en cada pecado que recuerda y que el demonio se esfuerza á ponerle á su consideracion ve una puerta ancha y abierta que le conduce al infierno. Entonces se ofrecen de tropel á su imaginacion todas sus iniquidades, se le presentan desnudas de todas las apariencias de virtud con que las escusaba, de todo el placer que llevaban consigo, llenas de todo su horror y malicia. Recuerda que nada ha de poder ocultar á los ojos de Dios, que de todo ha de tomarse una estrechísima cuenta, que ha de presentarse delante del tribunal de Jesucristo para darle razon de sus obras y que estas solas le acompañarán y no los honores, las dignidades, las riquezas, los parientes y los amigos.

No tendrá donde esconderse: dirá á los montes: caed sobre mí, y tendrá sin embargo el desconsuelo y la necesidad de presentarse desnuda, descubierta y sola ante el terrible tribunal. Los pecados se levantan contra el mise-

rable pecador, y le dirán: tú nos has hecho; obras tuyas
 somos que no te hemos de desamparar. Por todas partes se
 ve rodeado de angustias, y confirma la divina sentencia
 que nos dice: *Mors peccatorum pessima*. Le cercan los do-
 lores de la muerte, los tormentos del infierno le asaltan,
 los torrentes de sus iniquidades le conturban, cuantos cri-
 menes ha cometido se levantan contra él, oye la voz del
 Señor que le dice: *Arguam te, et statuam contra faciem
 tuam*. Desde el momento en que tiende su vista sobre tan-
 tos pecados como ha cometido y de que no ha hecho peni-
 tencia, ni espera poder hacerla, no le queda otra cosa que
 el ser atormentado eternamente. ¿Dónde estarán entonces
 aquellos amigos y aquellas lisonjeras esperanzas en quie-
 nes confiaba? Entonces verá que delante de sus ojos se lle-
 van sus riquezas aquellos á quienes él mas aborrecia, que
 van á hundirse y á desaparecer sus honores, su gloria, su
 pompa y toda su soberbia mundana, y que será su carne
 como una yerba seca y toda su gloria como la flor de un
 campo. ¡Qué dolor, qué horror, cuánta tristeza al verse
 privado en un momento de todo cuanto amó en toda su vi-
 da! ¡Cuántas ansiedades, cuántas angustias, qué tropel de
 pensamientos se agolpan al infeliz pecador al morir, susci-
 tadas por los demonios, por la carne, por el mundo, por
 la mala costumbre, por la propia malicia...! ¡Qué inquie-
 tud, qué rabia, qué desesperacion algunas veces, qué des-
 consuelo para el sacerdote que le asiste y que le ve próxi-
 mo á ser devorado por los enemigos infernales! *Tenent me
 angustiae*, dice como Saul, y desea que le llegue cuanto
 antes la muerte. Así muere el pecador lleno de inquietud,
 de congojas, de remordimientos. Pudiera recordaros la his-

toria de los pecadores mas famosos, y la muerte trágica y espantosa con que Dios los ha castigado; pero lo vemos continuamente, y nada hay mas comun que morir como se ha vivido, y es un milagro muy raro el morir bien despues de haber vivido mal. Muere el pecadór obstinado y duro de corazon, abandonado y despreciado de Dios, espantado con la muerte que le espera, sin dar otros ejemplos que de escándalo y de desesperacion, sin paciencia y sin esperanza, y sin que haya quien se compadezca de él. No hay quien riegue su sepulcro con sus lágrimas, no hay quien publique sus limosnas, ni hay quien manifieste gratitud á los beneficios que le ha dispensado; muere desamparado de Dios y de los hombres, y porque fue duro é insensible á los llamamientos de Dios, lo pasa mal en el último dia; y porque amó el peligro perece en él.

No mueren así los justos cuya muerte es preciosa delante de Dios. El que en su vida ha sido temeroso de Dios morirá con tranquilidad y gozo, lo pasará bien en los dias últimos de su vida, y en el dia de su muerte será colmado de bendiciones.

Sabe el justo que el que guarda la ley del Señor no morirá eternamente, segun el testimonio de la verdad eterna. *Si quis sermonem meum servaverit, mortem non videbit in æternum.* Que la muerte no le despoja, sino que le enriquece, que es un paso para una eternidad dichosa, que no puede ser malo ni temible para él el dia en que arriba al puerto y oye que le dice Jesucristo, en quien creyó y á quien sirvió: ven, bendito de mi Padre, entra en el gozo de tu Señor; ven á tomar posesion del reino eterno que te tengo preparado con los ángeles desde el origen del mundo.

Si las esperanzas del justo se limitasen á los bienes de esta vida, sería el mas miserable de todos los hombres, porque por lo comun no le favorece el mundo con sus bienes, y al verse á las puertas de la muerte sentiria haber pasado una vida retirada, triste, una vida de un insensato, en sentir de los mundanos, una vida ocupada en una guerra continua contra sí mismo y sus depravadas inclinaciones, y no esperaria recompensa alguna; pero como sabe que todo lo de este mundo es caduco y perecedero; que estamos en esta vida como de paso, y somos extranjeros porque nuestra patria es el cielo; el cielo en donde hemos de ser premiados con el ciento por uno y con una vida eterna; como su conciencia depone á su favor y no le perturban ni la memoria de sus pecados, ni sus injusticias y usuras, ni los terrores del infierno, ni el apego á las cosas de la tierra, mira con tranquilidad la proximidad de su muerte, se congratula al verla venir porque ve que le llega la recompensa, no se aflige por las pérdidas de este mundo porque cree en su Dios, que vive y le va á llevar consigo á mejor vida, sacándole de este destierro y dándole mas de lo que puede desear, cree que va á recibir el fruto de sus trabajos.

¡Qué consuelos, qué dulzuras tan grandes inundan á los justos, que han temido á su Dios cuando ven que se acerca su recompensa, que se acaba la carrera y que van á recibir la corona de justicia! Como los que siegan las mieses que van llenos de alegría recogiendo sus manojos, sin acordarse de los frios y sudores que los ha costado la siembra y el cultivo: como se alegran los que buscan tesoros cuando encuentran un sepulcro, como quien sabe que tiene atesorado un tesoro en el cielo, así se alegra y salta de gozo el

justo que puede presentarse á Dios con el manojo de sus obras buenas, con la lámpara de su caridad encendida, con su vestidura nupcial sin mancha, y que lejos de temer al juez ni oír sus reconvenciones, desca y suspira por el momento de verle y oír de su boca: *Ascende superius*. Sube mas arriba y pasa mas adelante, porque tus merecimientos son grandes. El justo hace desde el principio el sacrificio de su vida á Dios, y no piensa vivir en la región de las tinieblas, sino para ser fiel y temeroso de su Dios y ganar su recompensa; mira el día de su muerte como el día de un mercenario, en que cesan los trabajos y se recibe la paga. Sabe que desde aquel momento se acabarán las lágrimas, el luto, el dolor; que la muerte no es para él otra cosa que la salida de una cárcel, la consumacion del trabajo, la llegada al puerto, el término de la peregrinacion, la deposición de una carga pesadísima, la conclusion de todas las enfermedades y molestias, la evasion de todos los peligros y la consumpcion de todos los males. Por esto, y animado de estos sentimientos, se le ve tranquilo, paciente, su virtud supera á los sentimientos de la naturaleza, y la paz y gozo de su alma es superior á todos los temores y espantos de la muerte. Espera á su Salvador Jesus que ha de reformar su cuerpo, aquel cuerpo que va á ser pasto de gusanos, y hacerle semejante á la claridad y resplandor dichoso del suyo; desea disolverse, y mediante la muerte unirse para siempre á Jesucristo. Por esto no salen de su boca sino palabras de edificacion y consuelo, por esto se anticipa á prepararse con los santos sacramentos que él mismo pide y desea, sin que sus asistentes ni sus médicos se vean perplejos para intimarle la necesidad de recibirlos;

por esto oye con gusto las cosas de su alma, se prepara repetidas veces, y como ha sido su ocupacion servir á Dios, espera en él, le invoca con confianza, le recibe con fervor, arranca las lágrimas de los que le asisten, hace envidiar su suerte á los que le ven. No se atreve el demonio á tentar al que le ha vencido, los ángeles le acompañan y todo le sucede bien en el último dia. *Timenti Dominum bene erit in extremis*. Su pérdida se lamenta como la de un bien inestimable, y entre las lágrimas y sollozos se publican las virtudes, las piedades, las limosnas y buenas obras que ocultó su humildad. *In die defunctionis suæ benedicetur*. ¡Bienaventurados los que mueren en el Señor! ¡Bienaventurados los que mueren con la muerte preciosa de los justos! ¡Bienaventurados los que mueren para ir á la casa del Señor!

El Señor, tal vez, arrebatara para sí al justo, se anticipa á sacarle de este lugar de miserias y peligros, antes que la malicia pervierta su corazón, y para preservarle de caer en el pecado, peligrando en medio de las iniquidades de este miserable destierro.

Todos tenemos que morir, y se nos acerca cada vez mas el momento de la muerte. El espanto, el terror, las congojas y sobresaltos que hallamos en este trance terrible, no son vicio de la muerte, que tan distinta es en el justo y en el pecador, sino del que muere. ¿Queremos morir con la muerte preciosa de los justos y salir llenos de bendiciones de este mundo? Pues preparémonos desde ahora, aprovechemos el tiempo de estos santos ejercicios, suspiremos por morir con la paz del justo y querido de Dios, y para esto no seamos necios y dejemos el prepararnos para cuando la

enfermedad nos inste y ya no podamos; hagamos que mucran antes todos nuestros vicios, antes que nos dejen, dejemos nuestros deleites, demos el uso á nuestras riquezas que conviene y que Jesucristo nos manda para ganar con ellas el cielo. Seamos justos, y porque no lo hemos sido empecemos á serlo muriendo al mundo, al demonio y la carne, y viviendo solo para Dios. Así tendremos la conciencia tranquila, esperaremos la muerte sin asustarnos, la desearemos con devocion y el Señor nos la concederá dulce y tranquila, y despues la recompensa eterna, la corona de gloria que á todos deseo. Amen.

F. L. G.

PLATICA XIX.

DEL JUICIO.

Post hoc autem iudicium.

HEBR., CAP. 9, v. 27.

El juicio de Dios nos espera inmediatamente despues de la muerte. Luego que el alma se separa del cuerpo se halla delante del tribunal de Dios, y allí ha de ser rigurosamente juzgada conforme á sus obras, y recibir la sentencia irrevocable que decide de su eterna dicha ó eterna infelicidad. Allí desaparecerán los parientes, los amigos, los criados. La muerte lo rompe todo y nos separa de todo, nos deja en un vacío espantoso, solos con Dios, y ya no hay empleos, no hay comodidades, deleites, conversaciones, compañía, amigos, ni negocios, ya no hay sueños ni esperanzas lisonjeras, se acabaron las preocupaciones y se mudan tambien todas las ideas. En el momento de la muerte entra el hombre en la eternidad, queda solo con su Dios y no le queda otra reflexion que pensar en lo que ha he-

cho y en lo que ha de ser de él. ¿Qué angustias en aquellos primeros momentos? ¿Qué temores tan grandes nos sobrecogerán? ¿Qué pensaremos entonces del mundo á quien tanto amamos, de uosotros mismos en quienes distraídos con los afanes y negocios del mundo, jamás hemos pensado, de Dios á quien hemos ofendido? Para que no nos sea tan temible el juicio de Dios; para que nos presentemos con tranquilidad en su divino tribunal, pensemos que ha de llegar este día, que despues de todo cuanto seamos y nos suceda en este mundo seremos juzgados por Dios. *Post hoc autem judicium*. Pensemos en lo que nos ha de suceder y no podremos evitar, y juzguémonos con tiempo, para que presentando ajustadas nuestras cuentas recibamos una sentencia favorable.

Jesucristo en su trono de magestad y de gloria es lo que ha de presentarse al alma luego que se separa del cuerpo, y el alma estará humilde y encogida como un reo en su divina presencia. El Señor la da á conocer toda su vida y descubre en un instante al alma toda la historia de sus obras, todas sus acciones particulares con todas sus circunstancias. En el momento primero de la eternidad, se ve el alma tal como es en sí y se conoce á sí misma como Dios la conoce. Allí descubrirá las fragilidades de la edad primera, los pecados cometidos en muchos años cuyos vestigios se habian borrado de su memoria; los pecados cometidos en un instante, los pensamientos fugitivos, los deseos que pasaron como un relámpago, las delectaciones apenas conocidas del corazon que se abandona á ellas, las palabras mordaces, las omisiones que se cuentan por cosa de poco momento, las negligencias, las distracciones, la ti-

bieza en los ejercicios de piedad , la vanidad del espíritu, la afición á los placeres, los afectos demasiado carnales .. Descubrirá tantos pecados ajenos, en que no se piensa en el mundo, los escándalos y modales indecentes, los malos ejemplos y malos consejos, las acciones mas santas corrompidas por la mezcla del amor propio, por la ostentacion de la vanidad, por el orgullo y miras terrenas. Descubrirá tantas inspiraciones ahogadas, tantos buenos deseos que no puso en práctica, tantos propósitos y promesas que no cumplió, tantas confesiones sin haber producido una saludable mudanza de vida, tantas comuniones sin fervor y sin espíritu. Descubrirá una vida llena de culpas, á su Dios ofendido, al prójimo escandalizado y á sus obligaciones abandonadas. ¿Qué tormento para un alma descubrir y ver en si misma el proceso de que ha de resultar su condenacion eterna? ¡Cómo sentirá entonces no haber vivido en la virtud, no haberse desatendido de los vicios, no haber hecho penitencia, poder mirarse sin el horror que la causan sus culpas! ¡No hay confusion ni vergüenza igual á la que padece un alma viéndose á sí misma desprovista de buenas obras y cubierta con los andrajos de sus detestables culpas, y esto solo bastaria para formar su pena, su llanto eterno y su rabia y desesperacion. Pero ha de presentarse en el estado en que se halle ante el mismo Jesucristo. para ser juzgada y recibir la sentencia. Como este juez es infinitamente sabio, que no se puede engañar en el conocimiento de la causa. Como es infinitamente bueno, no puede torcer la justicia: como es Todo-poderoso, ninguno puede resistir á su sentencia, y como es el Juez supremo no hay apelacion de su tribunal. Este Señor ha de tomar una cuen-

ta estrechísima de todo. Del tiempo, de la vida, de los beneficios, de la salud, de la hacienda, de las honras; de las obras buenas y malas, de los pensamientos, de los deseos, de las omisiones, de las gracias que le ha dado, de los sacramentos con que le ha favorecido. Los cargos se aumentarán á proporcion de lo que fueron los dones. ¿Cuánto habrá que satisfacer? ¿Qué será de un alma que no pensó jamás en este momento terrible, ni se dispuso para él? ¿De un alma que oyó hablar del juicio terrible de Dios y no se acercó á contemplarle y examinar sus circunstancias, como si fuera cosa que no la interesase y por la que no habia de pasar? ¿Qué hará entonces el hombre, un gusano de la tierra, un puñado de polvo y ceniza delante de su Dios? ¿Un hombre pecador delante de su Dios y su juez inflexible, delante de su Dios ofendido, ultrajado, menospreciado por él, delante de su Dios irritado y en el dia de sus venganzas? ¿Quién podrá comprender la humillacion y abatimiento del pecador delante de Dios, y quién podrá apartarle de su terrible sentencia? Tiene que dar cuenta, no solamente de los pecados manifestos, sino tambien de los ocultos; no solamente de los pecados propios, sino tambien de los ajenos, que ha sido causa por su culpa y que no ha evitado debiendo evitar. Juzgará el Señor á las mismas justicias, examinará y dará su fallo sobre las perfecciones. ¿Qué hará con las injusticias, las imperfecciones y los vicios? Si en los mismos ángeles halló Dios maldad, ¿en los hombres se le ocultará el vicio? Escudriñaré á Jerusalem con candelas, nos dice por uno de sus profetas. Si tan escrupulosa averiguacion ha de hacer en la ciudad santa, ¿qué hará en la corrompida Babilonia? Si no ha de

disimular cosa alguna á sus amigos, ¿qué hará con sus enemigos? ¿Qué gozo y serenidad para el justo que se halle vestido de sus virtudes y acompañado de sus buenas obras? ¿Y qué confusion para el pecador viéndose cubierto de la lepra de sus pecados y de toda la fealdad de sus vicios, esperando lleno de temor la sentencia fatal, que ha de servir de principio de su eterna desgracia? Todas sus impiedades le acusarán, el demonio se levantará contra él, el ángel de su guarda presentará tantos trabajos inútiles como hizo para separarle de la perdicion, su conciencia será su peor testigo, hablará contra él, todo lo descubrirá. ¿A quién volverá los ojos? Erré, dirá el miserable con un arrepentimiento inútil, porque ya es tarde. Me aparté del camino de la verdad y tuve por insensatos á los que seguian por él, y ahora veo mi locura y qué aquellos estan con Dios y en la suerte de sus escogidos.

Pero aún tiene un tormento mas terrible que sufrir el pecador en el tribunal de Jesucristo. La vista de su propia conciencia, el cuadro que presenta su vida basta para horrorizarle, confundirle y sepultarse si pudiera, debajo de los montes donde no pudiera ser visto de viviente alguno. ¿Qué será la presencia de Jesucristo, de este Juez irradísimo que le dirá: *Redde rationem villicationis tue. Arguam te, et statuam contra faciem tuam. Revelabo pudenda tua in facie tua, et ostendam gentibus nuditatem tuam, et regnis ignominiam tuam?* ¿Le valdrá al pecador su descaro y desvergüenza? Pero toda iniquidad quedará plenamente convencida y se verá precisada á cerrar su boca. *Omnis iniquitas oppilabit os suum.* Para hacer sentir al pecador toda la enormidad de sus crímenes, no será necesaria mas que vucs-

tra presencia , Dios mio ; él os verá , y esto basta : él co-
tejará sus placeres delestables , sus irreverencias , sus pro-
fanaciones , sus escándalos , sus odios y venganzas con
vuestra pureza , con vuestra santidad , con vuestra mage-
stad ; con vuestra bondad infinita , y esta vista pronunciará
su sentencia. El se maldecirá , se aborrecerá , él se conde-
nará á sí mismo y quisiera antes sufrir todo el rigor de las
penas del infierno que sufrir vuestra presencia. Baltasar se
horrorizó y quedó pálido con solo ver una mano que escri-
bia en la pared de su palacio la sentencia de su muerte.
Es tan horrible el haber de presentarse delante de Dios pa-
ra rendirle la cuenta de toda la vida , que el mismo Job
con todo de tener su vida ajustada temblaba , y contemplan-
do en este momento terrible , dijo : ¡ Quién me dará que
me ampare y me defiendas en el infierno mientras se pasa
tu furor ! El punto del juicio de Dios y el ponerse en su
terrible presencia , dice un autor contemplativo , es mucho
mas riguroso que la muerte y que el padecer por algun
tiempo las llamas del infierno , no solamente para los que
se han de condenar , sino tambien para los que han de sal-
varse. San Basilio juzgó que es menos todavía el padecer
eternamente los tormentos del infierno , que sufrir la con-
fusion que ha de causar á los pecadores la sola presencia de
Jesucristo ; y ponderando aquellas palabras del Evangelio :
*Stulte , hac nocte repent animam tuam á te. Necio , esta no-
che te quitarán la vida* , dice que este escarnio sobrepaja á
una pena eterna. San Agustin y san Juan Crisóstomo dicen :
que los malos quisieran antes padecer todos los tormentos ,
que ver el rostro de su Dios y su Juez airado. Entonces Je-
sucristo , no juzgará ya en la humildad de la cruz , sino en

el trono de su magestad y de su justicia. Ya se acabó el tiempo de su misericordia y no es tiempo sino de rigor. No estará desnudo y con las manos clavadas, sino armado contra los pecadores de la espada de su ira. Daniel comparó á la divina Justicia por la grandeza de su severidad y rigor á un rio de fuego, que está como represado por todo el tiempo de la vida del hombre y se soltará contra el pecador en el momento de su muerte. El mismo Daniel, Isaias, Oseas, David y el libro de la Sabiduría pintan á Jesucristo en el juicio rodeado de fuego, echando llamas contra los malos, airado, enfurecido, celoso, indignado como una fiera brava, como un leon que espanta, ó como una osa á quien han quitado sus cachorros. Por eso en los momentos últimos orando los sacerdotes y encomendando á Dios el alma del enfermo hacen aquella misteriosa deprecacion que la Iglesia pone en sus labios: *Mitis atque festivos Christi Jesu tibi aspectus appereat*. Que se le presente blando y festivo el semblante de su Señor Jesucristo, porque no hay pena comparable á la de sufrir el rostro de Jesus irritado, la presencia de un Dios á quien se ha despreciado y ofendido. *Viderunt in quem transfixerunt*. Para su mayor pena y tormento, verá el pecador, aunque no quiera, á aquel á quien ultrajó y vilipendió, y le verá lleno de poder y de magestad; le verá y girá de su boca aquella terrible sentencia: *Discedite á me, maledicti: apartaos de mí, malditos*. ¡Cómo podrá oir el pecador este funesto anatema y soportar esta pena tan imponderable! ¡Ser apartado de Dios, arrojado de la presencia de Dios, desunido de Dios fuera del que y sin el que no se puede hallar bien alguno....! No hay pena mas atroz y cruel, es superior á todas las calamidades, dice san Basilio, la calami-

dad de ser desamparado y abandonado de Dios, y esta es una de las penas mas terribles con que amenaza el Señor á los hombres y el mas terrible de sus castigos, como nos dice por el profeta Oseas: *Væ eis, cum recessero ab eis*. Si solo la amenaza es una terrible pena, ¿qué sera cuando oiga el pecador que positivamente le intima el mismo Dios: *Apártate de mí, maldito* y jamás vuelvas á mi presencia? Dijiste cuando vivias, ¿quién es el Omnipotente para que yo le sirva? Apártate de mí, porque no quiero saber la ciencia de tus caminos; me rechazaste y despreciaste, pues ahora desde el tribunal de mi justicia te intimo que te apartes de mí y quedes entregado á tu rabia y desesperacion. ¡O separacion infeliz de todos los bienes, dice san Bernardino! ¡O raiz funesta de todos los males, porque no puede uno quedar separado de Dios sin sumergirse en todas las miserias y no puede el alma separarse de Dios, fuente y centro de todo bien, sino para ir á parar á los infiernos en donde se hallan todos los males y desgracias.

¿A quién pues acudirá el pecador puesto delante del divino Juez y oyendo la sentencia de su destierro y condenacion? ¿Recurrirá á la misericordia de Dios de que abusó? Pero ya se acabó el tiempo de la misericordia y no es ya tiempo si no de rigurosa justicia. ¿A la sangre de Jesucristo que profanó? Pero esta misma sangre clamará venganza contra él. ¿Alegará el carácter y distintivo del cristiano que ha deshonrado? Pero este le servirá para mayor tormento y confusion. ¿A los santos á quienes no imitó? Pero estos pensarán como Dios, obrarán como Dios, se alegrarán viendo la venganza, y el pecador será objeto de su odio. En aquel terrible dia de las venganzas nada perdonará el furor del Se-

ñor, y aunque intercediesen por el pecador todos los monarcas de este mundo, todos los ángeles, todos los espíritus celestiales y todos los santos, todos serian desatendidos, porque ya no hay lugar á los ruegos y el Juez es implacable. Recurrirá á María Santísima que es el *refugio de los pecadores*? Pero ya no da oídos en aquellos momentos, y aunque es la puerta del cielo podemos decir que ya está cerrada y es en balde llamar á ella: *Clas esa est jauna.*

Entonces, dice san Agustín, estarán prontos el demonio y sus ministros llenos de un gozo infernal viendo al pecador sin auxilio ni recurso. Repetirá con mofa las palabras de la profesión de fe del cristiano para insultarle y atormentarle, le echará en cara cuantas malas obras ha hecho, le recordará los días, los lugares y personas con quienes pecó y lo que debía haber hecho en aquellos mismos momentos. Miles de espíritus infernales se levantarán contra el alma desamparada de Dios y de los santos, la insultarán, la echarán en cara los muchos beneficios que ha recibido de Dios y las ocasiones que ha tenido para salvarse, la acusarán publicando sus crímenes y la arrebatarán consigo al infierno para ser atormentada en aquellas terribles penas para siempre.

Hermanos míos, esta es una verdad eterna, por mas que sea una pintura demasiado terrible y espantosa. Esta es una idea aunque muy baja é imperfecta de la suerte que espera y por la que infaliblemente ha de pasar el pecador. Esta es la historia de lo que ha de sucedernos... ¿Cuándo? ¡Ay! La hora de nuestro juicio y de nuestra sentencia no está tal vez muy distante.

¡Dios mío! ¿Qué haremos? ¿Qué temor tan terrible nos

infunden vuestros juicios y venganzas ! Y si ha de llegar este momento que miramos como tan lejano ; si es tan temible y tan funesto el que en aquel instante seamos enemigos de Dios y objeto de sus venganzas , ¿qué debemos hacer, sino estar prevenidos y dispuestos , para poder comparecer tranquilos ante su presencia y con esperanza de recibir el premio de nuestras buenas obras ? *Si nos metipsos judicaremus , non utique judicaremur* nos dice el apóstol. Es verdad que ninguno podremos escusarnos , que todos tenemos que presentarnos delante del tribunal de Jesucristo ; es inevitable el pasar por el juicio del Señor y recibir su sentencia ; pero evitaremos el rigor y la severidad del Juez , si antes de que comparezcamos en su tribunal , nos examinamos y juzgamos diligentemente á nosotros mismos. Cesa la venganza divina , dice el padre san Anselmo , si precede la conversión humana , porque como nos dice el apóstol : si nos juzgamos á nosotros mismos , no seremos juzgados por Dios. Me pondré á mí mismo delante de mí , dice conforme á esto el padre san Bernardo , y me juzgaré rigurosamente á mí mismo para evitar de este modo el rigor del último juicio. No nos eximiremos del juicio del Señor , pero sí de su horror y podremos hacer que sea suave y satisfactorio para nosotros juzgándonos antes , recurriendo al que ha de ser nuestro juez y que ahora es nuestro Padre amoroso , borrando con la penitencia nuestras culpas y valiéndonos , ahora que tenemos tiempo , de sus méritos infinitos , y evitando todo cuanto pueda serle desagradable y condenado en su tribunal.

Para esto , hermanos míos , y para que nuestra resolución sea eficaz , acostumbremos á pensar continuamente

en el terrible juicio que nos espera ; á pensar y obrar como que de todo hemos de dar cuenta á Dios. Obremos, pero recordemos esta terrible verdad: *Post hoc autem judicium*. Despues de esas conversaciones libres, de esas palabras obscenas y escandalosas, de esas diversiones en que peligra y parece la virtud, de esas comidas y bebidas inmoderadas; despues de esas oraciones tibias y llenas de distraccion, despues de esas inspiraciones santas rechazadas, despues de esas buenas resoluciones que se quedan en proyecto, despues de todo lo bueno y malo que hagamos, ha de venir el juicio y un juicio presidido, no por el mundo, ni por los hombres, sino por el mismo Dios. *Post hoc autem judicium*. Ha de venir el juicio, antes acaso de lo que pensemos. Esta consideracion nos contendrá, nos separará de obrar el mal, nos dispondrá para obrar con acierto, nos inflamará en deseos de servir y amar á Dios y lograr un juicio y sentencia favorable en que se nos conceda en premio la gloria.

F. L. G.

PLATICA XX.

DEL INFIERNO.

Procuremos conocer en lo posible lo que es el infierno, para que si no nos alienta á servir y no ofender á Dios su amor, nos mueva por lo menos el temor de las penas terribles de aquel lugar.

Et ibunt hi in suplicium æternum.
MATTH., CAP. 25, V. 46.

INFIERNO. He aquí, mis amados hermanos, despues de haber reflexionado sobre el juicio que hemos de sufrir, el objeto que se presenta á nuestra consideracion, y el terrible destino que por la mayor de las desgracias puede cabernos. He aquí la voz que nos recuerda los castigos preparados por Dios para los malos, lo que recordaba con frecuencia el mismo Jesucristo en su predicacion, lo que ha corregido á

infinitos pecadores, llevado á los desiertos á muchos penitentes, lo que ha poblado los claustros y dado muchos ciudadanos al cielo. *Infierno.* He aquí una verdad que tenemos que creer ó renunciar á ser cristianos; una verdad de que el impío se mofa, pero, ¡miserable! esta es su herencia y en vano se valdrá de sutilezas para borrar de su alma esta terrible perspectiva con que su conciencia le aflige; en vano trabajará por destruir la existencia de un lugar destinado por Dios para castigar eternamente á los malos. *Et ibunt hi in suplicium æternum.*

Nosotros creemos este misterio como una de las verdades de nuestra religion, como una de las verdades que nos enseña la fe. El que sale de este mundo en la enemistad de Dios, sin haberse reconciliado con Dios, manchado en la culpa que le separa y hace enemigo de Dios será eternamente atormentado en el infierno. ¿Qué hemos de hacer para no caer en este lugar de llanto, horror y desesperacion? Bajar mientras vivimos al infierno para no caer despues de muertos. Bajar ahora con la consideracion y contemplar lo terrible y duradero de aquellos castigos y tormentos, para no bajar despues de muertos con cuerpo y alma y evitar con tiempo tan funesta sentencia. Avivar nuestra fe y considerar lo que es el infierno, para poner los medios convenientes para librarnos de él. A la manera que el que quiere enderezar una vara verde torcida la aplica al fuego, y segun va recibiendo el calor la endereza é inclina á donde quiere, así, dice el padre san Agustin, el cristiano por pecador y escandaloso que sea, si se dedica seriamente á considerar en las llamas eternas del infierno, reformará sus perversas costumbres; el calor del infierno, las llamas

del fuego eterno encendido por la ira de Dios le enderezarán y rectificarán si aplica á ellas su corazon torcido y viciado. En aquel fuego, hermanos míos, se apagará el fuego de nuestras concupiscencias; aquel horno infernal encendido servirá de refrigerio contra el ardor de nuestras tentaciones; cuanto mas huyamos de él, tanto estaremos mas espuestos á caer en él; y cuanto mas le temamos, tanto mas seguros podemos estar de no ser castigados con él.

Ocupémonos, pues, en conocer en lo posible lo que es el infierno, para que, si no nos alienta á servir y no ofender á Dios su amor, por lo menos nos mueva el temor de las penas terribles de aquel lugar dispuestas para castigo de los pecadores. A esto voy á inclinar hoy vuestros ánimos con la ayuda del Señor, y fiado en la eficacia de este poderoso remedio contra el pecado y en las buenas disposiciones con que escucháis la palabra de Dios que os anuncio como ministro suyo en estos santos ejercicios.

No es necesario, ni es posible que podamos explicar ni conocer todo el rigor y la intension de las penas de los condenados en el infierno; de los castigos con que se venga Dios de los ultrajes con que le ofenden los hombres. No es necesario recurrir á comparaciones y exageraciones extrañas que jamás nos suministrarán una idea adecuada de lo que es aquel lugar de tinieblas, llanto y horror. Bástenos saber que es un lugar donde se cumple la divina justicia, que son los castigos y tormentos inventados por la ira de un Dios justamente ofendido los que allí se padecen, y que como obra de Dios nosotros no alcanzamos á comprenderla ni nuestros esfuerzos llegan á poder hacer una pintura que nos manifieste lo que tiene de horroroso y aflictivo aquel

destierro. Así como no podemos conocer la inmensidad y abundancia de bienes y delicias inesplicables que tiene preparadas el Señor en su gloria para los que le sirven, así tampoco podemos percibir lo horroroso y acerbo de los tormentos y penas que tiene dispuestas en el infierno para castigar á los malvados que le despreciaron y ofendieron en esta vida, y esto mismo debe hacernos temer y poner los medios para no caer en este lugar de miseria, por lo mismo que sus males y tormentos son incomprensibles y esceden á cuanto nosotros podemos ver, sentir y aun imaginar. Los males del infierno, podemos decir, son tan verdaderos y puros males que no tienen la mas ligera mezcla de bien. Allí no hay bien que consuele por pequeño que sea, ni falta mal que alormente por crecido que le queramos imaginar. No se hallará algun bien donde faltan todos los bienes, ni faltará algun mal donde se hallan todos los males. *In æternæ damnationis suplicio*, dice el padre san Ambrosio, *quicquid pœnarum excogitari potest, quicquid etiam non potest, adest*. En el castigo de la condenacion eterna se hallan todas las penas que se pueden pensar, y muchas mas de las que se pueden pensar. Reflexionemos sobre algunas de las penas que padecen los réprobos, y acerquémolos en cuanto nos sea posible á conocer lo que es el infierno, á entrar mientras vivimos en el infierno con la consideracion de lo que pasa en él, para no caer en él por sentencia de Dios.

El infierno es un lugar de destierro. Los réprobos son condenados á quedar privados para siempre de Dios, y esta pena, que se llama pena de daño, es mayor y mas afflictiva todavía que todas las penas y tormentos que allí se padecen. El réprobo quedará privado de todos los bienes quedando

sin Dios y sin esperanza de gozar bien alguno, porque queda sin esperanza de poder ver á Dios. ¿Cómo podremos conocer lo que es esta eterna pérdida de Dios? Solo Dios es el que llena toda la medida de nuestros deseos; solo Dios es el que puede hacernos felices y satisfacer este deseo que nos acompaña en todas las partes y en todos los tiempos. Mientras vivimos en este mundo, los objetos que nos rodean nos distraen, nos deslumbran y nos dejamos arrastrar tras de lo que no es sino una sombra vana de felicidad: pero el hombre en la eternidad, abandonado á sí mismo y separado de cuanto le rodeaba sobre la tierra, conoce que toda su felicidad está en Dios, que es el centro de todo bien, que solo con El sería dichoso y que sin El no puede serlo. Se encaminará hácia El con una fuerza incomprensible. La violencia con que un voluptuoso corre á los deleites y el ardor con que se entrega á sus afectos y deseos; la viveza y fatiga con que el ambicioso busca la ganancia y el interés; el placer con que el vengativo se arroja á la venganza, no tienen comparacion con el ansia con que el alma separada del cuerpo se encamina y dirige á su Dios. ¿Cuál, pues, será su inquietud, su agitacion, su despecho y sentimiento al verse privada para siempre de Dios? No hay otros placeres, otras riquezas ni otra gloria que el poseer á Dios y estar unidos á Dios. Ahora no lo conocemos ni sentimos, así como no sentimos el amor de la vida sino en los momentos en que nos hallamos en peligro de perderla. El que naufraga, ¡con qué ansia se agarra á una tabla para poder salvarse! ¡Con cuánta indiferencia se arrojan al mar los géneros mas preciosos por conservar las personas! El que se halla atormentado del ardor de la sed ¿qué no dará por sa-

tisfacerla? ¿qué no hace un hambriento para saciar el hambre? Pues tales y mucho mas vivos son los deseos del alma luego que queda separada del cuerpo. Verá toda su felicidad en Dios, querrá ser dichosa, se abalanzará como un hombre hambriento, pero siempre será rechazada. ¡Cómo es posible ponderar este dolor y desesperacion! ¡Ver á Dios, dirigirse hácia El, ser arrebatado hácia El por la propension invencible que sentimos hácia el único objeto de nuestra felicidad, y no poder jamás unirse á El, ni acercarse á El, ni verle...! ¡Hallarle amable y no amarle, sino para su tormento! ¡Desear ser amado y experimentar que es despreciado, aborrecido y detestado! ¡Amar á Dios lo suficiente para sentir el no poseerle, y no amarle lo suficiente para ser justificado! Este es un suplicio cruelísimo. El réprobo no puede dejar de amar á Dios y no puede amar á Dios. Conoce que Dios es todo su bien y que Dios le odia, le desprecia y le ha arrojado de su vista para siempre, sin que le quede esperanza de gozarle jamás. ¡En qué reflexiones de tanto desconsuelo y rabia se sumergirá! ¿Qué pensará entonces de la nada y vanidad de las cosas del mundo que antepuso á Dios y por las que sacrificó su alma? ¿Qué dirá, conociendo bien á su costa su locura y el poquísimo aprecio de lo que se le decia de la eternidad? Recordará la facilidad con que pudo haber evitado su desgracia y no lo hizo: las gracias y auxilios oportunos que tuvo para salvarse y los despreció. Clamará por un día, siquiera, de aquellos muchísimos que dejó pasar en el olvido de Dios y de su salvacion, pero será todo en vano.

Con el desprecio y abandono de Dios y privacion de todo bien y de toda esperanza de poseerle, se unirá una

afrenta y deshonor, una infamia que confundirá á los condenados viéndose privados de Dios y de su gloria por una sentencia pública pronunciada por el Señor de los cielos y la tierra que hará que sepan todos sus delitos y que sean públicamente despojados de todos sus honores y distinciones. Padecerán y se unirá á su pena el escarnio y baldon de los demonios y de todas las criaturas racionales que los reprehenderán, se mofarán de ellos y se reirán de su insensatez mientras Dios sea Dios.

Se atormentarán tambien mutuamente los infelices condenados con un perpetuo aborrecimiento y con una rabia furiosa contra sí mismos y contra todas las criaturas, y aun contra el mismo Dios. Se atormentarán con una ira terrible, con una tristeza intolerable, con un desordenamiento confuso de todos los afectos. Desearán cosas imposibles y desesperarán de todo bien. *Peccator videbit et irascetur, dentibus suis fremet et tabescet; desiderium peccatorum peribit.* Estarán perpetuamente queriendo lo que nunca tendrán, y aborreciendo lo que siempre los ha de molestar: carecerán de todo bien y los acompañará todo mal. Así servirá su misma voluntad para su tormento.

La memoria será otro verdugo insufrible de los miserables condenados, porque todo cuanto bueno y cuanto malo hubieren hecho lo convertirán en pena: lo bueno porque perdieron su premio, lo malo porque los trajo su castigo. Los deleites que gozaron en esta vida serán un puñal que los atravesase continuamente, viendo que una ventura tan fugaz y engañosa los condujo á una miseria tan ciertísima y tan eterna. Se desesperarán comparando la brevedad de los gustos pasados con la eternidad de los tormentos presen-

tes. Su conciencia los estará continuamente royendo, y la memoria de sus pecados, de tantos medios como tuvieron para salvarse y los despreciaron, de tanta vileza como usaron contra su Dios, los afligirá de un modo superior á nuestra comprension. Entonces conocerán toda la enormidad de sus culpas, que no podrán apartar de su memoria y se verán precisados á reconocer que Dios es justo, y que ellos merecen las horribles penas á que los ha condenado. Tenderán su vista, y así como no hallarán consuelo alguno de parte de Dios, así tampoco le hallarán de parte de las criaturas. Los cómplices de sus crímenes, aquellos mismos á quienes escandalizaron y pervirtieron se levantarán contra ellos y los llenarán de maldiciones y anatemas. Así gemirán y se desesperarán sin cesar, y para siempre privados de su Dios y abandonados á sí mismos.

Pero aun sufrirán la pena que se llama de sentido, y que escede á todos los tormentos que se pueden sufrir en este mundo.

Son sumergidos en el fuego: *in ignem æternum*: y atormentados con aquellas abrasadoras llamas que queman y no consumen. Allí un Dios tan misericordioso y compasivo despliega todas la fuerza de su brazo para castigar las ofensas que sufrió con tanta mansedumbre, y que el hombre le prodigó con tanto descaro y tan sin temor, como si Dios no tuviera poder para vengar los ultrages que se le hacen. *Pluet super peccatores laqueos, ignis, et sulphur et spiritus procellarum pars calicis eorum*, nos dice el real profeta para darnos á entender lo multiplicado de los castigos de los pecadores, los muchísimos suplicios que se ven obligados á sufrir, su condenacion inevitable y la intension y acerbi-

dad de las penas. Las penas, calamidades y miserias de esta vida, por grandes que sean, no tienen proporcion alguna con las que padecen los condenados en el infierno; hay mas distancia que de una pintura á la realidad, y sin embargo, no padecerán una sola, las padecerán todas juntas, y de estos infelices dice el Señor: *Congregabo super eos mala, et sagittas meas complebo in eis* (1). Aquel fuego encendido por la justicia de Dios, dicen san Gerónimo y san Agustín, hace sentir todos los tormentos imaginables: y no solo el fuego abrasará á los réprobos, dice san Buenaventura, sino que los elementos todos mezclados, alterados y confundidos se moverán contra ellos y se hallará á la vez el fuego ardiendo, los estanques de agua helada, el aire perturbado y violento y los hálitos y hedor de la tierra. Dilata su alma el infierno y abre su boca sin término, dice el profeta Isaías, para darnos á entender que no se haría de producir males y que los tormentos que allí se padecen no tienen límites. No se oye en aquella mansión de horror y de tinieblas sino el llanto y desesperacion, y pueden muy bien decir aquellos miserables: *Circunderunt nos mala, quorum non est numerus*. Estamos rodeados de tantos males, que es imposible contarlos. Sobre ellos está la gloria, pero la hallarán siempre cerrada: bajo de ellos el abismo de que jamás podrán salir, ni hallarán medio para huir de él; delante de ellos verán la eternidad de sus tormentos, que para siempre y por siempre han de estar sufriendo; por un lado los atormentará la memoria amarguísima

(1) Deut., cap. 32, v. 23.

y continua é inevitable de sus placeres pasados; por otro la presencia horrible de los demonios sus continuos é infatigables verdugos; á su derecha hallarán innumerables cómplices y compañeros de sus culpas que aumentarán sus penas y su rabia con sus imprecaciones y juramentos; á su izquierda á otros que pedirán venganza por los escándalos que los dieron y las ocasiones en que los pusieron de pecar y condenarse; dentro de sí tendrán el gusano roedor de su conciencia que jamás morirá, aquel crugir de dientes, aquella rabia y desesperacion. Los sentidos todos de los condenados sufrirán sus penas proporcionadas, padecerán hambre, beberán hiel y comerán el acíbar amarguísimo, y cada uno será atormentado muy especialmente por aquello mismo porque pecó, y en aquello en que mas se deleitó en este mundo segun el oráculo sagrado: *Per quæ peccat quis, per hæc et torquetur* (1).

Pecador, burlate cuanto quieras, mófate de nuestra credulidad y aquíetate con que todo este aparato es una invencion para acobardar á los sencillos. No podrás destruir ni alterar la obra de Dios, ni tienes tanta fuerza que puedas disipar la justicia divina. Esta es tu suerte y el galardón que te espera, porque Dios nada deja sin castigo y nadie se puede burlar de él impunemente. *Dominus in ira sua conturbabit eos, et devorabit eos iquis.*

Debemos añadir á todo esto, y dispensadme, hermanos míos, si molesto mas de lo acostumbrado vuestra atencion; debemos añadir, que este estado, estos tormentos, este

(1) Sap., cap. 11, v. 17

continuo padecer ha de ser eterno, para siempre; la pena de la eternidad que lleva consigo la eternidad de las penas. Aquel gusano roedor no morirá, y aquel fuego no se apagará jamás. Pasarán los años, pasarán los siglos, y la eternidad no pasará. No nos atormentemos con los cálculos de lo que tardaria en formarse un mar inmenso echando una gota de agua de cien en cien años, y otros semejantes para formarnos una idea de lo que es la eternidad. En el infierno no hay para el réprobo mas tiempo, no hay mas dias, ni mas siglos; despues de millares de siglos padeciendo, la eternidad comienza y el condenado empieza de nuevo á sufrir. No hay mal que no se mitigue algun tanto con la esperanza de que se ha de concluir, pero en el infierno no hay esperanza alguna de término, no hay redencion; ni las puertas del cielo se le abrirán jamás, ni dejarán de estar cerradas para él y sin poder salir fuera de las puertas del infierno. Su desesperacion y rabia se aumentará porque verán que padecen y padecerán sin fruto y sin que jamás acaben de padecer. Buscarán la muerte y no la hallarán. Desearán morir y la muerte huirá de ellos. ¿Quién puede resolverse á ir á parar á aquel lugar de horror, á habitar para siempre entre aquel fuego y aquellos ardores sempiternos? Sin embargo, quanto dejo dicho y muchísimo mas que pudiera decir de los tormentos del infierno, es mucho menos de lo que son y de lo que experimentan aquellos desgraciados.

Pues, hermanos míos, así premia un Dios justo, que ha de dar á cada uno segun el mérito de sus obras, esas esperanzas locas con que los malos se aseguran neciamente en los pecados que hacen: esas diversiones obscenas, esas

conversaciones y palabras de escándalo y de murmuracion, esas amistades reprobadas que se miran como propensiones lícitas é inocentes de un corazon tierno; así castiga un Dios justo un pecado cualquiera, una ofensa que se cometa contra su Magestad, una transgresion de su divina ley.

¡Dios mio! ¿Cuántas veces hemos merecido el infierno y no nos habeis castigado con él? ¡Cuántos habrá en el infierno por un solo pecado mortal, y nosotros hemos cometido tantos que no podemos contarlos, y nos dais tiempo para que nos purifiquemos y hagamos penitencia de ellos! ¿Cuál debe ser nuestra gratitud, nuestro agradecimiento y nuestra diligencia en salir cuanto antes del pecado! ¿Qué haria un condenado si Dios le sacase del infierno por algunos dias? Pues no es menos lo que le debemos nosotros por no habernos llevado á él cuantas veces lo hemos merecido. Despreciémoslo todo antes de caer en los tormentos del infierno, y por cuanto pueda haber en esta vida no nos hagamos reos de aquellas horribles penas. Mas aun: pensemos continuamente en ellas. Reflexionemos sobre los acerbísimos tormentos de los condenados, y este será el mayor preservativo, el remedio mas grande para que no pequemos, para convertirnos á Dios, para que no le ofendamos, y para que vivamos y muramos como cristianos. Si el amor que debemos á Dios no nos mueve para servirle y no ofenderle, pensemos en su justicia, y el temor de sus castigos nos obligará á que le sirvamos. Os diré con san Próspero despues de haber hecho una relacion de las penas del infierno: *Hæc et multa similia cogitare, nihil est aliud quam vitiis omnibus repudium dare, et omnia blandimenta carnalia refrænare*. El pensar en las penas del infierno nos proporciona el separarnos

de los vicios y mirar con horror y desprecio todo lo que puede hacernos reos de ellas. No tendremos aliento para ofender á Dios considerando lo terrible de sus venganzas y lo caro que cuesta el ofenderle. Los pecados que cometemos son la leña de que se nutren aquellas llamas, y conociendo esto nos destinaremos á destruir nuestros pecados para que no haya infierno para nosotros. Si el miedo de las leyes y castigos humanos tiene tanta fuerza para contenernos y separarnos de obrar mal, ¿Cuánto mas eficaz debe ser, dice san Juan Crisóstomo, la memoria de los castigos de Dios, de las penas eternas, de los suplicios que jamás han de tener fin? Si pues te aflige el fuego de la liviandad, dice el mismo santo, recurre al fuego del infierno y al momento se apagará y desvanecerá. Si vas á hablar alguna cosa torpe ó disonante acuérdate de aquel terrible crugir de dientes, y este miedo te servirá de freno. Si te asalta la tentacion de tomar alguna cosa agena quitándola á su dueño ó cometiendo alguna injusticia oye al Supremo Juez que manda y dice: ligados los pies y las manos arrojádle á las tinieblas exteriores. Si eres demasiado aficionado al vino y no te contiene de embriagarte, oye á aquel rico que tanto se regalaba que dice: envíame á Lázaro para que al menos con la punta de su dedo refrigere el ardor en que me abraso y que ni aun este pequeño alivio se le concede. Si te dejas arrastrar del amor á los placeres y delicias, piensa en aquella afliccion y angustia, en aquellas acerbísimas penas del infierno, y no te quedará ánimo ni aun para pensar en los deleites de esta vida.

Aprovechémonos, pues, de este medio para triunfar del pecado, para destruir en nosotros el pecado y preservarnos

de todo cuanto pueda acarrearlos las penas del infierno. No, Dios mío, no queremos sufrir males tan crueles, unos tormentos tan terribles como teneis preparados en el infierno para justo castigo de los que os ofenden; no queremos sufrir unos males sin número y sin fin. No queremos ser privados para siempre del único bien y felicidad verdadera que consiste en veros y gozaros. Nos aflige la idea de poder ser del número de los condenados á padecer para siempre en el infierno. Y para que nos libremos de esta desgracia, tendremos presente los suplicios y penas de aquel lugar. Haced, Señor, que consideremos continuamente en el infierno para que así nos contengamos en ofenderos, seamos fieles en servirlos, exactos en cumplir vuestra ley y temiendo el infierno le evitemos y hagamos méritos para lograr la gloria. Amen.

F. L. G.

PLATICA XXI.

de la gloria.

La meditacion de los bienes de la gloria es un medio poderoso para asegurar la santidad y vivir alegres en las tribulaciones de esta vida.

Fulgebunt justi.

SAP., c. 3, v. 7.

Poderoso, venerables padres, maestros y hermanos míos: poderoso es el temor de los tormentos infernales para ahuyentar el pecado y asegurar la gracia y la santidad. El obliga á los fieles á escoger una vida mortificada y penitente, á entrar gustosos en los caminos de la salvacion, á ejercitarnos en las virtudes cristianas, y á unirnos estrechamente con el Dios de la caridad, alma de las almas justas, segun

la frase comun de los ascéticos. Mi P. san Bernardo dice que debemos bajar muchas veces al infierno mientras vivimos, para no caer en él despues de muertos (1), y esta máxima ha servido de norte á cuantos se han salvado en este valle de miserias y arribado al puerto de la felicidad prometida á los que pelean, vencen y triunfan con la gracia de Jesus y la proteccion de su Santísima Madre. Tengámosla todos muy presente para evitar prudentes las culpas y pecados que nos arrastran hácia un castigo eterno, y no olvidemos lo que sobre el particular nos ha predicado con tanto celo, piedad y sabiduría un hermano nuestro.

Hoy, segun los adorables designios de la divina Providencia, debe el último de la tribu sacerdotal hablaros de otro medio no menos poderoso para ser santos y vivir alegres en las tribulaciones, como el Apóstol. Yo os voy á hablar del premio prometido á los que se conforman con Cristo, ejemplar y modelo de todos los predestinados. Nuestro Dios me ordena que sea esta plática, *plática de alegría*: de aquella alegría que san Pedro llama *inesfuble y glorificada*, cuando dice: *Exultabitis lætitia inenarrabili, et glorificata* (2); de la que Santiago dijo ser *la consumacion de todas las alegrías* (3); de la que san Pablo halló en los calabozos, san Lorenzo en las parrillas, santa Catalina en la rueda del tormento, santa Polonia en el fuego, y los santos todos en sus angustias y tribulaciones: de la alegría, en fin, que vie-

(1) De vita solit.

(2) I Petr., c. 1, v. 9.

(3) Jacob., c. 1, v. 14.

ne del trono del Cordero como de una fuente destinada á regar las plantas del paraíso, la Iglesia santa. La meditación de los bienes inmensos de la gloria en la que debiera ocuparnos de continuo para pertenecer con propiedad al real sacerdocio de que habla el Príncipe de los apóstoles, para ser dignos sucesores de los setenta y dos discípulos que edificaron al mundo con sus doctrinas y ejemplos, y para merecer ver, como san Esteban, los cielos abiertos con Jesucristo á la diestra de Dios Padre. Para que así sea, prestadme atención, mirad al cielo, entrad en la mansión de los bienaventurados, dejaos conducir por la luz esplendorosa de la fe, escuchad á Dios, pues que él es el que os habla en este día por el mas indigno de sus ministros.

Por mucho que se quiera encarecer la excelencia y grandeza de aquel lugar de delicias preparado por Dios para premiar á sus escogidos jamás llegaremos á decir cosa que se acerque á la realidad. El apóstol dice, que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el espíritu humano puede comprender lo que Dios tiene preparado para premiar en la gloria á los que lo aman en esta vida. La imaginación puede estenderse sin temor de escederse, y formar ideas de deleites y hermosuras, de regalos, gustos, riquezas y tesoros, de cuantos bienes tenemos por posibles, y del torrente de delicias que se derrama sobre los amigos de Dios en la gloria; pero despues de fatigarse el hombre en buscar similes para venir en conocimiento de lo que es la mansión en que moran los hijos de Dios, nos dice la fe, que todo es una sombra ó un bosquejo imperfecto que dista infinitamente de la realidad. Cuanto podemos decir é imaginar de la gloria no es mas que una pintura tos-

ca, un sueño respecto á lo que Dios tiene aparejado para sus escogidos en aquella ciudad santa y soberana en que estando Dios, está el sumo bien, la suma y compendio de todos los bienes y felicidades posibles. En la habitacion de los ángeles y de los santos, dice mi doctor melífluo (1), todos se deleitan viendo á Dios, cuyo rostro es hermosísimo, cuyo aspecto es apacible, cuya conversacion es dulce y afable. Allí no se conocen las miserias sino para gozarse con la seguridad de que jamás se espimentarán: no hay cosa que desagrade, se tiene cuanto se desea; el corazón está lleno, el alma saciada y satisfecha con un gozo puro, tranquilo y eterno que viene á ser lo que forma la felicidad completa de los bienaventurados. Allí los ángeles, los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los confesores, las sagradas vírgenes y la prodigiosa multitud de escogidos que no pudo enumerar el ángel de Palmas. Allí en un trono precioso la santísima Vírgen, y en otro aun mas rico á la derecha de su Padre la humanidad de Jesucristo Señor nuestro. Allí, Dios mismo, comunicándose de un modo inesfable á los que le fueron fieles en la tierra. Allí... O ciudad soberana y eterna, y qué cosas tan gloriosas se han dicho de tí!

Puede haber, carísimos hermanos, quien contemple y medite los bienes inmensos de la gloria sin desearlos y suspirar por gozarlos? ¿Hay quien no llore y se aflija con el real profeta al considerarse alejado del lugar de delicias para el que fuimos criados y redimidos? *Hæu mihi*

(1) Lib. de anima, c. 4.

quia incolatus meus prolongatus est, decia el varon inspirado que con tan vehementes deseos suspiraba por verse en la patria celestial: y esto mismo deberíamos repetir nosotros haciéndonos cargo de que vivimos en la tierra como caminantes, como peregrinos y estrangeros. Poco importa á un caminante todo lo que se hace en el camino: los placeres, los estilos, las campiñas agradables, los edificios suntuosos; los árboles floridos, los paseos, jardines, vergeles y cuantos objetos deliciosos se le presentan, no son capaces de detenerlo; la memoria y el deseo de su patria lo ocupan enteramente; mira como de paso todo lo que se le presenta. La esperanza de llegar presto á su casa le hace soportar con gusto todas las incomodidades de los climas que atraviesa; todo lo adverso y desagradable que hay en ellos lo reputa como transitorio y momentáneo, y ninguna afliccion le aflige al considerar que se acerca al pais de sus ansias y deseos. Esta es la imágen de un buen cristiano, segun los santos pãdres. Vivamos segun ella: imitemos al patriarca Jacob en la alegría y constancia con que sufrió los mayores trabajos por lograr á su querida Raquel, y nada pase en esta vida sin que el pensamiento de la gloria posea nuestras almas. Sabiendo como sabemos que los trabajos, angustias y penalidades sufridas con paciencia y resignacion nos acercan á la ciudad gloriosa, abracémoslas con gusto; deseémoslas pidiendo la gracia para merecer en ellas, y hagamos propósito de despreciar cuantas honras, riquezas y delícites tiene el mundo, pues que no son mas que asco y basura si se comparan con lo que Dios nos tiene guardado en la gloria.

Debemos advertir que la gloria esencialmente es una

transformacion admirable con que el alma se hace una misma cosa con Dios, y Dios se une á ella á la manera con que el fuego se une con el hierro candente comunicándole sus propiedades y perfecciones de un modo que todo parece fuego. La memoria del bienaventurado está llena de Dios sin poderse olvidar de El: el entendimiento ve claramente y sin enigmas la divinidad, la unidad y la trinidad de Dios; conoce este misterio y sus perfecciones, sus atributos y cuanto hay que saber y conocer en sus criaturas, pues que en Dios se ven todas como son en sí con la mayor perfeccion: la voluntad está unida con Dios con un amor perpetuo, perfectísimo y purísimo, y en este amor y convencimiento consiste la felicidad de la gloria, segun los teólogos que tratan de ella.

Con este premio paga Dios á los que en esta vida le amaron y sirvieron: paga y premio tan grande, que el mismo Dios aunque quiera no puede darla mayor. Hay ni puede haber cosa mayor y mejor que el mismo Dios? Pues Dios que es su misma gloria, es la gloria de los bienaventurados. No hay felicidad como la de tener la misma gloria de Dios, y esta es la que se nos prepara y ofrece en el cielo si caminamos hácia él por la senda recta de las virtudes propias de nuestro estado, como mas de una vez se nos ha hecho entender en los santos ejercicios que nos ocupan. No hay mayor cordura que la de comenzar á ocupar nuestras potencias en lo que eternamente se han de ocupar en el cielo. En conocer y amar á Dios, y en no apartarlo jamás de la memoria, principian los justos á gozar delicias inesplicables en esta vida de miserias y á vislumbrar la alegría inenarrable de la gloria. Apliquémonos á conocer y amar á

Dios cumpliendo con sus divinos preceptos, siendo fieles á nuestro ministerio como los santos que nos han precedido y enseñado con su ejemplo, y experimentaremos en nuestro destierro las dulzuras y consuelos que tanto alentaban al grande apóstol de quien tenemos la gloria de ser discípulos. No apartemos nuestra consideracion del cielo para que todas las cosas de la tierra nos sirvan como de escala para subir á la gloria, y no dudemos de que este es un medio poderoso para ser santos con alegría y contento, con el mayor placer y gusto, con la delectacion propia y peculiar de los hijos de Dios.

Ni á los cuerpos faltará en la gloria su premio y paga. Será tanta su gloria y hermosura, que la de un solo cuerpo glorioso escederá á la de todas las criaturas de este mundo en que vivimos. ¿Qué será la del innumerable número de bienaventurados que rodean al Dios de la magestad en la corte celestial? Solo el imaginarlo dilata el corazon y regocija el alma. Para los sentidos exteriores habrá deleites que solo el que los gusta sabrá encarecerlos y explicarlos. Para la vista, la hermosura incomprensible de infinitad de cuerpos gloriosos, y especialmente la de Jesus y la de su Santísima Madre, con otras mil y mil hermosuras que ni aun puede imaginar el hombre. Para el oido, músicas de suavidad inesplicable, y palabras dulcísimas de Dios, y de los bienaventurados unos con otros. Para el olfato, olores suavísimos y deliciosos de que no podemos formar idea en esta tierra de corrupcion y hediondez. Para el gusto, un sabor sobre todos los sabores y una hartura sin hastío capaz de satisfacer completísimamente. Para el tacto, un mar inmenso de deleites que anegando dulcemente á los hijos de Dios los

recreará con indecible gusto y santo placer. El justo en fin, glorificado, siendo una misma cosa con el Dios que forma su dicha y felicidad, resplandecerá en la gloria de un modo incomprensible, y tendrá un gozo inefable en ver claramente la verdad que se le anunció en la tierra cuando se le dijo de parte del Espíritu Santo que los justos brillarian en la casa del Señor. *Fulgevunt justi*. Ni quisiera, venerables padres, maestros y hermanos míos, que dejárais de tener presente para vuestro aprovechamiento en la virtud, que los deleítes, gustos, recreos y placeres serán en el cielo de mas dulzura y suavidad para los sentidos que carecieron de ellos en esta vida por conformarse con la de Jesucristo, y que los que mas se mortificaron y sufrieron serán mas llenos de delicias, sin que por esto pueda decirse que hay un solo bienaventurado en la gloria á quien falte algo de lo que puede desear y apetecer para ser completamente dichoso y feliz, como mil veces lo habeis leído en los santos padres. ¡O bien pagadas mortificaciones! ¡O gloria eterna, y qué cuerdo, dichoso y feliz es el que en esta vida aflige su cuerpo y sus sentidos estándoles prometido tanto premio! ¿Y qué necio no es el sensual que por no perder un gusto leve y momentáneo se espone á perder una paga tan grande y eterna? Alentad vuestras potencias y sentidos con esta importante meditacion y vereis cuán dulce y delicioso es el sufrir y padecer con Jesus por ver y gozar de Dios en la gloria por toda la eternidad. Pensad en el país de delicias á que sois llamados, caminaid hácia la patria permanente en que debeis tener vuestra mansion, y espermentareis lo que los apóstoles, mártires y confesores que ansiaban y pedian trabajos por imitar á Jesus y hacerse dignos de las re-

compensas eternas. Hemos sido criados para gozar eternamente de la fuente de todos los bienes, nacimos para el cielo y somos llamados á la eterna bienaventuranza, y en semejante estado, os pregunto, amables hermanos, ¿cuál deberá ser el objeto de nuestra santa ambicion? ¿Qué deseos, qué ansias no debiéramos mostrar por la ciudad de los santos en donde todo es felicidad y todo gloria? Imposible parece que vivamos como vivimos esperando la bienaventuranza. Decimos que somos peregrinos en la tierra, y que no hay descanso eterno, dichoso y feliz mas que en el cielo: ¿pero no es desgraciadamente cierto que estimamos demasiado los bienes falsos del mundo y que nos dejamos llevar de sus engañosas dulzuras? Caminamos por una region llena de amargura, y siendo tan racional el desear salir de ella para entrar en otra deliciosa ¿no admira el que amemos este lugar de llanto y de miseria y nos aficionemos á lo carnal y terreno como los brutos que no tienen inteligencia? Tiempo es ya de que miremos por nosotros mismos, y meditemos sobre nuestro porvenir eterno. El está en la gloria, y la gloria es lo mas deleitable y apreciable. Dios es nuestro centro, y nuestro corazon está inquieto hasta que entre en el seno de la divinidad, como lo dice san Agustin y lo experimentamos todos. Con que á Dios, á Dios debemos ir sus sacerdotes, en Dios debemos pensar sin que las cosas de la tierra nos diviertan y entretengan. Amemos, apetezcamos y deseemos todo lo que nos acerca á Dios, y si las cruces, adversidades, mortificaciones y penitencias nos llevan á la patria celestial, abracémoslas con gusto y nuestra felicidad es infalible. No llamemos adversidades á los trabajos que nos prueban y purifican, tengámoslos mas bien

por regalos y por medios seguros para llegar á la ciudad de los santos en donde la perpetuidad de los gozos, de los deleites y bienes incalables les da tal valor y estima que sin ella la gloria no sería gloria.

Se nos ha dicho una verdad cuando se nos ha asegurado que la mayor pena de los condenados es la eternidad de sus tormentos: hoy sale otra de mis labios al decirlos que la mayor gloria de los bienaventurados consiste en la infinita duracion de su felicidad inamisible. Estan seguros de su gloria, saben que no pueden perderla, y no hay contento comparable con el que tienen al ver que los bienes inmensos que gozan no pueden cesar. Esta felicidad y esta satisfaccion es la que se da en premio de las tribulaciones momentáneas y leves de esta vida. Esta medida sin medida es la que se nos dará en pago de los trabajos que suframos en union con los de Jesus en esta vida. ¡O dichosos trabajos! ¡O felices mortificaciones! Bienaventurado el que os ama y busca en esta vida, porque al saber que tras el pa-lecer y sufrir viene un gozar eterno, no puede dejar de alegrarse como se alegraron los santos en medio de sus tribulaciones. ¿Será posible que el que esto crea y tenga por infalible, como lo es, estime las felicidades y bienes de la tierra que llevan al infierno al que los ama, y desprecien las mortificaciones y penalidades de la cruz que con tan larga mano se pagan en el cielo? Meditemos sobre esto y pidamos encarecidamente á nuestro Dios que nos dé luz y gracia para que comprendiendo lo poco que duran los trabajos de esta vida y lo mucho que dura el premio en la gloria, no pensemos mas que en los bienes eternos capaces de hacer suaves y deliciosos los ejercicios penitenciales que deben ocuparnos

mientras caminamos en este destierro de lágrimas. *Mil años en los atrios del Señor son como el día de ayer que pasó*, dice el real profeta. Una hora de duracion llama mi padre san Bernardo á los trabajos de esta vida mortal, pero al premio lo llama duracion sin fin, y duracion eterna. *Transit hora, transit et pœna. Non sic remuneratio, non sic merces ipsa laboris: nescit finem, manet in æternum* (1).

Nada mas. Nuestro destino es el de la gloria, lugar de delicias, de gozos y deleites eternos en donde Dios se une con nosotros y nosotros con El de un modo incomprendible é inefable. Allí seremos eternamente felices é infinitamente dichosos, repletos de todo bien y esentos de todo mal. Los ángeles serán nuestros compañeros, Jesus nuestro Padre y Hermano, y María Santísima nuestra Madre gloriosa llena de placer al vernos participar de su gloria inmensa. La luz eterna nos iluminará por perpetuas eternidades, y mientras Dios sea Dios nosotros viviremos y reinaremos con El en el cielo. Alegraos con la alegría del apóstol al considerar estas cosas; no las olvideis jamás, haced que ellas os muevan y dirijan en esta vida, y vuestro gozo será grande en este destierro, y completísimo en el cielo. Amen.

A. M.

(1) Serm. de fatalia præsentis vilæ.

PLATICA XXII.

MEDIOS DE QUE DEBEMOS VALERNOS PARA CONSERVARNOS
EN EL SERVICIO DE DIOS.

De la presencia de Dios.

Ambula coram me, et esto perfectus.

GEN., c. 17, v. 1.

He hablado hasta aquí sobre aquellas verdades terribles de nuestra religion que no pueden meditar-se detenidamente sin que se conmueva saludablemente nuestra alma y se resuelva á convertirse á su Dios. Al pecador que oyendo cuanto hemos dicho y meditado en los dias anteriores, no se corrija y arrepienta, nada podremos ya decirle, sino rogar á Dios que tenga misericordia de él y le favorezca con su gracia. Las eternas verdades que hemos anunciado pro-

ducen por lo comun el efecto de despertar al pecador y hacerlo salir de sus vicios, y yo confio en que todos habreis reconocido, detestado y llorado los vuestros, y os habreis resuelto sinceramente á servir de todas veras á Dios. ¡Quiera el Señor que así sea y bendiga así nuestros trabajos! Pero aun siéndo así, permitidme que os diga que no está hecho ni hemos conseguido un completo triunfo. Por lo mismo que os habéis resuelto á renunciar al pecado, el demonio ni el mundo os perdonará vuestra desercion de sus banderas, vuestras tentaciones serán mas fuertes y continuas, vuestros peligros mas grandes, el mundo se burlará de vuestra piedad y rectitud y os procurará arruinar y que caigais de ella por mil medios. Habéis declarado una cruda guerra á los enemigos de vuestras almas, y estos redoblan sus esfuerzos y se ponen en una lucha pertinaz contra vosotros. No es por lo comun lo mas temible despues de unos ejercicios espirituales el que salgan de ellos los que los hacen sin lograr el fruto de ponerse en gracia de Dios y detestar sus culpas: lo mas temible es el que se olviden de sus resoluciones, se dejen vencer de sus enemigos, se entibien en el servicio de Dios y vuelvan á caer en el pecado. Estas caidas son tanto mas funestas cuanto que por lo general son mortales, y son muy pocos los que apostatando una vez de la piedad y devocion que abrazaron se vuelven á convertirse de todas veras. Con los que despues de haber manifestado al mundo que le detestan, que quieren ser y parecer piadosos y fervorosos y servidores fieles de Jesucristo, vuelven á caer en la relajacion y los vicios y abandonan la piedad y devocion, sucede ordinariamente lo mismo que con los que abandonan la fe. De estos son muy

pocos los que se convierten, y muchos los que llegan á ser mas malvados y perversos que los infieles de nacimiento. Son pocos los que abandonan la piedad y vida timorata y devota que no vengán á parar con el tiempo en los mayores escosos del libertinaje, á desacreditar la virtud con sus escándalos y á hacer que se mofen los mundanos de todos los que hacen profesion de cristianos piadosos y retirados del mundo. Para volver á los vicios los que han sido virtuosos y gastado la dulzura de una conciencia recta y conforme con la voluntad de Dios, tienen que vencer muchos temores, muchos remordimientos, sofocar muchas convicciones; tienen muchas barreras que saltar y quieren romper de un golpe tantos lazos y apagar de una vez tantas luces que los agitan é importunan. Sus costumbres, sus conversaciones presto vienen á ser mas licenciosas, sus expresiones mas impías que las de los pecadores ordinarios; un devoto pervertido atropella por todo, es el primero á hablar descarada é impiamente de la virtud, suelen ser demasiado repetidas sus sátiras y su mordacidad contra los cristianos exactos en el cumplimiento de sus deberes, contra el celo de los sacerdotes, contra la frecuencia de sacramentos, se jactan de su impiedad. Así vienen á quedar esclavos de aquellos enemigos á quienes vencieron, y viene á ser incurable su mal.

Preciso es, amados míos, no dormirse con el triunfo; nuestros enemigos no descansan, y si volvemos á caer, nuestra caída será mas funesta y mas irreparable. No basta nacer para vivir, es preciso alimentarnos para sostener la vida. Pues así en la vida de la gracia no basta salir del pecado, haber logrado una vida de virtud y santidad, es pre

ciso conservarla, sostenerla, defenderla, y para esto debemos valernos como de alimentos espirituales de ciertos medios y recursos proporcionados para conservarnos en el servicio de Dios y en nuestros santos propósitos; para burlarnos y destruir todas las asechanzas de nuestros incansables enemigos. Estos voy á proponeros y de ellos voy á hablaros para que os valgaís de ellos y os conserveis con su ayuda en la virtud y piedad. Os hablaré de la consideracion de la presencia de Dios, del amor que Dios nos tiene y con que nos empeña en amarle, de la contemplacion de la pasion y muerte de nuestro divino Redentor Jesus, de la eleccion de un confesor sabio y prudente y sumision á su direccion, de la frecuencia de sacramentos, de la oracion y de otros varios que tendreis la paciencia de oirme explicar en los dias siguientes, y en este os hablaré de la presencia de Dios.

La presencia de Dios de que os hablo no es otra cosa que un pensamiento ó una memoria de Dios con que en todos los lugares y en todas nuestras ocupaciones le miramos presente y no volvemos á él con nuestros afectos. No es preciso que nos atormentemos y esforcemos para estar continuamente pensando que tenemos presente á Dios; podemos hacerlo por un acto de fe y una conviccion íntima emanada de nuestra fe independientemente de un estudio particular de nuestra imaginacion, creyendo que Dios está al rededor de nosotros, nos cerca por todas partes, que sus ojos todo lo penetran, y mira y observa todas nuestras acciones por ocultas que sean, de modo que no podemos hallarnos en sitio alguno donde no esté Dios y atienda á nuestras operaciones. Podemos considerar á Dios en las mis-

mas criaturas que se nos ponen delante; en las flores, en las plantas, en las estrellas, en los animales, en los acontecimientos prósperos y adversos, y admirar ya el poder, la grandeza, la bondad, la justicia, la providencia de Dios, y con estas piadosas reflexiones mantener siempre viva en nuestro corazon la llama del amor divino. De este modo mirando á las criaturas san Agustín, sentía una voz que le decia interiormente: Ama á quien las ha criado. *Cælum et terra clamant, Domine, ut te amem.* Podemos considerar que tenemos á Dios dentro de nosotros mismos, y que como dice san Pablo, somos templos de Dios y su espíritu habita en nosotros, de modo que aunque se halle en todas partes ha querido poner su trono en nuestras almas, residir en ellas como en su templo, oir nuestros ruegos y coloquios, agradecer nuestros afectos y comunicarse mas íntimamente á nuestro espíritu. De esta presencia de Dios en lo interior, dice santa Teresa de Jesús (1), que es una grande disposicion para el recogimiento infuso y un grado de contemplacion. Que el que se acostumbrare á estarse con Dios dentro del pequeño cielo de su alma sin disiparse en cosas exteriores, caminará por un excelente camino, y que con este ejercicio se adelanta mucho y se va á velas tendidas al puerto de la union con Dios. Estar siempre delante de Dios y con nuestra mente fija en Dios es una felicidad que solamente se goza en la gloria y que no puede conseguirse en esta vida presente. Las ocupaciones, los objetos que se pre-

(1) Camín. de Perf., c. 28, n.º 3.

sentan á nuestros sentidos, los cuidados á que tenemos que entregarnos, nos distraen y apartan de pensar en Dios, pero sin embargo podemos con facilidad estar en su presencia. Con facilidad podemos de tiempo en tiempo, aun en medio de nuestras ocupaciones, levantar nuestro corazon á Dios con algunas jaculatorias que no son otra cosa que unos afectos breves, pero fervorosos, que arrojados á manera de saetas, van á herir el corazon de Dios, y al mismo tiempo encienden el corazon del que los produce. Al dar el reloj cada hora, al concluir una ocupacion, al empezarla, al despertar, al levantarnos y otras repetidas veces podemos decir. *Sea Dios bendito. Tened, Señor, misericordia de mí. Hágase siempre vuestra santísima voluntad. ¿Qué os duré yo, Dios mio, por tantos beneficios como me haceis?* U otras inspiraciones semejantes con que se nutre el calor de la devocion y se oicrra, como dice el Crisóstomo, la puerta al demonio, que viendo nuestro espíritu tan vecino á Dios y ageno de todo consentimiento, no se arriesga á insinuarle con sus sugeriones. Se acobarda y queda reducido á la nada el espíritu maligno, como nos dice el real profeta: *Ad nihilum deductus est in conspectu ejus, malignus*. Estaremos tambien en la presencia de Dios procurando dirigir todas nuestras obras á Dios y encaminarlas con pura intencion y con deseo de agradarle. Como un herrero ó un artífice cualquiera, dice san Basilio, á quien se ha encomendado alguna manufactura propia de su arte, tiene delante de los ojos de su mente aquella persona que le encomendó la obra, y va trabajando en ella segun las órdenes é ideas que le comunicó; así si nosotros al hacer nuestras obras y ocupaciones exteriores las enderezáremos al cumplimiento de la vo-

luntad de Dios, que quiere de nosotros tales obras, y tuviéremos la mira, no en nuestro gusto, sino en su agrado, no solo lograremos que nuestras obras sean perfectas, sino tambien el fin de mantener siempre la memoria de Dios y poder decir con verdad con el profeta real que tenemos siempre al Señor delante de nosotros: *Providebam Dominum in conspectu meo semper: quoniam á dextris est mihi, ne commovear*. Podemos tambien con facilidad procurarnos al cabo del dia algun rato de retiro conforme á nuestro estado y empleo, sin faltar por esto á nuestros deberes y hablar con Dios en la soledad y escuchar lo que habla á nuestro corazon. Para esto conduce mucho la presencia de alguna imágen de nuestro Señor Jesucristo en cualquiera de sus misterios. Al dirigir á ella nuestra vista podemos avivar nuestra fe, inflamar nuestro corazon y recordar los beneficios de un Dios que nos crió, que se hizo hombre, que padeció y murió por nosotros, que nos ha abierto el cielo cerrado por la culpa y proporcionado tantos bienes con sus merecimientos infinitos.

Tal es y tan fácil el ejercicio de la presencia de Dios, hermanos míos, el acostumbrarnos á vivir sin olvidarnos que estamos delante de Dios que inspecciona todas nuestras obras. Ahora bien, amados míos, este es un medio, al paso que fundado en una verdad innegable y no en un fantástico ideal, al paso que muy fácil y acomodado á todas las personas, tiempos y lugares, muy poderoso y eficaz, no solo para preservarnos de todo pecado y mantenernos firmes en el servicio y amor de nuestro Dios, sino tambien para llenarnos de méritos y encaminarnos á la perfeccion cristiana. Esta sola consideracion de la presencia de Dios

párece que basta para conducir al hombre á la cumbre mas alta de la perfeccion.

El Señor le dijo á Abraham: *Ego Dominus omnipotens. Ambula coram me, et esto perfectus.* Abraham, anda en mi presencia y serás perfecto, porque yo soy omnipotente, y estando tú unido conmigo por presencia, yo venceré con mi poder todos los obstáculos que estorbaren los progresos de tu perfeccion. Examinándolo con rigor ¿qué es lo que se requiere en una persona cualquiera, para que nada la falte de la perfeccion que es debida á su estado, sino que haga todas sus obras con la debida rectitud? Pues esto lo conseguirá, dice el Espíritu Santo, con tener siempre á Dios delante de los ojos; porque entonces tomará el Señor el cuidado de dirigir todas sus acciones para que no se aparten de la debida y necesaria rectitud: *In omnibus viis tuis cogita illum, et ipse diriget gressus tuos* (1). El santo rey David nos dice por esto, que para ser firmes, estables y constantes en la virtud, debemos buscar siempre la cara de Dios: *Querite Dominum et confirma mihi; querite faciem ejus semper* (2). Por la cara de Dios, dice san Agustin, se entiende buscar siempre la divina presencia. El mismo Dios nos dice terminantemente por el profeta Miqueas (3) que la bondad y perfeccion de los hombres depende de caminar en su presencia: *Indicabo tibi, ó homo, quid sit bonum et quid Dominus requirat á te. Utique facere judicium, et dilige-*

(1) Prov., c. 3, v. 6.

(2) Psal. 104, v. 4.

(3) Cap. 6, v. 8.

re misericordium et sollicitum ambulare cum Deo tuo. Significándonos que de la solícitud y cuidado con que busquemos la divina presencia depende nuestro aprovechamiento y perfección.

Por esto el elogio que se hace en la sagrada historia de los antiguos patriarcas, de Abraham, de Isaac, de Noé, es decirnos que anduvieron con Dios, que estuvieron constantemente en su presencia, y este es el primer precepto que el anciano Tobías dió á su hijo como el mas propio para conservarse en la virtud y temor de Dios: *Omnibus diebus vite tue, in mente habito Deum.* Por esto nos dice san Gregorio Nacianceno, que debíamos pensar en Dios tantas veces cuantas respiramos, y que con solamente hacer esto lo haremos todo y aseguraremos nuestra salvación: *Imo, si dici potest, aliud nihil, quam hoc faciendum.* Este medio solo, practicado con continuacion y constancia, puede decirse que basta para hacernos perfectos y santos.

A la verdad el que está en la presencia de Dios, el que está convencido y tiene presente en su alma que se halla delante de Dios y que Dios ve todas cuantas obras hace, con dificultad se resuelve á cometer un pecado. La presencia de Dios le contendrá, y por fuertes que sean las tentaciones, volviendo sus ojos á Dios y mirándole como presente el Señor, le libertará y pondrá á salvo de todos los peligros, como confiesa de sí mismo el real profeta: *Oculi mei semper ad Dominum; quoniam ipse evellat de laqueo pedes meos.* Tanto es así, que si los hombres pecan y se resuelven á entrar por los caminos de los vicios, no es otra la causa, dice el mismo profeta, que el no tener á Dios presente: *Non est Deus in conspectu ejus, inquinatæ sunt*

vide illius in omni tempore. Si unos son fáciles en montar en cólera, otros tan ansiosos de los honores y alabanzas, otros tan negligentes y tibios en los ejercicios de piedad y tan distraídos en sus oraciones, si son vengativos y soberbios consiste, dice san Basilio, en que no consideran que tienen presente á Dios y que observa todas sus operaciones, porque esta sola memoria bastaria para arrancar todos los vicios y para impedir todos los defectos.

Si no podrá hallarse un súbdito tan audaz que se atreva á traspasar las leyes á la vista de su mismo Rey, ni un reo tan contumaz que ose pecar delante de su juez, ¿cómo puede hallarse un cristiano de costumbres tan relajadas, que estando en la presencia de Dios, su príncipe, su monarca, su juez y su Señor y Padre amantísimo, tenga ánimo para burlarse y faltar advertidamente á sus leyes? Si pues pecan los hombres es por el olvido de Dios y no andar en su presencia. La memoria de Dios presente, dice san Efrén, basta para enfriar la pasión mas ardiente y furiosa y para hacer que el alma, manteniéndose limpia con tan devoto acuerdo, sea siempre morada del Espíritu Santo. Y por el contrario el olvido de la presencia divina basta para hacernos capaces de los mayores excesos y para que vengan á ser nuestras almas una sentina de hedor y de tinieblas.

No temo pasar por molesto é importuno con vosotros refiriéndoos el ejemplo práctico con que el mismo san Efrén confirma su doctrina, y es el siguiente: Mientras el santo vivia en la ciudad de Edesa, una pública y desvergonzada ramera acostumbra la á poner asechanzas á la honestidad de otros, no temió asaltar á la pureza de san Efrén. No se manifestó este turbado á la petición infame de la malvada mu-

ger, sino que respondió francamente que consentiría á su deseo con tal que ella tuviese á bien de venir al lugar que tenia ideado para cometer la maldad. Respondió la muger, que estaba pronta á ir á cualquier lugar donde él la quisiese conducir. Pues bien, dijo el siervo de Dios, quiero que vayamos en medio de la ciudad y allí cometamos el pecado donde es mayor el concurso y está mas amontonada la gente. Admirada la muger con semejante propuesta respondió, que era mucha vergüenza cometer tales escesos en presencia del pueblo. Encendido entonces san Efrén en un santo ardor, levantó la voz y la dijo: ¿cuánto mayor vergüenza será cometer semejantes escesos en la presencia de un Dios de infinita magestad que se halla en todo lugar y que todo lo está viendo? Con estas palabras quedó profundamente herida aquella pecadora, comenzó á llorar y pedir perdon al santo; entró en un monasterio de religiosas donde estuvo toda su vida en penitencia llorando sus yerros pasados. Tanta es la fuerza que tiene la consideracion de la presencia divina para apartarnos del mal y conservarnos en el servicio de Dios. Nos da aliento contra las tentaciones del demonio, contra las ocasiones en que nos ponen los hombres, contra las persecuciones de nuestros enemigos, y hace que adelantemos en la virtud y caminemos á la perfeccion cristiana. Contra el poder del démonio no solo nos dará aliento, sino que nos hará fuertes y aun invencibles como bien experimentado nos lo atestigua el santo Job (1). *Pone me juxta te et cujusvis manus pugnet contra me*: ponedme

(1) Cap. 17, v. 3.
TOMO XXIV.

cerca de Vos, de manera que yo sienta vuestra presencia, y que se levante todo el infierno contra mí, que yo ni temeré ni me apartaré. La presencia de Dios, el contemplar que peleamos delante del mismo que ha de recompensarnos, nos hará animosos y podremos decir con el profeta: *Non timebo mala, quoniam tu mecum es*. ¿Qué fue lo que sostuvo á Susana entre las lisonjas y las amenazas de los viejos lascivos? ¿Quién la sacó á salvo de tan grave peligro? La presencia de Dios. *Ingenuit Susanna et ait... Melius est mihi absque opera incidere in manus vestras, quam peccare in conspectu Domini* (1). ¿Quién hizo tan superior á las asechanzas y violencias de su señora al casto José sino la memoria de la presencia de su Dios? *Quo modo ergo possum hoc malum facere, et peccare in Deum meum?* ¿Quién hizo inespugnables á los macabeos contra los asaltos de sus formidables enemigos? La presencia de Dios. Viendo Judas Macabeo y sus soldados el formidable ejército de sus contrarios que venian furiosos á despedazarlos, no hicieron otra cosa que levantar su mente á Dios y emprender el combate y dejaron muertos en el campo treinta y cinco mil enemigos: *Prostraverunt non minus triginta quinque millia, presentia Dei magnifice delectati* (2).

Por este medio adelantaremos en la virtud, adquiriremos las virtudes sólidas y llegaremos á conseguir la perfección cristiana, porque es difícil andar en la presencia de Dios y no encenderse en la llama de la caridad, como lo es

(1) Dan., cap. 13, v. 20.

(2) Mach., lib. 2, cap. 5, v. 26.

el estar junto al fuego y no calentarse. Estando el alma frecuentemente á la vista del Sol divino recibe luz para conocer la hermosura de las virtudes, se aficiona á ellas y las ejercita con prontitud. Como no hay otro medio para calentarse que ponerse al sol ó delante del fuego, así para calentarse en el amor santo no hay medio mejor que estar siempre, cuanto es posible á la presencia de este Sol de belleza y de este fuego de caridad. Tanto es mas perfecta una cosa cuanto mas se acerca á su origen: el agua es mas pura cuanto mas cerca está del manantial: el calor es mas fuerte cuanto mas cerca está del fuego que le produce: la luz es mas clara cuanto mas vecina está del sol que la engendra. Pues á este modo, cuanto nos acerquemos mas á Dios teniéndole mas presente en nuestra alma y en nuestros afectos, tanto participaremos mas de sus perfecciones. Mientras la rama de un árbol está unida al tronco, produce tantos mas frutos cuanto mayor es su union; pues cuanto mas íntimamente nos unamos á Dios y le tengamos en nuestro pensamiento tanto mayores frutos produciremos de perfeccion y de vida eterna.

Si pues tan útil nos es la presencia de Dios: si por otra parte nos es tan fácil este ejercicio y el proporcionarnos este medio para conservarnos fieles á Dios: si somos tambien tan frágiles que no podemos confiar en nuestras propias fuerzas y tenemos necesidad de proporcionarnos ayudas para no caer y alimentos para sostenernos en la vida de la gracia, valgámonos del ejercicio de la presencia de Dios, proveámonos, como el santo rey David, de la presencia de Dios. *Providebam Dominum in conspectu meo semper.* Tengamos fijos nuestros ojos en El: *Oculi mei semper ad Do-*

minum. Así conservaremos nuestros buenos propósitos, evitaremos los pecados, triunfaremos de todos los enemigos y de todas las tentaciones, serviremos á Dios con fervor, caminaremos á la perfeccion y recibiremos el premio de unirnos para siempre á Dios y gozar de su presencia en la gloria. Amen.

F. L. G.

PLATICA XXIII.

DEL AMOR DE DIOS.

Debemos amar á Dios del modo que quiere ser amado, si queremos ser felices en esta vida y en la eterna.

Diligam te Domine fortitudo mea,
PSAL. 17.

Toda nuestra fortuna consiste en amar á Dios. Sin este amor somos nada, aunque fuéramos los primeros hombres del mundo: *sine charitate nihil sum*. Nuestra felicidad en este mundo y en el otro se aseguran con el amor divino: sin él no hay mérito, gracia ni gloria: bien lo sabeis. A hacernos amar á Dios mas y mas se dirigen todos los ejercicios de piedad que nos ocupan: este es el blanco á que

deben dirigirse todas nuestras devociones y ejercicios espirituales, si queremos que sean útiles y provechosos á nuestras almas. Escitémonos á este amor de Dios tierno y afectuoso ; acostumbremos á decir de dia y de noche como el Salmista : Yo os amaré , Señor , que sois toda mi fortaleza. *Diligam te Domine fortitudo mea.* Si así lo hiciéremos seremos una copia fiel de los Pedros, Pablos, Agustinos, Ignacios y Javieres, y nuestra suerte será la de los santos. ¿ No es esto lo que nos propusimos al determinar reunirnos en el nombre del Señor en este lugar de expiacion en que Dios habla á nuestro corazon para hacernos suyos y glorificarnos ? ¿ Hemos venido aquí mas que para santificarnos y ponernos en comunicacion directa con el Padre de las misericordias y el Dios de toda consolacion ? Pues amemos á Dios sobre todas las cosas y á las criaturas del modo que él nos lo manda : oigamos ese grito uniforme con que nos hablan los cielos y la tierra con cuanto en ellos se contiene, y no seamos duros é insensibles como los indiferentistas de nuestro siglo, tan estéril en bondad como fértil en malicia. Mostremos la blandura de nuestro corazon con Dios como Padre, y con los hombres que son vivas imágenes de su bondad, y convenzámonos de que este es el fundamento de todas las virtudes que deben hacer el adorno de nuestro estado. *Amar á nuestro gran Dios del modo que él mismo quiere ser amado, y hacer todas las cosas por su amor.* Ved aquí en lo que debemos pensar y en lo que debo detenerme un breve rato en cumplimiento de los deberes que me ha impuesto vuestra piedad.

No es el amor de Dios una ciencia inventada por el hombre, ni un arte que pueda estudiarse en las universida-

des, liceos y academias de los sabios con que se envanece el mundo: es una infusion del Espíritu Santo mas elocuente que todas las lenguas, y mucho mas sabia que todas las plumas. Los que piensan estudiar el amor de Dios por preceptos de la escuela profana, graznan como los cuervos y nada de sólido hay en ellos, segun lo advierte Causino (1): pero los que lo adquieren por gracia son ángeles que se remontan á la region mas superior, se sustentan en sus alas y logran oír la voz del cielo que ilustra, purifica y llena de consuelo al alma, como lo experimentó el apóstol. Si pues queremos adelantar en el amor divino debemos pedir continuamente á Dios que nos lo comunique. Esto podemos y debemos hacerlo con las oraciones mas fervorosas y ardientes poniendo en Dios toda nuestra confianza. Debemos apartar de nuestro corazon los estorbos que pudieran impedir la recepcion del amor puro y santo que desean nuestras almas movidas por la *pía mocion de la voluntad* de que nos hablan los teólogos, y para esto nos conviene tener presente que pensar recibir el amor de Dios en una alma manchada con los afectos de la tierra, es lo mismo que querer un bálsamo precioso para ponerlo en un vaso inmundo. *Tenemos en nuestro corazon tantos ídolos como pasiones contrarias á la ley de Dios*, dice san Gerónimo, y nos es preciso arrojarnos con el ejercicio de las virtudes para que nos posca el amor divino y seamos con él queridos hijos de Dios.

Ni debemos contentarnos con solo quitar de nuestro co-

(1) Cont. sta. ses. 12.

razon los vicios y pecados: nos es además necesario ahogar la memoria de las cosas del mundo que puedan ocasionarnos algun desórden, no ocuparnos mas que lo que fuere de razon en los negocios temporales, porque no sirven sino de apagar y enflaquecer la fuerza y vigor de la devocion, quitando á la piedad su mejor jugo y sustancia; huir de los desabrimientos, aprensiones y servidumbres de los mundanos, y acostumbraenos á hacerlo todo con el espíritu de dulzura y de libertad santa que tanto admiramos en nuestro amable Redentor y Maestro. Consideremos despues de esto, segun el consejo de san Agustin (1), lo que hacen los hijos de las tinieblas por lograr los amores y amistades de los mundanos. Miran con atencion la persona de quien quieren ser amados; estudian su natural, sus inclinaciones, sus ejercicios y todas sus circunstancias, sin perdonar sacrificio alguno para obligarla y comprometerla. Si entran en amistad la nutren y conservan con divertimientos y complacencias admirables; se afanan por dar gusto, sirven, obsequian y no saben qué hacerse por merecer la estimacion del objeto de su amor; se trasforman en su humor y parece que no viven sino para hacer su voluntad: publican sus virtudes; usan de prodigiosos artificios para aplacar su cólera; para divertir y dilatar su corazón, para conservarse en su gracia; y si es necesario pasar purgatorios de fuego, de hielo, de lágrimas, de sangre, de serpientes y de venenos por llegar á conseguir lo que pretenden. ¡O afrenta de un católico! esclama con dolor el hijo de santa Móni-

(1) Serm. 19 de verv. Apostoli.

ca, hablando del amor extraviado de los hijos de la carne. Nada perdonan por un amor vano del mundo, que á veces es verdugo de la vida, abismo de la razon é infierno de las almas; y por el amor divino, centro de la felicidad, manantial de bienes y gozo inefable de los justos, no quieren dar un paso ni aun mover un dedo. No seamos nosotros del número de estos insensatos. Procuremos mas bien ganar la amistad de nuestro Dios con alguna accion que le sea agradable, y seamos accesibles á las inspiraciones de la gracia que quiere llevarnos á la mansion de los ángeles para que seamos con el amor divino una misma cosa con el que se ha encargado de hacernos dichosos y felices por toda la eternidad. Dios está á nuestro lado, nos llama de mil modos y maneras para que entremos en su seno, escuchemos dóciles y agradecidos su voz de virtud y magnificencia y asistámosle con oraciones, con devotos ejercicios, con la práctica de las virtudes y con todo lo que pueda aumentar nuestro mérito. Habituémonos á hablar con la divinidad á todas horas, como pudiéramos hacerlo con un amigo tiernamente amado y con instancias preténdo, y obliguémosle con jaculatorias amorosas á que acreciente nuestro amor hasta no amar cosa alguna sino en El y por El. Miremos á todos los hombres nuestros semejantes como á imágenes suyas; grabemos en nuestros corazones con caracteres indelebles las palabras, las acciones y las llagas de nuestro Jesus adorado, padeciendo los trabajos de esta vida no solamente con paciencia, sino tambien con alegría, y estemos seguros de que estos son los medios mas seguros para llegar á tener el amor de Dios, fuente perenne de riquezas espirituales. Repitamos con el real profeta aquel *Diligam te*

Domine fortitudo mea con que se propuso amar siempre al Dios de la fortaleza, y de este modo nuestro amor tendrá las tres condiciones que menciona mi padre san Bernardo, porque será dulce sin violencia, prudente sin ilusion y fuerte sin separacion.

Pero como no hay para el alma mas poderoso estímulo que el ejemplo, nos aconsejan los ascéticos, que tengamos siempre presente el amor de Dios y el de Jesus, porque deben ser los originales de los nuestros; y si nos acomodamos á ellos conseguiremos ser los mas apasionados amantes del amor divino. Mira, alma cristiana, dice un escritor piadoso, mira aquellos querubines del carro de Ezequiel (1), y sabrás lo que Dios quiere de tí. Veo, dice el profeta, en medio de aquellos animales un fuego resplandeciente que despide relámpagos. Este es el fuego del amor de Dios, y los relámpagos son los afectos que manifestó el Omnipotente comunicándose á los hombres. Considerad que es imposible vivir sin amor, y que previendo Dios esta necesidad quiere que amemos como él; que el objeto de su amor sea el nuestro, que su modo de amar sea el nuestro, y que su fin y su contento sea tambien el nuestro. Bien sabéis que *ab æterno* puso y colocó el Padre celestial todo su amor en sí mismo, porque solo El es digno de ser originariamente amado, como manantial y fuente de toda hermosura y bondad, que son los dos atractivos de los afectos. Se ama por su Espíritu Santo que es su misma sustancia, y se ama necesariamente porque el amor es su esen-

(1) Ezech., c. 1.

cia. ¿O si pudiéramos levantar los ojos, cargados con los humores de la tierra, y ver en el seno del Padre Eterno aquella antorcha que quiso darnos por regla y guía de nuestro amor! Entonces descubriríamos secretos y misterios importantísimos, como el apóstol arrebatado hasta el tercer cielo, y aprenderíamos á amar. Sabríamos que el amor divino es purísimo y lo mas escelente que puede imaginarse, porque es el mismo Dios, engendrado en el seno de Dios, la primera de las santidades, santo por origen, por objeto, por ejemplo y por forma, es el Espíritu Santo que arde en el corazon del Padre Eterno. Nos asombraríamos al ver que el amor esencial de Dios quiere Dios mismo que sea el nuestro, que sea la causa eficiente del nuestro por las infusiones que obra en nuestras almas, segun la teología de nuestro doctor angélico (1). Veríamos que el amor divino es muy ardiente, *foenacem custodiens in operibus ardoris* (2), pues que el seno del Eterno es como una hoguera que enciende con sus llamas los castos amores que arden en el cielo en los corazones de los bienaventurados; y en la tierra en las almas de los justos. Advertiríamos, que no contento Dios con esto rompió por cinco partes la nube inmensa de su amor, y vino á comunicarse al mundo por cinco puertas admirables de su magnificencia; que son la creacion, la conservacion, la Encarnacion del Verbo, la justificacion de las almas y su exaltacion á la felicidad eterna, como encendi-

(1) Tom. opusc. 61, de dilectione.

(2) Ecc., c. 43, v. 3.

do con la llama del amor divino lo esplica san Agustin: Sabríamos... Pero, hermanos míos, yo os estoy hablando en un lenguaje que no entiendo con perfeccion, porque no amo como debo al Dador de todo don perfecto. He consultado á los santos padres para dirigiros mi palabra, y todas las especies espresadas son suyas; soy un plagiario, si se quiere, pero ¿qué hombre carnal y terreno no debe serlo al tratar del amor divino? Sin embargo, despues de lo dicho creo que deben confundirse y avergonzarse los que en vez de encender su amor con el fuego sagrado de la llama eterna, van á buscar en las criaturas un fuego profano reprobado por el Dios de los vivientes. ¡ Ah ! ¿ No leemos en la sagrada historia que Nadab y Abiud por haber echado del fuego común en los incensarios cuando se acercaban al altar de la sinagoga fueron consumidos como víctimas desdichadas en el fuego mismo de sus sacrificios? Y esto ¿ no debe tener para nosotros alguna significacion? ¿ No nos hará comprender que no nos es lícito llegar al altar del testamento eterno con un amor extraño contrario al que infunde en los justos el Dios que enseña á amar á todos los que de veras quieren amarlo? Si, nuestro corazon es carnal y terreno: ¿no podremos temer oir aquellas tremendas palabras del Crisólogo: *tu sacrificio te servirá de castigo, porque de tu proposicion hiciste un pecado* (1)? Detengamos nuestra consideracion en esto, venerables padres y hermanos, reflexionemos sériamente sobre lo que amamos, y lo que debemos

(1) Crisol., serm 29.

amar, y no apartemos nuestra vista del ejemplar y modelo de celestial amor que nos propone el mismo Dios enseñándonos desde la cátedra de su divinidad.

Si por nuestra carnalidad y miseria no podemos subir tan alto miremos atentamente á Jesus, ejemplo de las santas amistades, y conformémonos con él, como nos lo encarga el apóstol. Jesucristo amaba á su eterno Padre pagándole en la tierra un tributo de amor, que no podía pagarse bien sino por un Hombre-Dios amantísimo, que amaba con la mayor perfeccion. Su bendita alma que tenia perfecto conocimiento de las escelencias de la hermosura increada la amó á proporcion de su ciencia igualando á sus luces sus ardores. Jesucristo hacia un compuesto incomparable de corazon, de amor, de afectos y de conformidad con la voluntad divina, por cuya razon decia Orígenes: *esta alma semejante al hierro que está ardiendo en el fuego, estaba siempre en el Verbo, siempre en la sabiduría, siempre en Dios; y de las llamas que la encendian sacaba una constancia inmutable para unirse con Dios.* Si os parece que es muy realzado este amor para vosotros, mirad al reflejado en la Madre del Amor hermoso, y si aun este es demasiado elevado para vuestra capacidad, miradle mas templado en los Pablos, Agustinos, Bernardos, Franciscos, Ignacios y Javieres, y tratad de imitarlos, ó al menos de aprender en su escuela la ciencia divina de amar á Dios. Tened presente que amando, y solo amando, es como se aprende á amar, y que con el amor divino se consiguen todos los bienes, aun los que apetocen las mismas pasiones: de manera, que el que bien lo considere hallará que nuestros vicios y desórdenes aman alguna de las perfecciones de la divinidad, aunque no del

modo con que débese ser amado, como lo nota san Agustín (4).

El orgullo se pica de alto y de grande: pero ¿quién es mas alto que Dios el cual está sentado sobre los tronos, domina sobre las dominaciones, gobierna los principados, y hace inclinar el cielo hasta los abismos, con la sombra de su grandeza y magestad? La ambicion ansiosa quiere y solicita honores: pero ¿quién tiene mas honor que Dios, que ve nacer en su pecho la gloria, por quien se ofrecen tantos sacrificios, á cuyos pies se rinden tantas diademas, á quien tantos celos obedecen, y á cuya vista no son los estados, reinos é imperios mas que una pequeña gota de rocío? El poder quiere grandeza y apetece ser fuerte: pero ¿hay cosa mas poderosa que aquel gran Dios, por quien crugén con truenos espantosos los cielos, por quien resplandecen y vuelan los relámpagos, por quien los rayos reducen á polvo las coronas de los montes, por quien se encuentran y batallan los elementos sin que haya grandeza ni poder que se libre de sus manos? La adulacion y la complacencia pretenden ser amadas: pero ¿qué cosa hay mas amable que lo dulce de la caridad de aquel buen Padre que está destilando como un maná soberano sobre todas las criaturas del universo? La curiosidad afecta el estudio de la filosofía, y no pocas víctimas de su amor propio quieren echarla de sabios y que los tengan por omniscios: pero ¿hay cosa mas sabia que Dios que todo lo ve en sí mismo, que tiene en su razon abismos de conocimiento, en su pecho riquezas de

(1) *Stas. Aug. lib. de confes., c. 6.*

eterna sabiduría, sin que para El tengan prescripción los tiempos, velo la naturaleza, ni altura lo mas alto? ¿No es Dios el Padre de las ciencias, el Criador de las inteligencias, el tesoro de la elocuencia y el que ofusca y desvanece toda la suficiencia humana eligiendo entre los ignorantes los mayores sabios y oradores que se han visto en la tierra? La pereza quiere una vida poltrona y pacífica para estar siempre ocupada en la quietud, y en los deleites de la carne y del espíritu: pero esta quietud ¿en dónde podrá hallarse mas que en Dios, anegado eternamente en las delicias de la mas pura tranquilidad? La lujuria desea deleites y placeres carnales, y anhela por satisfacer todos los deseos de su corazón: pero Dios ¿no es la plenitud de los gozos, la abundancia que nunca se acaba ni agota, la dulzura incorruptible, un teatro eterno de alegrías y un rio caudalosisimo de puros contentos, de que resulta la mayor felicidad y gloria? La avaricia quiere poseerlo todo, alarga sus manos de arpia sobre todo lo ageno, revuelve el mundo, inquieta la tierra, pleitea, ofende y se defiende por satisfacer sus ansias, y siempre queda hambrienta: pero ¿por qué todos estos afanes é inquietudes sino porque nadie puede poseerlo todo en este mundo, sin el amor puro y perfecto con que debemos amar á nuestro Dios? ¿No es este Soberano Señor la hermosura de los campos, la gracia de las flores, la fecundidad de los frutos, la riqueza de las minas, y la fertilidad de la naturaleza? La envidia se inquieta por ocupar el mejor lugar, y tiene por enemigo al que se lo aventaja: pero el Rey de la gloria, ¿no mira bajo de sí á todo cuanto existe y puede existir? ¿Hay algo mas allá de lo que El es? La ira respira deseos de venganza, y por con-

seguirla se vuelve contra el cielo, alborota la tierra, ocasiona tormentas y tempestades originando en el mundo tragedias horribles: pero ¿quién sabe mejor vengar los delitos que el Omnipotente por quien los ángeles, ministros de su poder, traen el cuchillo de su justicia, y por quien el infierno abriga tesoros de llamas eternas para atormentar á los criminales?

Tenemos, pues, que hasta nuestros mismos vicios se enamoran de algunas perfecciones de Dios, como lo repite san Euquerio. Si pues aun nuestras pasiones quedan satisfechas con el amor de Dios, y nuestros vicios logran todo cuanto quieren buscando en Dios lo que desean, si se me permite esta locucion, ¿por qué no lo hemos de buscar nosotros por el camino de las virtudes como lo buscaron y hallaron tantos santos que nos sirven de ejemplo? Amando á Dios se aprende á amarlo: amándole se posee la divinidad, y con esta ¿quién duda que todo lo tenemos y podemos, como lo asegura san Pablo? Amando á Dios que es el solo grande, hermoso, poderoso, fuerte y omnipotente, tendremos grandeza, hermosura, fortaleza, poder y bondad, y experimentaremos que no hay verdad mas importante que la que os anuncié en un principio y he procurado probar en esta plática: que amando á nuestro gran Dios del modo que quiere ser amado, y haciendo todas las cosas por su amor, seremos dichosos y felices en los trabajos de esta vida y en las delicias de la gloria. Pensemos en esto de continuo. Amemos á Dios, y amándolo, nos amaremos á nosotros mismos, á nuestros prójimos y á cuantas cosas deben ser amadas. Hagamos bien á todo el mundo y mal á nadie, y entiendan los hombres todos, que la felicidad por que anhe-

lan se halla en el amor divino con que deben arder las almas redimidas en el monte del dolor y de la propiciacion. Resolvámonos de una vez á no vivir sino con el amor de Dios, y digámosle á todas horas: *Diligam te Domine fortitudo mea*. Siendo este el fruto de nuestros santos ejercicios, bien podremos asegurar que ellos nos hacen santos en la tierra para hacernos eternamente felices en el cielo que os deseo. Amen.

A. M.

PLATICA XXIV.

De la contemplacion de la pasion de nuestro Señor Jesucristo.

Su memoria nos inspira la virtud y nos santifica.

*Recogitate enim eum qui talem
sustinuit à peccatoribus adversus
semetipsum contradictionem, ut ne
fatigemini, animis vestris deficientes.*

HEBREON., C. 12, v. 3.º

Jesucristo nos ha dado su pasion , su sangre y su vida , y con su pasion , con su sangre y con su vida nos ha librado del infierno y nos ha hecho capaces de la felicidad eterna en la gloria. Nuestro Redentor santo, impoluto y segregado

de los pecadores es el sacerdote eterno que sin necesidad de purificarse, porque era purísimo, se ofreció en sacrificio á la divina justicia para satisfacerla y pagarla una deuda que ninguna criatura podia pagar. Padeció libre y voluntariamente para que la merced, precio y valor de sus trabajos sirviese á los hombres por los que pidió en premio de su pasion la libertad del pecado y su felicidad eterna. Al reflexionar el padre san Agustin sobre este inmenso beneficio de nuestro Salvador, esclama y dice: *¿qué misericordia mas amorosa y benigna puede imaginarse que esta de decir el eterno Padre á un pecador merecedor de eternos tormentos é incapaz de redimirse de ellos: toma mi Hijo amado y ofrécelo por tí, y decir el mismo Hijo: tómame, y ofrece mis méritos y mis penas en satisfaccion de tus pecados, y en prenda segura de tu gloria* (1)? El amor que nos tiene nuestro divino Jesus es inmenso, es incomprensible, y no es de palabras, sino de obras penosísimas, de hechos positivos, latentes y palpitantes, como los reclama el siglo del engaño y de la decepcion en que vivimos. Y habiéndonos amado tanto y á tanta costa ¿será cosa de que nosotros dejemos de corresponderle por no sufrir alguna incomodidad ni privarnos de algun placer? ¿Podrá llegar nuestra ingratitud hasta el extremo de ofenderle abandonándonos á los deseos de la carne y de la sangre, como los que ignoran á Dios y viven como los brutos? Jesucristo, dice el mismo san Agustin, nos dirige estas palabras: *Porque no fueras despedazado de leones y de fieras voraces, te recogí, te llevé sobre mis hombros,*

(1) S. Aug. S. Cun. Deus homo, c. 9.

*te volví á mi Padre, trabajé, sudé, puse mi cabeza á merced de las espinas, ofrecí mis pies y manos á los clavos, dejé abrir mi costado con la lanza, sufrí las mayores afrentas y crueldades, derramé mi sangre, puse mi alma por salvar la tuya y unirte con mi corazón: ¿y tú te apartas de mí despreciando mi amor (1)? ¿Qué decimos nosotros á esto, venerables hermanos? ¿Qué conteslamos al Dios que nos reconviene porque no le amamos como él nos ama? Ojalá que uniéndonos al doctor seráfico digamos como él: *Cristo llagado y pendiente en la cruz nos sirve de grande documento para despreciar el mundo, para mortificar el cuerpo, y para hacer penitencia constante* (2). El Dios de bondad y de toda dilección quiera que nos convenzamos, hasta obligarnos á obrar la santidad, de que la pasión de nuestro señor Jesucristo nos llama de una vida regalada y deliciosa á una vida mortificada y devota. Esto lo conseguiremos, si dando crédito al encargo del apóstol, tenemos en la memoria la pasión de nuestro amantísimo Redentor para no detenernos en el camino comenzado de la virtud en los santos ejercicios que tanto nos ayudan para lograr la gracia con que todo se puede y facilita. *Considerad á Jesucristo, el cual sufrió contra sí mismo tal contradicción de los pecadores, y no desfalleceis, y no lo dudeis, vuestra virtud se afirmará mas y mas, y el objeto y fin de esta plática corresponderán á mis deseos y á los vuestros.**

Los ascéticos afirman que no hay cosa mas á propósito

(1) Lib. de quínque hores., c. 6.

(2) Bonav. Serm. de Pas.

para mover nuestros corazones y mantenernos constantes en el ejercicio de las virtudes, que la memoria de la pasión y muerte de nuestro señor Jesucristo. Ella nos advierte que nuestro adorable Redentor padeció de todo género de personas, y con esto se nos enseña á sufrir con paciencia y resignacion los trabajos de esta vida, de cualquiera parte que nos vengan. Nos hace ver que Jesus padeció toda suerte de penas, y en esto se nos hace entender, que debemos sufrir y padecer todas las adversidades, penurias y contradicciones posibles con un espíritu de amor penitencial digno de los hijos de la gracia. Nos hace santos, nos llena de amor divino, nos une con Dios, nos aparta de lo malo y nos lleva á todo lo bueno, nos pone en el camino recto de la gloria, y su virtud es tan poderosa y eficaz que bien podemos asegurar que con ella nos han venido juntamente todos los bienes. Vamos viéndolo.

«Nuestro Salvador, dice el angélico doctor, *quiso padecer todo género de aflicción y molestia humana. Padeció por parte de los gentiles, por parte de los judíos, por parte de los hombres y por parte de las mugeres. Padeció tambien por parte de los príncipes del pueblo, por sus ministros, y por la plebe* (1). Conspiraron contra él hombres infinitamente inferiores en origen, en sabiduría y en poder. Fue maltratado por sus mismos consanguíneos, algunos de los cuales teníanlo por frenético porque libraba á los endemoniados y obraba milagros, quisieron atarlo: fue perseguido por sus conciudadanos que intentaron precipitarlo desde una emi-

(1) S. Thom. 2. 46, serm. I.

nencia. Hasta sus mismos familiares y domésticos lo trataron con villanía é infamia. Judas lo vendió: Pedro negó haberlo conocido: los demás apóstoles lo abandonaron, y ninguno lo defendió. Los sacerdotes, los levitas, los senadores, los doctores, escribas y fariseos todos se conjuraron contra él, y dos mugeres hicieron prevaricar al mas generoso de sus discípulos hablando del Maestro como de un criminal digno de la pública execración. Un rey lo escarneció, el presidente romano lo condenó á muerte, y los soldados que guarnecian á Jerusalem lo baldonaron llenándolo de aprobios. Las gentes de la plebe se reunieron tumultuosas en una plaza pública y con gritos desaforados instaron al juez para que lo hiciese enclavar en la cruz y ponerlo á la vista y afrenta de todo el mundo. Unos lo maltrataron por envidia, otros por avaricia y no pocos por odio á la virtud. Algunos lo injuriaron por pasatiempo por entretenerse y reirse á su costa, como los ministros de los judíos, la vil canalla que servia en el palacio de Caifás, y la soldadesca del pretorio de Pilatos. Otros lo maltrataron por ignorancia, por lo que dice san Pablo que si los judíos hubieran conocido en Jesus al Señor de la gloria no lo hubieran crucificado. También dijo san Pedro en uno de sus primeros sermones á los hijos de Israel, *sé que lo hicisteis ignorantemente*. Muchos, muchísimos atribularon á nuestro Redentor por malicia, y hasta un vil anciano clavado como él en una cruz se atrevió á insultarlo. Fue tan universal el atormentar á Jesucristo todo género de personas que hasta sus mas amados y queridos concurrieron por benevolencia á traspasarle su corazon mientras otros despedazaban por odio su cuerpo puro y virginal. Su santísima Madre, la fer-

vorosa Magdalena, su discípulo amado y las caritativas matronas que menciona el Evangelio, porque amaban á Jesus no acertaban á separarse de él, se hallaron presentes á su cruelísima crucifixion sin apartarse de la cruz hasta que lo vieron espirar y le dieron honrosa sepultura: mas estas personas tan amadas del Señor aumentaban mas su pena y acrecentaron su dolor. El mismo eterno Padre retiró de Jesucristo todo el consuelo que pudiera endulzar sus tormentos: lo abandonó, porque lo vió cargado con nuestras culpas y pecados, y le obligó á decir anegado en tribulacion: *Padre mio, ¿por qué me has desamparado?* No perdonó el eterno Padre á su propio Hijo, como lo dice san Pablo, sino que lo entregó á toda suerte de penas por todos nosotros, y esto le fue tan sensible, que habiendo sufrido sin quejarse todos los dolores y tormentos, se quejó amorosamente al eterno Padre del desamparo en que lo dejó cuando mas necesitaba de consuelo.

Ahora bien, padres y hermanos mios, aunque todo el mundo se rebelase contra nosotros, ¿no deberíamos resignarnos á sufrir con paciencia los mayores trabajos, al considerar á Jesucristo tan afligido y atormentado de todos? Por mas oprobios, calumnias, persecuciones y adversidades que salgan á nuestro encuentro, ¿no deberemos decir con san Agustin, al contemplar la pasion de nuestro Redentor: *sicut ille, ita et nos?* Yo sé que la piedad tiene hondas raices en vuestros corazones, y que al ver un Crucifijo no hay uno entre vosotros que no diga contrito y humillado: «Dios mio, ¿cómo puedo quejarme de que me traten como á vos os trataron? Vos, Señor, todo lo sufristeis por mi amor: razon será que yo tambien lo sufra

«todo por amor vuestro.» Continúad en estos sentimientos seguros de que Jesucristo tendrá un placer en hallarnos dignos de sufrir y padecer por su amor. El mismo quiso que estuviésemos dispuestos y preparados para seguirlo en sus padecimientos, y por eso predijo las persecuciones que habrían de levantarse contra sus imitadores diciendo: que los hermanos perseguirían de muerte á sus hermanos, los padres á sus hijos y los hijos á sus padres: que todo el mundo los aborrecería porque glorificaban su nombre, añadiendo, que quien perseverase constante hasta el fin, aquel se salvaría (1). Esta predicción de nuestro Salvador se ve cumplida en la historia, y nosotros la vemos y palpamos en nuestros días; porque ¿no son calumniados, escarnecidos, perseguidos y atribulados todos los que por seguir á Jesús se niegan á doblar su rodilla á los ídolos de ese mundo abrumado con el peso de tantos vicios y pecados como lo deshonoran? Vosotros mismos ¿no sois una prueba de esta verdad? Y al considerarla ¿qué es lo que haceis? Poner vuestra vista y vuestro corazón en un Crucifijo, y confesar que jamás ha permitido el Señor ni permitirá que en un hombre solo se reúnan tantas tribulaciones como en el Dios de las penurias, de las aflicciones, de los desamparos, del dolor y de toda especie de padecimientos: haceros cargo de que solo nuestro Señor Jesucristo es el que sufrió un abandono universal de todos sus amigos, y una persecución atroz de grandes y pequeños, de príncipes y de súb-

(1) Manc., c. 23, v. 12.

ditos, de hombres y de mugeres, de poderosos y de débiles, de sacerdotes y de legos, de nobles y de plebeyos, y formar propósitos de salvar vuestras almas con la paciencia, como os lo encarga vuestro divino Maestro. Esto hacéis, y esto es lo que debeis hacer hasta el fin si quereis vivir dichosos y felices por eternidad de eternidades con vuestro Jesus glorioso en el reino de las delicias y de la felicidad eterna. Miremos á nuestro Redentor en su dolorosa pasion, no olvidemos que se nos ha dado para nuestra justificacion y para nuestro ejemplo, como nos lo dice el apóstol, y grabemos en nuestros corazones con cincel de diamante estas consoladoras palabras: *Recogitate eum qui tantum sustinuit á peccatoribus adversum semetipsum contradictionem, ut ne fatigemini, animis vestris deficientes.*

Si nos aflige el ver que los trabajos y persecuciones nos viene de nuestros padres, de nuestros superiores, de nuestros hermanos y compañeros, de nuestros súbditos, de un poderoso, de un ingrato, de un calumniador infame ó de un tenaz enenigo empeñado en bafarnos y perdernos, acordémonos de nuestro buen Jesus y no desfalleceremos, meditemos su pasion y muerte y cesarán nuestras fatigas con la dulzura inesplicable que experimentan las almas justas en los trabajos de la cruz. Al fin, si unos nos persiguen y atormentan, otros nos ayudan y consuelan. Si nos encarcelan, persiguen y condenan á muerte por delitos que no hemos cometido, siendo inocentes examinaremos nuestra conciencia y veremos en ella que somos reos de algun pecado, oculto quizá á los hombres, pero bien conocido del Dios que castiga, prueba y purifica. Hagámonos cargo de que aunque no haya razon en los hombres para maltratar-

nos, la hay en Dios para permitir las molestias, persecuciones y malos tratamientos que nos hagan sufrir los perversos. Recibamos todos los trabajos como de la mano de Dios, vengan de donde vinieren, y de este modo seremos imitadores de san Pablo, como él lo fue de Jesucristo, y nos santificaremos. El inocentísimo Jesus no tuvo ni pudo tener la mas mínima culpa, y sin embargo, todo lo aceptó y recibió de Dios para castigar nuestros pecados. Cuando san Pedro echó mano de la espada para defender á su divino Maestro, este lo reprendió diciéndole : *¿No quieres que beba el cáliz que me dió mi Padre?* No dijo el cáliz que me ha dado Judas vendiéndome, el que me dará Caifás delatándome por blasfemo, el que hallaré en Pilatos haciéndome azotar, en Herodes y sus capitanes leniéndome por loco, y en todos, atribulándome de mil modos y maneras á cual mas tormentosas. No dijo esto nuestro Redentor, sino que espresa y terminantemente dijo que el cáliz de su pasión se lo daba su Padre, para que reconozcamos que todos los trabajos, angustias y tribulaciones nos vienen de Dios, cáusenlas los que se quiera. Y si las reconocemos como de Dios, ¿tendremos la audacia de quejarnos apartándonos de su santísima voluntad? ¿Aborreceremos á nuestros perseguidores que son ministros de la divina justicia, siempre misericordiosa y amable, aun cuando nos hiere y azota? Volvamos á mirar á Jesus en su santísima pasión, y él, sanando á Malco, acudiendo á Pedro, pidiendo á su eterno Padre por los que lo crucificaron, y ofreciendo la gloria al buen Ladrón, nos hará conocer que no se ama á Dios sin amar, querer y estimar á nuestros mismos enemigos, como el mismo divino Maestro nos manda. Miremos á

Jesús sufriendo y padeciendo por salvarnos y enseñarnos, y digamos al eterno Padre: Vos, Señor, que permitiste que toda especie de personas concurriese á molestar y atormentar á vuestro único Hijo, que es la misma santidad y en quien se halla personificada la virtud: concedednos la gracia de que cumplamos con la obligación de dar mil gracias y alabanzas á vuestra divina bondad porque no permite que seamos perseguidos y atribulados por todas las criaturas. Nosotros, reos y pecadores que tantas veces os hemos ofendido, confesamos que son ligerísimos los trabajos que recibimos de vuestra mano, si se comparan con los de nuestro divino Redentor, y os pedimos humildemente que nos auxilios y protejas para sufrir con paciencia y no caer en la tentación.

Para radicarnos mas y mas en la piedad y tomar el gusto que perciben los justos en la meditación de la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo, conviene que tengamos muy presente que nuestro Redentor, no solamente padeció de toda suerte de personas, sino que tambien sufrió y padeció todo género de aflicciones y de penas. Por parte del ánimo padeció temores, tedios y tristezas: en la fama padeció blasfemias y calumnias: en el honor desprecios y contumelias, y en la hacienda el ser despojado hasta de sus vestiduras. Por parte del cuerpo padeció en todos los sentidos, vió desde la cruz gestos ridículos y despreciativos en los que lo bafaban y escarnecian; oyó blasfemias é insultos atroces; gustó la hiel y vinagre y experimentó en sus miembros los mayores dolores y tormentos; en la cabeza punzantes espinas; en la cara bofetadas; en todos sus miembros sangrientos azotes, y en sus pies y manos el taladro

de los clavos. En suma, dice el doctor angélico (1), padeció nuestro Redentor tantos dolores, que ningunos de esta vida, por grandes que sean, pueden igualarse con ellos. *Lo hemos visto desfigurado, todo llagado y hecho un varon de dolores*, dice Isaías: *Vidinus eum, et non erat aspectus... á planta pedis usque ad verticem capitis non est in eo sanitas... virum dolorum*. No puede decirse mas en el lenguaje humano. Es necesario disponernos para oir el divino, orando y pidiendo á Dios que nos ilumine para conocer en lo posible lo que padeció y sufrió nuestro Redentor por salvarnos y enseñarnos, y no perder de vista que la contemplacion de la pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo es en donde hallan las almas piadosas motivos los mas poderosos y eficaces para imitar y seguir á nuestro Jesus adorado en todas las virtudes que deben hacer el adorno de nuestro estado. Los que al considerar á Jesucristo padeciendo y sufriendo por nuestro amor, no se ablandan y se deciden á padecer por su generoso Redentor, tienen los corazones mucho mas duros que las piedras, pues que como lo dice el padre san Bernardo, aun hoy mismo rompe las piedras la pasion de Cristo: *Adest passio Christi, usque hodie petras scindens* (2). Sí, hermanos míos, hasta hoy la pasion de nuestro Pontífice eterno quebranta y deshace los corazones de los que la meditan y contemplan, aunque esten mas duros que las mismas piedras. ¡Ay de los de un corazon que no solo no se quiebra ni se ablanda, sino que ni

(1) S. Thom. 3, 46, c. 6.

(2) S. Bern., feria 4, hebdom. penosæ.

aun siente los dolores de nuestro Redentor por mas que los considere y piense en ellos! No es de creer que se halle uno de estos entre nosotros: pero si lo hubiere, de esperar es que con la meditacion de la pasion de Jesucristo y las oraciones que debemos dirigir al Señor en favor del que lo necesite, consiga la gracia de unirse á Dios con los lazos de la caridad y se proponga imitar á nuestro Redentor en la paciencia y resignacion, en la voluntad divina con que tanto sufrió y padeció por nosotros. Así sea; y el Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion quiera mover nuestros corazones, para que meditando de continuo en la pasion de nuestro Señor Jesucristo, saquemos de ella las graeias que tanto necesitamos para ser tan sufridos, pacientes, caritativos, piadosos, humildes y misericordiosos, como deben serlo los hijos, discípulos y ministros del Dios hombre, muerto en una cruz por salvarnos. Pidamos y supliquemos, oremos sin intermision y miremos á nuestro Capitan para seguirlo: él padece por nosotros: ¿no deberemos nosotros padecer por él? Juntemos nuestros trabajos con los suyos; démosle gracias porque se digna hacernos participantes de su pasion, dándonos un poco que padecer en esta vida para que con la paciencia salvemos nuestras almas y tengamos la dicha de acompañar á Jesus sufriendo y padeciendo en esta vida, para vivir y reinar despues con él en la gloria por los siglos de los siglos. Amen.

PLATICA XXV.

Eleccion de un confesor sabio y prudente y virtuoso, y sujetarse á su direccion.

Domine ¿quid me vis facere? Et Dominus ad eum: Surge et ingredere civitatem et ibi dicetur tibi, quid te oportet facere.

ACTOR., CAP. 9, v. 6 et 7.

Por mucho que hayamos conseguido sobre nosotros mismos en estos santos ejercicios, por mas que hayamos vencido las astucias y tiranía del demonio que nos tenían sumergidos en el pecado; por mas que nos contemplemos fuertes y vigorosos, y hayamos resuelto con gran firmeza y propósito servir á Dios y procurar caminar á la perfeccion de la vida cristiana, no debemos confiar ni presumir de nosotros mismos teniéndonos por suficientes para dirigirnos y gobernarnos en la gran ciencia y arte difícilísimo de

servir á Dios y salvar nuestras almas. El que se toma á sí mismo por maestro de la vida espiritual, dice san Bernardo (1), se hace discípulo de un necio. Debemos recelar siempre de nosotros mismos, y temer equivocarnos en asunto de tanta gravedad como es la direccion de nuestro espíritu, y para esto debemos valernos y echar mano del medio de elegir un guia que nos encamine, un confesor sabio, prudente y virtuoso y sujetarnos á su direccion.

El mismo Jesucristo se apareció á Saulo cuando lleno de furia se acercaba á las puertas de la ciudad de Damasco meditando contra los cristianos cárceles, cepos, cadenas, heridas y muertes. Le embiste y cerca con su luz y con el trueno de su voz le derriba, le aterra, y le llena de espanto. A este golpe del cielo, Saulo se rinde, se da por vencido y mudado de fiero leon en manso cordero, se entrega en las manos de aquel á quien hasta entonces habia perseguido con tanta ferocidad, resuelto á ejecutar todo cuanto quisiese: *¿ Domine quid me vis facere?* El Señor, sin embargo de que le ve tan bien dispuesto, no le descubre su voluntad ni le deja á su direccion, no obstante las abundantes gracias con que le ilustra. Habia en Damasco un sacerdote llamado Ananías, y le manda que entre en la ciudad y allí le instruirá su sacerdote de todo lo que debe hacer: *Ibi dicetur tibi, quid te oporteat facere.* Bien pudo Jesucristo instruir por sí mismo y dejar á san Pablo que se gobernase por sí mismo, así como él solo fue el que le habia vencido y convertido por medio de su gracia, pero

(1) Epist. 87.

quiso que se espusiese bajo la direccion de un sacerdote. Pues así quiere el Señor que nos pongamos bajo la direccion de alguno de sus ministros, sigamos sus instrucciones, nos sujetemos á sus consejos y caminemos con seguridad en la virtud. La eleccion, pues, de un confesor sabio, prudente y virtuoso que nos instruya y nos guie, y nuestra docilidad y sumision á sus órdenes es, despues de habernos convertido á Dios y renunciado al pecado, uno de los medios muy conveniente y hasta necesario para no volver á caer en los vicios y conservarnos en el servicio y amor de Dios. Sin embargo de que se echa de ver desde luego la utilidad y conveniencia de este medio, voy á manifestárolas con algunas razones para que le adopteis y le useis de un modo que os sea útil.

El padre san Basilio dice, que despues de haber salido del pecado y formado el ánimo de servir á Dios con la debida perfeccion, lo primero á que debemos aplicarnos es á escoger un padre espiritual que nos sirva de guía fiel y seguro en todas nuestras operaciones, y la eleccion de un buen guía es, segun este santo, el medio mas necesario para hacer grandes progresos en el camino de la vida espiritual. Habla el padre san Gregorio en el libro primero de sus Diálogos, de Moisés, de san Juan Bautista y otros que no tuvieron maestro en la tierra que los instruyese, sino que los instruyó y dirigió el mismo Dios; pero estos, dice, son casos estrordinarios que no deben tomarse por regla ni ejemplo, y que el no ser uno dirigido de los hombres, sino de solo Dios es cosa digna de admirarse y de vencerse en algun santo, pero no de que nosotros débiles é imperfectos la imitemos porque el curso ordinario de la divina Provi-

dencia pide que no sea maestro ni de sí mismo, ni de otros, el que no haya sido discípulo. San Gerónimo á cuantos instruye en sus cartas los amonesta frecuentemente que escojan un buen director que les guie bien en el camino de la perfeccion. A Rústico le dice: que viva en compañía de hombres espirituales y bajo su direccion para que no presumase enseñarse á sí mismo y caminar sin guia por un camino que jamás ha pisado. A Demetriade le dice: que necesita ponerse bajo la obediencia de personas experimentadas y perfectas, para aprender de ellas, cuales sean las sendas de la vida espiritual, cuyas reglas tenemos en las sagradas letras, y sobre todo, que en este camino es menester no tomar por conductora y maestra á la presuncion de sí mismo, que es el director peor que jamás puede haber. San Bernardo se esplica en sus escritos en este mismo sentido; y san Vicente Ferrer en su Tratado de la Vida espiritual dice resueltamente: que jamás será asistido de Jesucristo con su divina gracia, sin la cual nada bueno podemos hacer, el que pudiendo tener director, no lo procura, porque la obediencia es el camino real que conduce á los hombres con seguridad á lo alto de aquella escala de Jacob, sobre que apareció apoyado el Señor, y era símbolo de la verdadera perfeccion.

Estos son los sentimientos con que los santos y las sagradas letras nos insinuan la necesidad, y no solamente conveniencia, que tenemos todos de elegir un maestro que nos instruya y sirva de guia, para no volver al vicio saliendo del camino recto y para conservarnos en el servicio de Dios y adelantar en la vida espiritual. El mismo apóstol san Pablo nos da el ejemplo de esto mismo en su conducta. Por

revelacion divina recibió el Evangelio: le predicó con un celo apostólico á las gentes, y despues de algun tiempo interrumpió su predicacion y fue á sujetar su doctrina al apóstol san Pedro. Nada podia temer, porque la doctrina que predicaba la habia recibido de Jesucristo: *Ego enim accepi á Domino quod et tradidi vobis*, y de Jesucristo que es la fuente de la verdad no podia emanar la mentira; pero le asaltó el escrúpulo, de que viviendo aun en el mundo algunos apóstoles capaces de juzgar de sus revelaciones y doctrina, no las habia espuesto, ni sujetado á su juicio. Esto le hizo solícito y cuidadoso y no se aquietó hasta que fue á Jerusalem á conferir personalmente con san Pedro las verdades que iba promulgando á los pueblos, y á sujetarlas á su aprobacion y juicio, *ne forte*, como dice él mismo (1), *in vacuum currerem, aut cucurrissem*.

Convengamos, pues, en que Dios, segun el sentir y lo que los santos padres nos enseñan y lo que ellos practicaron, quiere que nos sometamos y sujetemos á sus ministros y los consultemos y tomemos por nuestros directores y guias en el camino de la virtud y la ciencia de salvar nuestras almas y servir á Dios.

Tampoco faltan razones que nos persuaden y convencen de esto mismo. No hay arte, ciencia, ni facultad que se aprenda sin maestro en este mundo, aun en aquellas que son mas fáciles y mas comunes. En todas es necesario la enseñanza y direccion de algun artifice para el que los quiera aprender. Pues mucho mas debe serlo para aprender el

(1) Ad Gal., cap. 2, v. 2.

arte tan árduo, tan difícil y tan sublime de caminar con acierto en el camino de la perfección cristiana, y la ciencia de salvar nuestras almas. Pasa mas adelante san Gerónimo y dice: que no solo los hombres no aprenden sin magisterio, sino que ni aun los brutos, aunque privados de razon y de habla, no ejercitan sus operaciones sin algun magisterio y tienen conductores y guias de quienes se dejan regular en el modo de obrar que les es propio. Así vemos que las ovejas siguen á su cabeza, las abejas á su rey, las grullas á su capitana; y concluye exhortando con estos y otros ejemplos á Rústico, á que no viva á su arbitrio, sino que arregle con la obediencia á algun sabio director todas sus acciones interiores y exteriores.

La necesidad de asegurarnos de las ilusiones y engaños del demonio, es otra razon que nos persuade la utilidad y conveniencia de elegirnos y sujetarnos á un confesor que nos dirija. No hay arma de que el demonio no se valga para perder á las almas aun devotas y deseosas de lograr su salvacion, con mas esperanza de triunfar, que inclinándolas á quererse regir por sí mismas sin dependencia ni consejo de un director que las encamine. Debemos convenir en que el demonio no siempre nos tienta incitándonos al mal, sino que muchas veces nos tienta estimulándonos al bien con la mira de lograr nuestra ruina. El maligno Satanás se transfigura frecuentemente en ángel de luz, como nos dice el apóstol. Incita á unos á penitencias desmedidas para que pierdan la salud del cuerpo y no puedan ir adelante en el camino de la perfeccion. A otros enciende con un celo indiscreto para escitar discordias. A otros con una caridad y amor enteramente carnal y terreno para apartar-

los de su vocacion. Se vale en fin, de mil engaños y ardidés, y cuando pensábamos que íbamos á llegar á la perfeccion por las obras que ejecutábamos, por el rigor, por la limosna, por la piedad con nuestros padres, venimos á parar en enredarnos de nuevo en las pasiones, los vicios y afectos carnales que tanto debemos detestar. El remedio eficaz para no caer en estos lazos que todos los días nos arma el demonio es tener un director, manifestarle con humildad el estado de su alma; sus afectos, inclinaciones y deseos, y dejarse gobernar por sus consejos.

Por otra parte, y es otra razon que nos convence de la verdad que voy probando; se encuentra una grande dificultad en conocer y en ejercitar las verdaderas virtudes, y especialmente los que no las han practicado y estan en los principios de su conversion es preciso que hallen mas. La virtud está puesta en el medio de dos extremos. Un poco que decline ó al extremo de lo mucho ó al extremo de lo poco, ya comienza á participar del vicio. ¡Qué difícil es conocer este camino medio, ya por causa del amor propio que siempre nos lisonjea é inclina á lo que nos es favorable; ya por razon de las pasiones, que ofuscándonos el entendimiento nos hacen ver las cosas al contrario de lo que son y con sus movimientos nos impelen á los excesos! Preciso es recurrir á un guia y director que mire las cosas con ojos limpios y desapasionados, nos enseñe cuál es el camino derecho, y á pesar de nuestras concupiscencias nos haga caminar por él. No debemos fiarnos en que lo que obramos ó queremos obrar es bueno, porque no evitamos con esto el peligro conduciéndonos por nosotros mismos; pues que las mismas obras santas que nos pueden conducir á la

perfeccion, nos pueden llevar al precipicio si no se practican con el modo debido. ¿Cuántos se han arruinado por un fervor indiscreto? ¿Cuántos se han encallado en la ceguedad y disolucion, y no solo no han ido adelante, sino que han vuelto atras á la vida primera, y muchos aun á una vida peor? ¿A cuántos aun las mismas consolaciones espirituales y los mismos dones de Dios les han sido ocasion de precipitarse? ¿A cuántos los mismos ayunos, las mismas vigiliass, la misma maceracion de la carne practicada indiscretamente y sin direccion, han sido impedimento para la misma perfeccion á que aspiraban con tales austeridades? Para no dar en algun extremo ni andar mas ni menos de lo que conviene; para no pararnos caminando poco, ni cansarnos y no poder seguir despues por andar mucho al principio, sujetémonos á lo que nos prescriba un confesor que sea depositario de nuestra conciencia, y tome á su cargo nuestra direccion.

El mundo impío y libertino, el mundo que quiere abrir de par en par las puertas á la relajacion y dejar á los hombres sin freno, sin remedio y sin consuelo se esfuerza en propalar la dureza, la inhumanidad, la tiranía de la Iglesia, en consentir y exigir la confesion sacramental, y condenar al hombre á que manifieste sus flaquezas y sus defectos á otro hombre. Pero, sin detenerme ahora á impugnar semejante impiedad y delirio, ¿de cuánto consuelo sirve al pecador desahogar su pecho en el seno de su confesor y dejar allí sus inquietudes, sus agitaciones, sus remordimientos y traer una paz envidiable? ¿De cuánto gozo y consuelo es para el justo salir de sus dudas, hallar el acierto, recibir los consejos y lograr una seguridad para sus re-

soluciones, que no hallaba en sí mismo? ¿Qué satisfaccion no halla el penitente en oir á su confesor y aceptar los medios de salud y de perfeccion que le propone? Sea pues el que fuere el aspecto bajo el que queramos considerarlo, hallaremos que es útil y aun necesario el elegir un director espiritual y someternos á su régimen si queremos conservarnos fieles á Dios y caminar adelante en su servicio y obrar con seguridad y sin temor de perdernos,

No puedo menos de lamentar ahora un mal de terribles consecuencias, y en que comunmente se incurre. La mayor parte de los cristianos, aun entre los que pasan por piadosos y devotos cuando tratan de elegir un confesor que dirija sus conciencias, ó eligen sin discrecion ni conocimiento á cualquiera, ó buscan uno que sea condescendiente con sus falias, conforme á su genio, á sus inclinaciones, que no les moleste, y los conceda y permita cuanto quieran. El confesor es nuestro juez, nuestro médico y nuestro maestro. ¿Elegiremos para que sentencie nuestros pleitos un juez inesperto ó apasionado? ¿Nos valdremos para curar nuestras enfermedades corporales de un médico poco acreditado, y tomaremos por maestros para aprender las ciencias ó artes á los que no nos conste que saben enseñarlas y hayan enseñado á otros? Pues ¿qué importa, dice san Basilio, que hayas renunciado las vanidades del mundo, si despues de eso escoges por guia á un ciego, que en lugar de conducirte á la perfeccion te lleva á desbarrancarte consigo en un precipicio? Para atender á las necesidades y direccion de nuestras almas, no debemos ser menos solícitos y escrupulosos que para atender á nuestras necesidades corporales, sino mucho mas. El que desee el bien y aprove-

chamamiento de su alma, debe elegir un confesor que tenga doctrina y ciencia para que conozca los errores en que pueden caer las almas fieles y sepa aplicar los oportunos remedios: que sea virtuoso para que tenga celo y procure los adelantos espirituales de los que dirige, y que tenga experiencia y sepa lo que debe aplicar y aconsejar en los casos particulares. Pero para que la doctrina, la bondad y la experiencia del confesor sea útil al penitente, es preciso que este le franquee su corazon. No basta que descubra sus pecados y faltas morales en que incurra por su fragilidad el que desea conservarse fiel á Dios y adelantar en su servicio, debe descubrir tambien sus pasiones interiores, sus inclinaciones, los pensamientos y afectos desordenados de su corazon, para que el confesor se instruya y pueda dar al penitente una buena direccion y un oportuno remedio. Debe portarse como un enfermo con el médico que la asiste, que le descubre, no solo su mal principal, sino todos los achaques que le aquejan, todas las incomodidades que experimenta, todos los efectos que experimenta con las medicinas que toma. Es preciso que descubra al confesor todas las tentaciones del demonio que sienta, por horrendas, impías y vergonzosas que sean, no solo para que le instruya acerca del modo de vencerlas, sino para quitar las fuerzas, desanimar y poner en fuga á los espíritus malignos, que son como los ladrones, que en viéndose descubiertos huyen. El demonio queriendo engañarnos, dice san Ignacio en sus Ejercicios espirituales, usa con nosotros de aquellas artes que suelen practicar los jóvenes disolutos para engañar á una casada ó doncella honesta y traerla á su voluntad. Nada temen mas, ni de nada se guardan tanto, como de que

descubra á su marido ó á sus padres las palabras , tratos y confianzas que pasan entre ellos. Si estas lo llegan á hacer saber á su marido ó á sus padres desesperan de conseguir su intento y desisten de él. Así el demonio , queriendo engañar á un alma , se vale de todas sus astucias y emplea todos sus esfuerzos para que no descubra á su confesor sus tramas , porque sabe el malvado , que en descubriéndose quedan echadas por tierra todas sus máquinas.

Reconozcan su necesidad y su peligro tantos que en habiendo cometido alguna falta extraordinaria buscan un confesor desconocido porque no sepa su defecto su propio confesor , por no perder el concepto que tienen con él , por no sufrir una repension mas fuerte de lo acostumbrado , por una vergüenza sugerida por Satanás; y contemplen que no se portarian así con su médico corporal , ni deben obrar de esta manera si desean salvar su alma y vencer á su enemigo el demonio. ¡ Cuántos , y cuántas hay tambien que se glorian de tener un buen director espiritual y comunican con él sus asuntos domésticos , sus empresas temporales , sus negocios de familia , y comercian , puede decirse así , con este tráfico para lograr , no los adelantos de su alma , sino las buenas recomendaciones , los empeños , los destinos , la colocacion de su familia , las limonas y los adelantos temporales y terrenos ! ¡ Cuántos que se aficianan tan tenazmente á su confesor que apenas se diferencia su passion de una passion carnal , y no se resignarian tal vez , si hubieran de perderle y tuvieran necesidad de elegir otro !

Huid , hermanos míos , de estos y otros escesos que se lamentan entre las personas devotas. No presumais jamás dirigiros por vosotros mismos en la difícil ciencia de adqui-

rir la salvacion eterna, de santificaros y saber servir y agradar á Dios. Puesto que la eleccion de un confesor y director sabio y virtuoso es un medio tan útil, tan necesario y tan acertado para caminar con seguridad, disponed elegirle y sujetaros á él en todo, como enseña el gran maestro de la vida espiritual, san Francisco de Sales. Depositad en él vuestra conciencia comunicándole cuanto os pasa en ella como un enfermo refiere todos sus achaques y sus alternativas al médico que le asiste. No abuseis de este recurso, que todo debe ser espiritual sin mezcla de miras temporales. No os avergonceis de manifestarle las flaquezas en que incurrais, y aun las caidas que tengais por vergonzosas que sean. El demonio os temerá y huirá de vosotros si vivís con este esmero. En vuestro director hallareis un padre, un amigo, un buen consejero, el alivio de vuestras inquietudes, hallareis á vuestro mismo Dios, que es á quien representa; consultadle, oidle, obedecedle y seguidle con recatitud en el camino que os conducirá por fin al cielo.

F. L. G.

PLATICA XXVI.

Frecuencia de los Santos Sacramentos.

Ego veni ut vitam habeant, et abundantius habeant.

JOANN., CAP. 10, V. 10.

No creo que sean necesarios grandes esfuerzos, mis amados hermanos, para manifestaros que la frecuencia de los santos sacramentos, especialmente de la confesion y comunion es un medio muy seguro y proporcionado para conservarse en la vida de la gracia y para adelantar en el camino de la perfeccion cristiana. Jesucristo vino al mundo para darnos la vida espiritual y una vida abundante, como nos lo dice por san Juan: *Ego veni ut vitam habeant, et abundantius habeant.* Y los medios que estableció para comunicarnos esta vida y conservarnos en ella fueron los santos sacramentos. La vida espiritual del alma, como sabeis todos, consiste en la gracia santificante por la cual participa-

mos del ser de Dios y comenzamos á vivir en el órden sobrenatural una vida divina. Esta gracia se nos comunica por primera vez en el bautismo, y cuando despues quedamos privados de ella por el pecado, se nos comunica de nuevo por la penitencia; y por los otros sacramentos, como que ya estamos en posesion de ella se nos aumenta. Por los sacramentos nacemos, crecemos, nos fortificamos, nos conservamos y robustecemos en la vida de la gracia, y siendo así, no admite duda que el frecuentarlos, especialmente el de la penitencia y el de la comunión es usar los medios establecidos por el mismo Jesucristo para preservarnos del pecado, conservarnos en su gracia, y adelantar en su santo servicio.

Voy, no obstante lo manifesto y patente de este asunto, á recordaros los medios que nos suministran los dos sacramentos de confesion y comunión para que aficionándoos á frecuentarlos logreis crecer en la gracia y el fruto que deseo, que es el que permanezcais fieles á Dios y firmes en los propósitos que habeis hecho en estos santos ejercicios, sin que jamás vuelvan á venceros vuestros enemigos.

Pureza de conciencia; he aquí el término y á lo que se encaminan todos los esfuerzos de una vida cristiana: á tener una conciencia pura, esenta de toda mancha, de toda imperfección y defecto. Esto es lo que nos dispone para unirnos con Dios y para verle y gozarle porque no podremos verle ni gozarle mientras tuviéremos manchada nuestra alma. *Beati mundo corde quoniam ipsi Deum videbunt.* Pues esta pureza de conciencia y limpieza de corazón la conseguimos por la confesion sacramental de nuestras culpas. Es verdad que mientras caminamos sobre el lodo de la tierra, mien-

tras vivamos en este mundo no podremos lograr una esencion total de cualquier pecado, de cualquier falta y defecto. Jesucristo y su Santísima Madre han sido los únicos privilegiados en el mundo que no han tenido ni aun sombra de pecado, pero ningun otro ha sido tan puro y tan blanco que no haya contraído alguna mancha, y faltaríamos á la verdad si dijésemos lo contrario: *In multis offendimus omnes.*

No podemos vivir esentos de toda culpa; pero podemos vivir con cautela para no mancharnos y limpiarnos frecuentemente de toda mancha contraída, y en esto consiste la pureza de conciencia que podemos tener en este mundo. Pues estos son cabalmente los efectos de la confesion sacramental, y cuanto mas la frecuentemos mas bien y mas copiosamente lograremos sus frutos. Por la confesion bien hecha se limpia nuestra alma de toda suciedad. En este sacramento se baña el alma toda en la sangre de Jesucristo y queda libre de toda enfermedad, de toda dolencia y de toda mancha, porque tiene virtud para curarlas todas y hacerla mas blanca que la misma nieve. *Dios es fiel en sus promesas*, nos dice el discípulo amado, *y si nosotros confesamos nuestros pecados nos los perdonará y hará á nuestras almas limpias, imaculadas y puras.* La confesion tambien nos hace cautos y cuidadosos para no caer en las culpas pasadas y volvernos á manchar incurriendo en los defectos que confesamos y de que nos arrepentimos. *Quæ enim secundum Deum tristitia est, pœnitentiam in salutem stabilem operatur.* Produce efectos estables de salud la penitencia sobrenatural que proviene de Dios, dice el apóstol. Lleva consigo el reconocimiento y la enmienda. Los mismos actos indispensables de apartarse de los defectos, los mismos propósitos y resoluciones de enmen-

darse seriamente que se hacen en la confesion, despegan al alma del afecto á las faltas cometidas y la hacen atenta, cauta, y circumspecta para no recaer. La gracia especial que se da en este sacramento comunica una fuerza y virtud sobrenatural para resistir á las inclinaciones desordenadas de la naturaleza y á las sugestiones engañosas de nuestros enemigos infernales conforme á lo que enseña el angélico doctor santo Tomás (1). *In pœnitentia invenitur specialis ratio actus laudabilis, scilicet operari ad destructionem peccati præteriti.* Que la penitencia tira á destruir el pecado para que no vuelva jamás, en cuanto está de su parte, ni se reproduzca en nuestras almas. El mismo confesor tambien que ve nuestras faltas nos ayuda á preservarnos de ellas con sus exhortaciones y consejos; dándonos los remedios oportunos, y enseñándonos los medios de que debemos usar y que pueden ayudar mucho á nuestra enmienda. Así es, que el alma con el uso frecuente de este sacramento no solo consigue purificarse de las imperfecciones cometidas, sino que tambien se hace atenta y vigilante para no cometerlas en lo venidero. Se limpia todo lo posible de sus manchas y adquiere una vigilancia y esmero para no mancharse mas, que es en lo que consiste la pureza de conciencia y limpieza de corazon.

Aficionaos pues, al uso frecuente del sacramento de la penitencia, si deseais ser puros, y conservaros en el temor de Dios y adelantar en su santo servicio. Recordad que así como las medicinas corporales usadas raras veces traen algun alivio, pero repetidas con frecuencia dan la salud; así

(1) 3. p. q. 26, art. 2.

la confesion hecha rara vez produce en el alma efectos saludables, pero practicada frecuentemente engendra la perfeccion, la pureza posible y necesaria para ver á Dios que es á lo que debemos aspirar.

No digais que confesados ya repetidas veces de vuestras culpas, no teneis por la misericordia de Dios, sino las imperfecciones ordinarias que son dificiles de arrancarse y dificil por lo mismo el formar un propósito eficaz de la enmienda como se requiere para que recaiga sobre ellas la absolucion sacramental. No priveis á vuestras almas por esto de un bien tan grande como se las dispensa en este sacramento. Es verdad que por él recibe el alma la gracia si la ha perdido, que es el efecto de su institucion; pero si no la ha perdido, si no está privada de la gracia de Dios, por la absolucion sacramental recibe aumento de gracia, un grado de gracia santificante, un bien superior á todo cuanto se estima en la tierra, un don que él solo bastaria para hacer al alma eternamente bienaventurada y proporcionarla aumentos de gloria. La penitencia, tambien, así como todos los sacramentos de la Iglesia, dan fuerzas por medio de la gracia sacramental y sirven de remedio para no recaer en las culpas pasadas, como enseña santo Tomás. *Est autem omnibus sacramentis commune, quod per ea exhibeatur aliquod remedium contra peccatum, per hoc quod gratiam conferunt.* ¿Por qué habeis de privaros de estos tesoros con que pudiérais enriqueceros abundantemente? ¿Por qué habeis confesado ya vuestras culpas, y no hallais sino faltas ligeras fundadas mas que en vuestra voluntad, en vuestro temperamento y en la propension de la naturaleza? Pero san Carlos Borromeo; san Ignacio de Loyola, san Francisco de Borja y otros grandes

siervos de Dios se confesaban cada dia; cada dia recibian la absolucion sacramental, y sin embargo es cierto, que no todos los dias cometian faltas que pudiesen ser materia de la absolucion. Basta acusarse de algun pecado de la vida pasada para asegurar el valor del sacramento, y aunque no haya culpa grave ni el penitente la haya cometido jamás, arrepentirse eficazmente de algun pecado venial. Con esto puede recibirse la absolucion y con ella nuevas gracias que nos sostienen y confortan en el servicio de Dios.

Diré tambien que la frecuente confesion nos pone en el caso de examinarnos mas, y por lo mismo, de conocernos, de penetrar nuestro espíritu, de registrar nuestras imperfecciones, de juzgarnos y acusarnos, y librarnos así de la severidad y de los castigos del juicio de Dios segun la sentencia del apóstol: *Quod si nosmetipsos didicavimus, non tunc judicavimus.*

La comunión frecuente es el otro medio para preservarnos del pecado y conservarnos puros y aun para caminar y adelantar en la perfeccion cristiana. ¿Cómo es posible que yo pueda en los estrechos límites de una plática recordaros los efectos prodigiosos de este augusto sacramento? Si todos nos comunican la gracia y en todos se nos transfieren los dones de Dios, en ninguno es con tanto aumento y tanta prodigalidad como en la sagrada comunión, porque aquí es el mismo Jesucristo en persona el que viene á comunicárnoslos y nos los da á manos llenas. Sucede lo que cuando un monarca hace una limosna por su propia mano, que siempre es mas copiosa y mas espléndida que cuando la hace por mano de sus ministros. Pues siendo tantas las gracias que se nos comunican en la comunión, no podremos

dudar que el frecuentarla es un medio seguro para hacernos virtuosos y santos.

A este sacramento se ordenan todos los demás; para eso recibimos el bautismo y la penitencia, para poder llegar á recibir la comunión, que es la fuente copiosísima de donde mana toda la santificación y perfección de las almas, porque con ella y por ella se unen con Dios, que es el fin para que han sido criadas y es todo el bien que pueden apetecer. *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem in me manet et ego in eo.* Se nos da en este sacramento el mismo Dios por modo de comida y alimento de nuestras almas, pero hay esta diferencia entre los manjares terrenos y este manjar celestial, que comiendo nosotros los manjares corporales los mudamos y convertimos en nuestra sustancia propia con nuestro calor corporal y recobramos así las partículas que insensiblemente se evaporan de nuestros cuerpos. Pero el manjar que se nos da en la comunión con el calor sobrenatural que enciende en nuestros corazones, nos muda en su divina sustancia y de hombres miserables que somos, hace que seamos otros tantos dioses por la unión del Verbo humanado que contiene en sí. *Qui manducat me et ipse vivet propter me.* ¿Habeis reflexionado lo que hace el fuego embistiendo á una tabla, una viga ó un tronco? Primeramente la calienta, despues la inflama, y desterrando todas las calidades contrarias de humedad y de frialdad al fin lo convierte en su sustancia y lo llega á hacer otro fuego semejante á sí. Pues así, dice san Dionisio Areopagita, obra Jesucristo en la santísima Eucaristía. Primeramente calienta nuestras almas con el calor suave del santo amor; despues, desterrando poco á poco las calidades contrarias

de las culpas ligeras y de las afecciones terrenas las enciende en la caridad, las transforma en sí mismo y las hace como otro Dios por amor. ¿Cómo dejará de ser un medio principalísimo para conservarnos fieles á Dios la sagrada comunión, cuando tan íntimamente nos une con él y nos transforma en él.

El sacramento de la Eucaristía, dice mi angélico doctor santo Tomás, se nos da por modo de comida y de bebida, y así produce en el alma aquellos mismos efectos que la comida y bebida corporal produce en los cuerpos: y como esta sustancia, hace crecer, deleita la vida del cuerpo y la separa de lo que la es contrario, así hace lo mismo la santísima Eucaristía respecto á la vida espiritual del alma. La sustenta para que no perezca, la separa de sus contrarios que tiran á destruirla, la aumenta y acrecienta, y la deleita y recrea. La mantiene y sustenta en la vida del alma para que no perezca. Ha querido nuestro Redentor, dice el santo Concilio de Trento, que recibamos este sacramento como manjar que alimenta nuestras almas y las conforta para vivir con su misma vida. Como el manjar terreno libra de la muerte á nuestros cuerpos que sin él perecerían, así el sacramento de la Eucaristía libra al alma del pecado grave que es su verdadera muerte: y no solo la libra del pecado mortal, sino que la aleja también del pecado venial, que es la disposición mas próxima que puede darse para su muerte. Obra en nosotros el sacramento del altar, dice el padre san Bernardo, estos dos saludables efectos: aparta de nosotros todo consentimiento á la culpa mortal y disminuye la inclinación á las culpas pequeñas con lo que nos abstenemos con mas facilidad y mas raras veces caemos en

ellas: *Duo illud sacramentum operatur in nobis, ut videlicet sensum minuat in minimis, et in gravioribus peccatis tollat omnino consensum* (1).

La sagrada comunión separa al alma de sus contrarios, que como enemigos de la vida espiritual tiran á su destrucción. Estos contrarios son nuestras pasiones con sus impulsos y movimientos desordenados y los demonios con sus engaños y sugestiones. La frecuente comunión reprime y aparta de nosotros á unos y á otros. Estando Jesucristo dentro de nosotros, dice san Cirilo Alejandrino, estingue las pasiones de nuestro ánimo, reprime las inclinaciones desarrgladas de nuestros miembros que tiranizan al espíritu, y corrobora la devoción y piedad. Aun cuando este sacramento, dice santo Tomás nuestro maestro, no se ordena directamente á disminuir y apagar el fomite de la concupiscencia, con todo eso, lo templa y disminuye de hecho, enciende el fervor, avivando la devoción y acrecentando el ardor de la caridad. Si alguno de vosotros, decía el padre san Bernardo á sus monjes, no siente tan vivos los movimientos de la ira, de la envidia, de la lujuria y de los otros apetitos, dé gracias al cuerpo y sangre de Jesucristo que recibe en la mesa de la eucaristía, porque en él obra manifestamente la virtud de este sacramento. Los demonios también viéndonos unidos é incorporados con Jesucristo nuestra cabeza y nuestro invencible capitán, temen, huyen amedrentados y cesan de molestarnos con sus sugestiones. *Repellit omnem demonum impugnationem*, dice de este sa-

(1) Sermon de Bapt. in Crón. Dom.

cramento el doctor angélico. Y si se atreven á tentarnos sus tentaciones tienen poca ó ninguna fuerza para vencer-nos, porque estando con Jesucristo, alimentados y robustecidos con su santísimo cuerpo y sangre estamos fuertes y vigorosos para resistir. Hace el enemigo infernal con nosotros lo que un general de ejército con sus enemigos; si los ve débiles toma ánimo para asaltarlos, pero si los ve con-federados con un general mas fuerte que él y con un ejército mas poderoso que el suyo, teme y se retira, ó si acomete lo hace con menos atrevimiento y con mas desconfianza.

Acrescienta y aumenta la frecuente comunión la vida del alma. Así como nuestro cuerpo con las fatigas y ocupaciones se disipa y consume y se destruiria lentamente si no se reparase esta continua pérdida con el alimento, así con las ocupaciones y afanes que nos rodean se enfria en nuestras almas la caridad, se disipa el espíritu y se van perdiendo los sentimientos de devoción. Preciso es reparar estas pérdidas de nuestras almas alimentándolas, y Dios nos ha provisto de alimento en el manjar de la Eucaristía que calienta los sentimientos entibiados, enciende el fervor de la caridad y hace la vida del alma mas fuerte y mas robusta que antes. Se nos da el cuerpo, la sangre, el alma, la divinidad de Jesucristo y con él todos los dones y prerogativas; cuanto ha menester un alma para enriquecerse de todo un Dios que siendo Dios no pudo darnos mas que dárseos á sí mismo; y así podemos asegurar, no solo que la comunión alimenta y corrobora la vida del alma, sino que la aumenta y hace crecer abundantemente á proporcion de las gracias que se la confieren cada vez que se acerca á recibirla.

Este maná del paraíso hace sentir á las almas devotas y

bien dispuestas un placer, una dulzura y suavidad, unos deleites espirituales que las satisfacen plenamente y las dejan con desapego y náusea de todo otro deleite terreno. Alguna vez redunda en lo exterior y se ve á algunas almas devotas llenas de un placer inesplicable despues de la comunión, que sienten en su paladar una dulzura que no puede compararse con la de las viandas mas sabrosas, y siempre comunica en los que la reciben dignamente una paz interior, una luz que da á conocer las verdades santas, una inclinación á la virtud, una prontitud para practicarla y un gusto para todo lo que sea en servicio de Dios.

¿Qué es necesario mas, ni para qué alargarme sobre unas verdades que podeis experimentar? Frecuentad, pues, la confesion y la sagrada comunión si deseais mejorar de vida y adelantar en el servicio de Dios. ¿Quereis no decaer del fervor en que os habeis inflamado en estos ejercicios, que no se entibien vuestros propósitos, que no se os sobrepongan vuestros enemigos, que perseveren sujetas vuestras pasiones y que crezca y se robustezca vuestra alma en la vida espiritual que habeis comenzado? Pues frecuentad la comunión y todo lo lograreis alimentándoos con el pan de la vida. Hallareis una vida abundante que os ofrece el mismo Jesucristo: *Ego veni ut vitam habeant, et abundantius habeant*. Acercaos á la mesa santa con aquella frecuencia que os ordene vuestro confesor y por este medio caminareis con velocidad y lograreis las fuerzas y virtud necesaria para ser cristianos perfectos y despues bienaventurados en el cielo. Amen.

F. L. G.

PLATICA XXVII.

SOBRE LA NECESIDAD Y EFICACIA DE LA ORACION.

Con la oracion todo lo podemos y alcanzamos.

Sine intermissione orate.

THESSAL. I, C. 5, v. 17.

Verdad es que nuestro benignísimo Señor nos da con liberalidad muchos dones en el orden de la naturaleza y de la gracia sin que se los pidamos: pero tambien es cierto que hay otros muchos que no quiere concederlos su divina Magestad sin que se los pidamos. Dios quiere que reconozcamos nuestra flaqueza, y que pidiéndole lo que necesitamos, vengamos en conocimiento de que todos los bienes que tenemos y podemos tener nos vienen de su mano poderosa. Por eso se nos repite en el libro de la ley que acudamos á Dios en todas nuestras necesidades. *Clama ad me*, nos dice Dios

por Jeremías (1) : *Petite, quærite, pulsate*, nos dice por san Lucas (2) : *Vigilate et orate*, hace decirnos por san Mateo (3) : *Non impediaturis orare semper*, nos encarga por el Eclesiástico (4), y *Vigilate in orationibus*, nos dice san Pedro (5). Clamad, pedid, llamad, velad en oraciones: no os dejeis impedir para la oracion: orad de dia, de noche, á todas horas y en todos tiempos; *sine intermissione orate*, nos dice san Pablo. Para moveros á este ejercicio de orar me he propuesto hablaros en este breve rato de la necesidad de la oracion y de su eficacia por los méritos y promesas de nuestro Señor Jesucristo.

Todos los santos padres afirman que nos es necesario orar. San Basilio compara la oracion con la comida, sin la cual no podemos vivir mucho tiempo. San Juan Crisóstomo la asemeja con la respiracion, y es de sentir que las súplicas á Dios nos son tan necesarias como el alma al cuerpo. Quitésele al cuerpo la comida, la respiracion y el alma, ¿cómo quedará? Pues esta es la imágen de los que no quieren alimentarse con la oracion. Consideremos los peligros y necesidades de nuestra vida; computemos si es posible las enfermedades, los dolores, las traiciones, los venenos, las infamias, ingratitudes, injusticias, calamidades y otros mil y mil acontecimientos, que llaman desgracias los mun-

(1) Jerem., c. 33.

(2) Luc., c. 22.

(3) Math., c. 26.

(4) Eccles., c. 18.

(5) Pet., c. 4.

danos, á que estamos espuestos, y no olvidemos las ansiedades, tristezas, remordimientos y aflicciones de nuestro espíritu: hagámonos cargo de que ni nuestra prudencia puede preverlo todo, ni nuestro poder es tal, que aunque alcanzáremos á prevenirlo, tiene virtud y fuerza para evitar ó reparar los males que pueden sobrevenirnos, y nos venceremos plenamente de la necesidad que tenemos de pedir y suplicar al Omnipotente que nos manda pedir para darnos y concedernos todo lo que le pedimos. Mas todavía: ¿de cuántas cosas tenemos necesidad para comer, vestir y vivir según el estado en que nos ha colocado la divina Providencia? Ni nosotros podemos conocer todo lo que nos es conveniente, ni nuestras fuerzas son bastantes para conseguirlo. *La oracion*, dice el Crisóstomo, *nos libra de grandes peligros* (1), añadiendo que es cosa clara y manifiesta á todos, ser absolutamente imposible el vivir felizmente sin el refugio de la oracion. Mi padre san Bernardo, despues de haber enumerado las muchas adversidades á que estamos sujetos sobre la tierra, concluye así: *Por esto os ruego, hermanos míos, que tengais siempre á la mano el segurísimo auxilio de la oracion* (2). Así lo han hecho desde el principio del mundo todos los santos que se nos proponen como modelo y ejemplar para que los imitemos y nos salvemos como ellos. Enoc enseñó públicamente á invocar á Dios. Abraham rogó por Sodoma, y Moisés por su pueblo. Isaac pidió por Rebecca que deseaba tener hijos, y Aña y Sara

(1) S. Chrisost., I. I de orando.

(2) S. Ber., serm. 5 in fer. á ciner.

por sí mismas. El yerno de Jetro oró por su hermana enferma, y Ezequías por sí mismo en el lecho de la muerte. Elías oró y cerró los cielos para que no lloviese; volvió á orar y el cielo abrió los tesoros de las lluvias que necesitaba la tierra. En inundaciones tempestuosas se encomendó el pueblo á las oraciones de Samuel y de Neemias. En la guerra oraron David, Josafat y los Macabeos. Judit y Ester con sus oraciones libraron al pueblo santo de los mayores conflictos. Susana en la mas atroz calumnia, Daniel en el lago de los leones, sus compañeros en las llamas del horno de Babilonia, y Jonás en lo profundo del mar sepultado en el vientre de un monstruo marino, oraron, y el Señor, que es rico con todos los que le invocan, los escuchó benigno y les dió en su misericordia todo lo que le pidieron.

Descendamos ahora á nuestro estado particular. ¿Quién no tiene necesidad de sabiduria y de prudencia para gobernarse bien en su destino? Pues nadie las tendrá si no las pide á Dios con humildes ruegos. *Si alguno de vosotros, dice Santiago, necesita de sabiduria, pídasela á Dios, que á nadie impropera y á todos da asfuentemente* (1). Los apóstoles, los mártires, los confesores, las sagradas vírgenes y los santos todos iluminados por el Señor, ¿no oraron sin intermision, como lo encarga el apóstol? Bien lo sabeis. Pero sobre todo el ejemplo que mas debe movernos es el de nuestro Señor Jesucristo. No tenia necesidad de orar, porque tenia como Dios un poder infinito, superior á todos los males y calamidades posibles, y sin embargo, á cada pa-

(1) Jacob., c. 1, v. 5.

so encontramos en el Evangelio que su santísima humanidad recurria á la oracion, en el templo, en la mesa, en los montes, en los campos, en los mares, en el poblado, en el desierto y en el Tabor, como en el Calvario. De dia, de noche, en todo lugar y en todo tiempo oró nuestro Redentor y Maestro para enseñarnos á orar sin intermision. Él podia mandar; pero quiso orar para que aprendiésemos á pedir y suplicar en todas las ocasiones al Dios que nos asegura todo lo que le pidamos, si sobre todo buscamos el reino de los cielos. ¿Podríamos negarnos á orar despues de ver, como nos lo enseña y manda el Maestro celestial, que quiere llevarnos á la gloria por los caminos que él mismo nos allanó? Si es natural que los hijos sigan al padre, y los ministros no se aparten de las instrucciones y ordenanzas de su Señor, ¿no deberemos orar habiendo orado y mandándonos orar nuestro Señor Jesucristo, en cuya escuela estamos matriculados? No trato, hermanos mios, de demostraros verdades que vosotros predicais á cada paso á los fieles, convencidos de su necesidad y conveniencia. Pienso en escitaros y escitarme á la oracion cuyo ejercicio puede hacernos dignos ministros del Señor á quien servimos. Para esto no será fuera de propósito el que reflexionemos, que si la oracion nos es tan necesaria para conseguir las cosas de acá abajo que importan tan poco, nos es necesarísima para las espirituales que nos importan mas que todo. *La oracion*; dice el angélico doctor, *nos es necesaria para arribar al cielo* (1). Si alguno se halla en pecado mor-

(1) S. Thom., 3, 39, 5.

tal ¿no tiene absoluta necesidad de recurrir á Dios? Sabed, pecadores, nos dice un ascético, que si estais en pecado sois enemigos de Dios: sabed que no teneis defensa contra él: sabed que es imposible huir de sus manos: sabed que en este momento puede quitarnos los bienes, la honra y la vida, y sepultarnos en los abismos infernales para arder eternamente en ellos. Sabed tambien que su bondad misericordiosa no quiere que perezcais, sino que le pidais gracias contritos y humillados para restituiros á su amistad, llenaros de bienes y llevaros á la gloria. Y siendo esto así, ¿no suplicareis, pedireis ni rogareis á Dios que use con vosotros de piedad y no tome de vosotros la justa venganza que teneis tan merecida? Nada podeis por vosotros mismos; conoceis muy bien la necesidad que teneis de pedir fervorosamente á Dios, que se digne mudaros el corazon, que os dé aquella contricion á que no podeis reduciros, y que os conceda la gracia sin la que es imposible toda obra meritoria. Con que pedid, roga y orad sin intermision, y esperad en el Dios de las misericordias. *No deseais vosotros tanto que Dios os perdone vuestros pecados, como Dios desea perdonároslos*, repite cien veces el Crisóstomo: pero es necesario pedirlo. San Pablo y Sila, presos en una cárcel, hicieron oracion á Dios, y como se dice en los hechos apostólicos, se rompió milagrosamente la prision, se abrieron las puertas y á todos los presos se les cayeron hechas pedazos las cadenas. Procuremos hacer esto mismo nosotros, prosigue el santo doctor (1). ¿Sois prisioneros del pecado?

(1) Chris. hom. 36 in Acc. Ap.

Pues orad, suplicad, pedid y Dios os oirá, y se romperán vuestras cadenas, se os abrirá esa infeliz prision y podreis salir de vuestro mal estado: se os abrirá el cielo y podreis entrar en él.

Pero aunque seais justos, tambien teneis necesidad de recurrir á Dios por medio de la oracion para vencer las tentaciones y perseverar en la gracia. El infernal dragon hace lo posible por derribarnos del feliz estado de la gracia, y si no recurrimos á Dios nos vencerá y logrará su intento. San Pedro dice que nos cerca y rodea á manera de leon para devorarnos; nosotros mismos experimentamos que tira de nuestras almas, que nos atrae y nos lleva hácia la deshonestidad, hácia la ira, hácia la injusticia y hácia el pecado. Nos es, pues, preciso quitarle las fuerzas y vencerlo recurriendo á Dios por medio de la oracion. *Velad y orad*, nos dice Jesucristo, *para no caer en la tentacion*. Ya sabeis que cuando Moisés oraba eran vencidos los amalecitas, y que cuando dejaba de orar eran vencedores los enemigos del pueblo santo. Esto sucedió para que aprendan los cristianos á conocer de dónde provienen sus victorias y sus derrotas en las batallas espirituales. La oracion continuada enflaquece las fuerzas de la tentacion y del tentador. La oracion, dice san Isidoro, es el remedio contra los ardores de los vicios; cuantas veces nos atormentan y nos quieren abrasar con su fuego, otras tantas debemos orar y suplicar, porque la frecuencia de la oracion apaga los incentivos de la tentacion (1). Aun cuando tuviérais la dicha de gozar

(1) S. Isid. de sumo bono, l. 3, c. 8.

de una paz tan tranquila que no sintiérais los ataques de tentacion alguna, sin embargo, tendríais necesidad de recurrir á Dios en la oracion para alcanzar la perseverancia final, esto es, el gran bien de morir en gracia: bien sin el cual todo nuestro trabajo es perdido. Este morir en gracia bien sabeis que es un puro don que no podemos merecerlo. Pero los dones que no pueden merecerse obrando, dice san Agustín que pueden conseguirse suplicando. Oremos, pues, supliquemos y digamos á nuestro Dios:

Dios mio: conozco la gran necesidad en que me hallo de recurrir á vos para recibir la gracia si la he perdido; para no perderla si la tengo; para vencer las tentaciones que me asaltan y para perseverar hasta el fin en vuestra amistad. Estoy resuelto, Señor, á invocaros en todos los dias de mi vida, y á confesar que no hay bien que no se alcance con la oracion, como se ve en su prodigiosa

EFICACIA.

La infalibilidad de alcanzar por medio de la oracion todo lo que pedimos á Dios, no se funda en nuestros méritos, sino en los de nuestro Señor Jesucristo, aceptados por el Eterno Padre con promesa [y pacto de que pudieran servir para nosotros. La impetracion que respecto á nosotros es gracia, respecto á Jesus que interpone por nosotros sus infinitos merecimientos, no es gracia, sino justicia. Para nosotros es don gratuito, pero para Jesucristo es merced debida. Nuestras oraciones por sí mismas na-

da valdrian ; mas tenemos quien las valora con un mérito que es infinito. Tenemos por abogado para con el Padre á nuestro Señor Jesucristo , dice el Evangelista (1). Entre otros premios prometidos por el Eterno Padre á la humanidad santísima de nuestro Salvador , fue uno el de concederle cuanto pidiese para nosotros. *Postula á me , et dabo tibi gentes.* Dios puede negarnos lo que le pedimos , pero presentándose en favor nuestro el Redentor benignísimo de nuestras almas , todo se nos concede. Así nos lo asegura nuestro divino Maestro repetidas veces. *Cualquiera cosa , dice , que pidiéreis á mi Padre en mi nombre , se os dará. Pedid y recibireis. Todo lo que orando pidiéreis con fe , lo obtendreis. Pedid y se os dará : buscad , y hallareis : llamad , y se os abrirá.* Hasta llega á prometernos , que , si fuere necesario , con la oracion se hará que se muevan y se muden los montes , como se verificó con la de san Gregorio Taumaturgo , que alcanzó que un monte se retirase , y con la de san Aniano , que hizo andar á una montaña á la vista de un rey de Babilonia y de todos sus cortesanos. La ejecucion y cumplimiento de las divinas promesas se ha visto , se ve y se verá entre los fieles hasta el fin del mundo , para que todos entiendan que la eficacia de la oracion es igual á la palabra del mismo Dios. Abrid la Sagrada Historia ; leed en el libro de vuestra religiosa conciencia ilustrada con la luminosa antorcha de la fe , y vereis lluvias conseguidas , granizos disipados , terremotos sosegados , tempestades desechas , batallas ganadas , pestilencias desterradas , enfer-

(1) I. Joan. , c. 2.

mos sanados, mares tranquilizados, peligros de cuerpo y de alma superados, desastres detenidos, y milagros estupendos obrados con el poder y eficacia de la oracion, y de todo esto inferid, que en todas vuestras desgracias, aflicciones y conflictos se os dirige la voz del ciclo que oyó en una calamidad la madre de san Gregorio Turonense. Vió esta piadosa matrona que el vino de su casa se habia convertido en sangre, dándole á entender que todos sus domésticos iban á morir en la gran pestilencia que por entonces affligia á la Auvernia. Lloró, se conturbó, y sumida en abismo de dolor y de tristeza ni aun acertaba á tranquilizar su alma por mas esfuerzos que hacia por conformarse con la voluntad divina: pero en esto oyó una voz celestial que le decia: haz oracion y te librarás: *Ora et liberaberis*. Así lo hizo dirigiéndose al sepulcro de san Benigno, y Dios le concedió todo lo que le pidió librando su casa de todo mal, como en otro tiempo libró á la casa de Raab en Jericó (1). Hagamos cuenta nosotros de que lo mismo se nos dice en cuantos lances puedan ocurrirnos en esta vida. *Ora et liberaberis*. Haz oracion y te librarás. Esto nos lo encarga el apóstol Santiago cuando dice: *¿Tristatur aliquis vestrum? Oret* (2). *Invócame*, dice Dios, *y te libraré* (3). Si Dios está enojado, la oracion lo aplaca, dice Casiodoro (4). Pero para que todo así suceda es necesario

[1] S. Greg., Tauron. apud Sur. in vita san Benig., l. Nov.

(2) Jacob. l.

(3) Ps. 49.

(4) Casiod., in Ps. 50.

que nuestra oracion sea siempre en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, de donde tiene toda su eficacia. Debemos orar sin intermision, porque siempre estamos espuestos á mil peligros de parte de adentro y de fuera, como lo dice el apóstol: pero nuestras oraciones han de ser como las de la Iglesia que jamás deja de interponer los méritos de su divino Esposo, diciendo: *Per Christum Dominum nostrum*. Hagámoslo así; grabemos en nuestras almas las especies que os he indicado en nombre de la sabiduría eterna para probar la necesidad de la oracion y su eficacia por los méritos y promesas de nuestro Redentor amable, y no olvidemos jamás estas palabras de nuestro padre, doctor y maestro inspirado por el cielo: *Sine intermissione orate*. De este modo, en nuestras manos tendremos el poder de Dios, y con él ¿quién podrá vencernos? Nadie; porque la gracia será el alma de nuestras almas, y con ella todo lo superaremos. A la oracion continua, señores respetables, á la oracion continua para pelear, vencer y triunfar como los santos, y merecer como ellos los premios eternos en la gloria que os deseo.

A. M.

PLATICA XXVIII.

SOBRE EL DESPRECIO DEL MUNDO.

*Debemos huir del mundo para ser discípulos de
Jesus y salvarnos.*

Nolite diligere mundum.

I. Joan., c. 2, v. 15.

Que no queramos amar al mundo, sus pompas y vanidades, si queremos pertenecer al reino de Dios, nos dice la sabiduría eterna. Que el mundo es uno de los enemigos mas terribles y poderosos de que se vale el demonio para perdernos, nos lo enseña la fe, para que huyamos de él, y podamos vivir sobria, justa y piadosamente como nos lo encarga el apóstol. Que el mundo no conocía á Jesucristo, y que este divino Señor dijo: *Venit princeps mundi hujus, te*

in me non habet quidquam, son verdades consignadas en los libros santos para nuestra instruccion y doctrina. En fin, que si alguno ama al mundo no está la caridad del Padre celestial en él, y que se hacen enemigos de Dios los amadores de este siglo, son cosas muy sabidas de los que llamados al retiro, como vosotros, quieren unirse á Dios; y merecer la gracia prometida á los que cumplen con sus mandamientos y lo sirven en espíritu y en verdad. Los santos ejercicios en que nos ocupamos por inspiracion divina, ¿no son una condenacion explicita de la ciencia carnal y terrena que tanto aprecian los mundanos, porque deslumbra y engaña á cuantos fijan su vista en las esplendorosas brillanteces con que se adorna y engrie? Vuestra aptitud religiosa y vuestra compostura edificante, ¿no parece que se oponen á la resolucion que he formado de probar la necesidad que tenemos de despreciar al mundo y de huir de sus contagiosos ejemplos, usos y costumbres? Si con vuestra conducta probais, que el mundo os es aborrecible, y la soledad del alma amable, porque en ella escucha Dios, y Dios habla al corazon, lo fortalece y defiende de sus enemigos, ¿á qué vienen mis demostraciones? ¿No sería mejor suponerlas y dar á esta plática otra direccion mas propia y adecuada á nuestras circunstancias? No, hermanos míos, no debe ser así. Nosotros no debemos seguir el espíritu privado, raiz y origen de los extravíos de los hombres. Nuestro oficio no es otro que el de imitar y seguir á los santos padres, dirigidos por el cielo; ellos son nuestros maestros; felices seremos si acertamos á ser sus discípulos. Ellos han clamado contra el mundo, y aun entre las asperezas del desierto han resonado en los oídos de los anacoretas y

cenobitas los anatemas de un mundo cuyo aire pestilencial penetra en los lugares mas retirados , é invade á los santos mas esclarecidos. Que lo digan los Gerónimos, los Benitos y tantos otros que menciona la historia , espuestos , aun en las austeridades de la mas asombrosa penitencia , á perecer por los atractivos de un mundo falaz y artificioso, que convida con deleites y comodidades á todos sus amadores para hacerlos victimas de su prestigio , de su fantástico poder y de su grandeza fementida. Debo pues hablaros del desprecio del mundo , como de un medio necesario para salvaros y hacer que se salven los que os ha encomendado, ú os encomiende el Padre celestial.

Bien sabéis que el retiro y desprecio del mundo puede tenerse en medio del mundo mismo , y en todos los estados y condiciones de la sociedad cristiana. El mundo , dice san Agustín , son sus amadores y seguidores , los impíos y los inicuos , los que viven segun las leyes y vanidades del mundo y no estan en la suerte de la gracia ; aquellos cuya vida se pasa en los vicios y pecados , cuyos deseos , cuyo amor y cuyos deleites no pasan de la tierra , cuyas ocupaciones son las de los brutos , y cuyo afan no es otro que el de los que siguen á la prostituta de Babilonia , ó el de los que en Sodoma y Gomorra concitaron la ira del cielo con sus abominaciones. El mundo es aquel prodigioso conjunto de réprobos y enemigos del Salvador , en donde siendo príncipe el demonio , tiene un gran cuidado de amontonar todo cuanto puede inspirar el vicio : en él se ven las riquezas , la inmodestia de los trages , la magnificencia de las galas , la brillante bizzarría de las modas , el refinamiento de la profanidad , las conversaciones libres , el halago de la mú-

sica, el desahogo de los bailes, las licencias del desenfreno, el orgullo, la soberbia, los deleites y todo lo que puede irritar las pasiones introduciéndose un veneno suave, delicioso y encantador, aunque mortífero, por los sentidos, que son las centinelas del alma, segun el filósofo estagirita. Hasta el aire, el modo, el artificio de hablar y la política mundana no carecen de ponzoña en nuestro siglo. En él todo es tentacion, todo peligros, todo escollos; y nada de verdadera religion. Se aborrecen las máximas cristianas, se odian, se atormentan y se persiguen con atroz crueldad los fieles que se proponen obedecer á Dios antes que á los hombres, y ¡Ay del justo; porque todos se reuniran para condenarlo, porque sus obras son contrarias á las de los mundanos! Este es el mundo que no ha sido criado por Dios, el mundo que está sujeto á Satánás, el enemigo de nuestras almas del que debemos huir y no amarlos *Nolite diligere mundum.* ¿No deberemos despreciarlo para entrar en la soledad del alma, y gozar en ella de las dulzuras de la virtud? La soledad y retiro del mundo es el lugar mas á propósito para recibir las influencias del cielo, nutrirnos con la virtud y hacernos dignos de las misericordias del Señor. San Basilio dice, que el retiro del mundo es semejante al sepulcro de Jesucristo, que le recibió muerto, y lo devolvió vivo: él recibe á los que estan muertos por el pecado, y proporcionándoles la gracia por medio de las divinas inspiraciones, los hace revivir y resucitar con la vida de Dios: es una habitacion terrible para los enemigos de nuestras almas, porque en ella no campa el mundo, no brilla ni florece: está llena de las espinas, clavos y cruces que llevan al cielo, y allí se respiran los aro-

mas de las virtudes cristianas, se bebe el vino precioso de la bodega del celestial Esposo, y la caridad, con cuantos bienes espirituales se deriban de ella, se encarga de hacer suaves y deliciosos los trabajos que se sufren por el Dios que los santificó. ¿Podreis dejar de amarla? Si en ella nos habla Dios dignándose tener sus delicias con los hijos de los hombres: si en ella viven los que Dios sacó del mundo para que lo amasen y sirviesen: *Ego elegi vos de mundo*: y si en ella mora la pequeña grey á la que Jesucristo dice que no tema, porque el eterno Padre le dará el reino de los cielos: ¿no anhelareis por ser sus perpetuos habitantes declarándoos por Jesus, y despreciando al mundo que quiere robaros el amor que solo es debido á nuestro Redentor y glorificador? Esto, ni aun siquiera es presumible en los que con tanta devocion se entregan á los ejercicios espirituales, con firme propósito de merecer en ellos la gracia que enseña á amar á Dios y á aborrecer el mundo.

Pero es menester resolverse á una de dos: ó á renunciar las máximas del mundo y su espíritu, ó á renunciar las máximas del Evangelio y el espíritu de Jesucristo. No hay medio entre estos dos extremos. Así lo dice la sabiduría eterna al asegurarnos que es imposible servir juntamente á dos Señores contrarios. En vano se pretende conciliar el amor á Dios y al diablo, á la gracia y al pecado, al Evangelio y al mundo. *Qui non est mecum contra me est*, dice nuestro divino Maestro. Con que no hay remedio; el que gusta del mundo, ama al mundo y sigue sus máximas, no está con Jesus; se declara su enemigo, y se pone en armas, como Lucifer, contra el trono del Escelso. Al contrario: el que ama á Jesucristo, lo sigue, se alienta con sus doctrinas, se con-

forma con él imitándolo en sus ejemplos, y le pide de continuo la gracia para cumplir con ella su ley sacrosanta, este iluminado con la luz del cielo aborrece las tinieblas de los vicios y pasiones, odia al mundo dirigido á su perdicion por el padre de la mentira y del error, y tiene sus delicias en asociarse con aquellos discretos y prudentes héroes cristianos, que volvieron las espaldas al mundo dejando con él grandes bienes, grandes honras, y grandes esperanzas, por vivir en la virtud y lograr la vida eterna. ¿A cuál de estos Señores quereis pertenecer? ¿A qué dueño quereis servir? No me lo digais; porque sé muy bien que estais preparados á ir á las cárceles y á la muerte antes que saltar al Dios de quien sois ministros. Pero san Pedro aseguró á Jesus de su fidelidad, y despues lo negó cobardemente. Podemos dejarnos arrebatar del mundo, caer en la tentacion, y prevaricar, como Judas, como Simon Mago, como Nestorio, Eutiques, Arrio y otros muchos, y ser el escándalo de los fieles. Para que así no suceda, amemos de corazon á nuestro divino Redentor, declarémonos enemigos del mundo, dejemos que nos odie y persiga, convencidos de que con la paciencia salvaremos nuestras almas. No nos contentemos con declamar contra la injusticia, contra la mala fe y contra la corrupcion y malas artes del mundo, porque esto hasta los mundanos lo hacen. Entreguémonos total y absolutamente á Jesucristo, y démosle en este dia algo mas que palabras, algo mas que unos movimientos estériles, y unos dictámenes especulativos que nada importan. Desde hoy en adelante arregle la modestia cristiana todos nuestros pasos, descos y acciones; sea el Evangelio nuestro norte, y Jesus el principio, el centro, el objeto y fin de nuestra conducta.

De este modo, el mundo no nos contaminará, seremos en él lo que Moisés en el Egipto y Daniel en Babilonia, y la mano del Señor nos protegerá. Escuchemos la voz del cielo que nos dice, que todo lo que no sea del servicio de Dios es vanidad de vanidades y todo vanidad; no despreciemos el aviso del Sabio que tanto nos recomienda la vigilancia para no caer en los lazos del enemigo de nuestras almas, y no olvidemos jamás esta sentencia capaz de darnos la victoria, si nos dejamos dirigir por ella: *Cogitatum tuum habe in præceptis Dei: et in mandatis ipsius maxime assiduus esto* (1). Sea nuestro estudio el de la ley santa del Señor para practicarla y enseñarla, y de cierto seremos llamados grandes en el reino de los cielos, como nos lo asegura nuestro Redentor amable.

Infelices de nosotros si alucinados con los atractivos del mundo no conocemos que su trato frecuente es nocivo y perjudicial á la inocencia y á la virtud. Miserables sobre toda ponderacion seremos, si no huimos como Abraham de la tierra de los caldeos para escuchar la voz de Dios que nos llama á la soledad para hablar á nuestro corazón. Recordad que la simplicidad de Isaac corria peligro al lado de Ismael; que Lot hubiera perecido con los de Sodoma si un ángel no lo hubiera sacado de aquella ciudad nefanda: que el rey Josafat hubo de perecer por haber hecho alianza con el impío Joran, rey de Israel: que Zorobabel rehusó prudentemente edificar el templo de Dios con los idólatras: que Tobías en la cautividad huía de la compañía de los impíos por no

(1) Egees., c. 6. v. 37.

contaminarse y pervertirse, y que el Señor nos dice por Jeremías: *huid de en medio de Babilonia, y cuide cada uno de salvar su alma.*

Reflexionad sobre los incentivos de la concupiscencia y ocasiones de pecar que hay en las grandes poblaciones, y no os dejéis fascinar. En ellas están la iniquidad y la contradicción: de día y de noche anda por sus manos la maldad: en su centro se encuentran la opresión y la injusticia, y en sus plazas no faltan la usura y el engaño; de manera, que puede decirse, que el mundo arde con el fuego del mal, y que cuanto hay en él es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida. Debemos pues declararnos contra este enemigo de nuestras almas, detestar sus máximas, mirar con horror sus usos y costumbres, y aficionarnos á los bienes espirituales del alma asegurados en el ejercicio de las virtudes propias de nuestro estado. Nos es preciso, hermanos míos, renunciar las pompas y vanidades del mundo, despreciarlas y desnudarnos de su espíritu y afectos para vestirnos del espíritu de Jesucristo, si queremos ser amigos suyos. El mundo apetece y busca los bienes de la tierra: nosotros debemos aspirar por los del cielo. El mundo estima en mucho las riquezas y los honores: nosotros educados en la escuela de Jesús preferimos la pobreza y la humildad. El mundo pone su felicidad en los placeres de los sentidos: nosotros la ponemos en la mortificación y penitencia. El mundo desea brillar y darse á ver en público: nosotros amamos el retiro y la vida oculta. El mundo mira á la tierra como á su propia patria, y nosotros como á un destierro. El mundo ama la vida y teme la muerte: los discípulos de Jesús desean emplear santamente la vi-

da, y suspiran porque despues de ella los lleve Dios á su gloria. El mundo está entregado á los vicios, sumergido entre cieno y rodeado de tinieblas; no aprecia mas que lo que deslumbra á los sentidos, no apetece mas que lo que los halaga, no quiere sino las cosas que lo divierten y entretienen: pero el alma que quiere ser de Dios se eleva sobre todo lo terreno y carnal, y vive del espíritu de Jesucristo: espíritu de abnegacion y de desprendimiento, espíritu de penitencia y de mortificacion, espíritu de trabajos y de cruz, espíritu de humildad y santo abatimiento, de obediencia, de dulzura, de paciencia, de verdadera libertad, de consuelo, de gozo celestial, de amor puro, casto y santificante, como á cada paso se espresa en el Evangelio, y se nos dice al encargarnos el oráculo sagrado que no queramos amar al mundo: *Nolite diligere mundum.*

No ameís al mundo; porque todo está lleno de soberbia, de avaricia y de lujuria. *No ameís al mundo*: porque no hay un palmo en él que esté limpio y esento de mal; porque en todas partes la soberbia hincha, la envidia roe, la avaricia estimula, la ira enciende, la gula oprime, la lujuria disuelve, la mentira enreda, los homicidios manchan, y no se ven en él mas que vicios y pecados. *No ameís al mundo*; porque á los que lo aman llama el apóstol Santiago *adúlteros*, con mucha razon; pues que Dios crió al alma para unirse con ella en la bienaventuranza, y quiere que como esposa fiel le ame en esta vida con todo su corazon, con toda su alma, y con todas sus fuerzas sin permitirle amar cosa alguna sino en él y por él. Si entrega su corazon al mundo, claro es que es adúltera contra su Esposo celestial, que le falta á la fe y al amor prometido, y se vende y se entrega

á un enemigo suyo. *No ameís al mundo* ; porque dice san Agustín , que en él nacen los remordimientos , las perturbaciones , las tristezas , las alegrías falsas y torpes , las discordias , los pleitos , las guerras , las venganzas , las enemistades , la adulacion , la lujuria y los escándalos , las herejías , las blasfemias , la opresion de los inocentes , los falsos testimonios , las calumnias , las violencias y todo género de males. *No ameís al mundo* ; porque á no amarlo nos enseña nuestro Señor Jesucristo con sus doctrinas y ejemplos. Treinta años vivió en el retiro y oscuridad de un estado humilde en la compañía de unos padres á quienes estuvo obediente , como lo dice san Lucas. Llegado el tiempo de dar principio á la empresa que le encomendó el Padre celestial , se encaminó al desierto , y en él ayunó cuarenta dias y cuarenta noches entregado á los rigores de la mas austera penitencia. Así preparado permitió que el tentador le propusiese los bienes del mundo con la mira de que alucinado con sus atractivos cayese de su virtud : pero fue vencido en todas direcciones , y la gula , el amor propio , y la avaricia quedaron arruinadas para siempre , y con ellas proscrito y condenado el espíritu del mundo basado sobre aquellos vicios. Vivió tres años una vida pública , y en ella : ¿ hizo mas que condenar al mundo enseñándonos la ciencia de la salvacion llena de virtudes , que deben aprender sus hijos , y muy particularmente sus ministros ? Conocidas os son las doctrinas de nuestro divino Maestro , estais muy enterados de sus ejemplos , y sabeis lo que debeis hacer y enseñar , como dignos ministros suyos. No ignorais la coherencia y unidad que tienen entre sí las verdades de nuestra sagrada religion , y que radicados en unas , es consiguiente aficionarse á las

otras. Habeis meditado los novísimos y postrimerías del hombre, y os habeis convencido de que con su memoria, no es compatible el pecado. Se os ha hablado del amor divino, y de la pasión y muerte de nuestro Redentor. Se os ha hecho presente todo cuanto debéis saber y practicar para ser santos en esta vida y perpetuamente dichosos y felices en la eterna, y tengo por imposible que no hayais visto en tan santas meditaciones la necesidad de huir del mundo y despreciarlo, como lo despreció Jesucristo y lo despreciaron todos los santos que reinan con él en el cielo. El Dios de las misericordias quiera que todo lo que ha salido de mis labios sirva para que ameís á Jesús y busqueis su justicia en la práctica de las virtudes, y podáis decir con el apóstol, que el mundo está crucificado para vosotros, y vosotros para el mundo, porque en este caso sereis amigos declarados de Jesús, y viviendo con la vida de la gracia desconoceréis los vicios de los mundanos, y os gloriareis en los trabajos dulces y deliciosos de la cruz, que ha de uniros eternamente con el que murió en ella por salvarnos y redimirnos.

Pidamos á nuestro Dios la gracia de huir del mundo despreciando sus viciosas enseñanzas, y no dejemos de recurrir á la Madre de misericordia para que nos proteja y ayude en los propósitos que hemos formado de permanecer fieles á su Santísimo Hijo cumpliendo con sus divinos preceptos. Somos llamados al ministerio mas alto que se conoce en la tierra: debemos predicar el reino de los cielos, y apartar á las gentes del mundo que quiere perderlas con los atractivos de la ciencia carnal y terrena de las pasiones, y poco, muy poco podremos hacer con las palabras y sermones de la elocuencia humana. Necesitamos la gracia

para vivir segun sus inspiraciones y hacer que todos vean en nuestra conducta un poderoso ejemplo para arreglar la suya. Amemos á Dios: aborrezcamos y despreciemos al mundo, sus pompas y vanidades, de que renunciamos en el bautismo, y nada tendra que ver con nosotros ese enemigo terrible de nuestras almas. Seámos total y absolutamente de Jesus como todos sus escogidos, y contemos confiadamente con la bondad y clemencia del que nos quiere virtuosos en la tierra, para premiarnos con su gloria, que os desco. Amen.

A. M.

PLATICA XXIX.

SOBRE LA PERSEVERANCIA FINAL.

No podemos merecerla, pero si alcanzarla de la misericordia de Dios con nuestras buenas obras.

Qui autem perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.

MATH., C. 10, v. 22.

Dias hace, venerables hermanos, que hemos abandonado los negocios terrenos, las distracciones perjudiciales á nuestra salud, los placeres de la carne y de la sangre, y los cuidados domésticos, para dedicarnos, retirados del bullicio del mundo, á oír la voz de nuestra conciencia, á pensar en el fin que nos espera, y á ajustar nuestras cuentas con el Dios que ha de premiarnos ó castigarnos, según nuestras buenas ó malas obras. La divina misericordia, do-

clarada en favor nuestro, nos ha inspirado la idea saludable de ejercitarnos por algun tiempo en las prácticas religiosas, que jamás debiéramos dejar, para atajar el mal y entrar en la senda recta que nos señala el apóstol cuando dice: *Atendeos y mirad por vosotros* (1). Dios nos ha hablado con la voz omnipotente de su virtud, y todos nos hemos convencido de la necesidad que tenemos de convertirnos, de procurar estar en gracia y amistad del Señor de quien somos ministros, de llenar los deberes propios de nuestro estado, y de corresponder fieles á los divinos beneficios para lograr los premios eternos, y evitar los castigos perdurables. ¿Con cuánto celo y energía se nos han propuesto las verdades infalibles y eternas que salieron de la boca de la sabiduría eterna para asegurarnos en la gracia, en la virtud y en la gloria? Enterados estamos de las obligaciones que debemos cumplir, del horror que tiene Dios al pecado, de la vida de perfeccion cristiana que debemos procurar, de la vigilancia con que debemos vivir para no ser sorprendidos de nuestros enemigos espirituales, de la estrechez del camino que conduce al cielo, y del peligro del camino ancho que nos lleva á la perdicion. Se nos ha hecho meditar sobre la muerte, sobre el juicio, sobre el infierno y sobre la gloria: hemos oído lo que los santos padres sienten del amor divino, y de la contemplacion de la pasion y muerte de nuestro Redentor: se nos han hecho reflexiones santas sobre la necesidad de elegir un prudente confesor, de frecuentar los santos sacramentos, de orar sin

(1) Act., c. 20, v. 28.

intermision, y de despreciar al mundo, como á enemigo de Dios y de nuestras almas, y hasta parece que se deja oír en nuestros interiores una voz celestial y divina que nos dice á cada uno de nosotros: *¿Qué mas he podido hacer por tí, que no haya hecho?* ¿Y qué es lo que contestamos á esta voz benéfica que quiere interesarnos en perpetua accion de gracias, para que caminando de virtud en virtud hasta llegar al monte santo de la perfeccion evangélica, nos hagamos dignos de que el Señor nos declare fieles en lo poco para ponernos en posesion de lo mucho en su gloria eterna? Estoy profundamente convencido de que no hay uno siquiera entre nosotros que no esté determinado á trabajar en la viña del Padre de familias para merecer el denario ofrecido á los que son llamados á ella. Creo que todos estamos decididos en estos momentos á dejarlo todo por seguir á nuestro divino Maestro, á divorciarnos con las costumbres, vicios y pecados de los mundanos, y á vivir como hijos fieles de la gracia una vida penitencial y virtuosa, digna de los predestinados á la gracia y á la gloria. Estoy en que todos queremos ser del número de los escogidos y en que para conseguirlo estamos resueltos á abrazarnos con la cruz para participar de los bienes espirituales que simboliza. Pero aun, hermanos míos, falta lo mas esencial é importante. Aun hay que tratar de la *perseverancia final*, sin la que nada sirven los méritos y virtudes que pueden adquirirse en esta vida. Así lo dice Dios por san Mateo. *Qui autem perseveraverit usque ad finem, hic salvus erit*. No basta haber corrido felizmente una parte de la carrera, es menester perseverar hasta el fin para salvarse, y sobre esta verdad de fe voy á hablaros en este breve ra-

to, para asegurar vuestra santificacion y vuestra felicidad eterna.

El que echa mano al arado , y mira hácia atrás , no es á propósito para el reino de los cielos , dice nuestro Señor Jesucristo. Bienaventurado el hombre que siempre está asustado con un santo temor, esclama el Sabio : *Beatus vir qui semper est pavidus* (1). El apóstol nos aconseja que trabajemos con temor y temblor, y los santos no solo tuvieron cuidado en desviarse de toda ocasion de caer, sino que procuraban renovar cada día su fervor para no volver los ojos á lo que habian andado, miraban esclusivamente á lo que les faltaba que andar. Aun los que viven virtuosamente, los que se hacen estas reflexiones, y siguen con la mayor perfeccion los consejos evangélicos saben que solo se salvarán los que perseveraren hasta el fin, y esta verdad infalible los tiene en continua vigilancia, en oracion asidua, en union con el sumo bien que los conforta y alienta con su gracia. Y á vista de esto, ¿será cosa de que nosotros tibios y bisoños en la vida perfecta de salud espiritual, miremos con indiferencia la inconstancia en la virtud, la perpetua variedad en el fervor, la indevociion, y aun quizá las frecuentes recaídas en las culpas leves, tan opuestas á que se nos conceda el don de la perseverancia que nos es tan necesario? Consideremos que el don de la perseverancia es pura gracia del Señor, que no puede merecerse; pero que puede alcanzarse de aquel que es poderoso para hacer que persevere constante el que está firme, y para restablece:

(1) Ps. 28.

al que cae, como lo declara el santo Concilio de Trento (1). Atendamos á que siendo aquel don la gracia de quien depende nuestra eterna felicidad no debemos pensar jamás que hemos hecho lo bastante para obtenerlo. Si estamos de pie, cuidemos de no caer, y para esto invoquemos frecuentemente la ayuda de aquel Dios que solo puede sostenernos hasta el último término de nuestra vida. Supliquémosle con oraciones, limosnas y ayunos: interpongamos por intercesores á María Santísima, á los ángeles y á los santos nuestros abogados: leamos en los libros que pueden despertar nuestra devoción y escitarnos á la piedad, pensemos en las verdades eternas que puedan tener sujetas y refrenadas nuestras pasiones, y ejercitémonos en las virtudes de nuestro estado. Tengamos horror á toda culpa y huyamos de ella como de una víbora venenosa, y sea en todas horas nuestro Jesus divino el objeto de nuestro amor, de nuestra esperanza y de nuestras delicias. Haciéndolo así, podremos esperar con fiadamente que nuestro piadosísimo Señor se dignará acabar y perfeccionar en nosotros con el don de la perseverancia aquel bien que hemos comenzado por el beneficio de su gracia. Tengamos tambien presente lo que acerca de esto dice el Tridentino en estos términos: «Ninguno se prometa á sí mismo cosa cierta con absoluta certidumbre, pero todos deben colocar y poner una firme esperanza en el auxilio de Dios, porque Dios, sino es que ellos mismos faltaren á su gracia, así como comenzó la obra buena, del mismo modo la perfeccionará, obrando

(1) Trident., sess. 6, c. 13.

• el querer y el perfeccionar; pero es necesario que concurren ellos á obrar su salud con temor y temblor, ocupándose en trabajos, en vigiliass, en limosnas, en oraciones y oblacones, en ayunos y en castidad (1).•

No es decir esto, hermanos míos, que nos carguemos de demasiadas devociones con indiscreto fervor, porque segun los ascéticos, esta indiscrecion fervorosa es enemiga de la perseverancia. El demonio tienta á unos con la tibieza y desgana en el servicio de Dios, y á otros con el mucho fervor desarreglado. Procura que unos no lean libros espirituales, que no oigan sermones, que no asistan á ejercicios espirituales, ni concurren á devotas congregaciones; y si asisten les distrae la atencion y los divierte con mil pensamientos del mundo para que pierdan la atencion, no se conviertan, ni saquen fruto alguno. A otros, con quienes no le sale bien tentarlos de este modo, los acomete tentándolos y cargándolos de escrúpulos; y avivándoles la aprension de los pecados cometidos, les hace presente la necesidad de multiplicar ayunos, vestir cilicios, tomar disciplinas sangrientas, orar todo el dia dentro de las iglesias, no divertirse en un alegre paseo, ni recrearse en un fuego inocente; les sugiere la idea de hacer muchos propósitos gravísimos, y sumamente difíciles de ejecutarse, y votos casi imposibles en su cumplimiento: y todo esto lo hace porque preve que estas cosas durarán poco: porque cuenta con que semejantes almas cansadas de una carga tan pesada, pasarán del gran fervor indiscreto á la tibieza, de

(1) Triden. loc. cit.
TOMO XXIV.

esta á la frialdad, de la frialdad á los pecados y de los pecados al infierno. San Antonio Abad hablando de estos ardidés del enemigo á sus monjes les dice: *Hermanos míos: no dejemos el modo y costumbre nuestra, ni la discrecion y enseñanza de nuestros padres y maestros.* Apropiémonos nosotros esta santa doctrina y no nos apartemos de ella. Si en los principios de nuestra conversion, ó de nuestra vida reformada nos sentimos estimulados á perpetuos ayunos, á penitencias y grandes austeridades, á hacer votos de dificultosa ejecucion, á vigiliás escésivas, ó á otras cosas al parecer muy bellas y perfectas, no nos liemos de nosotros mismos, no las creamos inspiraciones divinas, porque pueden serlo del enemigo para llevarnos á la perdicion. Todo debemos consultarlo con algun padre espiritual, pio, docto y prudente con firme resolucion de seguir su consejo, bien convencidos de que Dios se agrada mucho mas de esta humilde dependencia y sujecion, que de cualquiera otro fervor propio inspirado por nuestro capricho. Recordemos lo que sobre este particular nos ha dicho un hermano nuestro, y practiquemos lo que nos encargó.

También debemos considerar, que si la devocion indiscretamente fervorosa se opone á la perseverancia, le es mucho mas contraria y opuesta una devocion tibia, lánguida y simulada como la de aquellos que quisieran ser santos sin los trabajos y penalidades de la cruz. El apóstol san Pablo estaba confirmado en gracia, y con todo eso tenia sujetas y enfrenadas sus pasiones con la mortificacion, sabiendo que todo esto es necesario para una santa perseverancia. «Castigo mi cuerpo, decia, y lo reduzco á servidumbre, no sea que predicando yo á otros me haga réprobo y me condene.»

¡Qué lección ésta para nosotros, venerables padres y hermanos! Tengámosla presente y no la desatendamos, porque practicándola nos haremos acreedores á que Dios se apiade de nosotros y nos conceda el don de la perseverancia.

Sobre todo, jamás debemos disimular ni ocultar la voluntad resuelta de nunca ofender á nuestro Dios. No nos es permitido hacer el papel de amigos de Jesucristo y del mundo, servir á Dios sin que los hombres mundanos dejen de tenernos por suyos: querer ser de Dios y del mundo al mismo tiempo; esto no puede ser, como ya se os tiene manifestado. Una piedad simulada no es piedad cristiana, es una mentira, una decepcion y un engaño muy contrario á la perseverancia en la virtud. Una piedad manifiesta fundada en las máximas del Evangelio es siempre respetada y conduce á la perseverancia en la gracia que debemos anhelar. Cuenta Valerio Máximo (1) que cayendo un soldado del César en poder del enemigo, le dijo este: ¿qué debo hacer con tigo? Puedes, respondió el militar, quitarme la vida; pero hacer que por amor al vivir ó por temor de morir he de dejar de ser fiel al César y servirte á tí, eso no lo creas, ni aun lo imagines. Al oír esta respuesta el vencedor se dió por vencido, y desesperando de poderlo ganar lo dejó en libertad sin molestarlo ni hacerle daño alguno. Conozca en nosotros el mundo semejante resolucion: sepa que ni por promesas, ni por amenazas, ni por lisonjas, ni por contumelias, ni por todo lo que puede hacer con nosotros podrá hacer que dejemos y nos apartemos de nuestro Dios. Con-

(1) Lib. 3, c. 8.

fesemos siempre á Jesucristo delante de los hombres para que interpele á su eterno Padre por nosotros, y este es el mejor medio para conseguir el don de la perseverancia final. En cuanto el mundo conozca que no puede ganarnos ni atraernos á su partido, nos dejará y no nos será molesto. Experimentadlo si no.

Suele el sagaz enemigo de nuestra salvacion tentar á las almas piadosas con el pensamiento de lo difícil que es la perseverancia. El asalto de esta especie no pocas veces hace quebrantar los mas firmes propósitos de amar y servir con constancia á nuestro Dios: el espanto de deber perseverar toda la vida, y la idea de que por un descuido podemos perderlo todo faltándonos la perseverancia, han hecho que muchos no perseveren en la gracia, perdiéndola por su culpa. La diuturnidad ó larga duracion de un combate atroz contra nuestros enemigos, el insistir por mucho tiempo en una cosa difícil tiene una especial acerbidad que aterra á no pocos, y desfallecen, se desaniman, tiran con la dulce carga de la virtud y se pierden. Pero semejante aprension de una duracion tan larga, ó de una dificultad tan exagerada ¿es tan siquierá racional? A poco que reflexionemos sobre las verdades eternas de nuestra sacrosanta religion, ¿no conoceremos que este ardid del enemigo es enteramente inatendible y despreciable? ¿Carecen acaso los fieles de remedio eficaz para vencer esta tentacion y triunfar con la gracia del Señor? Lejos de nosotros semejante blasfemia. Todos nos hemos propuesto amar y servir á Dios *toda el tiempo de nuestra vida*. Pero acaso este tiempo se reduce á dias, ó aun á horas. A cada momento visita la muerte á una prodigiosa multitud de jóvenes robustos y de hombres de toda

edad y condicion, y no hay quien no conozca que puede ser arrebatado de la vida en un instante. El mismo Dios quiere tenernos oculto el dia de nuestra muerte para que no desmayemos con la noticia de tener que padecer por largo tiempo: pero nos dice, que vendrá de improviso: *Veniam ad te tamquam fur, et nesciens qua hora veniam ad te* (1). Nos avisa que nos conservemos en su santa gracia para que no perdamos nuestra gloriosa corona: *Ecce venio cito; tene quod habes, ut nemo accipiat coronam tuam* (2). Atengámonos á esto: perseveremos hoy en la piedad y en la virtud: permanezcamos en este dia lejos de todo pecado y muy unidos á Dios: imitemos al santo rey David que decia: Yo, Dios mio, quiero alabaros por todos los siglos, pero en cuanto á la ejecucion de mis deberes respecto á Vos, haré cuenta de dia en dia. *Redam vota mea de die in diem*, sobre lo que dice san Agustin: «Se trata de un dia, persevera observando lo que debes en este dia, y así llegarás felizmente al último, porque el que perseverare hasta el fin, ese es el que se salvará (3).» Acostumbrémonos á vivir por dias haciéndonos cargo de que todo el tiempo de nuestra vida es un dia: digamos al despertar por la mañana: *Hoy con la ayuda de Dios quiero y me propongo perseverar en gracia*: dirijamos nuestras obras, palabras y pensamientos á este fin, y no dudemos de que establecido bien este régimen llegaremos ciertamente á aquel dia saludable en

(1) Apocalip., c. 3, v. 3.

(2) Ib., c. 3, v. 11.

(3) S. Aug. in Ps. 60.

que será premiada nuestra constante esperanza con una eternidad gloriosa. Ni la dificultad de perseverar es tan grande como suele presentarla el tentador. Procuremos no dejar el tenor de vida virtuosa que nos hemos propuesto seguir con la gracia de nuestro Señor Jesucristo, y la protección de su Santísima Madre y Señora nuestra, y Dios endulzará nuestras penalidades con interiores consuelos: comenzaremos á experimentar que la conciencia pura, la paz del alma, y el amor constante de Dios son bienes mucho mas sabrosos y deleitables que todos los terrenos, y veremos que no solamente no es difícil, sino que es muy dulce y suave el seguir por el camino de la piedad en que hemos entrado para caminar al cielo con la gracia del Señor. Digamos por último á Dios con las veras de nuestro corazón: «Señor Dios nuestro: no permitais que salgamos del camino de vuestras justificaciones: si estamos fuera de él, volvednos á la senda recta: si estamos en ella mantenednos firmes para no dejarla jamás: haced que perseverando siempre en amaros y serviros, arribemos á aquel feliz término á donde para llegar no basta comenzar, sino que es menester perseverar, como Vos mismo lo habeis dicho con estas mismas palabras: *Qui autem perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.*

Además de todo lo dicho, hermanos míos, ¿no es cierto que los motivos que tuvimos para detestar el pecado y comenzar una vida devota, subsisten todavía y deben tener la misma fuerza en nuestros corazones? Dios nos iluminó para conocer los peligros del pecado: reflexionamos sobre la muerte que podría sorprendernos de improviso y confundirnos para siempre en los infiernos, y horrorizados com-

prendimos lo que es estar en desgracia de Dios, ser sus enemigos y estar destinados á los fuegos sempiternos. También consideramos la divina misericordia, y la benignidad con que Dios acoge á los pecadores: nos hemos convencido de cuánto merece ser amado nuestro Dios, nuestro Criador, nuestro Redentor y glorificador, inmenso Océano de infinito bien, y no creo que haya habido entre los que se han convertido de corazón á la bondad divina quien no haya dicho: Soy un loco inexcusable si al punto no me convierto cuando Dios está tan pronto para recibirme: soy un ingrato, si no amo á un Dios tan benéfico: soy un estúpido, si no amo á un Dios tan digno de ser amado. Ahora bien, sacerdotes adornados con la gracia que os concedió un Dios benigno y misericordioso; ¿estamos al presente esentos de la ley infalible de deber morir? ¿Estamos seguros de no caer en la tentación, y morir repentinamente? ¿Se han apagado ya los fuegos infernales? ¿Es acaso el paraíso de la gloria menos poderoso para atraernos? ¿Puede decir alguno: Dios ya no es mi Criador, ni mi Redentor digno de ser amado? ¿Podremos, ni aun imaginar, que aunque pequemos no seremos juzgados ni condenados? Dejamos por fortuna las malas compañías, y los falsos amigos que no podían ser tratados sin ofensa de Dios: nos convertimos pero fue porque conocimos que es peligrosísimo el estado de pecado que lleva indefectiblemente al infierno. Comenzamos á pagar deudas; pero fue porque nuestros acreedores pedían á gritos venganza al Dios de la justicia. Abandonamos al mundo despreciando sus pompas y vanidades; pero fue porque hallamos que el mundo está lleno de peligros, y porque es necesario huir de él para servir á Dios. Nos decidimos á

amar á nuestro Dios y á hacer en todo su santísima voluntad; pero fue por vivir en las delicias de la virtud y por conseguir la vida eterna. Pues bien: todos estos motivos duran todavía y durarán mientras vivamos sobre la tierra. Luego debemos perseverar en aquella piedad y buena vida á que nos condujeron por la misericordia de Dios. El cielo nos ha llenado de gracias: tenemos obligacion de agradecerlas correspondiendo con el ejercicio de las virtudes, perseverando fiel y constantemente en el servicio de Dios, y no dejando de ser constantes en la resolucion que hemos formado de ser siempre de Jesus en la observancia de sus divinos preceptos. Estos son los medios que la divina Providencia ha puesto á nuestra disposicion para mover la piedad de nuestro Dios á fin de que nos conceda el don de la perseverancia final que ha de unirnos eternamente con él en la gloria. Usemos de ellos con temor santo, con fe viva, con esperanza firme, y con ardiente caridad, y no olvidemos que nuestro Dios jamás niega su gracia á los que se la piden reclamatione, como lo afirma el Tridentino. Confíemos en Dios, y desconfíemos de nosotros mismos: humillémonos y seremos exaltados: abracemos la cruz de Jesucristo, y en ella encontraremos la virtud constante y permanente que vence el tiempo y lleva consigo la perseverancia final.

Infinitamente puede Dios mas que el príncipe de las tinieblas; mayor es la fuerza de la gracia que la del pecado; superior es el Evangelio al mundo, y las doctrinas y ejemplos de Jesus son mas eficaces que las de los enemigos de nuestras almas. Con que animémonos, despreciemos los ardidés de que se vale Satanás para dificultar la gracia de la perseverancia con el fin de que no procuremos alcanzarla

con nuestras buenas obras, y sigamos á los santos padres de quienes he tomado todo lo que dejo dicho para que pensando siempre en perseverar en gracia obremos nuestra santificación con un temor santo y con una esperanza fundada en los méritos y promesas de nuestro Señor Jesucristo. Renovemos de día en día nuestros propósitos de seguir el camino de la virtud, y de apartarnos de todo vicio: pidamos á nuestro Dios la constancia necesaria para perseverar en la virtud hasta morir en ella, pues que en este caso cada uno de nosotros será el designado en aquel de quien se dice: *Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit*. Así sea. Amen.

A. M.

PLATICA XXX.

Devocion de los santos y especialmente de Maria Santisima.

*Qui me invenerit, inveniet vitam
et hauriet salutem á Domino.*

— PROV., c. 8, v. 35.

No quiero dejar de hablaros de un medio fácil y seguro, despues de los muchos de que os he hablado en los dias anteriores, de que podeis valeros para lograr vuestra salvacion, conservaros fieles á Dios, y aun adquirir la perfeccion de la vida cristiana. La devocion de los santos y especialmente de Maria Santísima. Los santos vivieron en el mundo en que vivimos nosotros, y tuvieron que pelear y vencer á los enemigos de sus almas, como nos es preciso hacerlo á nosotros. Reinan con Dios en los cielos que premió sus merecimientos, y encomendándonos á ellos, ruegan por nosotros, interceden con Dios y nos alcanzan sus

auxilios. Contemplando sus vidas tambien y lo heróico de sus obras, nos inflamamos y arde nuestro corazon en deseos de imitarlos y vivir como ellos vivieron, que es en lo que consiste la verdadera devocion de los santos, y tomándolos por nuestros protectores, interceden por nosotros, se interesan por nosotros con Dios, y Dios por los ruegos de estos amigos suyos, nos concede sus gracias y los auxilios que necesitamos. Tenemos necesidad de convenir en que por grande que sea el poder de los santos para con Dios, es mucho mayor el de María Santísima y mas eficaz y poderoso su patrocinio. María Santísima es la Reina de todos los santos, y esta es bastante prueba. Por otra parte los ruegos de los santos se apoyan solamente en la misericordia y bondad de Dios sumamente inclinado á favorecer á los que fueron siervos fieles suyos; pero los ruegos de María Santísima se fundan á mas de esto en cierto derecho que tiene en sí misma para alcanzar lo que pide á favor de sus devotos, porque siendo Madre de Dios, parece que casi de justicia la deba su divino Hijo conceder sus peticiones, como dice san Antonino.

Jesucristo, dice san Bernardo, por el respeto y reverencia singular que profesa á la Virgen, como á dilectísima Madre suya, no la niega gracia alguna, sino que la oye prontamente en todo lo que le pide á favor de nuestra causa y por la salud de cualquiera: *Exaudita est pro sua reverentia in causa tua et totius generis humani* (1). Los otros santos, dice san Pedro Damiano, postrados á los pies de Jesu-

(1) Serm. 3. Vigil. Nativ.

cristo, piden con súplicas á manera de siervos lo que desean para nuestro provecho, pero María Santísima se presenta delante de su trono como Madre y no como esclava, y casi le manda como Señora.

Siendo tan grande el poder de María Santísima no podemos dudar que el ser devotos suyos nos es sumamente útil, y por esto podemos decir lo que los santos padres y la misma Iglesia aplica á la Santísima Virgen María en sus mayores solemnidades: *Qui me invenerit, inveniet vitam et hauriet salutem á Domino*. El que ~~me~~ halla á María Santísima por medio de una sincera devocion, no encuentra joyas y perlas caducas que tanto aprecia el mundo; no encuentra deleites y placeres viles que engendran la muerte eterna, sino que halla la vida de la gracia, que es el tesoro mas estimable; halla la gloria del paraíso, que es un placer puro é inmortal.

Voy, pues, á manifestaros para vuestro consuelo y para que os alenteis á caminar en la vida cristiana y á adelantar en la virtud: que la devocion de María Santísima es un medio efficacísimo para conseguir la vida del alma, que es la divina gracia y la salvacion eterna; y que lo es tambien para alcanzar el mantenernos, conservarnos y crecer en esta vida de la gracia una vez adquirida; para lograr ser cristianos fieles y perfectos.

La devocion y afecto especial á María Santísima, segun la opinion de los doctores sagrados, es una señal clara y un carácter de predestinacion. Es una señal que indica y que de ordinario va junta con la eterna predestinacion, como afirma san Buenaventura: *Qui adquirunt gratiam Mariæ, cognoscuntur á civibus Paradisi; et qui habuerit hunc*

characterem anotabitur in libro vite. No es que todos los que son devotos de María Santísima alcancen la gracia de Dios y se salven; sino que conduce y ayuda mucho esta devoción á los que la tienen para que la consigan: y la razón es por el empeño grande que forma María Santísima de procurar que sus devotos no perezcan: porque María Santísima es el canal y conducto por donde se nos comunica la gracia, y esta Señora emplea sus esfuerzos para que se comuniquen á los que son devotos suyos: porque esta Señora ama á los que la aman, *Ego diligentes, me diligo*, y amándolos los hace sentir los efectos y el influjo de su santo amor sacándolos del pecado y logrando su salvación: porque tiene un poder y valimiento grande para con su divino Hijo Jesucristo, y quiere por su bondad y clemencia emplearle en beneficio de los hombres, y de entre estos ha de mirar con preferencia á los que la honran y veneran y la dan pruebas de su devoción. Por eso dice san Anselmo: que es imposible que se condene aquel que viviendo bajo la protección de María Santísima, fuese mirado de ella con ojos de piedad.

He dicho que María Santísima quiere emplear su gran poder y patrocinio en favor de los hombres. ¿Y cómo no ha de ser así cuando los ama tiernamente y con especialidad á sus devotos? Por otra parte María Santísima ha visto padecer, atormentar y morir á su amado Hijo por la salud de nuestras almas; ha visto brotar su sangre viva y derramarla en la cruz, en la que fue bárbaramente clavado; le ha visto por nuestra salud llagado con los azotes, traspasado con las espinas, los clavos y la lanza, muerto en el Calvario, ¿cómo no ha de amar á nuestras almas y de-

sear su salvacion, cuyo precio conoce mejor que ninguna otra criatura, y por la cual ha dado su vida y su sangre su santísimo Hijo? ¿Cómo no ha de querer con especialidad la vida espiritual de la gracia y la salvacion de aquellas almas que, la honran, que confían en ella y que no ponen estorbo á su intercesion, sino que la solicitan con sus ruegos para alcanzar por su medio la eterna salud que ella misma les desea alcanzar ardientemente de su divino Hijo? ¿Dejará de enternecerse al verlos suplicar, puestos á sus pies? ¿Tendrá poder para aliviarlos y lograrlos la gracia que piden y necesitan, y será indolente á sus súplicas; y dejará de emplear con toda eficacia todo su gran poder para favorecerlos? El dudarle solamente es hacer un agravio á su piadosísimo corazon.

No diré ni podremos admitir jamás que ampare y socorra María Santísima, que dispense su proteccion y alcance la gracia á los que viven de asiento y quieren conservarse en el pecado y enemistad de su santísimo Hijo, y que baste una devocion á María Santísima puramente exterior, que consista en cooperar con limosnas á su culto, rezarla algunas oraciones, alistarse en sus cofradías, sin tratar de dejar los vicios y aun resistiendo al mismo influjo y patrocinio de María Santísima. Entre los cristianos se sabe muy bien que para merecer los favores de María Santísima es preciso procurar agradar á su santísimo Hijo, cumpliendo su ley y saliendo del pecado, ó por lo menos procurando salir de él é invocando para ello el socorro. Se sabe que como una nave, aunque tenga el viento próspero y favorable que la impele al puerto, puede no valerse de su favor é irse á estrellar entre las rocas, ó á encallar en los bancos,

ó á naufragar entre las tempestades; así puede un alma abusar del favor de María Santísima, y á pesar de su proteccion irse á naufragar en un mar de llamas. Decimos, sí, que la Virgen Santísima consigue ayudas muy eficaces para sus devotos, para aquellos que la invocan de veras; que recurriendo á ella, atendiendo á su piadosísima clemencia y grande amor que tiene á las almas, no es creible que deje de emplear su poderoso patrocinio y alcanzar la gracia de su Hijo á sus devotos arrepentidos de sus yerros, y alargarlos su mano para que con su favor lleguen felizmente al puerto de la bienaventuranza. Es Madre y refugio de pecadores, y cuando se vuelven á ella para lograr su conversion, los alienta, los ayuda á levantar, los consuela y los saca de la boca del dragon infernal, alcanzando para ellos la gracia de Dios con la cual entran en el rebaño de Jesucristo. Es, pues, la devocion á María Santísima un medio muy útil para conseguir la vida de la gracia, para salir del pecado, es en el sentido que he esplicado una señal de predestinacion.

Es tambien un medio muy eficaz para conservarse en gracia de Dios, para crecer y adelantar en las virtudes y adquirir la perfeccion cristiana, y lograr abundancia de méritos en esta vida y abundancia de gloria en la otra. Si ama y favorece á sus devotos aun cuando se hallan sumergidos en el pecado mortal, si los ayuda y favorece cuando son enemigos suyos, y la basta el que recurran á ella con deseos de convertirse y salir de la esclavitud y servicio del demonio, ¿qué no hará cuando ya estan enriquecidos con la gracia, son hijos queridos de Jesucristo y se esfuerzan en servirle y agradarle?

Hay esta diferencia entre conseguir la salud eterna en cuanto á la sustancia, y en conseguirla en cuanto á la perfeccion. Para lo primero basta solamente ponerse en gracia de Dios, vivir en ella y perseverar en ella hasta la muerte; pero para lo segundo se requiere además crecer y aumentar, una multiplicacion continua de esta gracia y un aumento continuo de todas aquellas virtudes morales y teologales que hacen un noble cortejo á la gracia, y especialmente de la caridad, en la cual consiste principalmente nuestra perfeccion. Perfeccion, amados mios, que si no todos estamos obligados á tener, porque Dios la concede á quien es de su agrado, todos estamos obligados á procurar, y por eso nos íntima que el que es justo se justifique mas, y el que es santo se santifique mas; y en el camino de la vida cristiana el quedarse parado es retrasar, y es necesario procurar siempre caminar hácia adelante. Pues bien, cabalmente estos progresos espirituales son los que alcanza María Santísima á sus devotos justos y que ya estan en gracia, porque á todo esto alcanza su poder, y ya sea que mire á su amado Hijo, ó que mire á estas almas justas, se siente muy incitada á promover su perfeccion. Si vuelve los ojos á su Hijo por el amor grande que le tiene, desea que sea muy servido y muy fervorosamente amado por aquellas almas que se hallan mas dispuestas que otras á servirle y amarle. Si los vuelve á las almas devotas y piadosas, por el amor singularísimo que las tiene por verlas adoptadas ya de su divino Hijo, por hijas y esposas, desea mucho su espiritual adelantamiento, y si sus ojos para todos son piadosos y misericordiosos, para con estas almas son piadosísimos y se complace en conseguirles un grande au-

mento de méritos y virtudes en esta vida y de gloria en la otra, como ella misma lo reveló á santa Gertrudis: en derramar sobre ellas á manos llenas los tesoros de la divina gracia de que el Señor la ha hecho depositaria.

Honremos pues, y seamos devotos de María Santísima, porque Dios quiere que la honremos, y puso por lo mismo en sus manos la plenitud de los bienes espirituales, para que de ellos nos venga todo acrecentamiento de salud y de gracia, como dice san Bernardo. Todos los bienes nos vienen y redundan en nosotros de las manos de María Santísima, dice el mismo santo, y no hay lustre ni esplendor de virtud en este mundo, que no proceda de la Santísima Virgen: *Ex te prodiit omnis armatura fortium, quia nihil est virtutis, quod ex te non resplendeat* (1). Y así puede decirse muy bien que el que halla á María halla la vida, y alcanzará la salud y los bienes del Señor; que con ella, y teniéndola en favor nuestro, lo tenemos todo y nos vienen todos los bienes, como lo dice la Iglesia aplicándola las palabras del libro de la sabiduría: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa, et innumerabilis honestas per manus illius* (2). Siendo tan dueña de los tesoros de la gracia ¿dudaremos que los comunicará con abundancia á las almas justas que son devotas suyas?

Para convencernos mas de esta verdad, y para que se despierte en nosotros una grande y fervorosa devocion á María Santísima, voy á haceros presente la reflexion que

(1) Serm. de Aqueduct., in Nat. Virg.

(2) Sap., cap. 7, v. 11.

para el mismo asunto hace el padre san Bernardo. Sabemos todos cuán grandes siervos de Dios fueron Abraham, Isaac, David, Daniel y otros que cuenta en el catálogo de sus héroes la ley antigua. Con todo esto es preciso confesar, que generalmente hablando no se veia resplandecer en aquel pueblo escogido el lustre de perfeccion que ahora resplandece en nuestra santa Iglesia. Casi jamás se veia en aquellos tiempos brotar un lirio de pureza virginal, cuando ahora se ven florecer tantos en los claustros, y aun en medio del siglo, aunque no sea este terreno tan á propósito para tan ilustres plantas. ¿Quién hubo jamás en aquellos tiempos, que abandonase con generosa renuncia todos sus bienes, para estar mas pronto y espedito para correr la carrera de la perfeccion? Y ahora se cuentan tantos en las órdenes religiosas, que despojados voluntariamente de todos los bienes terrenos, se glorian mas de su voluntaria pobreza, que otros de su abundancia de bienes de fortuna. Por milagro se veia entonces una violeta humilde que recibiese con la cabeza inclinada los ultrages de quien la pisase, cuando ahora se admiran tantos, que con generosidad y buen corazon perdonan las ofensas: sufren con invencible paciencia los ultrages, y aun abrazan con amor á sus mismos ofensores. La fe tambien, ¿cuánto mas viva y mas firme está al presente en los corazones de los fieles: el culto de la religion cuánto mas constante; la caridad cuánto mas encendida, y el celo de la honra de Dios cuánto mas fervoroso? En realidad la gracia de Dios que entonces caia gota á gota en las cabezas de los que componian aquella antigua Iglesia, llueve ahora á raudales y corre como un rio por el seno de la nuestra para hacerla fecunda de

todas las virtudes. ¿Y cuál es la causa de que habiendo sido Dios tan parco en dar su gracia con aquel pueblo escogido sea ahora tan liberal con nosotros? La Virgen María, responde el citado padre san Bernardo, es la causa. No corrian entonces, dice, los rios de la divina gracia sobre el género humano, porque no estaba aun esta canal celestial que los derribase sobre los hombres con su intercesion: *Propter tanto tempore humano generi fluentia gratiæ defuisse, quod nondum intercederet is, de quo loquimur, tam desiderabilis aquæductus.* Es verdad que Jesucristo es la primera fuente de estas aguas de gracia que salen de sus santísimas llagas; pero tambien lo es que María Santísima es el canal por el cual se derriban á nosotros, habiendo decretado el mismo Jesucristo que no se repartan á los fieles sino por medio de su querida Madre: *Totum nos Deus habere voluit per Mariam.* A María pues, se debe la abundancia de gracias que ahora tenemos en los fieles que forman la Iglesia, el que haya tantos ejemplares de virtud y santidad; María es el conducto benéfico por el que se comunican los dones del cielo que hacen á los hombres perfectos y santos, ¿Y á quién ha de comunicarlos con mas abundancia que á sus devotos? Luego no podríamos dejar de convenir en que la devocion de María Santísima es un medio muy poderoso para conseguir la perfeccion cristiana.

Obsérvese, y sirva de confirmacion de esta verdad, que no ha habido santo alguno que no haya profesado una especialísima devocion á la Santísima Virgen, y que si alguno de ellos sobresalió entre los otros por la eminencia de la santidad, se señaló tambien en el amor entrañable que alimentó en su corazon á la Reina de los cielos. El que lea

las vidas de san Bernarilo, de san Francisco, de santo Domingo, de san Felipe Neri, de san Bernardino de Sena y de otros centenares de héroes de la Iglesia católica, no podrá menos de quedar admirado de ver el amor reciproco que pasaba entre estas almas santas y María Santísima su dulce Madre, y el empeño mutuo de los unos en honrarle de mil maneras, y de la otra en favorecerlos de mil modos y de sublimarlos á la eminencia de la santidad. Señal bien clara, no solo de que María Santísima favorece á sus devotos, sino tambien de que para hacer grandes progresos en la vida espiritual y subir á los grados de la perfeccion cristiana es necesario acercarse á esta canal de la divina gracia para que con su riego fertilice el alma y se haga pronta para el ejercicio de todas las virtudes. Señal de que la devocion á María Santísima es un medio muy útil, muy reconocido de todos los santos, muy frecuentado y muy seguro para conservarnos en el servicio de Dios y lograr la perfeccion.

Otra razon voy á daros en prueba del mismo asunto, en que no creo molestaros, ya por la utilidad de lo que tratamos, y ya por la dulzura y recreo que sentimos hablando de María Santísima y con solo pronunciar su dulcísimo nombre. Obstáculos encuentra el alma despues de su conversion para perseverar, conservarse fiel á Dios y caminar á la perfeccion. Nuestros enemigos, como os he dicho en otra ocasion, redoblan sus esfuerzos, sus asechanzas, sus tentaciones, y envidiosos los demonios de nuestra felicidad y llenos de corage y furor por nuestra desercion de su servicio, nada dejan por mover para arruinarnos. Mientras estamos en este mundo, dice el padre san Grego-

rio, aunque entremos en el camino recto que conduce á la patria celestial no estamos seguros y esentos de peligros: los espíritus malignos se atraviesan y esconden en medio del camino á manera de ladrones y salteadores. Y á la verdad en el mismo camino de la virtud y perfeccion hacen sus emboscadas y dan muchos asaltos á las almas devotas con los que hacen grande daño á mucha parte de ellas, porque vencidas y fatigadas unas vuelven atrás, otras se desvian del camino derecho, y otras van á caer al precipicio. San Antonio Abad en una de sus visiones, vió al mundo sembrado todo de lazos tejidos por todas partes y puestos por nuestros enemigos infernales para hacer caer á los incautos. Rodeadas, pues las almas, aun justas y virtuosas, de enemigos tan terribles estan en un continuo peligro de caer, ya en actos de desconfianza, de presuncion, de vanidad, de soberbia, de enojo, de odio, de desesperacion con riesgo de perder no solo la perfeccion, sino tambien la gracia y la salud eterna. ¿Qué medio hallar para liberarse de tantos peligros, de tan estrechos lazos y de unos enemigos tan formidables? ¿Cómo poder allanar los obstáculos del camino del cielo? Con la devocion de María Santísima, amados míos: María Santísima, la sola invocacion de esta, de su santísimo nombre, pone en huida á todos nuestros enemigos cuando se juntan para hacernos guerra. María Santísima es la que sabe frustrar y hacer que salgan vanas todas las tramas que urden contra nosotros, y haciéndose nuestra guia nos conduce con seguridad por en medio de sus asechanzas á lo mas alto de la perfeccion. No es esta una piadosa creencia ó un efecto de nuestro amor y de nuestra confianza en esta poderosa Señora; es una

verdad eterna. A María Santísima se debe la ilustre gloria de desbaratar á todos los enemigos de nuestra salud y de nuestra perfeccion , porque ella es aquella heroína que desde el principio del mundo nos fue dada por Dios por defensora contra los asaltos de nuestros adversarios y para quebrantar la cabeza del dragon infernal. *Inimicitias ponam inter te et mulierem , et semen tuum et semen illius. Ipsa conteret caput tuum* (1).

Recurramos pues á María Santísima , y segura tenemos la victoria. Acogednos , piadosísima Madre en el número de vuestros verdaderos devotos. Concluiremos diciendo á esta dulce Patrona y Abogada nuestra con el padre san Juan Damasceno: «Poniendo en Vos toda nuestra esperanza, oh, gran Madre de Dios, seremos guardados de Vos: poseyendo vuestra defensa nada temeremos: armados de vuestra proteccion y de vuestra poderosísima ayuda , haremos guerra á nuestros enemigos y los pondremos á todos en huida. Porque el ser verdadero devoto vuestro es aquella arma fuerte que para alcanzar la verdadera salud da Dios á aquellos á quienes quiere salvar.» Seamos nosotros todos de este número. Amen.

F. L. G.

(1) Gen. , cap. 3, v. 15.

PLATICA XXXI.

Entrega absoluta de si mismo á Dios y conformidad completa con su voluntad.

*Mihi autem adhærere Deo bonum est,
ponere in Domino Deo spem meam.*

PSALM. 72, v. 28.

Concluimos hoy estos espirituales ejercicios. Cantemos pues, cánticos de alabanza y demos gracias á Dios con un júbilo y regocijo semejante al de Moisés y el pueblo hebreo después de haber pasado á pie enjuto por en medio del mar Rojo, porque dejamos ya atrás y sepultados en las aguas á nuestros enemigos y hemos sofocado en la penitencia á todos nuestros pecados. Seamos todos tan dichosos que en este santo tiempo nos hayamos reconciliado con Dios y puesto en su divina gracia, nos hayamos lavado mas y mas de nuestras manchas y por la bondad de un Dios tan misericordioso como el nuestro, de pecadores y enemigos suyos

seamos ya sus siervos, sus amigos, sus hijos y los herederos de sus promesas. ¡Quiera el Señor, que así como los hebreos salieron del Egipto mas abundantes y ricos que habian entrado, porque los sacó con plata y oro, así nuestras almas salgan con mas caudal de gracia que el que tenían antes de haber pecado y de haber venido á estos ejercicios piadosos. Mas aun, hermanos míos. Las gracias que el Señor se ha servido dispensarnos, las terribles verdades que se han espuesto á nuestra consideracion, el horror que hemos debido concebir contra el pecado, el amor á la virtud que ha debido engendrarse en nuestras almas, el menosprecio del mundo y de las cosas terrenas que se ha debido apoderar de nosotros en estos dias felices, tantos y tan eficaces medios como se nos han propuesto para conservarnos fieles á Dios, permanecer en su gracia y santo servicio y encaminarnos á la perfeccion cristiana deben habernos consolidado y habernos hecho mas vigilantes, mas celosos y mas fuertes que antes; y si antes caminábamos como hombres en las sendas de la ley del Señor, debemos caminar ya con la velocidad de los ciervos, cumpliéndose en nosotros la profecía de Isaías: *Tunc saliet claudus sicut cervus. Entonces saltará el cojo como el ciervo* (1). Como Pedro, como Pablo, como la Magdalena, como Agustin y otros infinitos santos penitentes, por lo mismo que hemos sido enenigos de Dios, por lo mismo que ha usado con nosotros de misericordia, debemos salir de aquí resueltos á serle mas fieles que antes, mas serviciales y agradecidos que si jamás hubiéramos pe-

(1) Cap. 35, v. 6.

caído, mas dispuestos á no ofenderle aunque hubiéremos de sufrir pérdidas, contradicciones y trabajos y á ocuparnos en procurar su honor y gloria publicando las maravillas que ha obrado con nosotros y lo suave y misericordioso que es para todos los que le buscan.

Para fin de estas prácticas piadosas, como fruto de estos ejercicios y como última y definitiva resolucion quisiera que convencidos de las eternas verdades que hemos contemplado nos decidiésemos todos desde hoy á unirnos con Dios, no tener otra voluntad que la suya, no poner nuestras esperanzas sino en él y decirle con el real profeta: *Mihi autem adhærere Deo bonum est et ponere, ponere in domino Deo spem meam. Toda nuestra dicha y felicidad, Dios mio, la ponemos en estar unidos con Vos y en colocar en Vos toda nuestra esperanza* A formar esta dichosa resolucion voy á ayudaros con mis ligeras reflexiones en este rato.

Habéis muerto al mundo y vuestra vida debe estar escondida con Cristo en Dios. No debeis ya aficionaros ni moveros por las riquezas, por los honores, por los placeres y deleites del mundo ni pensar en ellos mas de lo que piensan los que han muerto. No debeis juzgar como el mundo juzga, hablar como él habla, sentir como él siente, ni querer lo que él quiere. Habéis resucitado con Jesucristo, debeis mirar ya á este mundo como una tierra estraña, como un lugar de destierro y aspirar á las cosas del cielo donde está Jesucristo, del cielo debe ser vuestra conversacion y por el cielo deben ser todos vuestros anhelos y trabajos. Como en el cielo está nuestro tesoro, allí debemos tener siempre fijo nuestro corazon. Ya no debemos desear vivir sino para Dios y procurar estar unidos á Dios.

No quiero deciros con esto , que abandonéis ya vuestros cargos y destinos; que esteis continuamente orando, dejando las tareas de vuestra obligacion , que emprendais una vida solitaria y separada del trato de los demás haciéndoos adnatos é insufribles á los otros ; no, no es preciso esto para estar unidos con Dios y poner en él toda vuestra esperanza. La union que yo quiero que tengais y la que Dios exige de todos nosotros es, una union de voluntad de modo que ya no queramos sino lo que Dios quiere ; no hagamos sino lo que es de su agrado , no busquemos ni procuremos sino lo que ceda en su gloria y servicio, sin dejar por esto de atender á nuestras respectivas obligaciones; destinos , ministerios y oficios, porque en todos podemos salvarnos, hacer la voluntad de Dios y vivir unidos á Dios. No debemos hacer cosa que sea opuesta á la voluntad de Dios aunque de ello nos resulten bienes terrenos ó para ello se nos amenace con males; es decir, que ni por interés ni por temor debemos separarnos de Dios y obrar ó querer lo contrario de lo que él nos ordena. Debemos procurar que se haga y cumpla su santísima voluntad y resignarnos enteramente en ella en los bienes y en los males que nos sucedan, en la prosperidad y en la desgracia, en la vida y en la muerte, convencidos de que todo es obra suya, todo sucede con su consentimiento y beneplácito, todo lo ordena á sus admirables y siempre rectos juicios y ni un cabello cae de nuestra cabeza sin su voluntad.

¡ Qué tranquilidad y gozo interior el del justo que descansa enteramente en su Dios y no desea sino lo que Dios quiere de él ! ¡ Qué dicha, hermanos míos, la de un alma totalmente entregada á su Dios y unida á su Dios, que ni quie-

re, ni busca, ni procura otra cosa que conservarse en una estrecha union con Dios! Dios es su herencia y su porcion, es su Padre y nada echa de menos ni de nada se acuerda teniendo á su Dios. Aunque nada tenga, lo tiene todo teniendo á su Dios, ni busca otra inced por sus servicios y trabajos que á su mismo Dios.

Pudiera recordaros el estado feliz de tantas almas privilegiadas que aun viviendo en este mundo podia decirse que tenian anticipadamente su morada en el cielo; tan unidas á su Dios y desprendidas de todo lo terreno, tan resignadas en la voluntad de Dios, tan favorecidas de Dios con sus dones, sus luces, su virtud para hacer milagros, sus éxtasis y enagenamientos que podrian decir con el apóstol: *ya no vivo yo, vive Jesucristo en mí*. Tantas almas tan entregadas enteramente á Dios, tan dedicadas á su servicio, tan adelantadas en el camino del amor santo, tan aventajadas en la virtud, tan llenas de Dios y tan estraordinariamente favorecidas de su Señor que fueron la admiracion y asombro de su tiempo y lo serán de los siglos venideros. En ellas se descubre lo que es y á donde llega aun en este mundo un alma que se desprende enteramente de sí misma, de sus afectos, de sus deseos; de su espíritu y se entrega toda á su Dios y no vive sino del espíritu de su Dios. Sé muy bien que no es necesario tanto para salvarse y para conseguir la perfeccion de la vida cristiana: que para tener una sólida piedad y devocion no es necesario que Dios nos regale con favores estraordinarios y que tengamos el don de la profecía, de hacer milagros, de penetrar los secretos de los corazones, de elevarnos en la oracion y tener revelaciones... Huid, hijos míos, de buscar en vuestra devocion lo maravilloso,

elevado y extraordinario; no ambicioneis ni pongais vuestras miras en estos dones especiales y buscando vuestra elevacion caigais en las mas groseras ilusiones; no olvideis jamás que para que Dios nos favorezca con sus dones es necesario hacernos dignos por una grande fidelidad y constancia en la práctica de las virtudes, y no es necesario, ni nos es lícito pretenderlos: al contrario, conviene considerarnos como indignos de ellos, y cuando el Señor tenga á bien comunicarnos á una alma, no debe recibirlos sino con un profundo respeto y una sincera persuasion de su indignidad, sin atribuirlos jamás á sus méritos, ni apropiárselos. Pero no podemos dudar que para ser cristianos perfectos; para conservarnos en la piedad y devocion, digo mas, para lograr la salvacion de nuestras almas es indispensable desprendernos de nosotros mismos, entregarnos á Dios, unirnos á Dios con una union de voluntad queriendo solamente lo que él quiere; es necesario en una palabra, que le amemos á él solo, la caridad que es la esencia de la perfeccion y sin la que no podemos tener esperanza de salud.

Pues cuanto mayor sea nuestra caridad, cuanto mas amemos á Dios, mas desearemos hacer su voluntad y ponernos en su voluntad. Cuanto mas le amemos, mas desearemos lo que él quiere y mas nos uniremos á él. Sin la caridad estaremos alejados y separados de Dios y estando separados de Dios pereceremos: *Qui elongant se á te peribunt*. Huye y se aleja de Dios, dice san Ambrosio, el que obra aquellas cosas que no quisiera que las viera Dios, que no son del agrado de Dios, que son contrarias á la voluntad de Dios y por una legítima consecuencia, para no alejarse de Dios y tener la desgracia de perecer es preciso unirse á Dios

obrando lo que deseamos que él vea y nos premie, lo que no tengamos que avergonzarnos ni arrepentirnos de haber obrado, lo que sea conforme á su voluntad y así estaremos cerca de Dios, unidos á Dios, amparados de Dios, y nada apeteccremos tanto como estar con él: *Mihi autem ad herere Deo bonum est: ponere in Domino Deo spem meam.*

El ser Dios nuestro Criador y deberle cuanto somos y cuanto tenemos, el ser nuestro Redentor, el ser nuestro Padre y Provisor que cuida con tanto esmero de nosotros y nos da aquello que nos conviene, el amor y cariño grande con que nos trata, la paciencia con que nos ha sufrido y tolerado nuestras injurias y desprecios, la esperiencia que tenemos de tierno corazon y de los favores especiales con que en muchas ocasiones nos ha socorrido, y nuestro propio interés tambien nos debe inclinar y resolver á entregarnos absolutamente á Dios y conformar con su santísima voluntad la nuestra. ¿Qué haremos en el camino de la virtud sin esta resolucion? ¿Y de qué no seremos capaces con ella? Nuestros enemigos viéndonos unidos y resueltos á no separarnos de Dios y á procurar hacer su voluntad en todo y no la nuestra ni lo que el mundo ni el demonio exija de nosotros, huirán de nosotros, nos sostendremos en la virtud, adelantaremos en ella, cobraremos ánimo y aliento para seguir con constancia en la carrera comenzada que ha de guiar-nos al cielo, emprenderemos con buen éxito la reforma de nuestras costumbres, las austeridades de la penitencia, las sumisiones y sacrificios de la penitencia y humildad, superaremos todos los obstáculos, triunfaremos del demonio, del mundo y de nosotros mismos, nada nos detendrá ni espantará y seremos mas fuertes que el infierno, que la natura-

leza corrompida y que todos los enemigos de nuestra salud: *Non timebo mala quoniam tu mecum es.* Resueltos á entregarnos á Dios y encendidos en el deseo de no hacer sino su voluntad y lo que es de su agrado, nuestro orgullo cederá á la humildad, nuestra sensualidad á la mortificación, nuestra voluntad propia á la obediencia, la cólera á la mansedumbre, el amor de nosotros mismos al amor de Dios, nuestros vicios se destruirán, las verdaderas virtudes se levantarán sobre sus ruinas, la caridad levantará trofeos sobre las ruinas de las pasiones y del pecado: adquiriremos tambien el espíritu de oracion, penetraremos los misterios del amor de nuestro Dios, poseeremos á Dios y seremos poseidos de él y vendremos en cierto modo á ser una misma cosa con él. Con esta resolucion no seremos tímidos, flojos y vacilantes en la obra de nuestra santificacion queriendo unas veces y otras no, como sucede á las almas que conservan el apego á sí mismas y á los placeres del mundo y que quisieran por una temeridad que Dios reprueba, partir su corazon y sus afectos entre Dios y el mundo y servir y agradar á Dios y al mundo. Entregados absolutamente á nuestro Dios caminaremos con un deseo ardiente y correremos por las sendas de la justicia sin fastidio y sin cansancio, despreciando cuanto puedan oponernos nuestros enemigos.

Resignados y conformes completamente con la voluntad de Dios, ni las enfermedades, los infortunios, cuanto el mundo llama desgracia y desventura nos asustará ni nos perturbará. Todo lo recibiremos como emanado de un Dios que nos ama mas que nuestros padres, y le bendeciremos como Job en los bienes y en los males que nos envia: todo lo miraremos como disposiciones de su Providencia admi-

rabie sin murmuracion y sin queja; en todo reconocemos su benéfica mano que le ordena todo á nuestro bien, y de todo nos aprovecharemos para ejercitarnos en las virtudes, satisfacer por nuestros pecados y hacer acopio de merecimientos. No nos separe de nuestro Dios, ni la tribulacion, ni la angustia, ni la persecucion, ni la espada, ni el hambre ni la sed, ni la vida ni la muerte. Pongámonos confiadamente en sus manos y nada tendremos que temer. Depositemos en él todas nuestras esperanzas y nos pondrá á salvo. No mas servir á los ídolos de nuestras pasiones, á las vanidades y locuras del mundo, á las sugerencias del demonio, sino solo á Dios.

Esta es, Señor, nuestra resolucion, el fruto que deseamos sacar de estos ejercicios, lo que esperamos de vos, y antes de salir de este lugar, postrados en vuestra presencia, poniendo por testigos á los ángeles y santos del cielo y á todos cuantos nos ven y nos escuchan, dignaos oir nuestras súplicas y aceptar las protestas que públicamente hacemos: Miradnos, Dios y Señor nuestro, con ojos de misericordia, considerad que si os hemos ofendido tanto con nuestros pasados extravíos, nos habeis hecho la gracia de que nos convirtamos á vos y de que mudemos de vida. Recibid en vuestros brazos á estas almas pecadoras que se arrojan á ellos con entera confianza y os ruegan las perdoneis y laveis mas y mas sus pecados. Concedednos el socorro que necesitamos para cumplir exactamente las resoluciones que hemos tomado, y si nos faltare alguna que añadir, inspirádnosla y la recibiremos. ¡Qué dulce y consolador es para nosotros el deseo de uniros enteramente á vos y de poner en vos toda nuestra confianza! Queremos.

vivir para vos, y vivir crucificados con vos para reinar eternamente con vos.

Nosotros todos, Dios mio, habiendo considerado durante el tiempo de estos ejercicios el sin número de gracias que hemos recibido de vos, en cuya presencia nos hallamos, y sobre todo, la bondad con que nos habeis atraído á vuestro servicio cuando menos lo esperábamos, pues que nos habíamos hecho indignos de ellas por nuestras culpas é infidelidades, os pedimos humildemente perdon de todos nuestros extravíos y renovamos las promesas que hicimos al recibir el bautismo y que tan mal hemos guardado y que queremos observar inviolablemente y con toda sinceridad en lo venidero. Renovamos tambien todas las resoluciones que hemos formado en estos ejercicios. Estamos destinados á renunciar al pecado, y á todas las falsas máximas del mundo siguiendo las vuestras, señaladas en vuestro santo Evangelio: con la ayuda de nuestra divina gracia, nos aplicaremos en adelante á corregir nuestros defectos, á practicar las virtudes y á emprender una vida nueva. Nos sometemos voluntariamente al yugo suave de vuestra ley, y á abrazar la cruz segun os digeis enviárnosla, gustando, con preferencia á las falsas dulzuras del mundo, de la amargura de vuestro cáliz, y queriendo mas morir continuamente á nosotros mismos por vuestro amor, que vivir á la vida de los sentidos y del amor propio. Protestamos que si por causa de nuestra estrema fragilidad y del fondo de maldad que hay en nosotros tenemos la desgracia de separarnos de estos sentimientos y volver al mal, volveremos inmediatamente á vos con el socorro de vuestra gracia, nos arrepentiremos inmediatamente y entraremos de nuevo á vuestro servicio

con la resolucíon de seros mas fieles que hasta entonces. Recibidnos, Señor, en el número de vuestros siervos; sostenednos por vuestra misericordia y porque nuestros enemigos y los vuestros no digan que nos habeis abandonado, no permitais que prevalezcan contra nosotros separándonos de vos por el pecado : ¡ ó Dios y Señor de nuestro corazon, á quien pertenecemos por tantos títulos, á quien debemos servir únicamente y á quien debemos amar sobre todas las cosas como nuestro Dios, nuestro Señor, nuestro Criador, nuestro Redentor y nuestro último fin.

Piadósísima Madre y poderosísima abogada nuestra Santísima Vígen María, santos de nuestro nombre y de nuestra especial devocíon, dignaos ser testigos de esta protestacíon y de estos nuestros votos y alcanzadnos del Señor la gracia para cumplirlos con una inviolable fidelidad. Sea así y tengamos la dicha de vernos reunidos todos en el cielo y alabar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo en uníon de los ángeles y bienaventurados por los siglos de los siglos. Amen.

F. L. G.

PLATICA XXXII.

SOBRE LOS ANGELES SANTOS.

Debemós á los ángeles santos gran respeto por su presencia, gran devocion por su benevolencia, y gran confianza por su custodia.

Angelis suis mandavit de te ut custodiant te in omnibus viis tuis,

Ps. 90.

Una vez que he de hablaros en este dia despues de tanto y tan bueno como se os ha dicho en estos santos ejercicios he creido conveniente tratar de los ángeles y deciros con mi melífluo P. san Bernardo : *¿ Si el Señor mandó á sus ángeles que nos guardasen en todos nuestros pasos : cuánta reverencia, cuánta devocion y cuánta confianza no debemos tener en ellos ?* A vosotros, hermanos míos, dejo la contestacion,

cargándome yo con demostraros en este breve rato, que debemos á los ángeles gran respeto por su presencia, gran devoción por su benevolencia, y gran confianza por su custodia.

En cuanto á su *presencia* tengamos presente, que andemos ó estemos parados, que obremos el bien ó ejecutemos el mal, siempre los ángeles custodios estan con nosotros, nos observan y jamás nos pierden de vista. *Con grande cuidado*, dice san Agustín, *nos asisten en todas horas y lugares. Van con nosotros en nuestros caminos: entran y salen con nosotros, observando atentamente cuanta sea la piedad y justicia de nuestra conversacion y trato en medio de este mundo corrompido* (1). No hay compañero, no hay maestro, ayo ó amigo que esté tan de continuo á nuestro lado, ni que tanto nos observe como el buen ángel encargado por Dios de defendernos en nuestros peligros, y de asistirnos en nuestras necesidades. Verdad es que nosotros no lo vemos, pero sabemos que él nos vé: muchas veces oímos la voz interior con que nos escita al bien, procurando apartarnos del mal. Sabemos que cualquiera culpa nuestra es ofensa suya, que todo pecado nuestro es un desprecio de su presencia: que es un Señor mas grande, fuerte y poderoso que todos los monarcas juntos del mundo, y que le basta un solo momento para quitar la vida á cualquiera muchedumbre por grande y poderosa que ella sea. Sabemos que la ciencia de todos los hombres doctos y sabios no llega á la suya, y que ninguna fuerza humana iguala á la que él tiene. Ninguna prudencia es comparable con su prudencia, y todo es-

(1) S. Aug., in soliloq.

to aun atendidos sus dotes naturales, siendo así que estos son nada en comparacion del esplendor, de la belleza, de la sabiduría y de la magestad deribada de los dones sobrenaturales de la gracia. Luego debemos tenerle gran respeto: debemos andar cautos y no hacer accion, no decir palabra, no dar voluntaria acogida á un pensamiento ó á un deseo que pueda disgustarlo. Esta es la reverencia que los ángeles piden y quieren de nosotros: á nosotros nos interesa ofrecérsela; ofrezcámosela, y ellos nos ayudarán, nos protegerán, nos defenderán en todos nuestros peligros y no nos dejarán caer en la tentacion. *Es posible*, decia con todo el ardor de su celo el doctor melífluo, *es posible que presente un ángel, te atrevas á lo que no te atreverias si lo vieras en tu presencia?* Delante de los grandes de la tierra tanto respeto, y á la vista de un ángel tanta osadía y atrevimiento: al lado del poder humano tantos homenajes y reverencias, y al frente del angélico tantos desacatos: para implorar la proteccion humana tantas humillaciones y cumplidos, y nada para conseguir la importantísima que nos ofrece para nuestra dicha y felicidad el ángel que nos hace perpetua compañía! ¿Es esto justo y racional? No hay necesidad de que yo lo diga. Vosotros no solo estais dotados de gran juicio, sino que sois fieles que iluminados con las luces de la revelacion sabeis con fe divina que vuestro ángel está en vuestra presencia, que se disgusta si ofendeis á Dios, y que se alegra cuando pasais del pecado al estado de la gracia por medio de una verdadera penitencia: *Gaudium erit in celo super uno peccatore penitentiam agente.* ¿Qué necesidad teneis de verlo con los ojos corporales? Os ofuscaría con su resplandor y no podríais sufrir su rostro

magestuoso. Sabeis pues lo bastante para no faltarle al respeto que merece su presencia para no ofenderlo, ni obrar á su lado cosa indigna de su santidad y pureza.

Pero no basta honrar á los ángeles con solo abstenernos de pecar en su presencia: debemos además de esto, tenerles una grande *devocion* por su benevolencia. Nos aman los ángeles, dice mi dulce Bernardo, aun sin tener nosotros mérito alguno; para imitar á aquel Dios que con su amor previene nuestros méritos. Nos aman por aquella semejanza que reconocen en sí mismos con la espiritualidad de nuestra alma. Nos aman porque saben que somos llamados para llenar el número de los electos ciudadanos de su patria celestial. Nos aman, porque nos ha amado nuestro Señor Jesucristo (1). Nos aman, no con un amor puramente especulativo y ocioso, sino con un amor práctico y eficaz. Toman muy de su cuenta nuestros intereses espirituales, y aun tambien los materiales siempre que conducen á nuestra salvacion eterna, como lo afirma san Agustin. *Nos ayudan*, dice, *en nuestros trabajos, nos protejen en el descanso, nos animan en los conflictos, nos coronan en las victorias, nos defienden en los peligros, nos consuelan en las desgracias, y se afanan por sacarnos de las culpas* (2). ¿Cuántas veces nos han dicho al corazon: deja el camino de la perdicion y entra en el de la salvacion: apártate del mal y obra el bien: mira al infierno y á la gloria; elige tu felicidad, sigue la virtud y huye del vicio; aborrece el pecado y busca con ardor la gracia para ser

(1) S. Ber., ser. I de Ang.

(2) Exod., c. 23.

con ella nuestro compañero en el paraíso de delicias perdurables y eternas? No vemos al ángel; pero es muy cierto que muchos de los que llamamos acasos, accidentes y casualidades vienen de él para apartarnos de los caminos perniciosos y evitar nuestra caída en el infierno. El ángel bueno es el que para bien nuestro nos ha apartado mil veces de los mayores peligros evitando desastres de eternas consecuencias.

De esta manera nos aman los ángeles: nos aman sin mérito nuestro, y nos aman con eficacia; y lo que aun es mas, nos aman y no nos abandonan aunque seamos grandes pecadores. *Non te dimittet cum peccaveris* (1). Es verdad que en este estado no nos aman con el amor que se llama apreciativo, y que aborrecen y abominan del que estando en pecado mortal es aborrecido y abominado de Dios: pero todavía nos aman con cierto afecto de ternura y de compasión, pues que si estamos en pecado nos solicitan para que salgamos de él facilitándonos la penitencia y los medios de ponernos en gracia, siendo grande su alegría cuando se convierte un pecador, como lo dice san Lucas (2).

Ahora bien, hermanos míos; yo os ruego que os examinéis y veáis cuál es la devoción que teneis á un personaje tan digno, que tanto nos ama. Bien sabeis que la devoción es un acto fervoroso de buena voluntad, que no pudiéndose mantener oculto en el interior, se manifiesta y sa-

(1) S. Aug., in soliloq.

(2) Luc., c. 15, v. 10.

le fuera con exteriores muestras de religion. Decidme pues ¿qué fervor de buena voluntad hácia el ángel santo será el del que no se ha acordado de él acaso en todo el dia, ni le ha ofrecido un afectuoso obsequio ó un acto de humilde agradecimiento? Si jamás nos hemos privado de una palabra deshonesta por no ofender su presencia, ni hemos mortificado por su amor alguna de nuestras pasiones ¿podremos decir que tenemos devocion á los ángeles que nos aman con tanta benevolencia? Pues el apartamiento de los vicios, y la práctica de las virtudes son la correspondencia de que gustan los ángeles, segun san Agustin. *Quoties bene agimus gaudent Angeli*. Los que no hacen esto, no tienen para ellos fervor, no tienen buena voluntad, ni tienen devocion. No seamos de este número nosotros. Si en esta parte hemos sido descuidados confundámonos, humillémonos, pidamos perdon á los mismos ángeles de nuestra pasada ingrátitud, y pensemos en hacer por su amor todo lo que les agrada, que es vernos siempre ocupados en los ejercicios de virtud propios de las almas justas. *Seamos devotos*, dice mi P. san Bernardo, *seamos agradecidos á tan grandes custodios: volvámosles amor por amor cuanto podamos*. Correspondiendo de este modo con nuestra devocion á su benevolencia podremos tener una bien fundada confianza en su proteccion. *Fiduciam pro custodia*.

Deseando mi dulce padre alentar nuestra confianza en los santos ángeles, dice : que son amorosísimos, por lo que no podemos dudar de su querer : que son prudentísimos ó iluminados de Dios, por lo que no podemos temer que yerren : que son poderosísimos, por lo que no podemos ni aun sospechar que les falten fuerzas para ayudarnos y defender-

nos (1). Si recorremos las Santas Escrituras, á cada paso encontraremos á los ángeles en continuo ejercicio de amor, de proteccion y de defensa. Visitan á Abrahan, le revelan cosas venideras y le prometen felicidades. Visitan á Lot, y le defienden su casa poniéndolo en salvo. A Sara, vieja y anciana, le prometen un hijo. A Agar fugitiva le mandan volver á la casa de su amo, y sedienta en el desierto le descubren una fuente para que no muera de sed su querido Ismael, y sea lleno de grande prosperidad. Prometen á Jacob bendiciones, á Gedeon victorias, á Manue y á su nuger una famosa descendencia, y á Ezequías todo el consuelo que necesitaba en un gran conflicto. Ellos defienden á los tres niños en el horno de Babilonia: cierran la boca á los leones para que no devoren á Daniel, y transportan al profeta Abacúc desde la Judea al lago de las fieras para proveer de comida á aquel siervo de Dios. Guían á Tobías en su viaje, lo hacen con una excelente esposa, le recobran una gran deuda, le enseñan á curar la ceguera de su padre, y llenan su casa de bienes temporales y espirituales. Guardan á Judit en medio de un ejército insolente: se presentan á caballo en el de los Macabeos: libran á san Pedro de las cadenas: abren á los apóstoles las puertas de las prisiones, y de esta continuacion de beneficios todos los libros de la historia estan llenos. A la vista de tantos y tales ejemplos ¿no deberá animarse nuestra confianza en estos ministros del Señor? Mi padre san Bernardo, de quien voy tomando todas las especies que os propongo, dice: que en todas nuestras ten-

(1) Serm. I. de Ang.

taciones y en todos nuestros trabajos recurramos con confianza á nuestros ángeles custodios, mucho mas interesados que nosotros mismos en el negocio de nuestra salvacion. Con que acudamos á ellos, y contando con su continua presencia, respetémoslos cuidando de no ofenderlos con cosas menos dignas de su santidad y de nuestro estado. No perdamos de vista su benevolencia, para nutrir nuestra devocion y vivir siempre en perfecta armonia y consonancia con estos ministros de nuestra salud y de nuestra gracia. Si las verdades eternas que se nos han anunciado en estos santos ejercicios han penetrado en nuestras almas y han movido nuestros corazones decidiéndonos á vivir perpetuamente segun las máximas del Evangelio, tengamos en consideracion lo mucho que en esto nos han ayudado los santos ángeles, y resolvámonos á seguir con ellos, así como ellos nos siguen á nosotros. Os he dicho que jamás nos dejan; que siempre nos acompañan observando nuestros pasos para defendernos en los peligros, inspirarnos ideas de virtud, retraernos del mal y dirigirnos hácia el bien; que les disgusta sobremanera el pecado, y que el ejercicio de las virtudes les agrada en gran manera, y los empeña en favor nuestro. Luego nunca debemos apartarnos de ellos con la culpa y el desvío del desprecio y atrevimiento insolente del pecador; sino que mirándolos como á nuestros poderosos protectores, debemos manifestarles nuestro agradecimiento, nuestro amor y nuestra decision en obsequiarlos, con las prácticas fervorosas de las virtudes: debemos amar, servir y glorificar á nuestro gran Dios, como ellos lo aman, sirven y glorifican y formar con ellos un coro perpetuo de divinas alabanzas que dure hasta mas allá de la eternidad: debemos dar es-

pansion á nuestras almas , alegrarnos en el Señor y vivir confiados en su bondad inmensa, tan empeñada en nuestra felicidad temporal y eterna , que no se detuvo en mandar á sus ángeles que nos guarden, asistan y protejan en todos los pasos de nuestra vida. *Angelis suis mandavit de te, ut custodiant te in omnibus viis tuis.*

Pero antes de concluir debo advertiros que los mismos ángeles quieren que nuestra confianza no degenera en presuncion. Tal sería si no usáramos de las debidas precauciones para alejarnos de los peligros; y aun mas, si abandonados los caminos rectos, nos entrásemos voluntariamente en los perniciosos del pecado y de la muerte. Cuando el jóven Tobías fue acometido en el rio Tygris por un pez de monstruosa grandeza , invocó al ángel en su ayuda : pero el ángel le mandó que lo cogiera , lo sacara del agua y lo destripa (1). Obedeció el mozo , hizo cuanto le mandó el ángel , y bien sabeis las consecuencias importantes de semejante obediencia y sumision á las órdenes de su celestial Favorecedor. Reflexionemos sobre esto , y no lo dejemos pasar desapercibido con perjuicio del aprovechamiento de nuestras almas. Bien pudo el gran Rafael dar muerte en el rio al pez monstruoso sin exigir del temeroso Tobías el menor esfuerzo : pero no lo hizo así para que aprendiésemos , que aunque los ángeles estan prontos á asistirnos , ayudarnos y defendernos en nuestros peligros , quieren tambien que nosotros hagamos por nuestra parte todo cuanto podá-

(1) Math. , c. 13 , v. 49.

mos, y no resistamos la voluntad del Padre celestial, sino que la cumplamos observando sus divinos preceptos, reducidos á ser fieles á la gracia que siempre nos inspira la virtud. El ángel que guió al pueblo escogido en su viaje desde el Egipto á la tierra prometida, jamás lo abandonó, y sin embargo, seiscientos mil de ellos no lograron entrar por culpa suya al término á que los guiaba. Dios destina á cada hombre un ángel que lo guarde, y con todo eso muchos son los que se condenan porque no dan oídos á los consejos y santas inspiraciones que reciben de los ángeles con frecuencia. ¿Qué son los remordimientos de la conciencia; la firmeza en el conocimiento de que debemos obrar el bien y huir del mal; la luz iluminadora de la fe; el temor de caer en los infiernos, y el amor á la gloria eterna, sino otros tantos avisos que nos dan los ángeles para que nos salvemos y no nos condenemos? *¡Ay de nosotros! concluye mi doctor melífero, ¡Ay de nosotros, si provocados los santos ángeles con nuestros pecados y negligencias, nos juzgarán indignos de su presencia y favor con que podríamos ser protegidos y libertados de los enemigos de nuestras almas!* Nuestro divino Maestro y Señor nos asegura que en el juicio final saldrán los ángeles y separarán á los réprobos de los predestinados; y que dada la sentencia precipitarán á los malos en el fuego eterno (1). ¿Y no podría suceder que el mismo ángel que ahora nos guarda, asiste y defiende con tanto amor, se vuelva contra nosotros en el día gran-

(1) Tob., c. 6.

de de ira, y que separándonos de los electos nos diga con furor divino: *Anda, ingrato, al fuego eterno?* ¡Qué posibilidad esta, amables hermanos! Considerémosla bien: miremos si nuestra conducta es tal que nos prepare á un fin tan desastroso é infeliz, y procuremos que nuestra confianza en los santos ángeles no degeneren en presuncion, sino que sea en todo arreglada á los dogmas de nuestra santa religion, para que los espíritus angélicos tengan gusto en asistirnos con su presencia, en amarnos con su benevolencia, y en defendernos con su poder y fuerza. Bien veis que en todo esto nosotros somos los gananciosos: nosotros somos los favorecidos, nosotros sacamos la mejor parte; para nosotros es todo el provecho, pues que no necesitando los ángeles cosa alguna para su felicidad, solo se emplean en facilitarnos los medios de conseguir la nuestra, para que en su compañía nos ocupemos en cantar eternas alabanzas al Señor, como todos los que le dan gracias incesantes en la corte celestial. Si pues nos es tan grata la idea de la felicidad eterna, y los ángeles se prestan á asistirnos, á defendernos y protegernos en este destierro de lágrimas, de miserias y peligros, ¿quién de nosotros se negará á amarlos, á obsequiarlos y á corresponder agradecidos á sus beneficios ofreciéndoles una conducta virtuosa y santa, que es lo que quieren y nos piden por pago de tanto como les debemos? ¿Quién no querrá tener contento y benévolo al ángel de su guarda? No es de presumir que haya uno entre nosotros que no desee, quiera y anhele la amistad del ángel que le asiste, guarda y protege en todas sus necesidades. Todos queremos salvarnos por los medios que se nos han propuesto y explicado en estos santos ejercicios; uno de

ellos es el de contar con los ángeles á quienes ha mandado el mismo Dios que nos asistan, guarden y protejan en todos nuestros pasos: luego sin los ángeles no puede haber salvacion pora nosotros. Nos son necesarios para caminar á su lado por la senda de la virtud; para no ser arrollados y vencidos por nuestros enemigos; para pelear con su ayuda y proteccion en las batallas del Señor; para escoger las armas en los depósitos de las verdades infalibles y saber manejarlas en el tiempo de la tentacion; para no volver atrás en la carrera de la perfeccion cristiana á que aspiramos; y para vencer y triunfar en la lid del cristianismo. Luego la fe, la razon y hasta el sentido comun vocean, claman y dicen que tengamos á los ángeles santos *gran respeto por su presencia; gran devocion por su benevolencia, y gran confianza por su custodia.*

Esto es lo que he pretendido demostraros en esta plática, dirigido por mi padre san Bernardo. Nada debe importaros la debilidad de mi expresion, ni la falta de energía en mis palabras. Mi mision no es la de haceros elocuentes, sino la de recordaros las verdades que forman la hermosura de la religion divina que profesamos, con la firme y profunda conviccion de que fuera de ella no puede haber salud, y de que con su espíritu y doctrina todos podemos ser salvos. Lo seremos sin duda caminando uniformes con los ángeles que nos asisten sin dejarnos, si dóciles á sus inspiraciones nos dirigimos por ellas, y continuamos ejercitándonos en las virtudes que tanto se nos han recomendado en este tiempo aceptable y en estos dias de salud en que hemos sido visitados de lo alto del modo y manera que todos sabeis. Sea nuestro Dios el objeto de nuestra adora-

ción de *latria*. Séalo María Santísima de la que llamamos *hiperdulta* : y sean los ángeles y santos de la corte celestial con la conocida con el nombre de *dulta* , y esperemos en nuestro Redentor , en su santísima Madre y en los ángeles santos del cielo , confiados en que al fin de esta vida iremos á hacerles eterna y feliz compañía en la triunfante Jerusalen de la gloria. Amen.

A. M.

PARAFRASIS

DEVOTA DEL SALMO 115.

Que puede leerse con fruto despues de los ejercicios espirituales, y especialmente delante de Jesus Sacramentado.

1. *Credidi propter quod locutus sum:
Ego autem humiliatus sum nimis.*

Yo lo creí, Señor, y hablé por eso :
¡ pero cuánto, mi Dios, me vi humi-
llado,!

Reengendrado en mis primeros dias en las aguas del bautismo y numerado desde entonces entre tus hijos, tuve, Dios mio, mucho antes del uso de la razon la inapreciable dicha de pronunciar é invocar vuestro santo nombre. Mis padres, instrumentos para mí de vuestras bondades, me instruyeron con cuidado en los misterios, que vos, ¡oh palabra

divina! enseñásteis á los hombres. Muy luego supe que vos, verdadero Dios y Hombre, residíais bajo esas especies sacramentales, no en sombra ni figura, sino real y personalmente. Supe (¡y aquí mi mayor asombro!) que no contento con admitirnos á vuestra presencia, nos convidais y aun mandais que nos acerquemos y sentemos todos á vuestra mesa donde vos mismo, vuestro cuerpo es la comida y vuestra sangre la bebida. ¡Qué mas necesita el hombre para comprender que ese sacramento es digno del mayor respeto y veneracion; que nadie debe venir y entrar en el templo sino penetrado de la presencia de su Dios, con toda la modestia posible y recogimiento interior, ¡ni acercarse al divino convite sin probar primero su conciencia y purificar el alma de todo afecto vicioso!

Con razon, Señor, se me decia, y yo oia complacido, que solo instituisteis ese Santísimo Sacramento por el gusto de estar y conversar con los hombres y forzarlos á vuestro amor. Pero, mi Dios, ¡qué mortal se arrimaria á vuestros altares si os mostráscis en todo vuestro esplendor y gloria! ¡Ni qué mérito habria en confesar lo que vieran nuestros ojos! Por eso os ocultais bajo esos misteriosos velos, acomodándoos á nuestra pequeñez y dando lugar al ejercicio de la fe y al mérito. Yo me congratulo en gran manera de haber conocido tan pronto tan sublimes y consoladoras verdades, y postrado ahora ante ese divino Sacramento, las confieso de nuevo y os doy las mas cordiales gracias por tan señalado beneficio. *Credidi, propter quod locutus sum.*

Permitidme, Dios mio, que mi lengua y todo cuanto soy publique de mil modos y maneras esta vuestra gran misericordia. Me habeis prevenido con vuestra gracia; me ha-

beis escogido para que os adore y os bendiga; y en esta eleccion no habeis consultado mas que á vuestro amor hacia este indigno corazon. ¿Cuántos pueblos todaxía sepultados en las tinieblas, no os conocen? ¿Cuántas naciones bárbaras y apenas sabidas, viven sin Dios en este mundo? Y aun en el recinto mismo de la Iglesia, ¡qué ignorancia en tanto! ¡Qué impiedad en muchos! Aquí me tienes á tus piés, amable Salvador; aquí estoy postrado, confundido de mí mismo, sin saber qué hacer por vos, oprimido del peso de tantos favores y de tantas preferencias. *Ego autem humiliatus sum nimis*: por mucho que me humillé todo es poco: por mucho que digá de vos quedaré corto; admite por tanto, ¡oh gran Dios! este testimonio de mi fe, de mi respeto, de mi confusion, que es lo que ahora puedo ofreceros. *Ego autem humiliatus sum nimis*.

2. *Ego dixi in excessu meo: omnis homo mendax.*

Huí corrido, y en mi fuga dije: todo hombre es mentiroso, todo es falso.

Al mismo tiempo que estoy pronto á rubricar hasta con mi sangre, ¡ó Dios mio! la verdad infalible de vuestra palabra, me lamento y me aflijo de tantos corazones extraviados como no se fían de vos. Guiados solamente por las luces escasas y falsas de su razon pervertida, ni ellos mismos se entienden, ni encuentran la felicidad por que suspiran. ¡Cómo la han de hallar fuera de vos, verdad eterna! ¡Qué efectos tan terribles causa en estos infelices la incertidumbre en que viven, la variedad de sus dias, la contradiccion de sus opiniones, la ninguna paz, el ningun consuelo ver-

dadero de que gozan ! A vista de estos tan funestos efectos y repasándolos en mi imaginacion esclamo fuera de mí: todo hombre, Dios mio, es mentiroso. *Ego dixi in excessu meo: omnis homo mendax*: todo aquel que se dice feliz no estando unido á vos, no debe ser creído: cuéntenme enhorabuena los inicuos sus fábulas; pondérenme los delirios de su imaginacion estraviada; yo, Dios mio, tendré lástima de ellos; y comparando la hermosura, la solidez y los consuelos de vuestra santa ley, volveré mil y mil veces á repetir: todo hombre es mentiroso y no debe ser creído á pesar de sus palabras halagüeñas y de sus promesas seductoras: *Ego dixi in excessu meo omnis homo mendax*. ¿Quereis felicidad? ¿Quereis dichas? Venid á los pies de Jesus Sacramentado, contadle vuestras penas y pedidle que os saque de ellas. ¿Qué consuelo para mí, Dios de mi corazon, el conocer estas verdades y el experimentar vuestras dulzuras! En tí únicamente se encuentra el descanso, la felicidad y el premio: al contrario en el hombre: ¿qué vemos mas que doblez y engaño? Quanto mas lo medito mas me afirmo en esta importante verdad: todo hombre es mentiroso: *Omnis homo mendax*.

5. ¿ *Quid retribuam Domino; pro omnibus que retribuit mihi?*

Tú solo cres fiel y verdadero, ¿pues cómo te podia mi afecto grato pagar los muchos bienes y favores que estoy debiendo á tu mano benigna?

¿Y qué os daré yo, Dios mio, por estas luces y conocimiento? ¿Con qué os pagaré tanto como os debo por vues-

tros innumerables beneficios? *¿Quid retribuam Domino; pro omnibus quæ retribuit mihi?* A donde quiera que vuelva mi vista hallo infinidad de pruebas de vuestra paternal Providencia. Empleásteis vuestro poder y sabiduría en proveer á las necesidades y recreo del hombre: el cielo, la tierra y cuanto en ellos se contiene, al paso que anuncian la gloria de su Hacedor, todo es á beneficio nuestro. Pero ¿qué es, ni qué tiene que ver la tierra, el mar, el firmamento? ¿Dónde resplandecen mas los divinos atributos? ¿Dónde el amor y bondad del Criador para la criatura? ¿Dónde se comunica y estrecha mas íntimamente con nosotros que en ese adorabilísimo sacramento? ¿Qué es el hombre, Señor, esclamo con el real profeta, que así os acordais de él y le tratáis con tan excesiva bondad? ¿Qué dices, alma mía? ¿Con qué pagarás á tu Dios dignacion como esta? *¿Quid retribuam Domino; pro omnibus quæ retribuit mihi?*

4. *Calicem salutaris accipiam: et nomen Domini invocabo.*

El cáliz de salud beberé entero, aun cuando sea de dolor amargo, y con un corazón agradecido invocaré tu nombre escelso.

En los excesos de mi fervor nada encontraba difícil, y estaba pronto, Dios mio, á cuantos sacrificios me pediais; pero, Señor, una triste experiencia me ha hecho conocer que mis propósitos flaquearon con el tiempo, no siendo constante y firme en la tribulacion tan necesaria para purificar mi virtud. Yo he debido contar en vuestro servicio con cruces y trabajos: bastaba que yo quisiera ser vuestro para

que fuese objeto de la execracion de los mundanos. Los siervos del Señor, como ellos dicen con un tono satánico, son demasiado felices con tener que padecer: Estas contradicciones, Señor, y aquellas pruebas desmintieron la firmeza de mis propósitos: volví á ser el que era y olvidándome de vos, ó Dios mio, me contásteis otra vez entre el número de vuestros enemigos. No os cansásteis por eso de buscarme y de hacerme bien; acabo ahora de ponderar vuestra grandeza y las misericordias con que me habeis privilegiado: no sabia á quién volverme exclamando fuera de mí: ¿qué te dará yo, Señor, por tanto como tú me das? ¿Y seré, Dios mio, ahora tan pérfido y tan ingrato como siempre? Contentándome con solas estas espresiones ¿no te dará mas pruebas de mi amor y reconocimiento? ¿Qué me pides para Dios? ¿Que sufra y que padezca? Dispuesto estoy á todo, y en vstra presencia adorable prometo y aseguro recibir el cáliz de salud ó invocar tu santo nombre. *Calicem salutaris accipiam: et nomen Domini invocabo.* Dichoso yo si soy digno de padecer y de conformarme á vos, Redentor amable, si el mundo, Dios mio, os persigue todavía en la persona de vuestros siervos; feliz de mí, si participando de estas persecuciones participo igualmente de las santas disposiciones de vuestro corazon sufrido y de vuestra sumision á los decretos de la justicia soberana. ¿Qué no merece mi orgullo y mi soberbia? Harto tiempo han sido aplaudidas mis pasiones: ya es hora de que se expien mis delitos en la afliccion y en los trabajos, ya es preciso que abrazándome con el cáliz de salud, que son las penas, invoque y bendiga por ellas con tu gracia ese tu adorable y santo nombre. *Calicem salutaris accipiam, et no-*

men Domini invocabo. ¿Pero qué satisfacción puede daros el hombre, Dios mio, por mucho que padezca, si el cáliz de la pasión de vuestro Hijo no da valor á sus méritos? Esa es mi felicidad y este mi consuelo. Con esa pasión santísima, con ese cáliz de salud pago mis deudas, y por mucho que me pidais, mucho más os vuelvo: *Calicem salutaris accipiam et nomen Domini invocabo.*

5. *Vota mea Domino reddam coram omni populo ejus. pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.*

Yo cumpliré mis votos en presencia del pueblo todo, de su pueblo amado, pues del Señor á los divinos ojos es preciosa la muerte de sus santos.

¿Quién había de creer, Dios mio, que en el seno de vuestra misma Iglesia había de haber hijos desnaturalizados, que destrozasen el seno de tan buena Madre? Entre nosotros habitan hombres, bien lo sabeis, que son cadáveres vivos, en quienes está muerta la vida de la fe y de la gracia; con nosotros viven quienes exhalan un feto de muerte, cuyo trato y aliento contagioso postra y rinde á tantas almas. A veces halagan ocultando el veneno con falsas apariencias de agrado y amistad: ya se irritan y enfurecen para amedrentar, y en cuántas ocasiones, ¡ah! sus censuras y sátiras han acobardado mi corazón? Por lo mismo, Dios mio, que temo el que insensiblemente se introduzca en mí como antes, la infame cobardía de avergonzarme de vuestro santo nombre; por lo mismo que temo aquella culpable circunspección disfrazada con el nombre de prudencia, aquel

indigno silencio ante los mofadores de la religion de la que entonces todo cristiano debe dar claro testimonio, acudo á vos, Señor; dadme fuerzas, Dios mio, contra estos respetos humanos. Yo quiero declararme públicamente por vos: desde luego me apresuro á publicar e-tos mis fieles sentimientos delante de todo el pueblo, para que algun dia él mismo me acuse si salto á vos y á mi palabra. *Vota mea Domino reddam coram omni populo ejus.* Haced que mi corazon oiga aquella voz de fortaleza y de valor que en otro tiempo hizo superiores á vuestros discípulos, no solo á las burlas y censuras del mundo, sino tambien á toda la barbaridad de los tiranos: hacedme en estos tiempos de tanta frialdad y cobardía un verdadero y continuo adorador vuestro en presencia de todo el pueblo: *vota mea Domino reddam coram omni populo ejus.* Mi flaqueza sostenida con vuestra gracia, ¿cuánto no se alienta y esfuerza con el premio de una muerte feliz? ¡O qué preciosa es, Dios mio, la muerte de vuestros santos! *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.* ¿Qué son los hombres, Señor, que prefieren un instante de vida sensual á vuestras eternas promesas? Unos insensatos cuyo delirio debe compadecernos y su desgracia eterna horrorizarnos. ¡Pero qué felices aquellos que declarándose por vos y preciándose de vuestra fe, llegan al término de su preciosa vida! *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.* Mantened mi fe, gran Dios, con estas indefectibles verdades: yo quisiera ser una de aquellas almas que hacen alarde de creerlas y de morir publicándolas. *Vota mea Domino reddam coram omni populo ejus: pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.*

6. ¡O Domine! *Quia ego servus tuus, ego servus tuus, et filius ancillæ tuæ.*

¡O Señor! Porque yo soy un siervo tuyo, tu humilde siervo, tu rendido esclavo, hijo tambien de una criada tuya, con benévolos ojos me has mirado.

Esta muerte feliz por la cual suspiro, solo se logra en el gremio ¡ó gran Dios! de vuestra santa Iglesia, siendo uno de sus miembros vivos y alimentándose con los pastos saludables de su doctrina, de esa doctrina, que vos, Maestro soberano, la enseñásteis y que ella conserva con tanta fidelidad y pureza. ¡Qué dichoso soy yo, Dios mio, consolándome con vos y presentándoos mi corazon al pie de ese vuestro tabernáculo! ¡Qué de veras os digo: Tuyo soy, Señor, tuyo soy ó hijo de tu Iglesia. ¡O Domine! *quia ego servus tuus, ego servus tuus, et filius ancillæ tuæ.* Yo pertenezco á tu redil; yo soy tuyo; yo me glorío de la feliz esclavitud de servirte, que equivale mucho mas que á reinar en el universo: *Ego servus tuus.* ¡Desgraciados aquellos dias en que yo serví al mundo, cuando él ocupaba todo mi corazon! ¡Qué mal recompensados han quedado mis servicios! ¡De cuántas amarguras no estaban mezclados sus placeres! Cada dia esperaba el cumplimiento de sus promesas; pero este tiempo cada vez se alejaba mas y él se burlaba de mi credulidad y de mis penas. No así vos, Dios mio, no así vos, dueño de mi alma. Fiel en vuestras promesas jamás me habeis engañado; los trabajos de vuestro servicio suavizados por vuestra gracia, confortado mi

corazon por la misma mano que le heria , me habeis dado á conocer lo justo y necesario de mis cruces , mirándolas como enviadas de los tesoros de vuestra misericordia Llegará, Señor, aquel instante en que todo se desvanezca y en el que nada nos sobreviva mas que nuestros delitos y nuestras virtudes : entonces se conocerá el precio de los sacrificios hechos por vos ; entonces se coge el fruto de la feliz abnegacion que tanto inculcáis en vuestro servicio ; por eso vuelvo á repetiros que quiero ser vuestro esclavo , correspondiendo de este modo á los deseos de vuestra esposa la Iglesia , como á mi verdadera madre á quien amo. *O Domine, quia ego servus tuus ; ego servus tuus, et filius ancille tue.*

7. *Dirupisti vincula mea : tibi sacrificabo hostiam laudis, et nomen Domini invocabo.*

Rompiste mis prisiones , y por eso, tus divinas piedades invocando una hostia de oblacion me haré yo mismo , y alabaré tu nombre soberano.

Obra son, Señor, de vuestra gracia estos nobles y generosos sentimientos que me animan. No pensaba yo así cuando mi alma triste y juguete de todas las pasiones en nada bueno se fijaba y apenas daba un paso hacia vos cuando ya titubeaba y retrocedia. Unido al mundo con muchos lazos y detenido por mil conexiones y respetos, cuanto mas procuraba romper mis cadenas tanto mas las apretaba y me oprimian. Por una parte mi corazon gustoso en su infame cautiverio, no encontraba felicidad ni placer, sino bajo este funesto yugo : por otra, llevando él á todas partes

los remordimientos de la culpa, mas crueles que los dolores de la muerte, eran como unas furias que me perseguían y atormentaban. ¡Gran Dios! En tan deplorable estado, la memoria del postrero día, y de los castigos reservados para el pecador, turbando mas y mas el corazón le disponían para que se volviese á Dios y os invocase. Artificios eran estos de vuestra clemencia para que se arroja-se en vuestros brazos y buscase en vos los consuelos, que en vano solicitó de las criaturas. Me mirásteis por último ¡ó gran Dios! compadecido y lastimado de mis tormentos, y al fijar en mí vuestra misericordiosa vista se rompieron mis tan pesadas cadenas. *Dirupisti vincula mea*. Los gritos de mi dolor y arrepentimiento escitados por vuestra gracia subieron hasta vuestro escelso trono y las súplicas de un pecador como yo, no solo desarmaron vuestra ira á punto ya de descargar contra mí, sino que avivando la llama de vuestro amor, me restituísteis la perfecta libertad de que gozo. *Dirupisti vincula mea*. Aquí vengo á vuestros pies á pagar el tributo debido á vuestra gracia. Ahora y mientras viva alabaré vuestras misericordias, y publicaré que mi conversión y libertad es obra de vuestras manos. *Sacrificabo hostiam laudis*. Armense ya contra mí una y mil veces el mundo y el infierno todo: válganse de amenazas y artificios: intenten mi perdición y total ruina: yo invocaré fervoroso el nombre y protección del Señor, que tan generosamente me libró, y confío me preservará por su bondad de nuevos lazos. *Dirupisti vincula mea: tibi sanctificabo hostiam laudis et nomen Domini invocabo*.

8. *Vota mea Domino reddam in conspectu omnis populi ejus: in atrii Domus Domini, in medio tui Jerusalem.*

Yo cumpliré mis votos á la vista de todo el pueblo, en el mismo atrio del templo del Señor, y hasta en medio de tí, Jerusalem, lugar sagrado.

Bien necesito, Señor, hacerlo así para defenderme de un siglo tan corrompido. ¿Quién habia de creer, Dios mio, que existirian hombres cuya boca parecida á un sepulcro de infeccion y podredumbre solo se habia de abrir para execrables blasfemias, no acordándose de vos, sino para degradaros de vuestra dignidad y grandeza? Dias alcanzamos, Dios mio, en que los oidos de los cristianos han llegado á acostumbrarse á tales horrores. No contentos estos impíos con vivir ellos sin regla, se complacen en murmurar y contradecir á vuestros siervos tachando su virtud de hipocresía y artificio. Quieren persuadirse, para vivir mas tranquilos en la culpa, que todos los demás hombres son como ellos. ¡Ay, gran Dios! Si alguna vez permitis que el justo resbale y caiga, ¿no les sirve esta caida de un bárbaro placer y de un grande triunfo? ¡Qué sería si yo, despues de haber experimentado cuán bueno eres para los que te sirven, despues de haber hecho tantas protestas y desafiado todo el poder del mundo y del infierno volviese otra vez...!! Pero no, Señor, no: no permitireis por vuestra bondad que yo dé á los impíos nueva ocasion de insultar vuestro santo nombre. Permaneceré fiel á mis promesas, y jamás me avergonza-

ré de cumplirlas á presencia de quien quiera, en todo lugar y tiempo. Si, Jerusalem santa, lo hare delante del pueblo todo: lo haré tambien en tus atrios, y en medio de tu santo templo donde concurren todos tus moradores y los de otros muchos pueblos. Almas justas, hijos de Dios, vosotros los que teneis la dicha de servir á tan buen dueño, juntaos conmigo, unid vuestras acciones de gracias á las mías, ofrecedle vuestros respetos y homenajes, presentaos ante esas aras, clamad y confiad en esa sangre preciosa que pide y ruega por nosotros: no limiteis vuestras alabanzas al recinto de los templos, publicadlas en el universo entero, dad testimonio de la verdad y defended los derechos del Señor contra todos sus enemigos. Confesadle delante de los hombres, para que él nos confiese en presencia del Eterno Padre Venid: juntemos nuestras alabanzas rodeando el trono del Cordero: ahí le tenemos en apariencia de muerto: ahí está realmente: ahí está para recibir nuestras adoraciones y respetos. Admitelas, gran Dios: yo te las tributo públicamente delante de todo el pueblo, en los atrios de tu casa y en medio de este santo templo. *Vota mea Domino reddam in conspectu omnis populi ejus: in atrii Domus Domini, in medio tui Jerusalem.*

Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto. Sicut erat in principio, et nunc, et semper, et in sæcula sæculorum. Amen ()*.

FIN DEL TOMO XXIV Y ULTIMO.

(*) Esta paráfrasis está tomada del Novenario de la real congregacion de la Guardia y Oracion al Santisimo Sacramento.

INDICE.

	PAG.
Plática primera. De la necesidad de los ejercicios espirituales.	7
Plática II. Utilidad de los ejercicios espirituales. . . .	16
Plática III. Si no nos convertimos en estos santos ejercicios podemos contar con que nos queda muy poca esperanza de salvarnos, y si no nos sirven para bien, servirán para mayor ruina nuestra. . .	26
Plática IV. Disposiciones con que debemos hacer estos ejercicios.	36
Plática V. De la importancia de la conversion. . . .	47
Plática VI. De la eleccion de estado.	59
Plática VII. De la necesidad de hacer penitencia. . . .	70
Plática VIII. Necesidad y desgracia de los que dilatan convertirse á Dios.	81
Plática IX. Señales de un verdadero arrepentimiento y conversion.	94
Plática X. De la injuria gravísima que se hace á Dios con el pecado mortal.	105
Plática XI. De los efectos detestables del pecado mortal.	118
Plática XII. El pecado mortal destruye el mérito de las buenas obras.	128
Plática XIII. El pecado mortal hace inútiles para conseguir la vida eterna las obras buenas hechas por los que se hallan en él.	138
Plática XIV. Del pecado venial.	150
Plática XV. La memoria de la muerte nos ayuda mucho para adelantar en el camino de la salvacion. .	161

Plática XVI. Es sumamente interesante el morir bien, y muy necesario el prepararnos para la muerte. . .	172
Plática XVII. La memoria y consideracion de la muerte es el freno mas eficaz para reprimir nuestras concupiscencias.	183
Plática XVIII. Retrato de la muerte del pecador y de la del justo.	199
Plática XIX. Del Juicio.	211
Plática XX. Del infierno.—Procuremos conocer en lo posible lo que es el infierno, para que si no nos alienta á servir y no ofender á Dios su amor, nos mueva por lo menos el temor de las penas de aquel lugar.	222
Plática XXI. De la gloria.—La meditacion de los bienes de la gloria es un medio poderoso para asegurar la santidad y vivir alegres en las tribulaciones de esta vida.	236
Plática XXII. Medios de que debemos valernos para conservarnos en el servicio de Dios.—De la presencia de Dios.	247
Plática XXIII. Del amor de Dios.—Debemos amar á Dios del modo que quiere ser amado, si queremos ser felices en esta vida y én la eterna.	261
Plática XXIV. De la contemplacion de la pasion de nuestro Señor Jesucristo.—Su memoria nos inspira la virtud y nos santifica.	274
Plática XXV. Eleccion de un confesor sabio, prudente y virtuoso, y sujetarse á su direccion. . . .	286
Plática XXVI. Frecuencia de los Santos Sacramentos.	298
Plática XXVII. De la necesidad y eficacia de la oracion.—Con la oracion todo lo podemos y alcanzamos.	309
Plática XXVIII. Sobre el desprecio del mundo.—Debemos huir del mundo para ser discípulos de Jesus y salvarnos.	320

Plática XXIX. Sobre la perseverancia final.—No podemos merecerla, pero sí alcanzarla de la misericordia de Dios con nuestras buenas obras. . . .	352
Plática XXX. Devocion de los santos y especialmente de María Santísima.	346
Plática XXXI. Entrega absoluta de sí mismo á Dios y conformidad completa con su voluntad. . . .	359
Plática XXXII. Sobre los ángeles santos.—Debemos á los ángeles santos gran respeto por su presencia, gran devocion por su benevolencia, y gran confianza por su custodia.	570
Paráfrasis devota del salmo 115.—Que puede leerse con fruto despues de los ejercicios espirituales, y especialmente delante de Jesus Sacramentado. . .	345

FIN DEL INDICE DEL TOMO XXIV Y ULTIMO.

BIBLIOTECA PREDICABLE.

Hemos concluido la *Biblioteca Predicable* que tuvimos el honor de anunciar, aunque mas tarde de lo que pensamos por las muchas ocupaciones que nos han rodeado, alternativas en que nos hemos visto y aun indisposiciones físicas que hemos padecido en los cuatro años que nos ha ocupado esta tarea. No podemos menos de dar rendidamente nuestras gracias, á Dios en primer lugar bajo cuya proteccion pusimos nuestra obra, y que nos ha conservado y asistido para concluirirla, y á nuestros apreciables suscritores por la paciencia con que nos han sufrido y la constancia con que se han dignado favorecernos, deseando que todo nuestro trabajo ceda en honor y gloria de Dios y utilidad de las almas.

En tan largo período, con nuestras ocupaciones y atendiendo con preferencia á la continuacion y conclusion de la *Biblioteca*, no extrañaremos que haya habido alguna falta en el servicio y envio de los tomos sin culpa nuestra, y ahora nos ocuparemos en subsanarla y dar el cumplido á todos, para lo que se servirán avisarnos y expresar qué faltas han experimentado.

De muchas partes nos han manifestado deseos de que para el complemento de nuestra obra demos un tomo de sermones de las *Flores de Mayo ó mes de María*, y otro de sermones sobre el *Miserere* con un índice general de las materias de

la *Biblioteca*; y no hemos tenido inconveniente en acceder, encargándose D. Atilano Melguizo del primero y D. Felix Lázaro García del segundo, que se publicarán bajo las mismas bases que los tomos de la *Biblioteca*, y cuidaremos que sea á la mayor brevedad. Pueden los señores que gusten suscribirse á ellos dirigirse al señor editor D. Antonio Urquizu, calle de Embajadores número 48, cuarto principal; ó á los señores D. Atilano Melguizo, calle de Preciados, número 76, cuarto tercero en Madrid; ó á D. Felix Lázaro García, cura párroco de santa Eulalia en Segovia. Repetimos nuestra gratitud y quedamos rogando á Dios por nuestros favorecedores y compañeros sus A. S. Q. B. S. M.

FELIX LAZARO GARCÍA.

ATILANO MELGUIZO.

COLOCACION DE LOS RETRATOS.

—

DON FELIX.—Tomo I, al frente de la portada.

DON ATILANO.—Tomo V, id.